

Editado por:

ALTERNATIVA EDITORIAL
www.alternativa-editorial.com
correo@alternativa-editorial.com
Apartado 98 - 32.080 OURENSE
Galicia (Europa)



Editor asociado:

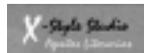
FORO SENSIBILIDADES
www.sensibilidades.com
sensibilidades@sensibilidades.com

Impreso en: **FLASH VIGO S.L.**
www.flashvigo.com
correo@flashvigo.com

Depósito legal: **OU - 31 / 2005**
ISBN: **84-96085-33-3**

Diseño portada: **Xabier González**
Maquetación y diseño gráfico: **OURENSE DIXITAL A.C.**
Infografía y diseño web: **Rori y Jon G. Pérez**
Edición 2005: 2.000 ejemplares

Venta por internet: <http://www.librosdeautor.com/>



<http://www.agentesliterarios.org>

Copyright Foro Sensibilidades, 2.005

El código Penal sanciona a "...quien intencionadamente reprodujere, distribuyere, plagiare, o comunicare públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, científica o artística o su transformación o una interpretación artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin autorización expresa de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o de sus cesionarios. La misma pena se impondrá a quien intencionadamente importare, almacenare o exportare ejemplares de dichas obras o producciones sin la autorización requerida" (Art. 534-bis, a).

Expresamente se prohíbe la traducción, total o parcial, a cualquier idioma, lengua o dialecto, sin la autorización expresa del autor o de los cesionarios.



<http://www.catedraliteraria.com>

Este libro se edita bajo la premisa de ser una **publicación sin ánimo de lucro**, con el objetivo de difundir y promocionar textos y autores en idioma castellano que participan en el **FORO SENSIBILIDADES**. Los autores conservan en todo momento los derechos de propiedad intelectual de sus obras y únicamente las ceden gratuitamente y de manera no exclusiva para ser incluidas en esta edición en formato impreso y en PDF.

Los textos incluidos en esta Antología Internacional "**Sensibilidades Oro**" son ficciones literarias, cualquier parecido de sus personajes, lugares, diálogos o situaciones incluidas y/o descritas, con la realidad es mera coincidencia.

En esta publicación se han respetado las "**licencias de autor**" por entender que constituyen, en sí mismas, una expresión más de la riqueza del idioma castellano. Los textos se han reproducido con total fidelidad respecto de los originales, incluso en aspectos estructurales.

*A los que sueñan y se preguntan:
¿por qué un sueño no puede hacerse realidad?*

La sexta Antología

Con esta *Antología Internacional "Sensibilidades Oro"*, nuestro Foro cierra **un ciclo en el que se han logrado todos los objetivos** soñados en un ya lejano mes de Diciembre del año 2.001.

El broche de oro no podía ser otro que el reunir en una misma publicación a **34 autoras y autores de Europa y América que, en su conjunto, cuentan con 130 libros editados en impreso** y que, además, son miembros del colectivo literario *-Foro Sensibilidades-* que auspicia la publicación.

Si a ello unimos que, como resumen de los tres años de recorrido de nuestras *Antologías Internacionales*, tenemos que hablar de cerca de **TRES MILLO- NES de páginas impresas, de seis antologías publicadas** -o lo que es lo mismo: **1.144 páginas en total-**, de alrededor de **12.000 ejemplares editados y distribuidos por todo el mundo**, de **13 actos de presentación en Europa** (Madrid: "Casa de América", "Salón Longoria de la SGAE", Centro Cultural Buenavista", "Semana Cultural de Fuente del Berro" y dos más; A Coruña: "Domus", "Área Cultural del Corte Inglés", "I Feira-Mostra de libro de autor"; Sevilla: "Centro Cultural Las Sirenas"; Valencia: "Librería Primado"; Mallorca: "Salón Noble de la Escuela de Turismo"; Tarragona: "Casa de Andalucía") y **6 en América** (Venezuela: "Teatro Rosalía de Castro" de Caracas, "Asociación de Escritores de Mérida" y APULA en Mérida; Argentina: "Centro Cultural General San Martín" en Buenos Aires y "Centro Cívico de Entre Ríos" en Paraná; México: "Congreso de escritores de Playa del Cármen" y "Casa del Escritor" de Cancún) y, finalmente, de una difusión promocional que alcanza a más de **300 medios de comunicación de todo el mundo (en prensa, radio, TV e Internet)**.

Hechos, cifras para un proyecto que se ha hecho realidad y que desde siempre tuvo clara la filosofía de mantenerse dentro de los parámetros de una **iniciativa sin fines lucrativos**; que, surgiendo de Internet, ha conseguido romper las barreras de lo virtual y convertirse en un referente, a nivel mundial, de la creación literaria en el siglo XXI.

foro
sensibilidades
www.sensibilidades.org

Foro Sensibilidades

<http://www.sensibilidades.com/>

<http://www.sensibilidades.org/>

Revista Literaria Sensibilidades

<http://revistaliteraria.sensibilidades.com/>

correo@sensibilidades.com

Sensibilidades Oro

Antología Internacional



Índice de autores invitados

13	<i>Luis Enrique Prieto Vázquez</i>	Madrid (España)
23	<i>Marisa Bermúdez Malagón</i>	Tarragona (España)
33	<i>Araceli García</i>	Mallorca (España)
43	<i>Xabier González</i>	Ourense (Galicia)
53	<i>Mary Ortí Rallo</i>	Valencia (España)
63	<i>Lola Bertrand</i>	Gijón (España)
73	<i>Aletse Santiago</i>	Cancún (México)
83	<i>Manuel Cubero</i>	Cádiz (España)
93	<i>Jose Álvarez Arnal "Atho"</i>	Huesca (España)
103	<i>Victoria Pereira "Lía"</i>	Madrid (España)
113	<i>Pilar Moreno Wallace</i>	Deventer (Holanda)
123	<i>Marial Lázzaro</i>	Mérida (Venezuela)
133	<i>Toñi Seguí Collar "Alena"</i>	Madrid (España)
143	<i>Belén Pérez De Prado</i>	Pamplona (Navarra)
153	<i>Luis Alfredo Alcocer</i>	Madrid (España)
163	<i>Juan A. Molina</i>	Sevilla (España)
173	<i>Olga Muñoz</i>	Madrid (España)
183	<i>Sergio Palomo</i>	Málaga (España)
193	<i>Issa Martínez Llongueras</i>	México D.F. (México)
203	<i>Carmen Amaralis Vega</i>	Mayagüez (Puerto Rico)
213	<i>Juan A. Román</i>	Girona (España)
223	<i>Marila López</i>	Sevilla (España)
233	<i>Maria del Mar Gil</i>	Alicante (España)
243	<i>Micaela Vara</i>	Tenerife (España)
253	<i>Luci Garcés</i>	A Coruña (Galicia)
263	<i>Merche y Oscar "Cambalache"</i>	Toledo (España)
273	<i>Eva M. Yolanda Camino</i>	La Coruña (España)
283	<i>Claudio Rizo</i>	Alicante (España)
293	<i>Andrea Zurlo</i>	Grosseto (Italia)
303	<i>Rosa M. Arroyo</i>	Madrid (España)
313	<i>Socorro Mármol "Gaviola"</i>	Marbella (España)
323	<i>Cati Cobas</i>	Buenos Aires (Argentina)
333	<i>M. Angeles Cantalapiedra</i>	Madrid (España)
343	<i>Justi</i>	Valencia (España)

Luis E. Prieto

Madrid (España)



Luis Enrique
Prieto Vázquez

Melilla (Norte África), 1.947

Reside en la Sierra de Madrid

Miembro Honorario de la "Asociación de Escritores de Mérida" (Venezuela). Ha publicado o publica, además de en *Arena* y *Cal* -donde tiene una sección propia desde mayo del 2000-, en innumerables Revistas Literarias: *Ariadna*, *Jornal do Brasil*, *Diario de Cuzco*, *Boston Globe*, *Asociación de escritores de Mérida* (Venezuela); y en un alto número de páginas literarias de Internet (*Rincón Literario*, *Cayo Mecnas*, *Revista Libre*, *Palavreiros*, *Plumas Selectas*, *Fuente del Berro*, *MundoPoesía*, *Ni te cuento*, *El coloquio de los perros*, *La Puerta de Alcalá*, *La taberna poética*, *Valvanera*, *Revista Literaria*, *Margen Cero*, *Donde moran los ángeles*, *Editorial Litteralis*, *Ficticia*, *El asunto*, *Índice Poesía*, *Ciber Senior*, *Cognosco*, *Almiar...*). Creador de los *Aquelarres Poéticos del Café Lyon* de Madrid, de los foros literarios "El Archipiélago" y "Sensibilidades", además del "Foro Ciencia y Salud" en *Foros de Isla Bahía*. Jurado de premios literarios en prosa y poesía, incluido en la *Antología Poética Universal*, ha prologado más de quince libros de autores de Europa y América.. Director de la *Revista Literaria Sensibilidades* que se difunde en internet (www.revistaliteraria.sensibilidades.com)

Obra impresa individual y guiones estrenados

"*Diario de un Anarquista atávico*" (novela-diario, 2.002), "*Aladino está de vacaciones*" (relatos, 2.003), "*Ditirampos: entre viajes y fantasías*" (relatos, 2.005), "*Contra un muro de sal*" (poesía y prosa poética, 2.004), "*Cantares de la edad adulta*" (poesía), "*El hombre... el*

hombre, la tierra... la tierra" (teatro), "*Nueve instantes en voz*" (multimedia, textos leídos, 2.004)

Participación en publicaciones colectivas

Autor invitado especial en: "*I Antología Internacional Sensibilidades*" (2.002), "*II Antología Internacional Sensibilidades*" (2.002), "*III Antología Internacional Sensibilidades*" (2.002) y "*IV Antología Internacional Sensibilidades*" (2.003). "*V Antología Internacional Sensibilidades*" (2.004), *Antología poética de R.N.E. "Todas las voces, una voz"*, "*Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo*", "*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*", *Antología Internacional "Sensibilidades Oro"* (2.005). Participación creativa del personaje "Hernán" en la novela "*La memoria de los triángulos*"

Fundador del *Foro Sensibilidades*,
6 Febrero 2001

<http://www.escribidor.com>
<http://escribidor.sensibilidades.com/>
<http://www.islabahia.com/LuisEPrieto>

lepv@escribidor.com
luis.e@sensibilidades.com

Índice de textos

"Yo no fui"

"Nadie me dijo del dolor..."

"La luna, niña"

"Lágrimas de blues"

"Quiso huir"

"Contra el apocalipsis"

"Oratorio"

Yo no fui

Yo no fui
quien se desgajó del rayo
en impuras soberbias de arco-iris,
quien desdibujó
madreperlas estancadas
en los arroyos del fuego y de la hoguera.

Yo no he sido
la voz del desierto estéril
arrebataando sangres a los vientos
en sirocos de grises latitudes,
quien sofocó el llanto o la saliva
del silencio cómplice de muertes
escondidas en huecos sin renombre.

(Fui el pájaro que cantaba por las noches ausencias tañidas en los labios. El mar embravecido y calmo, la sierra enfurecida y tibia en los fríos rocosos de las tardes asombradas por lunas de poniente. El mago sin capa y sin estrellas que retuerce sueños imposibles y los viste de amarillo y plata)

Y no seré
el pozo de las sombras
para corromper misterios imposibles,
carnaval
de máscaras absurdas
prendidas en las cuencas de un futuro
que reza letanías y miserias.

Acaso aún
me resten primaveras sin despojos
para no ser el ángel de los días
que rescata amaneceres traslúcidos
en tierras de cadáveres sombríos.

(Acaso seré pavesa: hielo de sol derretido, niebla de nieve caliente, fantasma que canta a la luna. Rojo y ámbar)

Nadie me dijo del dolor...

Nadie me dijo del dolor
que se escondía en los pliegues de las manos,
ni de la náusea
que acariciaba los ojos de las hormigas
de la noche.

Nadie dibujó piruetas o caimanes
en los carruseles de las cataratas
sin espumas ni saltos al vacío,
nadie
ha sabido de la distancia aguda
por la que el mar
se transformó en poeta de silencios
o en tobogán de rojos
-sangres inmoladas en los artificios de la fe
desde contrapuntos insolentes-
que buscan la claridad del vivir.

Me dijeron
de la paz y la palabra, del rumor profundo
de la soledad inútil,
de las caricias que se asoman
a los párpados cansados de las alboradas sin luz,
de los días
que se cierran en penumbras agridulces.

Pero nadie -nadie- me dijo del dolor
que amanece camuflado de pólvora y domingo...

La luna, niña

Acariciaste la luna, niña:
con los dedos, niña, tocaste
las sombras escondidas en el viento
que naufragaban en el sueño de los justos
antes del amanecer del odio.

Fuiste
amor y fracaso
de ángeles marchitos:
territorio de flores nonatas
sin capullos ni promesas.

Hoy quiero remodelarte la fuga
-niña sin luces-
que te fue convirtiendo en roca
sin rescoldos:
dolor
para el vuelo de murciélagos sin noches.
olvido de lágrimas heridas,
placer
de carnes abalanzadas en verdes
y sexos de azul y contrabando.

Hoy querría decirte, niña, que no encontré la luna que te estuve buscando en la despensa de las horas, que se me fueron las palabras para sentirte, y que tuve miedo de tus silencios de voz perdida.

Que tus ojos miopes, y tu sonrisa de hada oculta, me dolían mucho más que tus posibles promesas de trébol sin hojas.

Que tus cascabeles distintos se interponían en mi música de flauta dulce y mi fagot de futuros.

Hoy querría decirte, niña, -aunque ya no puedas escucharme nunca- que he aprendido a tocar melodías sin orquesta y sin instrumentos, que ya conozco el aire tenue de los cascabeles que suenan con gestos de tambor desafinado y próximo, que he ganado -detrás del corazón científico sin anteojos- miles de lunas como la tuya que nunca supe acariciar sin lástima.

Querría decírtelo hoy -niña de luna menguante- aunque ya no me escuches, porque tengo también miedo de mi luna decreciente: ahora que el blanco se va volviendo gris en los balcones y que he aprendido que la vida es tan sólo un tránsito imperfecto para definir caricias.

Y no dejes
que el sabor de tus recuerdos
se vista de amarillo reproche
porque ya voy restando días
a mis cascabeles de olvido, niña...

Lágrimas de blues

Ahora que los copos se van marchando
en la interminable laxitud de los segundos inciertos
con lágrimas de blanco a verde,
de ausencias a dolores, de azul a rojo,
escapo del misterio de las flores marchitas
para recomponer el vuelo del águila bicéfala.

Se torna la voz
en una melodía inacabable de esdrújulos
exigiendo, del corazón a los pulmones,
el paraíso perdido del aire
que saturó de azufre los claroscuros del día;
la inmisericordia de las manos del poeta
ungido de sueños dulces;
la mirada fecunda y fértil
del timonel de besos inundados de sal.

No hay frío
que retorne el fragor de las manos oscuras
en el aposento del amor perdido;
nunca la luz
podrá hacerse sonrisa de lluvia
en los amaneceres donde se corrompe la sangre:
sólo lágrimas de blues
para el quejido fiel de las mudas caracolas...

Quiso huir

Estaba en la pendiente en la que el tiempo existe abotargando los ojos y las manos, en el corazón de las respuestas que nunca quiso contestarse porque era sabedor de que los epigramas estaban comenzando a sustituir a las certezas, en el sendero del miedo al odio, a la indiferencia o al des-compromiso con la templanza.

*Quiso huir... y decenas de miradas atenazaron sus pasos.
Quiso blasfemar... y el grito se convirtió en metáfora y desaliento.
Quiso odiar... y siempre adivinó razones para descartar la rabia.*

Sintió el dolor lacerante de aquella antorcha que había llevado -sin saber nunca porqué- desde los años en que nacieron estrellas en sus sienes y se volvieron diferentes los juegos del agua; notó que le quemaba la sangre, cansada ya de explicar y explicarse, que le hería sobremanera recomponer la voz agria en murmullos vacíos para la galería de sombras y efigies, que siempre era tarde para evidenciar el calor que se encerraba en sus labios de mariposa sensible, de anacoreta sin milagros.

*Pensó, entonces, en la impotencia de la voz solemne...
Receló, entonces, del gris que se adueñaba del fondo de las verdades...
Acordonó, entonces, las botas de caminante perdido en el silencio...*

Un mundo extraviado de rencores absurdos le fue comiendo, con insistencia, los rincones que guardaba para el amor y la duda. Y los oasis reparadores se comenzaron a convertir en espejismos inútiles. Hasta el viento de poniente y las espumas dejaron de cantar madrugadas de luchas entre las sabinas, que ya no rezaban atardeceres ni futuros.

*Quiso huir... y no supo hacia dónde.
Y se quedó sentado mientras las máscaras reían en círculos concéntricos.
Transparente y solo.*

Contra el apocalipsis

Se desgajó la luz
agazapando sombras inservibles
en un retomar de ocasos.

Nadie supo
de los vigías que se apostaban
en el quicio de la frontera del invierno;
nadie quiso
deshacer los farallones dolosos
que doblegaban las caretas del día
en un lamento de dudas;
nadie salvó
las campanillas cóncavas de la noche
antes del hedor de las estrellas.

Vinieron los alcahuetes
a levantar el susurro de las risas
con sus maromas de terciopelo y carmín
atadas a la cintura: del mar
 los líquenes y las olas;
 del viento, el levante;
 de las montañas, el eco bravío.

Y fue inútil
el beso de la diosa contra el apocalipsis
de tu figura de azufre.

Oratorio

*En el 60 aniversario de la liberación de Auschwitz
En el comienzo de nuevos Campos de Exterminio*

Cenizas sobre blanco...

Los huesos
miran la soberbia de la estirpe
desde el baluarte de los dioses
con medallas.

Susurros sobre rojos...

La sangre desboca la inocencia
en ojos sin mirada a punto del suicidio
en hambres interpuestas.

(El hombre galopa contra el hombre entre caballos de ira y de abandono. Caníbales en músicas solemnes y refinados gestos de teatro. Es tiempo del desprecio. Es la hora de la Ópera bufa con monóculos y galones)

Se refugió el dolor
en las clandestinas muertes
de albatros sin alas ni discursos,
en el gas
que martillean las máquinas impuras
de la guerra, en el gris
del miedo y del estiércol,
tras el humo cobarde
que inmola los labios de lo inútil.

(Tiempo de esconder la mirada en el miedo al miedo o al deber impuesto. De botas marcando el paso de una raza que pavonea sus asesinos instintos agazapada en filósofos acomplejados y locos e impúdicos visionarios, mientras la tierra sucumbe a la sordera de la sangre)

Aún huelen
los campos sin trigo y con espuelas;
aún se toca la noche
agazapada en números sin rostro;
aún
los uniformes rallados, aún las cabalgatas
del exterminio
caminan hacia las duchas sin agua
mientras los poderosos juegan a liberar el mundo
y vibra Tanhauser
en los altavoces del Campo.

(Hoy es tiempo del recuerdo y de la espada, no de los rezos y de las velas. De reventar Guantánamos y Faluyas, Palestinas y Afganistanes. De quemar las medallas y de enjaular a los visionarios que propugnan libertades a base de guerras y destrucciones. De desenmascarar a los Salvadores del Mundo, de un mundo que no será de nuevo gaseado en tanto convenga y sirva a los intereses del poderoso, que siempre tendrá un Wagner (o un gurú religioso) para disfrutar en su rancho de descanso mientras se santigua fervorosamente y eleva los muertos a un dios silencioso...)

Marisa Bermúdez

Tarragona (España)



Marisa Bermúdez Malagón

Alacaudete (Jaén), 1.955

Reside en Calafell (Tarragona)

Colaboradora habitual en páginas literarias en internet, textos de su autoría han sido publicados en la web de la *Fuente del Berro* (<http://www.fuente-delberro.com/reporter/sarima/>), la *Revista Expresiones* (<http://www.galeon.com/revistaexpresiones/Numero2/INFANTILES3.htm>), en el web-site de *El Escribidor* (<http://www.inicia.com/de/lepo/rdm/>), la *Revista Literaria Sensibilidades* (<http://revistaliteraria.sensibilidades.com>), *Donde Moran los ángeles* (<http://user.domaindlx.com/don-demoranlosangeles>), <http://perso.wanadoo.es/j.ibarra/>, <http://www.geocities.com/pagpegaso/00portada.html> y <http://www.niedergasse.com/spanish/>. En el apartado de radiodifusión, poemas suyos han sido incluidos en *Poemas por la Paz* y en *Tus poemas en las ondas*, de Edith Checa

Obra impresa individual

"*Monólogos de la casada*" (novela)

Participación en publicaciones colectivas

"*Callejón de palabras*"

"*I Antología Internacional Sensibilidades*"

"*II Antología Internacional Sensibilidades*"

"*III Antología Internacional Sensibilidades*"

"*IV Antología Internacional Sensibilidades*"

"*V Antología Internacional Sensibilidades*"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"*Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo*"

"*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
6 Febrero 2001

<http://marisa.sensibilidades.com/>
<http://www.angelfire.com/ak/sarima/>

marisa.bermudez@sensibilidades.com

Índice de textos

“La estrella de los ojos”

“Cecilia”

“La rabia”

“La celda”

“Recuerdos de la lluvia”

“Poema rojo”

“La esperanza”

La estrella de los ojos

Conduce deprisa mientras suena el compact "Lágrimas negras". Cuando llega la canción número cinco, adapta la letra a su conveniencia y canta, a la par de *Diego el Cigala*, algo así:

*"No te puedo comprender,
corazón loco.
No te puedo comprender
ni ellos tampoco...
¿Cómo se pueden querer
a tres hombres a la vez...?"*

Pasó el día con su mejor amiga y sus hermanas; algún sobrino se dejó caer también a la hora de los postres. Ella llevó un Reserva, asequible, del 99. La abrió mientras los hombres encendían la barbacoa y les ofreció una copa a todos, para brindar por su aniversario. Salieron con eso del "¿y por nada más?" que la sonrojó. Discretamente, cuando pudo, se lió un petardo. Pasó realmente una tarde agradable, con paseo por la orilla del mar y atardecer anaranjado, mirando fijamente con la estrella de sus ojos a las olas y, como si sólo la esperaran a ella, dejaron de herir la rocas...

Le hubiera gustado, al volver a su casa, esperar a alguien, como la tarde anterior... no sólo ese vacío que sentía por tenerles cuando podían ellos, no cuando ella deseaba; a veces, ni una vez por semana. Le gustaría que quedaran con ella con fecha y hora, para que la semana transcurriera con hormigueo de cita, como la excitación que le provoca tirarse de cabeza desde el trampolín cuando va a la piscina. Pero nada de eso ocurría. El tercero la llamaba diariamente pero no hablaba nunca de cuándo volver a verla y eso la enervaba... El segundo -un sueño materializado de tanto desearlo- la llamaba cuando se podía escapar y gozarla. En días discontinuos, vivía la intensidad del placer por saber esperar...

La adormidera relaja sus dolores diversos y aplaca el miedo a morir sin que la quieran de verdad, como lo sueña ella. Es una adicción más, que sustituye la gula y desfrunce el ceño; con ella, siente el bienestar de la bien amada...

Por supuesto, es consciente del peligro de quedarse colgada en ese mundo de sonrisa y paz, de excitación permanente a menos que, su inteligencia - como diría el primero -venza esta vez "su corazón loco"- que diría el tercero. Mas esa dualidad es lo que la hace atractiva a sus ansias sexuales y ella sabe que, sin su dualidad, nunca se hubieran acercado a ella.

Se cuela entre las sábanas y abraza la almohada como si fuera el segundo. Le gustaría estar entre los brazos de ese ángel lejano para que la protegiera de los dardos de cupido y de ella misma; para oírle llamarla *Ninfa* como cuando la ama sobre una manta, bajo las estrellas...

Cierra los ojos y tararea la canción "Corazón loco":

"Ahí va mi explicación

yo puedo querer

a tres hombres a la vez

y no estar loca.."

Y es que los tres encienden la estrella de sus ojos.

Cecilia

(de "Cuaderno de los malos tratos")

(dedicado Á. V.)

Cecilia peina a su madre mientras le pregunta si se ve guapa, a lo cual, Ana, inclina la cabeza en modo afirmativo. Hoy la vamos a sacar a pasear por el Paseo Marítimo porque hace sol, porque es domingo y porque Cecilia sabe lo que le gusta a su madre: lo mismo que le gustaba antes del Alzheimer y el Parkinson juntos...

La cogemos entre las dos, como a una chiquilla menuda que estuviera aprendiendo a bajar escaleras: una delante bajando de espaldas y la otra asiendo con fuerza las axilas por seguridad. Pasito a pasito, llegamos a la silla de ruedas mullida por un cojín suplementario y le cubrimos las piernas con un lindo chal de lana, regalo de su 82 cumpleaños, el pasado febrero. Empiezo empujando yo, para que mi amiga cierre con llave la cancela y descanse un rato los brazos.

Siempre hablamos de nuestras cosas, como es normal; veinte años de amistad conocen los gestos y los aromas diluidos que nos componen. Hablamos sin tapujos, con tacos si es preciso, y tomamos a Ana de testigo, con coletillas del estilo: "Has visto lo que dice tu hija, Ana. ¡Dile mentirosa!" o bien, "Mama, tú no le hagas caso a esta loca, que no sabe lo que dice". Ella dibuja una sonrisa que no se despintará en toda la tarde porque hace solecito, ve pasar a gente, se queda embelesada delante del mar y aprieta con fuerza la mano de mi amiga que, brillantes los ojos, me dice: "Por favor, por mucho que sé me cuidarías de este modo, no me dejes llegar hasta aquí. ¡Prométemelo!"

Entonces el mar nos atrapa en su rumor de vida y nos pone los relojes en hora.

La Rabia

(de "Cuaderno de los malos tratos")

Me he despertado llena de rabia y lo primero que he hecho es liarme un peta: prefero el balanceo de la barca a la sacudida del avión para despegar. No digo que sea la mejor manera de sacarla hacia fuera -mi rabia- pero al menos no incomodo a nadie: sólo al papel sobre el cual la tiendo al sol, desnuda.

Conozco muy bien las rabias a las cuales me enfrento y también mi carencia de garfios para colgarlas, como viandas muertas, en las paredes del matadero de los días. He visto a los adolescentes, en Dinamarca, sacar su rabia y arremeter contra paredes, puertas, camas y espejos de sus celdas-dormitorio. De alguna manera, golpeaban con ella el lujo del internado donde el sistema escandinavo los acogía y compensaba de sus *des-estructuras* internas: políticamente correcto, emocionalmente aséptico. Entendí, esencialmente, de que existen rabias muy profundas, mamadas desde la cuna, que son y serán descontrol crónico. Bastan los "noes" de las niñas, el careto de un adulto o cinco "kroner" que les han mangado de la chupa de cuero, para dejarla desplegar sus colmillos afilados y marcar muecas en la materia concreta: una por cada nervio en ebullición. Luego, crecen, trabajan, se casan, procrean, se *des-aman* y las ahogan en el suicidio lento del alcohol. ¡Yo amo Dinamarca!

Una vez, en Rumania, presencié la mutación de una rabia en humanidad. Suena opuesto, ¿verdad? Una mujercilla, de metro cincuenta y cinco y cuarenta y dos kilos, sacó la rabia para edificar con sus dos brazos un orfanato, desafiando al Colegio Médico y a la clase política. Desligó de los barrotes de la vergüenza, las muñecas de los recién nacidos y limpió la leche de sus biberones de drogas que entumecían sus cerebros. Sí. Mi amiga dirige un Orfanato, no "Casa de Acogida" aunque suene más digno. La orfandad no engaña: motiva a buscar caminos; el "acogimiento", por el contrario, desenrolla alfombras rojas para zapatos reales que nunca calzaremos. Valeria Gaspar, en Lugo, empuja con su rabia quinientos niños para que echen a andar con sus muletas colectivas, la cabeza alta y la mirada puesta en el horizonte de una Rumania que bien haría en desenterrar al Conde Drácul. Yo creo en los vampiros.

Con Matheus, agudicé el oído porque su rabia era silenciosa de espacios y vastas extensiones de cielo y hielo, y entonaba una melodía *blanco-paz*. Le seguimos la pista al "Nanook"⁽¹⁾ y obtuvimos el colmillo de marfil imprescindible para la buena suerte del Inuit; Desollamos la foca para que su piel sanguinolenta sobre los hom-

bros nos devolviera al agua glacial de la vida y no a la reserva de asistidos de la corona danesa. Rabia paciente, rituales para un futuro de ballenas azules e igloos adosados. Un día, iré a Groenlandia...

He sentido la rabia impotente contra los elementos, aquella que sienten los niños japoneses cuando preparan el festival de "La Estrella Tejedora" y se pone a llover. Pues el cielo cubierto aleja a las urracas y no pueden formar un puente en el aire entre la princesa y su amante. La hermosa doncella calla el hambre de amor de su bajo vientre y debe esperar, para gozarle, otro año entero. Nunca he visitado Japón pero he leído mucho sobre su pasado de rabias contenidas.

También conozco la rabia de las palabras: dagas metafóricas de los fingidores, pentotales de los amargados, discursos venenosos de los cínicos y coronas de dalias que trenzan con las suyas los pensadores y los enamorados. Pisadas de moscas sobre el pastel de los "yo-es", combinación de signos cabalísticos incomprendibles sobre las fachadas de piedra de nuestros alfabetos individuales. Siento muchas veces rabia cuando escribo.

¡Rabia de Oriente y de Occidente! Rabia de hemisferios opuestos, de desigualdades por el metro cuadrado de tierra que nos corresponde al morir; rabia de sentimientos enlatados por morales y credos o avivados por ellos; rabia desenfrenada que te escupen a los ojos desde paneles electrónicos y escaparates y que te conducen al consumo abusivo de espejismos; rabia por las confesiones públicas para distraer al personal del otro lado de las pantallas: pues ver llorar las rabias ajenas atora nuestro diluvio interior. Ya no miro la tele.

Me he levantado llena de rabia pero, entre tanto, la vista la ha ido vaciando y rellenando con verde-bosque, con picor *ortiga-salvaje*, con olor *tierra-mojada* subiendo del jardín; con viento del Sur remangándole la falda a las nubes, con vuelos de jilgueros jugando por el aire, con aroma a café y pan tostado desde la cocina donde él, mi hermano, veta la entrada con su presencia a todas las rabias agazapadas del mundo.

(1) Nanook: nombre del oso blanco en Inuit.

La celda

(de "Ensayo poético sobre la amnesia")

Lo peor no era que no me acordara de mi nombre. Ya me habían advertido que perdí parte de mi cerebro en la reyerta. Una bala, dicen, se incrustó de mala manera no sé dónde y precisó de cinco horas de quirófano para ser extraída. Mis guardianes me llamaban Antonio y no me desagradaba. Tampoco sabía qué hacía yo en ese concierto de balas para merecerme el encierro.

A menudo me acurrucaba entre las sábanas de mi catre y oprimía mi cabeza con la escuálida almohada. Con todas mis fuerzas, cerraba los ojos y me concentraba en recordar quién era, qué era mi vida antes de esta reclusión. Pero no servía de mucho cuanto me estrujara los sesos: mis recuerdos empezaban cuando por primera vez desperté en esta celda. Después, mi memoria se estancaba como las aguas residuales y putrefactas de las ciénagas. Cuando me obsesionaba por recordar más, una migraña terrible se apoderaba de mi mente y la invadían sonidos estridentes, pitidos escandalosos de sirenas de policía y de ambulancias. Llegado a ese punto, abandonaba mi investigación y pedía un analgésico a Tomás, uno de los guardias, y me dormía convencido de que cuando me despertara, amanecería igual. Por eso, cada vez hacía menos esfuerzos por recordar tanto era mi pánico al dolor.

Hoy he tenido una visita. La primera desde que estoy aquí. Una mujer, entre lágrimas y tartamudeos, me ha llamado Antonio también. Dice ser mi madre y que no me desespere. Me ha traído tabaco y un cómic, "*La casa dorada de Samarkanda*", de un tal *Hugo Pratt*. Ha dicho que me gustaba mucho ese Corto Maltés y que confiaba en que leyendo, empezara a recordar.

Es un tipo extraño el tal *Corto*; un marinero sin barco, que busca un tesoro por Medio Oriente en vez de por el mar. Ese hombre no se involucra, no toma partido por ninguna de las fuerzas que se están enfrentando. De lo que sí se encarga es de una niña armenia que queda sin familia, una integrante más del circo de locos que protagonizan esta historia. También hay una mujer, una tal *Marianne*, actriz mediocre con delirios de grandeza. Otro de los personajes raros es un tal *Rasputín* que, por salvarle el pellejo al *Maltés*, mata a un hombre diciendo: "*¡un balazo y a otra cosa!*". Un balazo y a otra cosa, esa es mi historia...

Este camarote, con sus tinieblas e invariabilidad, hace que me asalte un sentimiento nuevo, unas ganas de llorar por lo que intuyo he dejado atrás. Y ahora, aunque mi memoria sea más frágil que una hoja de papel de seda, debo seguir intentando recordar sin dejarme amilanar por el dolor ni los pitidos. Ahora sé que hubo algo antes de esta celda, una vida llena de hombres y mujeres, de lugares y olores que es preferible a este vacío de mi propia cabeza...

Recuerdos de la lluvia

(A todos los niños del mundo con discapacidad física)

- *¿Dónde estás, niña? ¿Dónde, que no te veo?*
- *Aquí. Debajo de la mesa.*
- *¿Y qué haces ahí debajo?*
- *Tengo miedo...*
- *¿Miedo de qué?*
- *De los truenos, de la lluvia...*
- *Ven. Dame la mano.*

Y la mano pequeñita de la niña se refugia en la enorme del adulto y sale con el rostro eclosionado como un jazmín de mayo, porque esa mano la salva siempre de todos los miedos del mundo...

Esta vez, el adulto se abre en abrazo y la iza; la conduce hasta la puerta de salida, la acerca a la lluvia. Y ella se estremece, cierra los ojos, se contracta y aprieta los puños para prepararse a un nuevo dolor.

- *Esta, niña, es la Lluvia. ¡Lluvia, esta es la niña!*
- *La lluvia es mala... ¡Me moja! Y si me moja, me pongo malita otra vez.*
- *La lluvia es buena, niña, aunque moje. ¡Extiende tus manos y recibe su caricia!*
- *Está fría...*

El adulto ha elevado sus dos brazos al cielo y ha presentado el cuerpo entero de la niña a las gotas benefactoras después de calvarios de sequía.

- *Yo, el adulto, os la presento, trueno, rayo, lluvia. Y os pido que la protegáis siempre; que no le asuste la sacudida estrepitosa del trueno ni la luminosidad radiante del rayo; que la lluvia no detenga jamás su caminar de pie, su alegría de vivirse cada día.*

Y el adulto, con la niña en brazo, corre bajo la lluvia, gira, se para, da vueltas y ella se siente en un tiiovivo de cuento de hadas, se lame las gotas que le corren por la mejilla como si fueran lágrimas y su risa suplanta el clip-clap del agua.

Hoy, la niña ha crecido y saca, de los recuerdos de la lluvia, bellas historias de paraguas, de nubes que se enzarzan en los azules de las ramas, de rayos que iluminan escenarios de nieve y fuego.

Y sabe que es un personaje más, sin nombre, en la mente de una escritora cuyo cuerpo, nunca le dejó llover los aguaceros de su mundo.

Poema rojo

Sin saberlo, vestíamos rojo reencuentro.

Rojos labios; rojo suéter.
Amarilla la luz que inundaba el mar
a las dos de la tarde.
Azul y blanco de velas,
desierto de playa,
habitada la arena:
calendarios muertos
como partículas infértiles...

*Olías a Pachulí:
pachulí recuerdo; pachulí mareo.*

A otoño-morera el vaporizador bucal
del "por si acaso".
Aroma de sales inmorales,
aceitosa la piel,
perfumado el aliento
con palabras de amor
balsámicas.

*Sin quererlo yo ni quererlo tú,
amor pendiente,
soy toda rojo memoria.*

(Mi realidad, un fármaco que juega a las siete y media ⁽¹⁾ con los rojos del amanecer...)

(1) Juego duro de cartas donde se gana o se pierde por una sola carta. Es excitante: vida o muerte en una jugada única.

La Esperanza

"Manuel entendait pour la première fois la voix de ce qui est plus grave que le sang des hommes, plus inquiétant que leur présence sur la terre, la possibilité infinie de leur destin"

André Malraux, L'espoir (1937)

Ungüentos anisados para los despertares:
ejército de dedos sobre curvas gatunas
lubrican la piel dormida y se gozan.

Aromas de mil flores para los cuerpos:
pasados compuestos cuyo olor inconfundible
se almizcla con las amapolas de la languidez.

Carne de membrillo prieta para el hambre:
una presencia vibrante en boca estéril
humedece las ilusiones de amarse a dos.

Paño de algodón contra el frío cuando,
de madrugada, unas manos retocen
junto a los hilos sutiles
de mi esperanza.

Araceli García

Mallorca (España)



Araceli
García López

Palma de Mallorca, 1.956

Reside en Palma de Mallorca

Coordinadora y webmaster de las ediciones de la *Revista Literaria de Sensibilidades*, responsable de Prensa del *Foro Sensibilidades* y de la logística de las presentaciones en Madrid de las Antologías Internacionales ("*Casa de América*", "*Sociedad General de Autores y Editores*", etc.).

Obra impresa individual

"*Palabras de luna*" (antología poética)

Participación en publicaciones colectivas

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

"Antología de poesía erótica: *largo ma non tropo*",

"Antología de narrativa: *humor con extrema-unción*"

"*Rincón Literario, Anuario E.T.B*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
28 Febrero 2001

www.araceligarcia.com

www.araceligarcia.org

correo@araceligarcia.com

araceli@sensibilidades.com

Índice de textos

“Consternación”

“Otra huida”

“Para ti”

“Una sola razón”

“Aquel 12 de Mayo”

“Pájaros llorando”

“Fui”

“Quizás mañana”

“Entre nosotros”

“Y mi pluma sigue callada”

“Brillos fatuos”

“Tañen campanas”

“Palabras híbridas”

“Raíces de fracasos”

“Ojos de luz”

Consternación

Intento el análisis exhaustivo: pequeños detalles que me hagan entender el calvario, el desolado espacio donde el terror se despliega y se expande, mas no puedo.

Pongo en tus manos, en lenguaje mudo, el verso esencial que habla de una etapa negra, narrada en clave de sufrimiento y de incomprensión de mi tiempo.

Quiero que me regales tu mirada lúcida y me instruyas, para poder asimilar el caos y sobrevivir con la consternación a cuestas.

Son amargas las lágrimas que van llenando cauces secos.

El miedo desprendido se eleva, como enredadera amiga de lo inerte.

Vuelan gaviotas carroñeras, en busca del peregrino dolor que acompaña a las voces baldías.

Hay sobresalto en la renovación fugaz y una especie de rebelión... temerosa.

Otra huida

Es el efluvio perfecto,
la entealequia del madrigal.

El tiempo se detiene

Ahora sé que existirá otra huida,
y que recompondré mis pedazos
errantes.

Para ti

Llevas las manos llenas,
vives al vuelo
atando espacios
en una nube sin dientes.

Vas por calles gastadas,
cargado con racimos
de fantasía
que no siempre expones.

Proyección de luz...
arlequín en las horas tristes.

Sin ti, los portales son oscuros
y no crece la media luna.

Una sola razón

Una sola razón
para que cobren vida
mis ojos.

Un solo instante
para deshacer mis ataduras
de agua.

Del rancio olivo
y su tronco encrespado,
la sombra.

De la ansiedad inclemente
y su sinsabor,
mi estrella

(aunque ahora no brille)

Aquel 12 de mayo

Llega su imagen
y se desborda la servidumbre
del postrer desvarío,
aún doliente.

Oráculo escrito con cenizas
en el musgo fresco del mes de mayo.

Se secaron los pozos
al paso de la muerte
y se rompió el cordón
que nos unía.

Ahora están solas,
ella y la piedra...
vestidas con la túnica
negra del silencio.

Pájaros llorando

Forjada de astros negros, teje y desteje. Muestra su semblante en sombras y reverbera en él un extraño gozo triste.

Espíritu libre donde crece el germen de los anhelos.

Dicen que quema mandrágoras y salamandras de colores, que vierte sangre verde en los sueños.

Metafísica pura en clave de soledad.

Hoy en sus ojos callados se cristaliza un lamento.

Ha visto, junto a la portilla de barro, pájaros mojados...

... llorando.

Fui

A contratiempo, me hundí
en un mar ignorado.
Fui borrasca de silencios ,
huella de eterno olvido.

Quedaron perdidos en mi historia
boleros abortados y luces
sin encender.

Soy vuelo estéril
de esencias desplegadas,
noche rota, gota ilusa
resbalando por la rendija
de una piedra.

Quizás mañana

Forjo intensamente perturbadoras imágenes de destrucción integral.
El germen del lamento insaciable brota, y sigo asida a las alas de mi desequilibrio.
Arruino ilusiones. Destejo voluntades. Trenzo círculos concéntricos donde me pierdo casi de puntillas, hasta caer postrada al borde del abismo en una agónica desposesión total, secuela de mi falta de energía.

La puerta cerrada tras la que está la fuerza transmutadora, es inaccesible en este instante, pero su luz reverbera por el dintel, llamándome con voz silenciosa.

Hoy, los caprichosos vientos de mi otoño, no me dejan oírla.

¿Mañana?

Quizás.

Entre nosotros

En la cumbre el tiempo se detiene y eterna, la lengua del viento roza,
juega,
suplica...

entre ensueños y desvelos atraviesa la corriente.

Confluyen tus deseos con los míos, avivando llamas
que se nutren en el fuego interior de mi avidez.

Detengo el torbellino, estremecimiento físico absoluto.

Agónico
compás
de espera.

Mansamente te introduzco en el vértice de esta lógica
desquiciada, excluyendo en mis razones recatos y medidas.

Voy renovando hambres.

Y golosa, te dibujo...
fervor
anudado.

Y mi pluma sigue callada

Irreverente espejismo, partícula densa que prolonga el tiempo. La música devastadora martillea mis sienas, gimiendo para mí hasta el final; queda colgado de la última nota un temblor y la duda me abraza de nuevo.
Se desvela, indisoluble, el rastro de la impotencia... y mi pluma sigue callada.

Brillos fatuos

Contra la pared, como asceta forzoso, se entrega a la discontinuidad de su percepción.

Sin reservas, la deja rodar, esbozando los contornos de la vertiente por la que se desliza, pródiga y contradictoria.

¿Trastorno o eclosión? Reflexión acelerada, excéntrica... agotando significados.

Ensambla las piezas, reclama la reacción extrema dando acceso a la crisis que, después, orillará, con su talante suspicaz pero benevolente.

La extraña combinación de pasajes de una sinfonía espectral y un olor edulcorado que invade el aire, le transportan.

En el vaso, verdín y veneno.

En su espíritu, el filtro para brillos fatuos.

Tañen campanas

Tañen campanas
anunciando
la partida.

Vuelan tordos
sobre piedras desnudas,
piedras confidentes.

Llanto de violines
en el entierro

*(en el aire...
se mece la ausencia)*

Palabras híbridas

Esas palabras híbridas que tienes preparadas para los momentos amargos del desamor suenan vacías.

Los tonos suaves de tu voz como copos de algodón, intentando amortiguar el golpe certero y contundente, duelen... nunca sabrás cuánto.

Siento tus ojos en mí y reparo en la sonrisa intemperante que acompaña tus frases blandas.

Desahuciada de tus razones inconexas, me siento difusa y fósil.

Tu aura maliciosa franquea mi dolor.

Vértigo de escamas incisivas.

Preludio del aturdimiento.

En la fosa de las aspiraciones despedazadas, entierro mis olores a albahaca y aquellas flores silvestres que encontré en el sendero.

Raíces de fracasos

En la hora cárdena, propicia, la tarde se dilata. Bruma leonada, olor a heno amargo y a lilas, deslizándose blandamente, ahogando los sentidos.

Clavadas en la tierra roja prenden raíces de fracasos que crecen, dando frutos de paja.

Se rompen las imágenes huecas del pabellón en ruinas de mi playa y llega el tiempo del acero, de los corazones duros... de los dibujos opacos.

Mañanas grises descubrirán a los vengejos que lloran. Saludarán mis inviernos, instalándose en la curva negra de mis días

Ojos de luz

Mojadas en matices
caen inveteradas emociones,
en ensamblaje inigualable
con mis penumbras.

Vestida de desafecto,
me apaciguo,
vencida.

Reflejados en el ignoto pantano,
ojos de luz
quemán camelias blancas.

Mientras,
canta el cuco
y se despereza el porvenir.

Xabier González

Ourense (Galicia)



F. Xabier
González Sotelo

Ourense (Galicia), 1.958

Reside en Galicia

Presidente Honorario del Consejo Editorial de "Alternativa Editoria" y miembro del Consejo Asesor de la editorial "Arisolis", Miembro Honorario de la "Asociación de Escritores de Mérida" (Venezuela), *Botón de Ouro del la Asociación Fillos de Ourense de Caracas* (Venezuela), miembro fundador de la "Fundación Alexandre Bóveda", del "Centro de Iniciativas Socioculturales", del "Clube Gastronómico Ourense - Amigos da cociña rural da Galicia", de las compañías teatrales "Kéltike Teatro" y "Taller Experimental de Teatro", de la revista "Eixo dos Chaos". Promotor y fundador de la "Fundación Nós", de "Universitarium", de la "Feira-Mostra de libro de Autor", de los portales de literatura "Portal Literario" y "Literartis", de "A.C. Ourense Dixital", de la "Cátedra de literatura en Internet", de "Libros de autor.com" y del registro de propiedad de autor en internet "NIRIP-Code". Director teatral, en diferentes etapas, de las compañías teatrales "Kéltike", "T.E.T." y "Orballo Teatro"; coordinador-director del "Festival do Teatro Galego" (Carballiño, ediciones 1.991 y 1.992), exdirector de varios medios de comunicación (prensa escrita y T.V.), participó como actor en el largometraje "Fresas Amargas" (Galicia, 1.993), ha prologado cerca de cuarenta libros de autores europeos y americanos.

Obra impresa individual y guiones estrenados:

"La memoria de los triángulos" (novela, castellano, 2.004), "Mudayyan" (novela, castellano, 2005), "Escritos da Nación Proibida" (narrativa, Gallego, 2001), "El Efecto Doppler"

(novela, castellano, 1.999), "Corsario de Ciudad" (narrativa, Castellano, ediciones en 2002 y 2003), "Nas corredoiras do íntimo estronico" (poesía, Gallego, 1.985), "Juegos de Olvido" (Antología poética, Castellano, ediciones en 2001 y 2003), "Keltike" (teatro, Gallego, estrenada en 1.984), "Nanta Enac Luf" (teatro, Gallego, estrenada en 1.984), "Nemet ou o canto de sol do canto de sombra" (teatro, Gallego, estrenada en 1.984), "Espada o prato" (teatro, Gallego, estrenada en 1.985, traducida y estrenada en castellano y catalán), "Cantigas para unha guerra" (teatro, Gallego, estrenada en 1.985), "Altariac Eirin" (teatro, Gallego, estrenada en 1.986), "O Papamoscas Vexetariano" (teatro, Gallego, estrenada en 1.991), "Petra e Karim" (teatro, Gallego, estrenada en 1.992), "El silencio de los árboles" (textos recitados, 2004)

Participación en publicaciones colectivas

"Palabras Mansas" (Castellano, 2.002), "I Antología Internacional Sensibilidades" (Castellano, 2.002), "II Antología Internacional Sensibilidades" (Castellano, 2.002), "Eñe, Antología Internacional de escritores" (Castellano, 2.003), "IV Antología Internacional Sensibilidades" (Castellano, 2.003), "V Antología Internacional Sensibilidades" (Castellano, 2.004), "Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo" (Castellano, 2.005), "Antología de narrativa: humor con extrema-unción" (Castellano, 2.005), Antología Internacional "Sensibilidades Oro" (Castellano, 2005),

Miembro Foro Sensibilidades desde
28 Febrero 2001

www.xabier.org
www.xabiergonzalez.net
www.xabiergonzalez.com

correo@xabier.org
correo@xabiergonzalez.net

Ap. Postal 98 32.080 - Ourense (Galicia), Spain

Índice de textos

“Veinticuatro lágrimas”

“A la luz de dos velas”

“Mis aviones de papel”

“Instantes frame”

“Palabras en la nevera”

“Inocente de no ser culpable”

Veinticuatro lágrimas

Cae la tarde,
horizontal,
vertical,
intensamente pálida.

No estoy, no comprendo ni encuentro paredes graníticas sobre las que apoyarme.
Todo es tan difuso, tan provisional, tan desesperante...

Cae la tarde,
hay un espejo que espera
reflejar todas mis palabras,
un desván que me reclama
y un micrófono para que te hable
mi imagen.

Y no creas que no he pensado en abrir la puerta y dejarme ir... en cortarme un poquito las venas para que la noche llegue, entre ocasos rojos, y prologue un alba tan blanca como las veinticuatro lágrimas que, dicen, llora uno cada vez que llora por algo.

Supongo que a nadie extraña, es natural que escriba a borbotones... o que llene el alambique con lo que suele serme cotidiano y, con gesto cansino, encienda el fuego como si no pasara nada. ¡Sí!, uno necesita destilarse cada día para probar si se convierte en alcohol o la esencia se evapora sin licuarse.

Cae la tarde
al ritmo y compás
de tus veinticuatro lágrimas.
No te preocupes,
dejaré abierta la ventana
y una notita en el alféizar
que te diga que estoy buscándome.

Si te acuerdas, deja la luz del porche encendida; pon en la nevera agua y deja un abrazo en el sofá para que me sienta en casa.

¡No me busques!, en este preciso instante estaré guardándome de mi mismo... entrando en el primer armario que encuentre y cerrando con llave.

No quiero que me molesten,
necesito la oscuridad para *des-esperarte*...

Cuando llegues, desnúdate como si te estuviera mirando... déjame entrar en la ducha contigo, pídemme que te enjabone la espalda o te traiga la toalla...

.. hazte luna y cierra los ojos
cuando te cubran las sábanas,
deja que tus cabellos mojen
mi lugar en tu cama
y suéñame,
entonces,
dormido
que yo me he ido a soñarte.

(Y dejo, en un rincón, la sonrisa a flor de piel... las zapatillas de tela, que tienen la suela de esparto... el texto que no he escrito, dos rosas negras, un cigarrillo apagándose y una colección entera de nostalgias encuadradas. Hace tiempo, decidí escribir sólo palabras nuevas... que las viejas, para ti y para mí, ya se han quedado escasas...)

Con la última gota de silencio que, ahora, habita en mi alma... volví a preguntarme::

***¿De donde has vuelto,
amigo?***

*Las conté,
hay veinticuatro respuestas
en tus veinticuatro lágrimas...)*

A la luz de dos velas

Un segundo después de parpadear indecisas, las luces del salón cerraron los ojos. A la luz de dos velas quedaron, en la penumbra, las sombras; el suave aroma de tu piel se volvió color de magia, en mi retina.

Pasó un momento, en mocasines de esos que se deslizan sin el mínimo ruido... sentí como se acercaba a nuestra cama y se sacaba, en silencio, sus calcetines grises.

En la noche tibia, un rayo de luna recién nacido encontró una discreta rendija y se coló, curioso y tímido, hasta reflejarse en el espejo y detenerse en el umbral de la utopía.

Respiraste, abrazándote a mi, y sonó como un suspiro.

- ¿Estoy soñando...?

- Estás conmigo...

(Se apagaron las dos velas cuando amanecía...)

Con la luz del alba, pude ver como se tatuaba, en mi, tu última caricia.

Respiré, me abracé a ti, y sonó como un delito.

- ¿Estás soñando...?

- Estoy contigo...)

Mis aviones de papel

Escribí sin aliento:

"No sé si me crearás CUANTO te diga, pero estoy muriéndome a borbotones,
muriendo por dentro
con prisa indescriptible,
ácida ,
obscena...

Lo curioso es que tampoco sabría explicarlo con palabras que yo mismo entienda.
Imagino que ni siquiera es necesario porque, a fin de cuentas, ¿que importa que se
muera un alma mientras haya sonrisas que florezcan...?

No es melancolía, ni cansancio, ni siquiera ese aguafuerte que llamamos "tristeza"...
Es, apenas, algodón...

... o lino, ... o seda;
el ligero desdén con uno mismo
y el asfalto derretido de un tiempo de vivir
que ya no quiero...

No sé si me crearás CUANDO te diga que me estoy perdiendo para siempre..."

Marqué su número de teléfono... la intención era, tan sólo, darle un beso de buenas noches; pero acabé leyéndoselo. Y pasó el ángel de dos minutos en silencio; oí como un suspiro llegaba a mi piel desde un lejos que quedaba, justo, a mano derecha... luego, ella, me susurró: "Has plagiado tu mirada; quizás creyendo, erróneamente, que yo no leería la ausencia de brillo que ahora tiene".

Dieron las "cero-cero-ochó" en el reloj de la torre, que queda cerca de mi azotea. Con el texto impreso en un avión de papel me asomé al balcón... deseando dejar que la brisa del oeste se adueñara de esas palabras, que habían nacido para que nadie las escuchara y se las llevara el viento. Atónito, observé como el avión de papel regresaba mansamente... hasta aterrizar, como acariciándome, a unos escasos cuatro metros. ¡Le planté fuego!, lo dejé consumirse hasta que no quedó ni el más pequeño rastro de letra impresa.

Decidido a encontrar otras palabras, volví a sentarme frente al PC...

Escribí besos: "No sé si me crearás CUANTO te diga, pero estoy muriendo por dentro; a borbotones, con prisa indescriptible, ácida , obscena..."

(Desde entonces, esta escena se ha repetido mil veces.

Sigo intentando, infructuosamente, escribir otras palabras... pero he logrado convertirme en un experto en papiroflexia y mis aviones de papel, buscándote, vuelan cada vez más lejos...)

Instantes frame

- ¿Te gusta Adam Parfrey?
- Me gustas tu, ¿no lo notas?
- Hablo en serio...
- Yo también.

Dieron las horas, como si fueran gotas de vejez regaladas y, ya se sabe, cuando te obsequian con algo no es educado adoptar actitudes de rechazo.

- Se me hace tarde...

Se viste con la misma liturgia de siempre: primero el sostén, luego el suéter, un poquito más tarde empuja la falda caderas arriba y me sonrío mientras se pone los zapatos. Va al baño para recoger su pelo frente al espejo y pintarse los labios; regresa y se pone el abrigo, segundos antes de verla recoger las bragas del suelo y deslizarlas lentamente por sus muslos hasta que quedan perfectamente encajadas.

- ¿Por qué siempre las dejas para el final?
- No sé... imagino que me gusta la sensación de estar sin ellas a tu lado.
- Que sepas que siempre me quedo con ganas de robártelas...

Salimos, una última ojeada a la habitación me confirma que las arrugas de las sábanas son, en realidad, frases manuscritas que cuentan la historia de nuestros cuerpos y ese huracán de pasión que, al mínimo roce, desatamos.

Son "*instantes-frame*", rodados en el tecnicolor suave del blanco y negro... por eso colocaré, en este lugar del texto, la imagen de un paraguas meditando y dos geranios que, en sus ansias de libertad, han sacado los pies del tiesto mientras leen nuestros pretéritos perfectos como si de futuros posibles se tratase.

(Cada uno en una orilla, en medio todos los ríos y todos los mares...

No detuvo el taxi que me la robaba una mañana de Mayo, ni nunca me preguntó si me gustaba Parfrey; pero se llevó mi camiseta negra empapada de los dos y esa promesa, que mantengo, de seguir soñándola con los ojos abiertos y la boca cerrada.

Yo me quedé con sus palabras:

- *Cuidate, mi niño... arrópatate de todo frío con el recuerdo de mi calor...*

Todo estaba, hoy, en silencio... encontré una flor y pensé en mi ángel.

Te sentí tan cerca que conseguí abrazarte...)

Palabras en la nevera

Palabras en la nevera, congeladas y ateridas, para vencer una fecha de caducidad que siempre amenaza con sucedernos. No protestan, aunque comparten estantería con pimientos rojos de ira y una lechuga verde de envidia porque la ensalada de hoy va a ser de tomate con hojitas de acelga descongelada.

El cartón de leche discute, en un rincón, con el yogur de fresa por un *quítame allá tus fermentos que yo prefiero mi "maya"*; aunque se aprecia que la polémica terminará en una fastuosa boda griega con tropezones de arándano.

Hay seis trozos de conejo, tres puerros, dos limones y una bolsa de salchichas alemanas que rivalizan por ganar un concurso internacional de calidad literaria; todos desconocen que los organizadores ya tienen decidido premiar a las oropéndolas porque sus plumas amarillas, pero sobre todo su cola negra, hacen juego con las tendencias que se imponen, es te año, en las pasarelas de alambre.

La tarrina de mantequilla se pavonea frente a las mermeladas, mientras el jamón serrano amenaza al queso con un *"no me toques los huevos que son para mí tortilla y tu has nacido para un sándwich tan peripatético como prosaico"*.

Dicen que hay merluzas frescas, recién atrapadas, y otras que están guardadas en el congelador hasta ver si se manifiestan cómo empanada o, ¿quién lo sabe?, cómo resacas de esas tan marítimas que nacen de un *amar-a-mares* que atrapa lunas y desata desde nudos marineros a gordianos.

El repollo le guiña un ojo a la lata de bonito; en un rincón umbrío, las malas lenguas de las zanahorias le susurran a las berenjenas que la col tiene intenciones inconfesables porque ha nacido en Bruselas y tiene dos primas en el Báltico.

Siempre hay lonchas de chorizo que se creen más importantes que las lonchas de salami... absolutamente ignorantes de lo mucho que presume de sus dientes el ajo o, también, de lo orgullosa que está la cebolla por tener más capas que nadie o de conseguir que lllore el más valiente de todos los cobardes.

En el estante del medio, la mitad de una morcilla de Burgos rivaliza con otras sobras de almuerzos y cenas; en el aire flota una nube de gas venenoso, está en juego quién organiza el homenaje secreto a la única rodaja que queda del elegante lomo ibérico. Ignoran, o quizás sea que simplemente *"no saben"*, que se convertirán en croquetas antes de ser recicladas por el año.

Desde una distancia próxima me contemplo y les contemplo. Con total apatía, caigo en la cuenta de que somos un mundo tan sincrético cómo fascinante, tan disparejado cómo inquietante; una colección de cromos desclasificados que sueñan con una gloria para la que no tienen talento... un microcosmos mágicamente disperso que, equivocadamente, se adivina eterno...

Por eso...

DESPACITO... pero con pasos seguros y sin pausa ni tregua, me voy alejando del país de Alicia... de las mil y una noches, con sus días... del onírico edén en el que siempre vive un sueño más y hay una utopía menos...

SOY PEREGRINO, sin más objetivo que nunca alcanzar la meta; apenas un caminante de ríos de lava, con paraguas de tela negra y zapatillas de esparto -que a viejas huelen por viejas aunque apenas las haya usado-, zurrón de pastor, con pan nunca recién hecho y queso de luna llena, que dicen es de oveja aunque nadie lo haya probado...

No quiero aceptarlo, pero el viento me empuja y la brisa me exige que navegue; sin darse cuenta de que, incluso a mi, me falta muchas veces el aliento y me puede el ansia. Pongo rumbo allí, marco en el mapa la ruta que me lleva a territorios de nunca jamás o, mejor aún, al país de "yo-no-quiero"... **EMPUJADO POR INERCIAS** que se retroalimentan de cajitas de cartón en las que guardo, o guardaba, cosas tan importantes que dejarán de serlo en cualquier instante...

DESPERTARES, SIN RELOJ de cuerda **QUE ME DESPIERTE**; pero siempre con la boca seca y el paladar ardiendo, con esa sensación de no poder llegar o de convertir en insatisfacciones todos los deseos que toco... en un latir continuo, arrítmico y perverso, que es un solo latido devuelto por mil ecos.

NO RECUERDO...

Pero nunca hubo en mi **UN TIEMPO DE ANTES** que presumiera un después pleno... **NI** una ola, primeriza y lisonjera, que anunciara holas y adioses como **UNA CRÓNICA PROFÉTICA DE SUCEDERES...**

COMO UNA VELA EN VELA, insomne y ciertamente perplejo, **HE DESCUBIERTO EN MI UN TÚ QUE ME ESTREMECE...** **QUE ME ASFIXIA Y ME MUERE** por darme tantas dosis de vida que, ahora mismo, ya no deseo.

HILVANANDO RETALES PARA COSER UN TRAJE QUE PAREZCA NUEVO; esas "tú" que tú nunca fuiste, con bolsillos vacíos de exigencias y repletos de "no te entiendo pero nunca dejo de quererte"...

YA NO VEO...

Ni a los niños que se esconden entre los setos del jardín... ni al que se ha quedado en tierra de nadie... ni tampoco aquel que nunca estuvo pero siempre tiene un lugar en mis recuerdos...

ME DOY CUENTA DE QUE no quiero ser acero inoxidable, ni plástico, ni nada que se le parezca. **SOY DE HIERRO PORQUE ME OXIDO CUANDO LLUEVE...** **PORQUE LA HERRUMBRE DE LOS AÑOS ME CORROE...** **Y EL ORÍN DEL HARTAZGO EXISTENCIAL NO ME DEJA DESTILAR LAS RESPUESTAS A MIS PREGUNTAS ETERNAS...**

Cuando llueve torrencialmente y en el cielo gris aparecen los relámpagos y los truenos, releo el texto...

Te he dejado en clave de mayúsculas un mensaje cifrado para sentir que, cuando tú lo desveles, nacerá un hilo conductor que nos una en un abrazo tan fugaz e intangible como verdaderamente eterno...

Mientras, no querré escribir ni un solo párrafo más y pensar que estoy sintiendo menos. Guardaré las palabras en la nevera, congeladas y ateridas, prisioneras del mutismo, tan sencillas cómo lo han sido siempre y tan modestas que nunca necesitan un escenario para sentirse reinas...

Inocente de no ser culpable

("Me parezco al que llevaba un ladrillo consigo para mostrar al mundo cómo sería su casa", me susurra al oído Bertold Bretch... y yo deseo responder con un ingenio que casi nunca tengo a mano cuando lo necesito. Pero, lejos de arredrarme, sonrío con una mezcla de sabia ignorancia y el socorrido recurso de recordar alguna cita, que se convierta en respuesta ingeniosa ya que no puede ser réplica genuina...

- Parafraseando a Capote, amigo Bertold... antes de iniciar la labor de cambiar al mundo, no olvides dar tres vueltas por tu "ladrillo"...

Cierro el libro casi sin despedirme, justo en la página sesenta, dejando una frase a medias y cortocircuitando alguna absurda reflexión que retomaré algún día. Distraídamente, pido un café y me regalan una sonrisa de mujer dibujada sobre unos labios increíbles. Todo ocurre en segundos y sin pedirme permiso para entrar en mi universo... Nome sorprende, entonces, que al abrir el bloc, desde la mesa de la izquierda, casi de puntillas y envuelta en celofán de enigmas, me recorre la cálida y desconocida mirada de unos ojos azabache que, más que matarme, "me mueren" a suspiros indecentes...

Escribo, entonces, esas primeras palabras que nunca te dije:

A los seres sin tiempo que perder... a quienes comprender resulta fácil y, sin embargo, mueren casi siempre incomprendidos...

A las noches que no brillan...

...a las estrellas que parecen sentarse en la cornisa,

a los búhos... a las luciérnagas... a las ardillas...

A ti, que cuando duermes sueñas sueños imposibles

y a mi, que estoy en ellos...)

Y ahora, te contaré una historia diferente:

Se levantó una mañana con la sensación de haberse despertado en ese día nuevo que vuelve a suceder, una y otra vez, todos sus días. Con el sentido del olfato alerta, miró a su alrededor y descubrió que el color azul se había convertido en un tímido verde a la deriva... que las sirenas caminaban despacito, mientras las olas hacían surfing sobre botellas de ron añejo que coqueteaban con las botellas de tequila.

Se sorprendió pensando y se dijo, a sí mismo, que no era posible...

El negro serpenteaba entre las ansias de sobrevivir, pintadas en amarillo, y la suave laxitud del incoloro suicidio. Más allá del mástil de su velero imaginario volaba un cormorán y, al girar levemente la cabeza, podía distinguir las silenciosas siluetas de los abruptos acantilados de la vida.

A la hora del almuerzo se percató de lo vacía que estaba su mirada vacía... Rescató, entonces, un destello de lo que fuera su sonrisa y lo convirtió en una mueca que, curiosamente, combinaba a la perfección con la ausencia de todo y la presencia de nada que era, en aquel contexto temporal, el color elegido para las cortinas...

Dejó el entrecot a medio cortar y encendió la radio; deseaba asomarse a la ventana y escuchar una noche de verano, con el canto de los grillos incluido. Se echaba en falta a sí mismo... se extrañaba con tal necesidad que no recordaba si se había ido o, por el contrario, no se había movido mientras todo a su alrededor desaparecía.

Pensó en acusarse de cualquier horrible crimen, pero temía que en la cárcel no le dieran cigarrillos...

Inocente de no ser culpable, quiso sentirse... pero era demasiado fácil y excesivamente sencillo.

(Escribo, ahora, las últimas palabras con mi último aliento...

A los seres sin tiempo que perder, a quienes comprender resulta fácil y, sin embargo, mueren casi siempre incomprendidos...

A las noches que no brillan... a las estrellas que parecen sentarse en la cornisa... a los búhos... a las luciérnagas... a las ardillas...

A ti...

a mí...

*que aún disfrutamos
soñando sueños que otros creen imposibles y embistiendo molinos de viento...)*

Mary Ortí

Valencia (España)



Mary
Ortí Rallo

Valencia, 1.963

Reside en Valencia

Colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en *El verso que viene* (<http://perso.wanadoo.es/kismi>), *El Escribidor* (<http://www.escribidor.com>), la *Revista Literaria Sensibilidades* (<http://revistaliteraria.sensibilidades.com/>), *La Casa de Alena* (<http://alencollar.sensibilidades.com>), *La web de Araceli* (<http://www.araceligarcia.com>) y en la página a la memoria del poeta **JOSÉ MANUEL GARCÍA GÓMEZ** (<http://es.geocities.com/josemanuelpoeta/>). Finalista del certámen "*Poesía 2000*", organizado por la revista "*Che Lagarto*"

Obra impresa individual:

"Fuimos de tardes" (poesía, 2003)

"Viento, silencios y mar" (poesía, 2004)

Participación en publicaciones colectivas

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
7 Septiembre 2001

<http://perso.wanadoo.es/maryorti>
<http://maryorti.sensibilidades.com>

mary89orti@yahoo.es
mayaki74@hotmail.com
maryorti@wanadoo.es
maryorti@sensibilidades.com

Índice de textos

“In memoriam (noches de hospital)”

In memoriam *(noches de hospital)*

Ahora me llenan las ausencias, tanto, como estos días grises con cielos acabados, días de almohadas hundidas, de sueños removidos y oscuros, días de noches con miradas de vidrio que ya no sienten horizontes.

Las luces se alternan con el silencio, con la respiración arrítmica que reseca los labios, esos que ya no dicen besos, que ya no besan sonrisas, los que sangran con las horas paradas.

Se van llenando los minutos con el vacío de las manos, suspendidas en el viento calmo de las paredes, abrazadas a la nada de recuerdos rezagados, rugosas como árboles del otoño más desnudo.

Me llenan las ausencias como fantasmas de punta en blanco, y me rozan para vaciarme en mis ojos amanecidos en lluvias.

*

Ahora descubro lo que duele una cuartilla en desnudo, el por qué de las lágrimas de las manos, y ese vacío de miradas entrelazadas a la nada de la espera.

Mis dedos reptan como sierpes enroscándose al estómago, prietos y embebidos por el dolor que mana de este silencio, vomitivos en la bilis del tiempo que no sabe olvidar.

Ahora que estoy vacía y desnuda descubro cómo duele mi ausencia entre lluvias de cielos sin nubes.

*

*Quiero dormir la noche,
con su oscuridad y soledad,
con todo su silencio,
con la calma de luces perennes
que nutren este tiempo de espera.*

*

Una gota empuja a otra gota transfundiendo recuerdos en vena, añoranzas de infancia y risas, de cuando las miradas eran manos caminos, y las manos miraban horizontes alcanzables.

Una gota reta a otra gota en su abrazo transparente, entubado desde cielos que no destilan azules, sinuoso entre aires enrarecidos...

agrios.

*

La muerte no ronda;
enseña ya sus dientes,
hunde los ojos,
ensangra la boca,
arruga las manos
en recuerdos olvidados.

*

No encuentro metáforas
para adornar, camuflar,
o no ver estos tubos de plástico
que transportan vida.

No encuentro juegos de palabras
para esta realidad del cuerpo enfermo.

*

Escribo a oscuras para no deslumbrar al dolor y grite su encierro,
para no llamar a la fiebre y perle de sudor la piel,
para no distraer a la vida y venga la muerte a despertar,
con su hambre y su sed insaciable, la horizontalidad del cuerpo vencido.

*

A dos pasos, a dos habitaciones,
y se mofa la muerte sobre las lágrimas vertidas.
A dos pasos, a dos habitaciones,
quiere asomarse la muerte sobre sueños de almohada.
Ayer tenía la cara de ochenta años seniles;
hoy, busca los setenta en la piel que me trajo a esta soledad.

*

Duerme la noche en el regazo de los ojos cansados, imperturbable en el silencio doblgado en la piel. No despertéis al monstruo de afiladas pesadillas que insolente ahuyenta al sueño de estas manos.

No llores, que me desarmas en el silencio de las palabras de tus labios. Duerme, aún con los recuerdos roídos, y la memoria olvidándose en la lluvia.

*

El ocaso se cierne sobre la voz,
en ese silencio que atrapan las manos,
en el lamento rítmico de la soledad,
goteo de albas níveas,
de noches transparentes
entre la piel sedienta.

*

Viene el alba a despertar soledades;
las manos... las manos ya duermen sus fantasmas
apostilladas tras el silencio.

El cuerpo ha quedado vacío;
de memorias,
de las lluvias de la piel.

*

Recuerdo las voces, voces presas del silencio, voces recordables en la soledad de las manos del pasado, voces que callaban su agonía y lloraban sus venenos. Recuerdo las miradas, ojos que dormían los días en el seno de un abrazo, ojos noctámbulos en la piel de las palabras, ojos aniñados e inocentes que dibujaban en pizarra horizontes y mares naranjas. Las recuerdo ahora que mi voz es mirada y súplica, que mis ojos son dueños de la soledad.

*

Se halla inmóvil la lluvia sobre la piel,
feneciendo los recuerdos en la memoria de las manos;
la noche se hace mirada entre la soledad,
sobre el horizonte... y van pasando
los silencios hacinándose enjutos al cuerpo.

*

Cuando miro mis ojos sólo veo la sombra de la lluvia, la vuelta del revés de las gotas que, tranquilas, se funden en los espejos reflejando lejanos horizontes.

Cuando miro mis manos sólo siento el silencio de mi voz, ese lado encubierto de las palabras engarzadas en venenos que amilanan al ser de mi piel.
Cuando miro mi entorno sólo sé de la certidumbre de la soledad que cubre, con pieles de nieve, la llegada de estíos sobre mis versos soñados en la brisa.

*

Ya ves que sigo necesitando
del veneno de este silencio
que horada mis dedos:
muerte queda e impasible
en arritmia disparada.

No importa que mida mi piel:
la ponzoña buscará la soledad del corazón
en el sudor frío que hiela los sueños.

*

Sólo te queda el rencor petrificado en la indiferencia,
absoluto en el polvo que cubre la memoria.
Reniegas del mar que te trajo a esta playa
sin saber que es desierto donde sonrío la muerte.

*

He elegido la soledad porque no hay besos que embellezcan mis labios.
Reniega mi piel de las caricias de la brisa de las manos dulces, e insolubles se quedan las palabras en las voces fantasmas del deseo.

Soledad innombrable en el aullido del eco de unos poemas que ensombrecen las sonrisas... las risas que no se dibujan en este insomnio.

*

Si supiera lo que ven tus ojos
cuando me traspasan en su vacío,
si pudiera entrelazar el desvarío de tu boca
cuando me atrapa en su olvido,
quizás,
no estaría aquí escribiendo llovias
que desertizan en soledades mis manos.

*

Ahora duele el silencio,
el compás de espera sin horizontes;
gota a gota
pasean las miradas su vacío;
minutos a horas
se escapan los sueños
en el tiempo insondable.

*

"No te quiero",
han envenenado tus labios,
y como lluvia que golpea indómita,
me ha dejado en silencio desgarrado,
desnuda ante la tempestad
de tu mirada perdida.

*

Apenas asoman ya los recuerdos por tus silencios,
y ese callado dolor que entristece la lluvia,
adormila los sentidos en la brisa olvidada de las manos.

*

Llevo paisajes de silencios tatuados en los sueños, horizontes oliendo a lluvias de primaveras, arco iris desvaído en las manos... mares que abandonan sus naufragios al filo de mis versos, lenguas de olvidos lamiendo en aguas oscuras de la piel.

Llevo paisajes desnudos velando en las noches solitarias unas gotas de vida.

*

Mis lágrimas son calladas como ahora lo es el silencio de las manos; mis manos que ya no besan, que no rozan los recuerdos de tus miradas.

Si pudiera, ataría los sueños, cada horizonte por nacer, cada lluvia de sonrisas, todos los iris para tus ojos.

Mas continúo en la oscuridad garabateando palabras de aire mientras la soledad se adueña de tu cuerpo vencido y mi ánimo.

*

No importa que hiera
el viento en las heridas...
el desierto abandonará su arena
en las cenizas de estas horas en soledad.

*

Calles ausentes tras la ventana,
luna sin brillo para las manos,
versos nacidos desde la soledad...
y la noche alargará sus sombras
sobre la lluvia de la memoria.

*

Escribiré sin sentido en la soledad de la espera; por no oír el silbido que deja la muerte sobre la piel; por no ver miradas ausentes, fijas sobre mis lágrimas; por no sentir el sudor de las manos al vaciarse.

Mis versos son cortos, agónicos como el dolor de la espera. Mis versos no saben de métricas, no les importa que no rimen soledad con muerte, ausencia con silencio. En este callado poema irán amaneciendo lluvias, con su silencio refugiado en la piel, como abanderado en horizontes sin sueños, o sueños de horizontes inalcanzables.

*

Hoy amanecieron negros los labios, resecos como desiertos perennes y sin luz, ausentes de sueños, olvidados en la memoria de la arena. Las manos se irán atardeciendo sobre la lluvia, y el cuerpo buscará la espera de la noche.

*

Cuántas hojas llevo escritas,
cuántos sueños rezagados en las manos.

Jeroglíficos de arena
que no esperan mares
sobre sus playas abandonadas.

*

No hace falta que el dolor sea grande para ahondar más soledades... puede ser pequeño como las miradas que ya no miran nada, como las manos que ya no recuerdan, como la lluvia que todo lo impregna con su silencio sobre el olvido.

*

No todas las sombras son silencio,
ni los gritos llaman al dolor;
a veces, se callan los dolores
sobre las lluvias;
otras, las sombras iluminan
los amaneceres de la voz.

*

Nada llega tarde;
la muerte a su cita,
la luz a su sombra.

Todo encuentra su camino;
el dolor en la piel,
el silencio en las manos.

Nada llega tarde;
la soledad a los versos,
la ausencia a los labios.

*

Lluvia rápida para ralentizar los silencios;
lluvia calma para acallar la muerte.
Lluvia odiada entre las sombras;
lluvia amante entre los recuerdos.

*

Despacio se van desnudando los silencios sobre los abismos de las manos; uno a uno, reverdecerán en soledades todas las memorias de la piel, los olvidos abortarán los amaneceres, el dolor llagará las primaveras... el poeta siempre llorará sus lluvias tejidas a la certidumbre de la muerte de sus versos.

*

Treinta puñales clavados en los sueños, treinta esperas desnudas y en soledad. Son treinta noches con insomnes albas, son treinta días quebrados en el silencio. Treinta puñales ensartados en el abismo, treinta esperas sin horizontes. Pero, ¿crees que va a ver un mañana?
Si la muerte perla la frente, ya no nacerán más sueños. Si cierro los ojos y me vence el sueño, no veré a la muerte cercarte con su abrazo. La vigilia será mi soledad en esta noche sin albas ni rocíos en las manos.

*

Nunca se llora bastante para llenar los mares, y amanecerán sin playas, con olas muertas sobre mi regazo; y en el último suspiro de muerte, se secará en la sed insaciable de mis manos solitarias.

*

Cuatro velas rojas para velar un cadáver,
un cuerpo olvidando memorias,
angustiado en el silencio de la muerte,
en la soledad del sepelio
y las lágrimas derramadas
en el eco dejado por los recuerdos.

*

Nunca se vacía del todo la lágrima de su dolor que, insomne, vapulea los ojos sinuosos en la impotencia. Es el silencio el que escucha mi voz en esta noche de vigilia. No duermas, no, que no sucumban las velas en la oscuridad de estos versos. Y, ¿cómo vas a dormir estando derredor tanto silencio, tanto dolor sumido en la soledad?. Duele hasta la oscuridad de esas cuatro velas llevándose los últimos suspiros de luz en la noche cerrada.

*

No son tuyas esas manos lazadas a la muerte, ni tu rostro donde ya no se adivinan sonrisas de antaño. Te han dejado maquillada con la soledad de la despedida tras el cristal que separa mi adiós de tus manos.

*

Mi dolor es no haberte dicho adiós con un beso,
el dormir la soledad de la espera.

No tengo tu último suspiro para mi recuerdo,
esa última mirada para abrazarla en mis manos.

Mi dolor es mi adiós atravesado
como veneno en mi silencio.

... para ELLA, que enjugaba sus lágrimas en mis versos.

Lola Bertrاند

Gijón (España)



*Lola
Bertrاند Mira*

Gijón (Asturias), 1.950

Reside en Gijón (Asturias)

Integrante del equipo de redacción de la *Revista Literaria Sensibilidades*, textos suyos han sido publicados en numerosas webs, entre las que destacan *el Escribidor*, *La casa de Alena* y *la Web de Araceli*, así como en *Poemas por la Paz* de *Edit Checa*. Premio a un relato publicado en "*Historias de un mundo mejor*", por el *Círculo de Lectores*.

Obra impresa individual

"O somos gafes... o somos idiotas" (novela)

Participación en publicaciones colectivas

"Historias de un mundo mejor"

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

"Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo",

"Antología de narrativa: humor con extrema-unción"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
11 Octubre 2001

<http://paginasdeniebla.sensibilidades.com>
<http://paginasdeniebla.no-ip.com>

lbertrand@telecable.es
lolabert2001@yahoo.es

Índice de textos

“La loca”

“La cita”

“Porque es tiempo de ceniza”

“La esquina”

“Deja que crezcan, en el llanto, zarcillos”

“Feliz cumpleaños”

“Tan sólo queda un árbol en el bosque”

“Tiro la toalla”

La loca

Me llamo Marina, pero todos me dicen "la loca". He olvidado cuantos años tengo, aunque vago entre los treinta y los setenta, dando tumbos, unos días para un lado de la cuerda y otros para el contrario...

Vivo en un puerto de mar, y todos los días, sea invierno o verano, bajo a la playa y me acerco hasta la orilla del mar...

¿Qué hago?: lanzo un mensaje, ¡todos los días lanzo un mensaje al mar!

La verdad es que el mar me fascina. Una vez, hace mucho tiempo, escuché...,-o tal vez fue ayer y ya no lo recuerdo-, lo cierto es que escuché que al mar van a parar las penas, alegrías, lágrimas, amores, sueños, y desengaños... de todos los seres humanos.

Aquello me dejó confusa y pensé: los míos se pierden, pues yo no los lanzo al mar... Desde aquel día voy todas las mañanas a la playa, y, escrito en un papel, pongo todo lo que pienso; a veces es un poema, otras un relato, las más un ruego, en algunas ocasiones un sueño...

El mar nunca protesta, siempre acoge amablemente todo aquello que le mando y, yo, me siento feliz llegando con mis pies descalzos hasta el pequeño borde de espuma que deja la ola al retirarse.

Durante muchos otoños, y primaveras, han pisado mis pies esa hermosa y dorada arena de mi playa; muchos mensajes y sueños ha guardado mi mar; pero nunca, nunca me había ocurrido lo que me ocurrió esta mañana...

Serían las nueve... Bajo tempranito para no molestar, y en cuanto la divisé, ya desde lejos, me percaté de que algo inusual le había ocurrido a mi querida playa: ¡estaba toda nevada!

En todos los años de mi vida, no sé si treinta o setenta, habían visto mis ojos algo parecido.

Me quité los zapatos, como todos los días, y con los pies helados comencé a caminar hasta el borde, allí donde las olas dejan un rastro de espuma... Al irme acercando, vi unos bultos pequeños y blancos que bordeaban toda la costa. Escarbé en la nieve, de una manera compulsiva, para ver que era aquello, y el corazón se me hizo pedazos cuando comprobé que eran palomas muertas... ¡Dios mío, palomas muertas al borde del mar!

Algo muy grave debe de estar sucediendo, -pensé-, y yo..., yo solamente soy una loca que no tiene edad, y a la que no toma nadie en cuenta...

Me quedé prácticamente de hielo: entre el frío, la nieve y lo que acababa de encontrar no era para menos... Como no sabía que hacer empecé a llorar, y lloré, lloré..., y lloré...

Lloré tanto que, no se lo van a creer, pero la nieve de la playa se fundió, y pude enterrar en la arena a todas las palomas muertas que encontré. Me sentí mucho mejor después de esto, y, metiendo la mano en uno de mis bolsillos, saqué el mensaje que llevaba preparado para lanzar al mar, y lo leí en voz alta, antes de dejarlo entre las olas...

Era un ruego sencillo, como un susurro, casi como una oración...

Decía así:

POR FAVOR MAR, HAZ QUE EL HOMBRE DE LAS CARACOLAS VUELVA...

Esta mañana, lloré al lanzar mi mensaje al mar, pero eso solamente lo sabemos el mar y yo, y ahora también ustedes...

La cita

Él y ella, separados por una mesa, desierta, engalanada con un mantel blanco.

¿Puede ser una mesa de kilómetros de ausencias...?

En este caso, puede ser que sí...

El primer ritual suelen ser los ojos. Es imposible evadir la mirada, sin ser descortés. Los ojos se funden en los ojos, y cada uno desprende una esencia diferente...

-¿Me amas? - dice ella.

-¿Qué día es hoy? - pregunta él.

Dos manos inquietas aletean ternuras.

Le duelen las puntas de los dedos de no poder tocarlo.

¿Cuándo te has ido que no te vi marcharte? , piensa ella.

-Te estás volviendo vieja - comenta él.

Dos pupilas heladas la atraviesan, dejando en su cuerpo una rigidez extraña.

Dos lágrimas mueren tragadas a través del iris negro.

-¿Dónde quedaron los que un día fuimos? - pregunta ella.

- Estoy muy satisfecho de lo que he conseguido en esta vida -le dice él.

Una catarata de imágenes, humillantes y desagradables, se incorpora a su torrente sanguíneo. No quiere pensar, y no puede dejar de pensar...

El sonido de un reloj de pared invade de pronto el aire que les circunda: está desgranando las horas acumuladas por años.

La cita termina.

Mañana amaneceré libre..., piensa ella.

- Espero que me tengas la ropa a punto para la reunión de mañana - ordena él.

Sobre la mesa, el blanco mantel se pregunta: ¿estarán vivos...?

Porque es tiempo de ceniza

Porque es tiempo de ceniza
y llevo en la frente
el estigma de los casi muertos,
dejaré que me gangrene tu escarcha.

Porque la ausencia de tus manos
es un cilicio
que llaga en silencio la cintura de mis noches,
permitiré que escribas mi epitafio con tu sangre.

Porque el látigo de nueve colas
acorrala el dolor de no abrazarte nunca
sobre mi espalda agrietada de futuros,
rasgaré mis sueños empapados en tu ácido.

Porque el olor a incienso y miserere
cubre el intenso aroma de mares y jazmines
dejando que se pudra la belleza
en un barrizal de pecados inconfesos,
envolveré el cáncer de tu amor en fúnebres ropajes.

(Porque es tiempo de ceniza mis rezos se visten de incertidumbre)

La esquina

Le amaba tanto que se quedó atrapada, durante días y días, en el mismo lugar.
Tan sólo el ir y venir, el instante de cruzarse, les unía.

Conocía la inutilidad de sus palabras. Era consciente de la dolorosa transparencia de su cuerpo. Había comprobado, hasta el hastío, el poco interés que levantaba su presencia.

Por eso, porque le amaba tanto, fue tejiendo sueños sobre el asfalto hasta que se convirtió en esquina...

Deja que crezcan, en el llanto, zarcillos

Deja que el cuerpo ahonde
entre macizos de capullos vírgenes,
y que crezcan en el llanto zarcillos
que atrapen la piel sobre la piedra.

(Un violín sin cuerdas derrama sobre el alba su grito)

Deja que las lágrimas
columpien su pena entre las nubes
que convertidas en agua se duerman en tu sed;
déjalas descender hasta tu sexo silencioso
y que en su húmeda caricia degusten tu fuego.

(Las notas de un piano aíslan realidades)

Deja que la tierra forme un surco
donde enterrar el óvulo estéril
de un amor sin hacienda ni futuro;
deja a las manos ser lluvia
que fertilice las arrugas del alma.

(El gemido de un clarinete nocturno busca su tumba en el mar)

¡Feliz cumpleaños!

Uno de octubre
11:30 PM.

Llevo ya más de media hora, con el teléfono en la mano, sin decidirme a llamar. He marcado el número un par de veces, pero al llegar al último dígito he colgado... Todos los años me pasa lo mismo, ¿qué le digo...?

Amelia y yo, somos mellizas. Ella nació el día 1 de octubre a la 23:55 y yo el 2 a las 12:13, por lo cual cumple los años un día antes que yo ,y... eso me da fuerza y poder ante sus ojos, lo quiera o no... yo soy un día más joven. Durante años esa circunstancia la ha sacado de quicio, y... sacarla de quicio es para mí un placer...

Bueno, ¿qué hago? , ¿la llamo...?, ¿no la llamo...?

A ver, son las 11:45, seguro que estará en misa o rezando el rosario; Amelia es una beata de mucho cuidado: va a misa todos los días y reza tres rosarios, uno de ellos por la salvación de mi alma.

Yo se lo agradezco, por qué en el caso de que posea alma ya tengo el cielo asegurado, o al menos el purgatorio...

Todas estas teorías las he sacado de Amelia, las mías son mucho más esotéricas.

Ella es la buena y yo la mala (eso han dicho siempre las cotillas de barrio...)

Pero el caso es que su marido la dejó por..., bueno esa es otra historia: su marido la dejó, y el mío en cambio se murió solito, (esta es otra de esas cosas que la reconcomen por dentro, lo sé...), porque no es lo mismo ser una respetable viuda, que una vulgar abandonada.

Las 12:00, voy a llamar, seguro que ha vuelto de la iglesia...

-¿Está la señora Amelia B.?

-Sí, soy yo, ¿quién la llama...?

-Soy Lucía, tu hermana, te llamaba por...

-¿por...?

-Mujer, por tu cumpleaños, como veras no he dejado pasar ni uno...

-Ya, ya lo sé, tú siempre tan...cumplida...

-Te estas haciendo vieja, Amelia, son por lo menos...

-¡Ni se te ocurra nombrar la cifra!

-Descuida, hija, se perfectamente que son un montón...

- No tantos, mañana te recordaré cuantos son... los tuyos...

(Si será "cabrona",- pienso-, a qué viene a sacar a relucir mi edad si el cumpleaños es el suyo...)

-Por cierto, ¿qué tal estás?

-Estupendamente, mejor que a los quince años...

(¡Hala!, qué exagerada, seguro que hasta se lo cree, siempre ha sido una simple de cuidado...)

-Pues no son esas las noticias que tengo, me han dicho que has envejecido prematuramente y... que las arrugas ya no te caben en la cara... Además has dejado de teñirte el pelo porque se te caía...

-¡A míí...!, no tengo ni una arruga , para que lo sepas, he heredado la piel tersa de la pobre mamá, no como otras... Y si no me tiño es por que el pelo blanco da madurez y elegancia a la mujer...

(seguro que no se tiñe por que el cura le ha dicho que eso son vanidades mundanas.. si la conoceré yo...)

-Bueno, bueno, no te exasperes, yo solamente te llamaba para felicitarte por tener un año más.¡Feliz cumpleaños, Amelia!

- Tú siempre tan cumplida, Lucía, gracias y hasta mañana...

Ufff, por fin he pasado el mal trago, pienso que he salido muy airosa...

Ella vive en Vallecas y yo en Alcorcón (demasiado lejos para vernos cada dos por tres...)

Hace veinte años que Amelia y yo no nos vemos: desde que...

Pero, eso si, nos llamamos todos los años, es mi única hermana, los días 1 y 2 de octubre para desearnos: ¡Feliz cumpleaños!

(Les confieso que, para mí, la familia es lo más importante del mundo...)

Tan sólo queda un árbol en el bosque

(A la memoria de D.M.B.)

Siento escaparse
la vida
entre las raíces
que se pudren
y amanecen
en cualquier recodo,
inmersas en un féretro de olvidos.

Siento cómo el último árbol
de un boscoso tiempo
de ancestrales cantos
inclina el cansado sueño de sus ramas
hacia una tierra
abierta en plateados llantos.

Siento desmoronarse
el techo de cristal
que sujetaba mis días,
y observo cómo la sangre se va volviendo oscura
de tanto empaparse en abandonos.

(tan sólo queda un árbol en el bosque...)

Tiro la toalla

Es difícil. Es tan difícil llegar hasta ti que he decidido tirar la toalla en medio del pasillo.

-¿La recogerá alguien...?,- me pregunto.

Tengo que atravesar el pasillo una y otra vez, lleva a todos lados, no puedo evitarlo.

La eludo. Bordeo sus pliegues evitando que me roce.

-¿Se pudrirá de soledad si evito mirarla?,- me interrogo con duda.

He perdido las fuerzas y me pesan los pies. Pasan los días y la toalla parece estar más lozana y desafiante que al principio.

Empiezo a temerla. Creo que se burla mi. Cada vez que la miro me acuerdo de ti y el porqué de su presencia en medio del pasillo.

-¿Cuándo vendrá el olvido a llevársela?,- grito en un arranque de desesperación.

Cierro todas las ventanas, y apago todas las luces para no tener que verla. Es inútil, la maldita toalla tiene luz propia.

Una sombra se cruza por mi mente, y las arterias se perturban, estallando en un goteo rojo.

Me arrastro hasta ella. La empapo de mí.

La convierto en mi sudario...

Aletse Santiago

Cancún (México)



*Esthela
Santiago*

Aguascalientes (México),1958.

Reside en Cancún (México)

Miembro Honorario de la "Asociación de Escritores de Mérida" (Venezuela). Lic. en Educación y miembro de la *Casa del Escritor* en Cancún.. Premio en el Certámen Internacional de relato social "Barricada", colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en periódicos y revistas de México ("Tropo a la uña", "Cancunnissimo" y "Paal"), USA ("Community Focus" de Philadelphia) y Venezuela ("Diario La Frontera", o difundidos en programas de radio de USA ("Radio M, Arte y Cultura" de Miami), España ("Radio Babel" y "Radio Nacional de España"), Venezuela ("Radio Comunitaria, Café Literario" de Mérida) y México ("Radio A., Cultura y Arte" de Cancún). Ha participado, como invitada especial, representando a México, en proyectos literarios colectivos de ámbito internacional ("LMdT" y "M") y en recitales poéticos en España, Argentina, México y Venezuela.

Obra impresa individual

"Silencios de agua" (narrativa)

Participación en publicaciones colectivas

"Poemas Quietos"

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"Eñe, Antología Internac. de Escritores en Castellano"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"Antología de poesía erótica: larghetto ma non tropo"

"Antología de narrativa: humor con extrema-unción"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
24 Octubre 2001

www.aletse.net

correo@aletse.net

aletsse@yahoo.com

Índice de textos

“Sueños compartidos”

“Convite de vida”

“Más allá del bien y del mal”

Sueños compartidos

"La poesía es la única
prueba concreta de la
existencia del hombre."

Luis Cardoza y Aragón

Formar un grupo musical, ser ricas y famosas, no estaba mal como nuestros primeros sueños adolescentes. Tener un departamento para las cuatro, toda la libertad en un puño como principal mobiliario, y la devoción de numerosos fans... sí, no estaba mal para cuatro mosqueteras con ganas de comerse al mundo con todo y cáscara y semillas, aún cuando ninguna tocaba instrumento alguno ni sabía cantar. Solíamos ser admiradoras fieles de Da Vinci en nuestro afán de irnos de "pinta" tan pronto como teníamos la oportunidad. No bastaba el gran candado en el portón de la escuela, para eso también existían las ventanas... Con mochilas a la espalda, uniforme escolar y muy poco dinero en los bolsillos, nos lanzábamos a la aventura de desafiarnos a nosotras mismas.

¿Recuerdas la primera vez que probamos de *la verde*? Jenny, la más aventada de todas, le había robado un *carrujo* a su hermana, que ahora compartía con nosotras -muertas de la risa y miedo-, sentadas en un apartado y solitario parque... Cómo íbamos a saber que teníamos que retener el humo: lo expelíamos tan pronto como lo aspirábamos... pero se nos hizo tan fácil seguirle la corriente a Jenny con sus alucinaciones... "¡Miren, miren, un elefante morado volando! ¿Lo ven?" Y nosotras: "¡Síiii, síiiii, lo vemos, y viene acompañado de libélulas y musarañas de colores!" Las ganas, amiga... las ganas de probar todo lo nuevo... eso es lo que compartíamos... así como las lágrimas de nuestros primeros "amores hasta la muerte", frustrados... Admirábamos a Jenny por su desfachatez, tanto en el vestir como en el decir, como si tuviera prisa por emular a Juana de Arco, pero sin ninguna visión real por delante.

Nuestra linda y modosita Pilar era la más callada... siempre ruborizada al punto del puchero. Era dulce y de una inteligencia singular, que rayaba en una evidente timidez. Sin embargo nunca dejaba de sonreír. Poco supimos de ella después del funeral de Jenny unos años después. Quién lo iba a imaginar... Jenny muerta en un accidente de tráfico por manejar drogada con algo más que un carrete de *la verde*... Me imagino que fue a encontrarse con su elefante de alas doradas... formas peculiares de seguir los sueños... Lloramos las tres sobre su féretro, sin estar muy seguras si era por ella o por nosotras mismas... En esa ocasión Pilar nos comentó que estaba a punto de terminar su carrera universitaria, ¿recuerdas?... y años después supimos de su éxito profesional, ya pasado un largo y doloroso proceso de divorcio que nunca nos comentó. Cuando se postuló como candidata para una importante diputación, ni tú ni yo dudamos que lo lograría... y así fue... Eructó, desde las entrañas, todos los golpes del marido, y el coraje acumulado por tantos años, espantando de tajo su timidez...

Tú y yo también tuvimos poco contacto una vez que salimos de la secundaria. Tú, supis-

te sacarle todo el provecho a tu belleza y encanto. Te aventuraste a tu primer matrimonio porque, según tus argumentos: "*¡es que tiene un carrazo que ni te imaginas!*"... Creo que fue en esa ocasión cuando nuestros caminos se bifurcaron. Amigas del alma hasta que no tuvimos más sueños compartidos... De cuando en cuando nos llamábamos, pero cada vez teníamos menos cosas que decirnos. Hablábamos el mismo idioma, pero confundíamos todas sus letras, sintiéndonos incómodas. Tu cuarto matrimonio fue el definitivo: dinero a manos llenas asegurado de por vida, y viajes al por mayor a todos esos lugares con los que siempre soñaste. La última vez que nos vimos, antes de que pasara lo que pasó, fue en esa deslumbrante fiesta que organizaste para anunciar tu próximo viaje al Oriente. Aún no me explico cómo coincidió el que tú me invitaras y el que yo aceptara, sabiendo ambas que yo me sentiría fuera de lugar. Serían cosas del destino... Me alegré por ti. Te veías radiante charlando entre ese avispero de gentes, instalada a horcajadas en el lomo de tu triunfo. Yo te observaba desde una mesita cerca de la alberca, bajo una palmera perfumadita de luna, mientras tomaba una copa de champagne. Pronto tuve compañía...

Yo, la "*romántica*" del grupo, la que les escribía las cartas y poemas de amor para los novios de turno, con los años llegué a escribir unos cuantos libros, y a vivir tan libre como vislumbé en aquella ocasión a las libélulas. Sin fama ni fortuna pero aún pintando "*Da Vinci's*" -como graffitis- en las paredes de la vida. Iba de un lugar a otro, aún con mochila al hombro, ahora cazadora de palabras para prenderlas cuidadosamente, con alfileres, sobre cualquier papel... Tal vez tratando de mitigar un poco la soledad. En pleno vuelo él me conoció. Quizás cansada y deseosa de que mis pies tocaran piso... Por increíble que parezca su nombre no me decía nada. Será porque nos inventamos nombres desde el primer encuentro: "*La Dama del Vestido Rojo*", me dijo... "*Caballero Andante que sabe de la buena música*", le contesté con una sonrisa... Conversamos, no sólo de música, sino de libros y política. Tiempo después ya era demasiado tarde cuando supe su nombre y apellidos. Era tarde para estacionar las ganas compartidas, los instantes donde nos hacíamos exclusivos, al tren de un solo vagón y una sola vía... Ya era tarde para comentártelo a ti...

Así es que no llores por mí, amiga... nada pasó que no estuviera escrito... Decidimos fugarnos juntos, lejos de ti y del resto del mundo. Lo que nunca previmos fue que supieras de su huída e hicieras los arreglos necesarios para que todo pareciera un "*accidente*". Lo que nunca imaginaste fue que era yo la intrusa, la que iría en el asiento derecho... Ya han pasado muchos años de todo eso y aún vienes a visitarme cada día de su aniversario luctuoso, y jamás faltan flores frescas en mi habitación. ¿Sabes?, el bosque y las estaciones que posan ante mis ojos desde este ventanal de hospital, ahora son mis alados versos... nada de candados... Embelesan, ¿verdad?... no pudiste haberme conseguido mejor sitio... Quizá por eso vienes cada vez más seguido, te sientas al lado de mi silla de ruedas y los disfrutas tanto como yo, en silencio. Pero no llores... ¿Será que nuevamente compartimos un sueño?

Y sí, no lo sabes pero te escucho... sobre todo cuando susurras entre lágrimas su nombre o el mío...

Convite de vida

"¡Perros muertos de hambre!", los llamas. Te ves buscándolos por todos lados. No los encuentras. Te urge que hagan lo que tienen que hacer. Ha surgido un imprevisto. Maldices. Son de origen humilde, viejos, ajados de piel y alma. Te arrepientes de haberlos contratado. Tu lógica te indicaba todo lo contrario, aún cuando no has encontrado falla alguna en sus trabajos. A excepción de uno de ellos, que algunas mañanas llega crudo de alcohol y de la vida. Pero sabes que si no les hubieras dado la oportunidad, pocas posibilidades tendrían de encontrar empleo, amén de la significativa ganancia en proporcionarles salarios de risa. Pero ahora los buscas y no los encuentras, hasta que llegas a un apartado lugar fuera del área de trabajo, a la sombra de un asustado almendro que te ve llegar.

Están sentados en círculo, sobre unos ladrillos en el suelo y te sonríen. La curiosidad le gana la partida a tu enojo en una sola jugada. Te acercas. En el centro más ladrillos, y sobre ellos, como mantel, un trozo de papel estraza arrugado y grasiento. Una pila de tortillas, carne deshebrada, un tazón con caldo. Te quedas callado por unos instantes. Recuerdas que es la hora de su almuerzo, y maldices tus maledicencias. Recuerdas también tu cita con uno de tus arquitectos y los inversionistas. Los saludas con un gesto arrepentido, que sólo tú sabrías interpretar: una combinación perfecta entre indiferencia y malestar. Estás por irte cuando uno de ellos te detiene, el alcohólico del alma, que en estos momentos te acerca un ladrillo:

- Siéntate, jefecito, que hay pa' todos, estamos por empezar...

Los otros tres te miran y asientan con la cabeza. Se paraliza el instante. Tu camisa y pantalón de un blanco inmaculado se ponen verdes de solo pensarlo. Los viejos esperan tu respuesta. Estás por negarte cuando comprendes que no sólo son sus alimentos los que quieren compartir contigo, sino todo un convite de vida. Das las gracias y te sientas en el ladrillo ofrecido. Al principio ninguno habla, y cuando empiezan a hacerlo, no lo hacen en su lengua maya, por deferencia a ti. Saben de cortesía aunque nunca hayan ido a la escuela. La educación la mamaron de niños y la llevan en la sangre. Registras el hecho en tu mente y empiezas a sentirte cómodo.

Entras a su milenario rito de disfrazar el hambre. Te dan la primicia. Titubeante tomas la primera tortilla. Dos kilos de tortillas aproximadamente, piensas. Calculas que han podido comprar, entre todos, un cuarto de kilo de barbacoa.

Adivinas que han reunido con mucho esfuerzo sus centavos para tal banquete: unos cuantos chiles habaneros, un tazoncito de caldo de barbacoa, un limón partido, y un poco de sal. Estás por declinar nuevamente el ofrecimiento por lo escaso de la comida, pero te topas de frente con sus miradas: fijas, dignas, orgullosas hasta los huesos de una herencia que no se cifra en números, cálculos, o medidas. Bajas la mirada para disimular tu rubor ante su jerarquía.

La carne se termina en la segunda ronda, y salen salvadoras las tortillas. Maíz: legado bendito de sus dioses. Por turnos, parsimoniosos, sin prisa, uno a uno, van empapando su tortilla en el caldo, llevándose lo después a la boca, como si estuvieran compartiendo la pipa de la paz. Disfrutas cada bocado. Olvidas tus citas. No sientes lo duro del ladrillo. No muy lejos del lugar, una playa y un mar con un futuro incierto, te miran en silencio. El almendro se aferra a sus profundas raíces. Hablas poco... Tú -dueño y extranjero de tierras conquistadas, devastador de selvas para sembrar emporios turísticos, administrador de bienes propios y ajenos-, sabes ahora, con humildad, lo que es matar el hambre de la nada. Por fin, tus zapatos lustrados se hablan de tú a tú, con sus huaraches.

Conversan de la vida: de una estrella nueva, de leyendas mágicas, y del dolor de sus rodillas...

Al terminar, te dan las gracias. Recogen los desperdicios. Se ponen de pie, y cada uno toma su instrumento: escobas hechas de ramas, machetes, picos... para seguir tocando su parte en la partitura impuesta por otros dioses. Y uno de ellos -otra vez el más ajado de la vida- comparte las dos últimas tortillas con un perro verdaderamente muerto de hambre, junto con un poco de carne que le guardó en su morral.

Mas allá del bien y del mal

"Uno, con lo que ha vivido,
ya está más allá del bien y del mal".

Don Juventino

- No porque te necesite menos te quiero menos. Quizá ya aprendí a amarte -le dijo con esa robusta sonrisa que no tenía la más mínima insania. La ironía nunca había estado en su abanico de actitudes de sobrevivencia, aun cuando su vida haya sido toda una ironía. El abuelo tomó su sombrero y salió de la casa dando un portazo para disimular la sorpresa de que su mujer le haya dicho por primera vez NO. La abuela, con la parsimonia de la edad, de quienes sienten que ya todo futuro no puede ser más que ganancia, siguió separando, uno a uno, los frijoles que le había dado mi madre para limpiar. Sus manos rugosas y torpes, semiparalizadas por la artritis, insistían en demostrar a su manera, que uno no se muere hasta que está bien muerto.

Un segundo portazo me regresa al presente, y el recuerdo fresco de unas palabras dichas apresuradamente al salir: "*Regreso tarde, má. No me esperes despierta*". Pongo el álbum de fotos de la abuela sobre mis rodillas, con un cansancio de años. A pesar de mi insistencia, o gracias a ella, de que no salga corriendo al primer claxonazo del auto del novio, lo hizo otra vez. El darse a desear ya no está entre las tácticas del amor. El cortejo es un utensilio fuera de uso de la alta cocina amatoria. Cualquier cosa que le diga a mi hija, no es más que la repetición de lo que me decía mi madre a su edad, aunque la vestidura de las palabras sean de otro corte y confección. El impulso de transgredir, siempre será un síntoma de juventud. Por eso me pregunto si alguna vez mi abuela fue joven, o si su forma de transgredir fue el sonreír a pesar de todo. O lo interesante sería saber qué había detrás de esa mirada suave que traspasaba muros y distancias, el desentrañar esa quietud del alma de la mujer que estuvo como sombra cálida en buen tramo de mi vida.

Aún me es incomprensible el saber por qué desde niña me molestaba tanto la sumisión de mi madre, y no tanto la de la abuela. Quizá porque la primera estaba revestida de realidad inmediata, y la segunda en sus últimos furoros. Este accidente fue el pretexto para tratar de no ser como ellas. Si acaso quería emular la valentía de una madre nutriente -que con la decisión más difícil de su vida, se casó para sacar del caos a sus padres y hermanos-, y el romanticismo que encerraba el misterioso rapto de la abuela, con todo y las fábulas que formé alrededor de ella en mi necesidad de alimentar mis fantasías. Pero demasiado pronto supe la ver-

dad. Con urgencia de rescatar la vivencia, y buscar algún paralelismo entre la temeraria actitud de esta juventud y aquella, corro en busca de un escrito olvidado en mi laptop. Escrito que en alguna ocasión fue un intento de dibujar algunos recuerdos de mi infancia, y encontrar entre sus contornos aunque sea un atisbo de mis propias incertidumbres.

"Mi abuelo, Don Juventino, nació con el siglo, en 1900, y a una edad muy corta, le tocó luchar junto a Pancho Villa y sus "Dorados", al grito de "¡Denle a los pelones hijos del maíz!", luchando contra los terratenientes por tierra y justicia, y mucha lucha y mucha lucha, pero a él no le tocó ni un mísero pedazo de tierra en dónde sembrar todas sus ilusiones de hombre libre, aún habiéndose despojado de sus pocos bienes para ponerlos a favor de la causa justiciera que lo motivó a unirse a los rebeldes. Recuerdo a Don Juventino como a uno de esos personajes de heroicas odiseas, que contaba sus aventuras revolucionarias, rodeado de sus nietos y con guitarra en mano, para luego cantar uno que otro corrido. Y todo lo que el abuelo vio y vivió, fueron parte de mis cuentos de infancia. Eran historias de valentía, traición, hambre, muerte, esperanza y amor. Sí, de amor. Con mi incipiente romanticismo de adolescente, recuerdo en especial la historia de cuando se robó a la abuela, a caballo y a galope tendido, para hacerla su mujer y llevársela de soldadera.

Las soldaderas eran esas mujeres que hacían de todo para mantener en forma a sus hombres en la batalla: les hacían sus tortillas, les asaban los chiles, cocían los frijoles, les preparaban su pulque, les lavaban la ropa, les curaban las heridas, les limpiaban las armas, y calmaban sus ardores varoniles. Siempre viajaban junto a sus hombres por los lugares más inhóspitos; descalzas, a veces con niños arrebozados en la espalda, calladas y por lo general muertas de miedo y de hambre, pero aferrándose a ellos como la única forma de sobrevivir. Viajaban a pie, en ocasiones a caballo, otras en el lomo de los trenes, y no pocas veces tomaron las armas y lucharon con ellos codo a codo. Don Juventino le ponía más emoción a sus relatos, cantando corridos de La Revolución como: *"Si Adelita se fuera con otroooo, la seguiría por tierra y por maaar... si por mar en un buque de guerra, si por tierra en un tren militar..."*

Dedicando esta canción a Benita, mi abuela, ella se ruborizaba, y absorta en uno de sus bordados, apenas levantaba el rostro para sonreírle con el gesto más dulce que yo haya visto.

-Abuela... - le pregunté cuando ya era una joven y comprendí que eso de robarse a las damiselas no tenía que ser precisamente romántico...- ¿Nunca le tuviste coraje o rencor al abuelo por haberte raptado?

-¡Noooo, hija! ¡Si eso era muy común en mi pueblo! -me contestó sonriendo. Pero yo veía en sus ojos un dejo de eterna nostalgia, más no exenta de callada sabiduría.
-¡Pero es que ni lo conocías! -le increpé con poca prudencia.
-De otra forma, mijita... -añadió pensativa, haciendo caso omiso al tono de mi comentario- tal vez me hubiera muerto de hambre...

Sin embargo, al abuelo y a la abuela, sí se les murieron trece de los diecisiete hijos que tuvieron, aún siendo éstos muy chicos, ya sea por el hambre, las epidemias o de puritita tristeza.

Don Juventino, después de La Revolución, cayó de bruces en el alcoholismo, y mi abuela en la sumisión más severa. Todo a su alrededor era miseria compartida. No quedaban fusiles, caballos, ni trenes que les dieran por lo menos movilidad, pero ella necesitaba sentirse columna de su propio cuartel para no despalmarse. Y pronto comprendió que la única manera de hacerlo era vivir con dos. Un hombre tierno y protector cuando estaba lúcido, y otro castrante y golpeador cuando en el alcohol se perdía en otros lares para olvidar la tierra prometida arrancada de un tirón. Ambos llegaron -atesorando luces que se negaron a perecer en la oscura trampa de La Revolución-, al punto equidistante de "estar más allá del bien y del mal".

Las tres de la mañana y aún no regresa mi hija. Le he llamado a su teléfono celular pero lo tiene apagado. Su padre ya empezó a protestar, más por su exigido papel paterno que de preocupación. "*La niña se sabe cuidar*", me dice cada vez que solicito solidaridad de su parte, y su malestar de esta noche parece más que nada una forzada respuesta a esa petición. Comprarle un auto convertible a los dieciocho años, como todos sus caprichos desde que era niña, ha sido su forma de serle papá. Me supongo que él también se sabe cuidar, todas esas veces que, "*por negocios*", me hace madrugar con sus llegadas ruidosas y oliendo a alcohol.

Repitiendo moldes, pero con otra hechura, mi sumisión es la de no sentir más. De no sentir más... y entonces caigo en cuenta de que... me acerco al espejo de mi tocador, y trato de emular la sonrisa de la abuela, y hasta la de mi madre, frescas y valientes, y... no, no soy "*más*" que ellas, a las cuales juzgué por su docilidad... Aún con todos los lujos en los cuales vivo, profesión terminada, ni con toda la libertad que tengo para decir miles de NOs, aquí estoy... En mi rostro veo una lágrima acompañada de una mueca que pretende ser sonrisa, al comprobar que yo sigo amando porque necesito, en vez de necesitar menos para aprender a amar...

-Bueno, vieja... cómo ves, los hijos y los nietos apremian... ¿Nos casamos por todas las de la ley? -le preguntó el abuelo en esa ocasión, mientras se acomodaba

la corbata de los domingos, y más preguntando por preguntar, que esperando la respuesta que adivinaba.

Yo, la única testigo de aquella escena, a cierta distancia miré a uno y a otro con ternura, ante el nada romántico ambiente de la petición; entre frijoles y piedras, nada de rosas y velas encendidas, y también segura de su respuesta.

La abuela dejó de limpiar los frijoles por un momento, le caracoleó una leve sonrisa, le abanicó una tierna mirada con sus pestañas canosas, y luego dijo NO.

No cabe duda, uno no se muere hasta que está bien muerto.

Manuel Cubero

Cádiz (España)



*Manuel
Cubero Urbano*

Doña Mencía (Córdoba), 1.944

Reside en San Fernando
(Cádiz)

Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Nacional de Educación a Distancia; es Profesor de Lengua y Literatura, ha ejercido en varias localidades de Córdoba, Sevilla y Cádiz como Maestro y Profesor de Bachillerato (Fuente Obejuna, Osuna, Écija, Olvera y San Fernando). Tiene publicados dos trabajos en el número 189 de la revista *Archivo Hispalense* en colaboración con don *Rafael Cano Aguilar*, catedrático de la Universidad de Sevilla bajo los títulos de "*Apuntes sobre el habla de Osuna*" y "*El léxico del olivo en Osuna*".

Publicó diversos artículos sobre el vocabulario de Osuna en la revista "*El Paleta, 2ª época*", fundada por don Francisco Rodríguez Marín, Director que fue de la Biblioteca Nacional de España e ilustre cervantista.

En el año 2002 fue premiado en el "*I certamen Internacional de Relatos Breves CUÉNTAME*". En 2005 ha sido premiado en el *VI certamen de relatos breves "Saturnino Calleja"*.

Obra impresa individual

"Veinte relatos de humor y una canción desatinada"

"El niño-lucero y otros relatos"

Participación en publicaciones colectivas

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
5 Noviembre 2001

macuur@yahoo.es

Índice de textos

*“Memorias apócrifas de Fray Felipe López de
übeda, hermano Lego de la Orden del Carmelo”*

“Don Servando Quijana”

Memorias apócrifas de Fray Felipe López de Úbeda, hermano Lego de la Orden del Carmelo

*(Apuntes sobre mis últimos días junto al Santo Juan De
La Cruz)*

...

Llegado a este punto de mis memorias, he de hacer notar que aquellos días, últimos de estancia en mi ciudad natal de Úbeda, una de las más hermosas que pueden visitarse en el reino del Santo Rostro, fueron especialmente agrídulces para mí.

Sepan vuestas mercedes, quienes me hacen el honor de leer estas humildes páginas, que fue de gran tristeza el momento en que húbeme de separar de la dulce compañía de aquel a quien tuve por confesor y paciente.

Si en lo uno bueno fue, no le anduvo a la zaga en lo otro.

No sé si alguien, en el discurrir de los tiempos venideros, volverá alguna vez a cantar a aquellas tres heridas, la de la vida, la de la muerte y la del amor, según hízolo el humilde padre Juan de la Cruz.

Pues, habiendo oído de su propia voz palabras que aún hoy resuenan en mi mente, no puedo menos que advertir el donaire en el decir de sus cantares. Así, cautivado por su verbo y entre ecos de pucheros y rezos lejanos, sus palabras eran coros angélicos que, en el duermevela de las tardes otoñales, traían dulces momentos que, si para mí fueron de inolvidable memoria, a él hacíanle más llevadero el dolor de aquellos sus postreros días.

Con su expresión, queda, oíale decir, de manera tal que su voz era cual susurro de liviana fuente, palabras tan dulces como estas:

"¡OH llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro! / Pues ya no eres esquiva, / acaba ya, si quieres; / rompe la tela de este dulce encuentro."

Ante la proximidad de su muerte, de la cual tuve noticias algunos días después de haber sido expulsado de su lado, su decir era, casi, de ilusión y alegría ante el trance próximo:

"...pues que si el alma hubiese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apeteería por verla ya para siempre, como aquí desea, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un solo momento..."

Y continuaba, recordando sus propias palabras:

"¡OH cauterio suave! / ¡OH, regalada llaga! / ¡OH mano blanda! ¡OH toque delicado! / Que a vida eterna sabe / y toda deuda paga, / matando, muerte en vida las has trocado."

Difícil se hacía a las mientes torpes de este lego el llegar a entender aquellas músicas celestiales, las cuales memorizaba más por la mucha repetición que de ellas hacía en sus delirios que por mis cortas entendederas.

Y aun más difícil hacíase el llegar a comprenderlas cuanto chocaban grandemente con otras que de su boca salían.

Así, en aquellas largas y ocultas confesiones que más eran plática de maestro y bobalicona mirada de éste su discípulo, que a honra tuvo el ser su siervo y enfermero, nunca hízome merced de comprensión hacia mis serviles palabras para con aquellos que, lejos de compartir cosas y casos, separábanse deste fiel siervo con desprecio de su mal hablar.

- Niégome a compartir esa protomiseria de espíritu de la que hacéis gala, hermano Felipe -decíame una y otra vez.

- Padre Juan - protestábale yo humildemente- pero si vos mismo me contasteis cómo, en las vísperas de la Fiesta de Nuestra Señora de la Asunción, mientras estabais preso injustamente allá en Toledo, el Padre Maldonado, prior que, maldita sea su estampa...

- Un respeto a los superiores, Hermano Felipe -cortome tajante el Padre.

- Os maltrató de palabra y obra -interrumpile yo, conociendo de aquella su fogosidad, que a pesar de la debilidad que le consumía, afloraba por momentos- y, sin embargo, -continué- vos mismo, le pedisteis disculpas porque a causa de vuestra consunción os fue imposible levantaros ante su presencia... ¿Cómo me decís que aparte de mí este espíritu servil y humilde?

Una sonrisa de comprensión y cariño salía entonces de su pálido rostro que, por momentos, se iluminaba como dicen que sucedió más de una vez cuando en sus encuentros con Dios llegó, casi, a alcanzar el gozo de su presencia. O alcanzolo, según dicen otros...

- Si, cierto es, hermano, pero recordad que yo también me revelé alguna que otra vez. Incluso... llegué a cometer la osadía de protestar ante la Divina Majestad, ¿acaso no recordáis aquellas palabras que más de una vez os he repetido? :

"¿En donde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / Salí tras ti clamando, y eras ido."

- Y más, -continuaba el Padre Juan- bien es cierto este hecho que, me recuerdas, acaeciome con el Prior. No te lo niego. Era mi superior y como tal, debíale respeto, mas no olvides que, igual que lo respeté, salió de mí, en otro momento posterior, el niño que fui. El Juan de Yepes y Álvarez que entre la escuela de niños pobres, que pobre fui y a mucha honra, y la otra del oficio de tejeduría, bien que escalé nidos y hablé con gatos por los tejados de Medina.

O ¿no recuerdas las trazas que me di para burlar a mis carceleros...? Hermosamente, según tu humilde entender, dije ya alguna vez que "*en una noche oscura, /con ansias, en amores inflamada, / ¡OH, dichosa ventura!, / Salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada.*"

Se sonrió mientras, supongo, evocaba aquella huída en la que, sacando fuerzas de flaqueza, tuvo la osadía de descolgarse por un estrecho ventanuco.

El Padre Juan calló unos momentos. Respiró afanosamente antes de continuar. No pude menos que sonreír e interrumpí su monólogo.

- O sea, Padre, que se las dio con queso a sus carceleros y a la Santa Inquisición en persona. Y considerar habemos que el Vicario General, Consultor, por más señas, de la Santa... -cómo lo de Santa no salíame del alma, he de confesar que fue pronunciado con un cierto retintín que no escapó al bueno de mi Padre Juan, que eso fue para mí.

- Sí, el Padre jerónimo Tostado. Algo duro de mollera sí que lo era. Pero dura era la carga sobre sus espaldas, hijo...

- Y vos, ale -continué con mi perorata-, sabanita por la ventana, y a correr que son dos días... O sea, que no lo comprendo, Padre. Por un lado, bien que me habla de respeto y obediencia, y por el otro, no sólo se me rebela, sino que hasta me reprende por ser excesivamente humilde. No sé, por que vos... Obediente a las reglas y a sus superiores, sí. Pero su miguita de guasa también que la tuvo su merced. O... ¿es que la tomaron con vos sólo por lo chiquitito que era...?

- Tú lo has dicho, Hermano. Que una cosa es el respeto y la obediencia debida y otra el decir a todo "*amén Jesús*". Que de amenes hipócritas bien empedrado está el infierno... y mira que me trujeron una y otra vez escudillas de comida eterna, sin principio ni fin... o sea, nada, para entendernos mejor. Caldo de agua tan clara era, que el bueno de Narciso corriera peligro de caer en ella más que en la Fuente... Veces había en que un garbanzo lloraba su soledad de naufrago en la escudilla. Y, sin embargo, Hermano Felipe, debes saber que no fue eso lo que sulfuró mi corazón tanto como otras cosas que, menores en apariencia, bien que tocaban a mi dignidad de sacerdote. Esas fueron las que provocáronme a tomar las de Villadiego, que bien podía vivir sin comer si eso aligeraba mi cuerpo y aumentaba por igual mi alma, pero lo de no decir misa en la Fiesta de Nuestra señora...

- ¡Ahí fue! Padre Juan, donde le tocaron sus puntos débiles. Donde alteraron su natural disciplinado...

- Cierto, Hermano Felipe. Y bien que alteráronme en mis natural disciplina y obe-

diencia -continuó el Padre Juan-. Tanto, que hizo salir de mi boca aquellas palabras que tanto deleitaron tu espíritu cuando, no hace muchas tardes, las evocabamos. ¿Recuerdas? : *"aquí se está llamando a las creaturas / porque desta agua se hartan, aunque a oscuras / porque es de noche. / Aquesta viva fuente que deseo, / en este pan de vida yo la veo, / aunque es de noche."*

Y así, el bueno del Padre Juan, distraía su tiempo hablándome y haciéndome hablar mientras yo, entretenido en la cura de su cuerpo, obtenía, a cambio, la de mi espíritu, que no otra cosa eran para mí sus palabras.

Gustaba yo, por cierto, de provocar muchas veces sus recuerdos y reprimendas para así mejor pasar su tiempo y el mío.

Sabía de sus ansias de libertad, de su rebeldía y otrosí, de su paciencia y obediencia, cosas que por mor de mi propia ignorancia parecíanme contrarias. Inquiríale sobre su lealtad a las reglas del Carmelo y cómo era posible que en esa fidelidad largamente defendida aun a costa de la libertad, que más de una vez en ella se vio coartado, se viese sometido a persecución y humillaciones tantas veces.

Recordábame, entonces, palabras tuyas cuando hablando del Amado, decía que *"tras un amoroso lance, / y no de esperanza falto, / subí tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance"*.

Aquellas palabras, en mis humildes entendederas, le decía, más me parecen gritos de libertad que de sumisión y él, respondiame que, efectivamente, así era, que en las remembranzas de la naturaleza que, en sus variadas formas evocaba, había siempre un canto de libertad, pero de libertad mística. De liberación de toda atadura para así, sentirse más próximo a su propio ser.

- Busquemos, pues, Hermano Felipe, nuestra propia alma en lo más hondo de los corazones. Allí es donde hallé ese impulso que hízome un rebelde. Rebelde y libre.

- Adquiere la libertad del mundo nuevo y que no te esclavice el amor al dinero ni la gloria que proviene de agradar a los hombres -sentenció.

Y aún más, me explicaba cómo su rebeldía era contra las posturas acomodaticias que muchos de los frailes del Carmelo estaban adoptando que, más parecen de otras órdenes, cuyo nombre me callo, y que... -decíame, no sin cierto desencanto-, buscan fama y aposento en la tierra más que en la vida futura.

- Recuerda que cuando era Juan de San Matías, solicité y obtuve permiso para seguir observando la regla original del Carmelo y que, fue, incluso, por obediencia, que renuncié a ser un humilde hermano lego y continué estudios de Humanidades en Salamanca y que, igualmente, fue por obediencia que acepté mi ordenación sacerdotal. Que nunca fui ambicioso de poder ni de sinecuras.

Preveníame continuamente sobre la cautela que habíamos de tener contra el mundo y acerca de los bienes temporales; lo cual, decíame, es menester, para librarse de veras de los daños de este género y templar la demasía del apetito.

Insistíale yo, entonces en la manera de conjugar su obediencia con sus ansias de

libertad, su rebeldía, que llegó hasta el punto de ser arrancado del Convento de Ávila, donde a la sazón estaba y era apreciado por todo el pueblo...

-Son la vida acomodaticia, te repito, y la molicie las grandes enemigas del hombre las que provocáronme a rebeldía, y siendo tú, persona joven y de bien dotada inteligencia, como se adivina por tus palabras, bien podrías tomar buena nota de cuanto te digo.

Y bien que tomé nota. Y mis disgustos y apartamiento de mi tierra que me costó. Hice de mi vida aprendizaje y amor a aquel al que en el mundo llamaban santo aun antes de su tránsito. Le serví con dedicación y recibí a cambio las mercedes de su continua lección de sabiduría.

A cambio, los celos tomaron cuerpo en el convento de mi Úbeda natal y hube de ver cómo en aquellos momentos en que más necesaria era para su persona la cercanía de un ser querido, fui alejado de su lado.

Los últimos versos que me dijo y que aprendí como discípulo aplicado me parecieron, tiempo después como un aviso: "*Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura; / Y, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura*", estos versos, digo, quedaron clavados en mi memoria porque eso fue su vida para este humilde hermano lego: lección de gracia, entrega y lid en pos de unos valores que asistiesen a la hora de romper con tantas cosas que conducíanme a la molicie. Impulso era su palabra que incitóme a emprender nuevas rutas para, en mi modesto quehacer, quebrantar algo de lo viciado y ominoso de aqueste mundo.

Y así, volando por encima de "*los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos...*", es que llegué a percibir "*las amenas lirás*" y los "*cantos de sirena*" que se han hecho en mí canción cotidiana para llegar a alcanzar una nueva era en que mi juventud, rebelde ante lo estático, avance hasta donde nos sea posible.

De aquesta manera, espero que comprendan la abundancia de lágrimas que, cual nueva magdalena, manaron de mis ojos cuando después de haber sido separado de su bendita compañía y alejado de mi tierra, unas semanas más tarde, llegome, allá por la Pascua de la Navidad del año de gracia de 1591, la infausta nueva de que al fin, días antes, el Padre Juan de la Cruz había alcanzado su ansiada unión con el socio deseado.

A mi recuerdo vinieron, una vez más, sus palabras:

"La blanca palomica / al arca con el ramo se ha tornado, / y ya la tortolica / al socio deseado / en las riveras verdes ha hallado."

Don Servando Quijana

En una isla andaluza cuyo nombre recuerdo perfectamente, vive un escribano de los de pluma en ristre y mirada siempre dispuesta a desmenuzar cuanto en sus manos cae.

En ese lugar, llamado la Isla del Camarón, es donde vive nuestro protagonista de hoy: don Servando Quijana.

Don Servando no es un hombre cualquiera. Don Servando, haciendo honor a su apellido, no se anda con chiquitas a la hora de leer. Fiel seguidor de su antepasado, un tal don Alonso, manchego de pro como ustedes saben, anda desde tiempo ha atareado en sus faenas bebestriles, tanto las literarias como las otras. Pobre, honrado, buen lector y mejor bebedor, cuentan sus vecinos que cuando sus dos últimas facetas se unen, a fe que hace honor a la sentencia que afirma que debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

Según afirman sus convecinos, nuestro hombre ha hecho cuestión de honor la reivindicación de la verdad histórica de su antepasado y, en consecuencia, afirma categóricamente a quien quiere oírlo que el tal don Alonso Quijana fue tan real como la sangre que riega sus venas y que, desde ella, que es la de don Alonso, sigue predicando sus verdades.

Lo malo del caso es que, tanto bebe de su amado tatarabuelo como de aquel fiel escudero que fue don Sancho. Por lo tanto, embebido en la palabra de éste y haciendo caso omiso de aquel consejo de que al buen callar llaman sancho, don Servando se ha convertido en azote de vagos y maleantes en extraña mezcla de Sancho y Alonso.

Dicho para entendernos, que sus células grises han caído bajo la misma enfermedad que afectó a don Alonso: entre los vientos de levante que suelen pasear su libertad por las playas de la citada Isla, la mucha lectura y los genes de quien él afirma rotundamente ser su antepasado, ha acabado por volverse loco de atar y, siguiendo pautas genéticas, su lengua desatada está presta siempre a cantarle las cuarenta al primero que se cruce en su camino.

Estaba don Servando una de aquellas soleadas tardes primaverales propias del lugar paseando sus reales por la Isla cuando se le acercaron un par de chavales de los de armas tomar, siempre prestos a hacer chanza a costa de las debilidades de los demás.

-Don Servando, usted que es un hombre leído y escrito, ¿nos puede hacer un favor?

-Decidme, que como quiera que bien predica quien bien vive y yo lo hago decentemente a Dios gracias, os ayudaré en lo que en mis manos esté, pues más sabe el

necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

-¿Podría ayudarnos a interpretar este papel que nos hemos encontrado escrito en clave? -dijo uno de ellos mientras mostraba el supuesto documento.

-Bien dice el sabio que cuando pobre franco, cuando rico, avaro. Y como mi riqueza es pura entelequia, bien que os prometo mi franqueza en lo que respecta al susodicho manuscrito...

-Creemos que es un documento que habla de un tesoro oculto... -dijo el otro con una sonrisa pícarona que no escapó a la locura de don Servando.

-A ver, a ver... "*la bcoa sin meluas es cmoo un mliono sin peirdas, y en mochu más se ha de etsmair un detine que un dainamte*" -leyó en voz alta nuestro buen señor Quijana. Don Servando examinó detenidamente aquel galimatías de letras. Luego de quedar largo tiempo pensativo levantó su mirada hacia los dos jóvenes cuyos rostros, por cierto, mostraban tan a las claras sus pícaras sonrisas que nuestro amigo acabó por llegar al pleno convencimiento de la verdad de aquel misterioso mensaje que, sin lugar a dudas, guardaba un tesoro de enorme utilidad, al menos para los bromistas.

-Donde se piensa que hay tocino no hay estacas, amigos, pero, sin duda, no es menos cierto que donde hay estacas difícil es que encontréis tocino...

-Desde luego, maestro, qué más quisieran los sabios famosos que llegarle a usted a la altura de una zapatilla -respondieron zalameros los jóvenes intentando ocultar su maldad bajo el manto de aquellas melosas palabras.

-Sabed que cuidados ajenos matan al asno. Y que como el asno sufre la carga, más no la sobrecarga, la prudencia debe presidir vuestros actos en este asunto.

-Claro maestro, habló usted como un libro abierto. Cuente con nuestro silencio que de lo nuestro algo será suyo.

-No lo dudéis hijos. Bueno será que nos apartemos a lugar seguro, que bien sabe Dios que de noche todos los gatos son pardos y como donde hay confianza da asco, no es cosa de que caigamos en trampa ajena.

Dicho y hecho, don Servando, haciendo gala de una prudencia jamás sospechada por los jóvenes, los condujo a un paraje reservado y escondido de miradas ajenas al negocio que entre ellos se manejaba. Como usted, amigo lector, sospechará, los picaruelos caminaban tras don Servando cruzándose miradas de complicidad que nada bueno presagiaban con respecto a la persona de don Servando Quijana.

Aunque, parodiando al protagonista de nuestro relato y conociendo su afición por la lectura, cosa que, como sabemos suele ser buen alimento de la sabiduría, bien podríamos afirmar que cuando las barbas de tu vecino veas afeitar, echa las tuyas a remojar.

Y así sucedió. Don Servando condujo a los jóvenes a la entrada de una cueva que, como boca de lobo, ofrecía sus entrañas a nuestros amigos.

-Entremos, pues a buen recaudo debemos interpretar el arcano que vuestro docu-

mento ofrece -ordenó don Servando-. Que bien lo dijo el sabio: haceos de miel y comeros han las moscas.

No bien hubieron embocado la entrada de aquel antro, don Servando empujó con todas sus fuerzas a los dos jóvenes, quienes, cosa de la casualidad o no, fueron a estrellar -y perder- sus dientes contra una estaca que, atravesada en la entrada, esperaba a los incautos.

-Aprended, mozos -dijo don Servando mientras tomaba las de Villadiego- que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares. Ah, el tal documento que me mostrasteis venía a decir: *"la boca sin muelas es como un molino sin piedras, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante"*. Y como me habéis demostrado que a poca barba, poca vergüenza, yo os correspondí con esta otra lección.

José Álvarez "Atho"

Huesca (España)



José
Álvarez Arnal

Barbastro (Huesca), 1.940

Reside en Barbastro (Huesca)

Finalista del *VI Certamen Literario de Relatos* (iberCaja de Zaragoza- año 2003), pintor y dibujante. Cuenta con textos publicados en varias webs y portales de literarios, además de en la revista *"Escribir y Publicar"*.

Participación en publicaciones colectivas

"I Antología Internacional Sensibilidades"
"II Antología Internacional Sensibilidades"
"III Antología Internacional Sensibilidades"
"IV Antología Internacional Sensibilidades"
"V Antología Internacional Sensibilidades"
Antología Internacional "Sensibilidades Oro"
Antología Egido "Quinientas gotas de agua"
Antología "Imágenes de Aragón"
Antología "La esquina"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
13 Noviembre 2001

<http://atho.sensibilidades.com>

xurkos@yahoo.es

Índice de textos

“El destino que no conoce”

“El titán del ocaso modifica el color y el rostro de los amores muertos”

“Ladridos en la bruma entre encinas eternas”

“No recojas del viento mi relato perdido”

“Brotos de Eros”

“Huir en busca del azul”

“Los soportales”

“Palabras huidas a un final desconocido”

El destino que no conoce

Los cuerpos sudorosos, apretados y vacíos, descansan entre las sábanas retorcidas. Pasada la tormenta de pasión, yacen exhaustos, huecos de placer. El deleite descargado durante la noche, duerme como el viento en el bosque, cansado de acariciar desiertos

Son dos amantes furtivos que no se conocen. Dos solitarios que se sumergieron en la noche para olvidar. Guiados por las horas solas, fueron a coincidir en la barra del Nevada club, cerca uno del otro. Sus miradas tristes se cruzaron por encima de los vasos de whisky, que agitados, los cubitos de hielo brillaban con destellos dorados.

Sin saber por qué, ella dejó florecer una sonrisa. La música ambiente derramaba las notas de *"Woman in Love"*.

Ni los dioses pueden detener el destino, ni los hombres el impulso del amor. ,

Levantando su copa, trasladó a la bella desconocida la mejor de sus miradas.

Se acercó.

-¿Bailamos?

Sin decir, pero con las entrañas con extraños temblores, ella le cogió de la mano y se fueron hacia la pista que estaba solitaria. Bárbara Streisand seguía con la melodía *"My Man"*...

Era un abrazo poderoso surgido en defensa de la falta de ternura que ambos estaban sufriendo de sus respectivas parejas. Seguían sin decir nada, pero el deseo arañaba sus cuerpos. Estaban olvidando el recuerdo de su desierto de amor. Aquel olor de heno podrido bajo la nueva lluvia que empapaba sus corazones, se estaba convirtiendo en aroma de mies recién cortada. En un campo de dulce cosecha. Tan solo algún latigazo hería el momento. Tarde o temprano debían de volver a sus hogares.

Sin decirse nada, siguen apretados, se besan... se cuelgan de la melodía como estrellas claras sobre un paraíso. Y este amor surgido del silencio, produce un aullido feroz de pasión que los ciega.

Completamente felices, cogidos en un abrazo, abandonan el bar y...

El titán del ocaso

modifica el color y el rostro de los amores muertos

... empezamos una danza ritual... pero ¿qué digo? ... danza no, era... girar, girar, girar... a la derecha, a la izquierda, sobre la hierba, sobre las violetas, sobre las flores en espiga del heno, bajo el sauce, bajo ella, sobre ella. Su cuerpo temblaba como la cola de una lagartija. Finalmente se paró. Muerta. De inmediato, habité en la tumba del silencio. De la maravilla de caricias y alabanzas que yo esperaba recibir, nada.

Me miró a los ojos diciéndome:

-Eres un extraño, estoy contigo y no te amo.

Pude sonreír y una estúpida sonrisa quedó en mi cara. Ella ni siquiera sabe ni sabrá que su cuerpo hace tiempo me sabía como un mal vino rancio. Pero le amaba.

-Tú, que ahora me confiesas desamor, sentirás dolor en tu cuerpo cuando imagines placer al ser amada por otros hombres que no te querrán como yo te quiero -le dije.

- El amor se burla de mí. Me engaña y me maravilla. Luego desaparece -contestó. Se levantó con elegancia, soberbia, sin ropa, con su cuerpo turgente lleno de caricias. Nunca podré olvidar como se iban cayendo mis besos de su piel agarena para mezclarse con el viento.

Yo le amo. Esta primavera se va. No la primavera, ella.

Ahora todo es arena de desierto, arena y viento. En mi taberna falta la lámpara y en su vid el ruiseñor.

Está llegando el verano. Ahora sobre el heno seco pienso en ella. Me levanto...

¿Acaso es posible la calma? Aparto el heno amontonado a patadas... el sauce me parece extraño, no hay violetas, ni amapolas, ni está ella...

Mas ¡ay! ¿No me estará permitido amar y ser feliz? Mis sentimientos de amor siempre tienen una superficie limitada. Este amor ha muerto. Está velado por las sibilas de piedra que pastorean serpientes.

Quiero divisar, desde las cimas de estas montañas, a los caballos de luz cuando serpentean, por atajos equivocados, el vuelo de los astros que ocultan amores tan unidos, como la hiedra y el roble.

Antes, me acercaré a las cuevas del eco que hay más allá de la arboleda, y llamaré al fabuloso cisne que habita en el viento que no muere, para que lleve mis palabras y las cuelgue en las moreras deshojadas, cuyas ramas fueron acusadas de deicidas.

El colorismo del verano se está difuminando por el horrible calor. Me voy, no sea que, salten chispas de mis pensamientos, y arda el paisaje y yo con él. El titán del ocaso modifica el rostro de los amores muertos Los dioses de verdad pueden con todo.

Ladridos en la bruma, entre encinas eternas

Heme aquí: Veo despuntar la luna menguante de otoño. Una embriaguez de nostalgia, con impacientes dedos, revive en mí delicias de su cuerpo. En este septiembre suenan, como el vuelo de una mariposa blanca, los latidos de la comisura de sus labios. Vivaz y ardiente, su recuerdo se acerca arrastrando un inmenso horizonte de seducción. Es una espuma que navega entre la luz incierta del crepúsculo.

Cuando llegue la media noche, ante el giro inesperado del camino de nuestras vidas, los puentes silenciosos y despiertos del destino, espero nos lleven bajo las carrascas, que invadidas de ese cielo que no tiene nombre, reaviven nuestros abrazos y besos de amantes, para que no extrañan el lecho del otro amor.

La mente adormecida, se aturde. Naufraga en un futuro que todavía no existe.

Crucificado en el seno de las estrellas, en espera de signos proféticos favorables, olvido donde vive el pecado que cree en la pasión de otros.

Como perro vagabundo, olfateo en la oscuridad de la noche un silencio que traspasa la lejanía. Huelo el hueco caliente que dejó entre las sábanas. Luego la vi alejarse, y todo fue con bordes negros, imágenes veladas, sueños rotos, mueca dolorosa.

El frescor de las verdes cepas ya no relucen fuera de sí. A veces, se detienen en el aire frágiles tréboles, que arrastran consigo gritos de alguien que llora. Entre los muros de la desesperanza, bajo llave, sin horas serenas, tallos de pensamientos que apenas crecen, esperan la llegada de la libertad.

Noches lluviosas vuelven desde el mar, en busca de valles abandonados en su miseria. Noches llenas de olores, ahora compartidas por las brujas que alargan la luna, no dejan entrar el sortilegio de un nuevo amanecer.

Sueñan las sirenas sin voz con un gran río que bañe el bosque de robles, y las transporte hacia el seno de la tierra. Nadie responde: ni los perros noctívagos que hacen estremecer las sombras.

Solo queda esperar, sonreír, perderme en el corazón de París.

No recojas del viento mi relato perdido

Senda tras senda trato de penetrar en el territorio de las palabras. cuando entro, no sé dónde pernoctar.

Un poema sobre una petunia. Un relato sobre la cara de la muerte.

Las palabras como piedras viven quietas, son palabras sin usar. De repente... alguien las quita de su sitio y forma un poema sin rima, sin adjetivos. Su melodía llueve sobre mi alma. Nace al arte.

Un grupo de cansadas, caóticas, que nadie quiere, estallan rompiendo en mil pedazos significados ancestrales. Ahora son símbolos, imágenes nuevas que regresan a mis aljibes secos.

Con la llegada del nuevo día comienzan a mezclarse, una a una, varias a varias, una con todas, todas a una. No tengo nada pensado, no sé que historia contar, no sé narrar, soy una llega viva que escuece, que sangra...

Por fin es de noche. Leo pausadamente lo escrito este amanecer. La amargura incandescente de mi sufrir se endulza y, más allá, sembrando sueños manchados de sombras, veo nacer, imágenes múltiples, gigantescas, indecisas, tiñendo de cariño el esqueleto blanquecino y oblicuo de mi escritura.

Vamos a ver...

"Las ventanas iluminadas por antorchas velan los muros de la fortaleza. Las luces se apresuran a huir, multiplicando sombras en un laberinto, donde resuenan graznidos de cuervos.

¿Quién no recuerda el brillo pálido de la noche que se tambalea?

La bella Aspasia, sabia y hermosa, concubina de Ciro el Joven, deja caer su vestido blanco. Su cuerpo, recubierto de unguento recién traído de la corte del Faraón, brilla con luz de luna. Tras la muerte de Ciro, forma parte del harén del Rey Artajerjes. Es la favorita. Pero, ahora deberá ser entregada a Darío Oco, hijo del Rey, pues, él la ha solicitado como regalo de soberanía cuando fue nombrado heredero al trono. El Rey no puede negarse.

Ella está contenta, por fin podrá tener por amante a un hombre joven y valiente. La eligió por amor. Recuerda sus encuentros a espaldas del Rey padre, a las orillas del Éufrates. La luna llena se reía de la noche, también ella, temblaba en las aguas del río.

Lejos están los días en su ciudad de Focea, en Jonia, cuando le llamaban Milto, por sus colores bermellón en su cara."

...bueno, para empezar no está mal, pero... ahora qué ...bueno esperaré que el Reloj de Arena y el Navegante de las Nubes venga en mi auxilio.

Brotos de Eros

Tantas y tantas hojas rugosas. Tanto tiempo de espera. Tantos sueños perdidos. Tantos recuerdos que aún perfuman dentro de mi piel.

¡Dónde se fue llamada! ¡Dónde sin despedirse!

Algunos amores son débiles, mentirosos y ocres, pero, yo pensaba que lo nuestro era salvaje, eterno y con estrellas.

Cuando voy donde no llega el viento, recuerdo siempre sus palabras:

“Bajo mi blusa blanca, estos pechos hasta entonces encerrados en silencios, pugnaron por salir desafiando la ley de la gravedad.

Tus caricias ardientes, que desde el cuello hasta el vientre, con labios temblorosos, me regalaste latiendo de pasión, atenazaron mi jadeante aljibe, cuando tus besos rodearon mi vello pubiano.

Sentí los muslos, duros y salvajes. Azotada por la furia que me produjo la pasión tan deseada, dejé pasar al guerrero, que se abrió camino luchando para entrar en la gruta sagrada.

Tras prolongado éxtasis, de puntillas y vencido, el ladrón de mis sentidos se alejó humillado, vacío y sin fuerzas.

Han pasado los días rápidos como carrera de liebre. Nunca olvidaré ese momento”.

Me dio un beso, y como todas las tardes, se despidió hasta el día siguiente.

Esas fueron, sin yo saberlo, las últimas palabras. Se fue llamada. Sin despedirse para siempre.

Huir en busca del Azul

Huir en busca del azul; trazar primeros senderos entre la niebla; recoger besos perdidos en el bosque; iniciar una danza ritual allí donde nada resuena; caer en un sueño que ondula el infinito; golpear con ramas de olivo la llegada de sombras que ocultan la desnuda verdad inocente; encontrar armonía y limpieza, suerte y deseo, impulso ascendente y alquimia. Eso quisiera.

¿Cómo liberarme cuando lleguen las palabras desnudas de los seres sagrados de la envidia, del engaño, del olvido y de la muerte?

Lamento no poder ver las bellotas antes que el roble, no poder detener las ruedas de fuego que señalan el camino erróneo, no poder descifrar los rasgos implacables del odio sin redención.

La próxima cosecha de girasoles, lejos de las catacumbas del inframundo, como caballo de Troya asociado a la brujería, iré en busca de los sueños hasta la frontera donde, bajo el yugo de tu amor, labraremos un nudo celta que selle el camino diabólico que conduce al ADIÓS

Los soportales

La lluvia borra los senderos que llevan a la ciudad alzada entre un amanecer mugriento; los relámpagos convierten a los soportales de la plaza en templos abandonados; las gotas de agua lucen las piedras antes de ocultarse para morir en las grietas del pavimento.

Suenan campanas. Parece un sonido antiquísimo que surge del borde de los siglos.

Todos los lunes, desde el pasado año, acude a la plaza de la iglesia románica. Espera hasta el amanecer.

Aquella hermosa dama, en las fiestas septembrinas, le había prometido que, bajo la encina que da sombra a la fuente, le esperara.

Al oír campanadas mira su reloj. No coincide el número con la hora. Son tres golpes largos, profundos, chirriantes...toques a muerto, rugidos de bestia acorralada, desasosiego...

Las manos de la niebla juega con los primeros rayos de sol.

Otro día sin ella. Se va.

El día está cuajando sobre el silencio de la plaza.

No sabe que aquel amor era prestado, que no era un dios fiel, que era alucinógeno. Pero no puede olvidar. Le prometió volver un lunes. Y él le creyó.

Palabras huidas

a un final desconocido

La luna, desnuda de nubes y sueños, se balancea sobre la montaña colgada de los olores del otoño, y entre estos pinos que esperan las primeras nieves, la tranquila fantasía de los enamorados.

Tulipanes, mandrágoras y flores de loto, duermen vestidas de lejanía. La mariposa colibrí, que aleteó su vuelo vibrado frente a ellas, libó el néctar, y se quedaron en un letargo gozoso.

Y yo, como un gnomo, entre salamandras. Sin ondinas, sin sílfides. Como luz polarizada entre los días de un año venusiano, vibro en una sola dirección, tratando de liberar el espíritu de las palabras, sin conseguirlo.

Cuando Tiresias reveló a los mortales el secreto del Olimpo, yo no estaba.

Ahora soy la imagen de un reloj de arena vacío... ¿tiempo perdido?

El quince de octubre, el vértice de la "Pirámide" encontrará su sombra: ¡A ver si yo encuentro la mía.!

El "número de oro" salta del uno al uno, del uno al dos, del dos al tres, del tres al cinco, del cinco al ocho, del ocho al trece... y yo, de la rosa a la rosa, de la rosa al hisopo, del hisopo al jazmín, del jazmín al pachulí, del pachulí al geranio, del geranio a la begonia.. ¿Qué clase de insecto soy que no consigue transmitir vida a las palabras?

Ni Nabû, ni Taut, ni Toth, ni Hermes, ni el sabio Tsang Chien, ni Brama, ni Odín, me oyen.

Así que, voy del laberinto de Hawara al del Cnosos, del Cnosos a Samos, de Samos a Nazca, de Nazca a Oxkintok Satusat. Me pierdo, y no sé salir.

Los diez mil millones de neuronas de mi cerebro, con sus evoluciones, parecen abejas en busca de mi relato, que seguro, se perdió para siempre.

Victoria Pereira

Madrid (España)



Victoria
Pereira, "Lía"

Madrid, 1.947

Reside en Madrid

Tercer premio en el *I Certamen Internacional de la Poesía Romántica* en el Centro Cultural Kemkem (Necochea - Argentina, Octubre 1999), Tercer premio en el *II Certamen Internacional de la Poesía Romántica* en el Centro Cultural Kemkem (Necochea - Argentina, Marzo 2000), Tercer premio *I Concurso de Poesía Internacional Shantiniketan* en Albacete (Mayo 2000), Segundo premio *II Concurso de Poesía Internacional Shantiniketan* en Albacete (Septiembre 2001), Mención de Honor en el *XII Certamen de Poesía A.M.P.P.I.* (Alcorcón-Madrid, Diciembre 2001), Primer premio a un cuento presentado en Argentina por medio de Internet (Agosto 2002). Miembro de las tertulias literarias "*Versos Pintados*" (Café Gijón), "*La Madreselva*", *Escritores Hispanoamericanos* (organizada por el escritor cubano Dr. Osgmande Lescayllers); participa asiduamente en recitales de poesía y colabora con los *Boletines del Gran Café Gijón* (España), *Literaturas.com* (España), *arvo.net* (España), *fuentedelberro.com* (España), *galeon.com/revistaexpresiones* (Venezuela), *palavreiros.hpg.com.br* (Brasil), *elimaginador.4t.com* (Argentina) e *ircultura.com*

Obra impresa individual :
"Diario de una española en Necochea" (2.000), "Mareas Humanas" (2.001), "El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (2.001), "Nada llega tarde - Antología de J. Angel Buesa" (2.001), "La niña y el mar" (2003), "Versos para él" (2.003), "Ojos de Agua" (2.005)

Cuadernillos de poesía "Verbo Azul":

"Ella" (nº 14), "Si una lágrima hablase (nº 27), "A Ellos humildemente" (nº 42), "Teresa" (nº 58), "Lía, un tiempo sin fin" (nº 71)

Participación en publicaciones colectivas

"La palabra contra el tiempo, Antología de poetas, Verbo Azul" (2.002), "IV Antología Internacional Sensibilidades" (2.003), "V Antología Internacional Sensibilidades" (2.004), "I Antología poética (edición histórica) Ed. AVBL", "Commemoração do 3º Aniversário da Academia Virtual Brasileira de Letras" (2.005), *Antología Internacional "Sensibilidades Oro"* (2.005), "Antología de poesía erótica: larghetto ma non tropo" (2.005), "Antología de narrativa: humor con extrema-unción" (2.005).

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
13 Diciembre 2.002

<http://victoriapereira-lia.com>
<http://victoriapereira-lia.sensibilidades.com>

correo@victoriapereira-lia.com
vgp_lia@yahoo.es

Índice de textos

“Dos lunas sobre agua (fábula)”

“Es fácil”

“Ave herida”

“Acuerdos imprevisibles”

“Sólo de solos”

“Acusado”

“Ella te dio”

“Una plaza en el camino”

Dos lunas sobre el agua

(fábula)

Ya sin ataduras, se reflejan las mejillas de la niña sobre el río; sangraron hiel en su lucha por la victoria. De tanto buscar estrellas, odió el tiempo que llevaba nombre.

Las venas sin sangre...
¡Huye soledad!,
ya no puede seguir por tu camino.

En el cauce quedó su falda y hoy le ofrece frutas para el regazo:
fresas,
albaricoques...
dulce, todo dulce, vino de meretriz en el lecho.

Siempre hubo un antes, y un después donde no cabía el olvido y el agua que lleva dentro no perdona su sed.

Por la noche, asoman dos lunas al balcón de la vida: una ardiente como el rostro de Safo, otra fría acogiendo los minutos restantes.

Para ti, niña, que has perdido el miedo a los espectros, no habrá presencias que crujan a tu paso, todo serán efluvios ligeros adivinando lo que deseas escuchar.

Inútilmente fuiste reflejo de la luna,
momento de otros,
ánfora para las piedras del río,
visión vertical de mil ilusiones y fantasmas.

Es fácil

Levantarse y saludar cuando no se tiene miedo,
mantener el maquillaje en tono seda
y acostarse perfecta en lecho de brocados,
para despertar al alba con gesto altivo

Sólo ojeras que demuestren la posible indecisión
de la sonrisa crisantemo y nata.

Debe ser fácil augurar la noche y el vino
en alcobas de plastilina para cuerpos indemnes
al traicionado eco de las libélulas.
Busco respuestas para protegerme del aire,
de los búhos que recorren mis arterias
con mirada sapiente y burlona.

Gruesas gotas invaden con dolor cada amanecer.
Asoma el sol y sonrío un prefacio a la espera:
estudiar a quien tenga algo humano que mostrarme.

Cómo acostumbrarse al melodioso sonido pútrido
de una mentira alzada a golpes de claveles
en los que jamás florecerá espina que advierta
el desamparo de los besos inexistentes.

Finjo hacerme "la dura" y el orgullo resbala por las sienes,
atraca en el pecho para robar la calma. (Me hiciste fuerte, aún resisto)
pretendo huir de las balas perdidas, y, voy a caer en campo de espinos.

Tengo derecho a juzgar el tiempo que se fue,
me presento sonriendo al futuro.

Ave herida

Vino un ave herida a posarse en mi carne
tras el rocío de abundantes ensoñaciones.
La memoria de los siglos hacía aguas.
Me sentí vigía de su alma y su libro.

En los cuatro puntos guardé las entrañas,
primaveras de junio que no florecían;
queda y suavemente cambió su buscar,
¿andas por mi senda?
No, soy muerte y dolencia.
Oh, sí, te distingo,
vives en las noches allá en lo lejano;
los hombres te sienten cuando arranca el tren.

Meditando, una lágrima imperecedera asoma a los ojos;
decepción por el camino que nunca llega al pie de la escalera.

Antes de incorporarse a la vida,
las ascuas del pasado comenzaron a arder
en celos que matan, celos que mueren,
evasiones para no llamar la atención.

Su cara de un blanco resina, sólo pudo...
acercarse hacia el olor de las velas.
Nos callan el silencio, no queda nada
y mientras siguen naciendo soles.

*(Duro, interminable resultó el coloquio:
el diálogo no existe, tal vez son vocales,
sorpresas que encuentras cuando estás herido).*

Mírame a través del cristal,
sólo soy un rumor de mil inviernos.

Acuerdos imprevisibles

Con los pétalos al suelo mientras muere la magia,
llega un carnaval sin máscaras
que festeja existir en las miserias del cambio.

En las manos:
limones y membrillos
endulzando ácidos de la imaginación.

En la mesa:
sonrisas interrumpidas
para convencer cuerpos flácidos.

En la boca:
carmines de un acuerdo irresponsable
que muere sin firmar.

En los sueños:
la última Mariquita Pérez
porcelana oculta en el paso de la vida.

Sólo de solos

Sólo una bala
y alumbra la luz asesinando;
¿por dónde me muestras
la fiebre que derrota al sueño?

Ya nunca podrán asomarse
ni apoyar los codos en la mesa
ni jugar a la pelota allá en su barrio.

Sólo cabe la muerte
en esa mano perenne y fría,
sabandija que habla fuego
en el verde portal de la existencia.

¡Qué dolor! inservible en este quicio,
ánimas sin nombre ni membrete
que guardan caracolas.

Sólo hay un diablo perseguido:
personaje, lombriz, espantapájaros,
que morirá descompuesto
sin el llanto del mundo. Solo.

Acusado

Escucha:

no cesará mi mente de cincelar latidos,
copos de nieve o planetas claroscuros;
diferentes ruedas con agria madreSelva,
ni las horas detrás de mis palabras.

Y ahora,

que vamos a contar lo nunca hablado
porque estoy sola y te estoy viendo,
se deshojan mis labios junto a la mar
y... sabes que soy yo.

Escucha:

el día siguiente no sé de dónde viene,
ni qué tormenta transporta en su pupila;
hasta mis huesos temblaron en su ausencia
insomnes con la fertilidad que los arrulla.

Y ahora,

que planto en mi puerta acebos sonrientes
mientras caen las piedras de tu mano,
miras ingrato la lealtad del hielo
y... sabes que soy yo.

Ella te dio

Bienaventurados los que saben dar sin recordarlo,
y recibir sin olvidarlo (anónimo)

Ella te dio:
una parte de su regazo
con voluntad innecesaria, sólo...
te amaba.

Evolucionó en lo esencial:
fuerza para recoger las tablas rotas,
erosionando su propia carne
a tiempo de vivir.
Olvidó algo supremo:
su deseo de no llegar al martirio.

Queda el tiempo límpido,
acostado en fecundidades que prometen
un aura de tierra esotérica.

Una plaza en el camino

Lenta, muy lentamente,
una plaza en el camino
es el crepúsculo que asoma;
descompone el cauce enjuto
y deja sin contorno
el tridente que oculta sus caderas.

Mañana,
si alguna vez arranca su voz,
verterá junto a mis sueños
un caudal fértil,
vacío de lluvias de muerte,
de hojas secas y extáticas
en la ribera de lo improbable.

Me acoplaré a su paso,
como si esta somnolencia
fuese falsa;
como si quisiera recoger
el rumor de su reflejo,
clavada en un jugueteón
paseo de suburbios.

La amnesia me ha dejado fría,
abandonada, sí, abandonada.
Atrevida y voluptuosa
descansaré,
en el único asiento
que quede libre.

Pilar Moreno

Deventer (Holanda)



*Pilar
Moreno Wallace*

Málaga, 1947

Reside en Deventer (Holanda)

Colaboradora habitual en varias páginas literarias, textos de su autoría han sido publicados en

la *Revista Literaria de Sensibilidades*

Participación en publicaciones colectivas

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
19 Diciembre 2001

<http://morenowallace.sensibilidades.com/>

pilorcia@yahoo.es

Índice de textos

"Me duele la Navidad"

"Museo en Delft"

"Paisaje"

"Ella ya lo sabe"

"En memoria"

"Futuro próximo"

"El jardín de las delicias"

"Muchacha en la ventana"

"Tiempo de dioses cansados"

"Una ciudad"

"Imágen sostenida"

"Hay algo más"

"De gatos"

"Luna llena"

"La risa"

"Palacio de Buenavista"

Me duele la Navidad

Hace ya tiempo que me va invadiendo una fatiga mansa, un descorazonado cansancio, ante la histeria que traduce el comportamiento de unos días condenados de por vida a la Navidad. Hay un algo que la hace distante, alargando paso a paso su espacio: imágenes que son ya recuerdos absortos en el tiempo, olvidadas las promesas hechas al despertar el alba en cada última noche del año, y que dejan la duda del perdón de San Silvestre por mi descuido y mi poca fidelidad.

Sí, hace tiempo dejé de creer, y sin embargo, no puedo negar la presencia de unos momentos que me pertenecieron, que vuelven a desafiarme desde la vorágine de luces y sonidos, desde lo material. De nuevo se repite ese cambio al rojo festivo pasando por el frío sofisticado, y crece a mi alrededor un concierto que desvanece el rumor de aquella partitura rota en la piel de panderetas y zambombas, en las gargantas de tantos alrededor del Belén, ahora pino desgarrado y sin raíces, exigente de abalorios, destinado a morir.

Duelen estos días un dolor de añoranzas desveladas que surten de nuevos ritos el presente. Dolor terco aferrado a las raíces donde aún late el eco de unos villancicos que han quedado debilitados en la distancia. Duele esa Navidad que volverá a darme la espalda, como tiene por costumbre cada año del cercano pasado. Duele, y yo no haré nada por evitarlo.

Museo en Delft

Se detiene sin prisa el tiempo en el espacio
y despierta la historia.

En la acolchada niebla del pasado, recobran vida las sombras
desprendidas de sus marcos, mientras los muros imperturbables
mantienen el secreto de lo vivido, y un clavicémbalo sigue marcando,
lento, las silenciosas pisadas de antaño.

Roto el sosiego, conjugan unos pasos las huellas del pretérito.

Paisaje

Abro una puerta y me lanzo a la luz, que vuelve a ser fría con toques de pereza: acuarela idealizada del pintor, naufrago en el mar extenso de su pasión desbordada. El beso despiadado del aire me hace balancear en eterno desafío: estar o no volver, recordar o dejar el pasado sumergido en el tiempo, anclados los sueños en el muelle izquierdo del corazón. Probablemente - pienso - no tardarán en volver a repetirse. Trazo una línea e ignoro las sombras y los grises de un atractivo paisaje sumido en la música callada del agua. Agua enroscada en el verde de los campos, que corre nerviosa por canales, se desliza con prudencia bajo puentes, no siempre en silencio, pero sí frecuente en la lánguida rutina de los días. Sacia la sed de la tierra, y la fecunda en los constantes amaneceres. Proyecta su palpito en minúsculas facetas que laten en cada brizna que piso, en cada hoja que tiembla, hasta en esa misma brisa que juega en las eras trabajadas. Arde la luz, y el aire siente escalofríos al rozarse con la tierra caliente, que sigue contornos paralelos: verde y azul, agua y cielo, color y vida. Comuni3n intensa en la dualidad inevitable de la nostalgia, que niega la imagen heredada y parte en dos el cielo. Vida, siempre caudal intenso que ofrece el paisaje, tela en la que el pintor fracciona los sue1os en miles de universos.

Ella ya lo sabe

Sabe que el amor no es palabra escrita, sino relámpago intangible y ciego, impulso irracional de rebeldes torrentes, ávido de silencios y latidos desordenados.

Sabe que pronunciar tu nombre es despertar a la vida, y quiere ser árbol, piedra, agua, intensidad indestructible, pero se siente cristal y seda, junco flexible y tierno, sacerdote que se inclina hacia el sonido de tu voz.

Ella ya lo sabe, el amor no es palabra que se escribe.

En memoria

Todo es ahora silencio. Sólo el reloj sigue golpeando el aire, indiferente. Ajena a mi querencia duermes, licuado en súbita sombra el caramelo dulce de tu mirada. Te siento cerca, tanto, que nada más extender la mano alcanzaría tu cuerpo silencioso en un contenido abrazo, pero el tiempo que te ha sido dado es breve y frágil y no puedo detenerlo. De golpe me ha robado los deseos, y mi memoria perfila aquellos días - cortado el cordón y abandonado el vientre grávido - en que buscabas el calor de mi colmado pecho. Esto fue el ayer, hoy apurando el hálito, entornaré la puerta para que no escape el eco de tus juegos y de tus risas, recogeré en un álbum los sueños aún no cumplidos y consolaré a tus muñecas hasta ese momento en que sus sonrisas tornen. Después me sentaré a vestirte en esa silla desnuda de color, y prenderé en tu pelo aquella cinta ancha de seda blanca, para ese viaje final que no tiene vuelta y sí un principio.

Y hasta entonces sigue durmiendo, que yo te subiré el embozo y arroparé tu cama de lirios y azucenas.

Futuro próximo

El peso de las voces somete a la palabra,
y despierta el amargo dolor de la tierra herida
que derrama su sangre en el límite infinito
de los sueños.

Muere el silencio:

el desorden bélico de los exaltados días
fecunda el aire de míseros presagios
y hace ahogar en sombras la esperanza.
Es entonces cuando, enroscado al miedo,
brotó el abatido llanto de un niño,
y quiebra el vuelo una paloma muerta,
en madrugadas grises sin auroras.

El Jardín de las Delicias

Dejo soñar la mirada sobre el rosa, que me atrae
con el tacto de la piel desnuda, en el aire imaginario
de un mundo donde se aquietó el silencio,
y deja ver azules en el agua de una fuente dormida
con espacios de cristal.

Verdes maduros ocultan la pasión desbordada,
y cuelgan en el aire sombras de un miedo etéreo,
camuflando los sentidos de un recién nacido cosmos
que atrapa en el girar vertiginoso de ese aquelarre de luz.

Muchacha en la ventana

(recordando a Dalí)

Reclinada en la imprecisa ventana de la vida,
te haces aire para seguir el vuelo ensimismado
de tu alma, desprendiéndose en el azul infinito
del silencio, y deja sombras enredadas en la fatiga.

Mientras, aún hay cosas sin hacer: una caricia
que no terminas de dar, palabras inacabadas,
un beso perdido en un rincón
y el tiempo, que derramado se va escondiendo
en el interior de la casa.

Hay cosas sin hacer, y ¡tanto que decirte! ...

Tiempo de dioses cansados

*"No puedo ser sin que las hojas vuelen
y vuelvan a la tierra"*

Pablo Neruda

Amigo mío, ya estás de nuevo aquí. La ida de las cigüeñas me anunció tu llegada. Parepetada detrás de la ventana cegada del verano te vi venir, anunciando una tristeza prematura. Me asombró la rapidez con que te instalas en un espacio que siempre fue tuyo, que te pertenece. Verdadero asalto que deja heridas en la perturbada sesión, y se resiste al sabor amargo de la derrota. ¿Estarías al acecho de la debilidad, o a la espera de un cambio en la faz del tiempo? No sé, no me intereso por oscuras imágenes, ni por la escasez de luz, sino por esos atardeceres tibios, de un físico poético. Reconozco que hay un atractivo en ti que reconforta cualquier pérdida: ese acento especial en las sombras de tu piel, que baña en oro todo lo que rozas, y una cierta voluptuosidad en la manera que mueves el aire, suavizando la desazón que crece con el paso del tiempo. ¡Qué nos puede importar te culpen del rapto de Perséfone, o que Apolo nos dejara! Ahora te tengo a ti, en un abrazo desigual, luchando contra ese reloj, que marca tanto tus pasos como los míos. Sí, ahora existe esta especie de complicidad, al compartir promesas de ocres y amarillos.

Una ciudad

Estalla la vida reflejando luz en los mudos espejos de las aguas
que quiebran siluetas vencidas por el peso del tiempo,
mientras una babel de palabras hace enmudecer las viejas piedras
de una iglesia y el carrillón juega con el paso lento de la historia.

En el bullicio envolvente de la ciudad, un rincón sin voz
acoge las miradas, y unas palomas se pierden en el gris de las calles.

Fue preciso llegar al corazón, que se abrió,
mostrando el golpear de sus latidos.

Imagen sostenida

No existe la palabra.
No transita.
Muere sin raíces,
amortajada en el silencio que doblega el vértigo.
El aire huérfano de sonidos
agosta los gestos como música yerma.

Estatua fría
de voz cerrada.
Pedestal de pájaros ciegos.
Combustible que inflama el iris de los ojos,
e inmoviliza el miedo en las gargantas etéreas.

Hay algo más

Me precipito en la nada,
un paso más allá de las márgenes inertes,
perdida la razón en la soledad indómita de mi piel
donde aparece herido grave el equilibrio
y se hace pedazos el cristal blanco de mis repetidas auroras.
Hay algo más en este abismo desorbitado y áspero
que se enrosca con prisas en mi sangre,
algo más que disfraza de pasiones la implícita demencia,
devenir que descubre el aire terco y árido
de tantas tardes derrotadas,
de tanto fiero y crecido desvarío,
silencio que encharca el corazón y lo proscribire,
imágenes que anegan mis iris de tristezas.
Más tarde intentaré, aterida, despertar el fuego
hasta dejarme arrasar por las silenciadas voces.

De gatos

Tengo un gato en casa al que le gusta observar su horizonte desde el pretil de los días, y marcar filigranas de sombras en noches de eclipses. Me ha impuesto su voluntad desde que sucumbí a sus brillantes pupilas, y a esa reminiscencia de fiera que produce su tacto. ¡Todo venganza ! !Déspota que impone el silencio en transparencias de soledades ! Egoísta, interesado en guardar la imagen de su secreto en el amarillo de la mirada, exige sin recato caricias con ronroneo. Sibarita y refinado, aprecia el buen comer: hay sangre en sus ofrendas y deja complacientemente huellas rojas en la piel.

Luna llena *(pensamiento)*

Silueta caprichosa seduces la pasividad del horizonte.
Fuerza maniatada que irrumpe en la oscuridad y
borra el negro de la noche, en el extenso patrimonio de los cielos.

Al alba se rompe tu imagen en el abandonado
espejo de las aguas.

La risa *(pensamiento)*

Nace flexible entre los labios: burbujeo o torrente impetuoso
que asalta la sobriedad del aire, y lo hace vibrar
en el pentagrama de sus notas arrebatando el silencio.
Lenguaje sin palabras: quiebra el curso de mis posibles lágrimas,
y despierta las emociones con pletórica locura.

Palacio de Buenavista ()*

Tenía que ir. Era inevitable, después que entregó su desconchado corazón al blanco sofisticado de su espacio y recobrar el viejo prestigio, nostalgia de catedral en enmudecida plegaria. El deseo era llegar. Recorrí calles que guardan la imagen de unos años de auroras amedrentadas, desbordadas de quimeras y sueños, y donde sutiles instantes de luz provocan ahora casquivanas coqueterías: souvenirs, tarjetas postales, y abalorios.

Lo vi como imagen esculpida en mi recuerdo, conjugando el señorío y la solera con la historia que alimenta sus raíces, acompañado por el latido nuevo de una rumorosa Babel en la que se ha convertido la ciudad. Me sentí reconfortada en la desmesurada tarde de calor y gente - exuberante fuego enfevecido - deshaciendo caprichos, olvidadas distancias y batallas perdidas. Perfecto anfitrión que sorprende en claro alborozo, y me aproxima a la geografía artística del pintor, balanceándose entre la pasión y el desafío. Dibujos, óleos, acuarelas, blancos y negros, azules y grises entremezclados, bocetos y líneas en confusión, cerámica moldeada por sus manos, clasicismo temprano, incógnitas de un cubismo precursor. Hay un patio interior, y murmullos que dejan huellas en la líquida luz del palacio: agri-dulce sensación que me atrae y me desvela.

La tarde huye silenciosa arrebatándome el tiempo. Aún cuelgan abiertos interrogantes, trazos inacabados, y no consigo interpretar la rebeldía creadora. Persiste el recelo que enturbia el encuentro y tensa la mirada. La distancia se hace insalvable.

¡Quizás deba buscar aquel niño alejado del mar, para comprender al hombre!

(*) Palacio de Buenavista, Málaga:

Declarado monumento nacional. Construido entre 1516 y 1542 por Diego de Cazalla. Ahora Museo Pablo Picasso (Pablo Ruiz Picasso, nacido en Málaga, 1881).

Marial Lázzaro

Mérida (Venezuela)



María Luisa
Lázzaro

Caracas (Venezuela), 1.950

Reside en Mérida (Venezuela)

A lo largo de su amplia trayectoria, entre otros, ha obtenido el Premio "Alfonsina Storni" (Argentina, 1.978), Mención "Concurso de cuentos El Nacional" (Caracas, 1.981), Premio narrativa "APULA" (1.983), Premio "El cuento feminista latinoamericano" (1.988), Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericano "Miguel Otero Silva" (1.990), Premio Nacional "Canción Inédita" en el Festival Nac. de la Voz Universitaria (2.000), Premio Certámen internacional "Milena, de cartas de amor y desamor" (2.002), Premio poesía "APULA" (2.003)

Obra impresa individual

Poemarios y Antologías poéticas: "Poemas de agua" (1.978), "Fuego de tierra" (1.981), "Árbol fuerte que silba y arrasa o últimos boleros" (1.988), "Nanas a mi hombre para que no se duerma" (2.004), "Escarcha o centella, bebe conmigo" (2.004), "Antología de agua, fuego, árbol y ángel". Novela: "Tantos Juanes o la venganza de la sota" (1.993), "Habitantes de tiempo subterráneo". Ensayo literario: "Viaje inverso: sacralización de la sal", "La inquietud de la memoria en el caos familiar". Literatura infantil y juvenil: "Marigiendi y la jaula dorada" (1.983), "Mamá, cuéntame un cuento que no tenga lobo" (1.984), "El niño, el pichón y el ciruelo" (1.990), "Parece cuento de Navidad" (1.996), "Para qué sirven los versos" (1.995), "Una mazorca soñadora" (1.995), "Un pajarito, una pajarita y la casualidad" (1.996), "La almohada muñeca", "El loro de la infancia", "Epaminonda, entre recuerdos y olvidos" (2.000)

Participación en publicaciones colectivas

"II Antología Internacional Sensibilidades" (2.002), "III Antología Internacional Sensibilidades" (2.003) "IV Antología Internacional Sensibilidades" (2.003), "V Antología Internacional Sensibilidades" (2.004), "Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo" (2.005), "Antología de narrativa: humor con extremaunción" (2.005), "Antología Internacional "Sensibilidades Oro" (2.005). Otras Antologías: "Letras femeninas", "Poemas Quietos", "La infancia en la poesía venezolana", "Flor y canto: 25 años de poesía venezolana", "El cuento feminista latinoamericano", "Andina", "Poesía en el espejo", "Escritura y desafío, narradoras venezolanas del siglo XX", "Habitantes de tiempo subterráneo", "Modernidad y Alteridad", "Antología venezolana del poema en prosa", "Coloquio Latinoamericano de Literatura", "Antología de Poetas Venezolanos, nacidos entre 1930 y 1960", "La poesía en Mérida", "Eñe, Antología Internacional de escritores en castellano", "I Antología de poesía de la Asociación de Escritores de Mérida", "Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo", "Antología de narrativa: humor con extremaunción".

Integrada en el equipo de la novela "La Memoria de los triángulos" (2.004). Escritora invitada y Autora de uno de los finales alternativos de la novela "Mudayyan" (2.005). Ha prologado numerosos libros de autores Europeos y Americanos y es, asimismo, autora de la letra y música de cuatro canciones.

Miembro Foro Sensibilidades desde
11 Febrero 2002

www.escritoresmerida.com.ve
www.escritores-merida.com

marial_lazzaro@cantv.net
lazzaro@ula.ve

Índice de textos

“Laberinto”

“Para rescatar mi origen”

“Para comenzar a vivir”

“No hay sustancia”

“Si tuviera la certeza”

“¿Donde amaneces?”

“Sueños excéntricos de viuda”

“Débil ante la muerte y el olvido”

“Caín y Abel subcutáneos”

“Entre el ser y el parecer”

“Tener un ángel es bueno”

“Como la hiedra”

“Como madera de bongó”

“Aceite y mármol”

“Santificarme de olvido”

Laberinto (*)

Soy un pedazo del universo
que algunas veces se entusiasma
frente a las vitrinas
llenas de ropas, joyas, y zapatos.

Soy un laberinto
que lleva un combustible,
que poco a poco
va consumiendo la piel,
para que sea más liviano el cuerpo
y pueda volar al infinito espacio,
donde no existan vitrinas
que distraigan de la profunda voz
que se levanta como una hoguera
para hacerse escuchar.

Para rescatar mi origen (*)

Tuve que desdibujar
la barrera del sonido,
arrugar la almidonada pudicia
para rescatar mi origen.

Lo tengo,
transpirado bien,
teniéndome la frente
en la rodilla.

(1) De "Poemas de agua" (1978)

Para comenzar a vivir ()*

Quién que algunas veces se levantan acallando la veracidad cotidiana. De igual figura, diferente sombra, fuerte, y no sabe mentir.

Tiene acerada la mirada. Es dulce, pero no sonrío. Surge del dolor de la tristeza, y no habla. En silencio dispone las frases y describe regiones profundas en mapas de agua, fuego y tierra.

No la entiendo, ellos tampoco. Sabe que me asombra; no le basta. Quiere que me funda en su fuego para comenzar a vivir.

No hay sustancia ()*

No hay sustancia algunos días para formar el laberinto de dilemas. No hay. Tristeza no hay melancolía no hay ese grito intenso que sacude la memoria. Y hace llover y hablar y gritar.

Son esos días apacibles, en que la serenidad está en equilibrio con el cosmos. No hay sosiego que buscar. Es como el devenir. El otro lado de la muerte.

(*) De *"Fuego de tierra"* (1981)

*Si tuviera la certeza (**)*

Si tuviera la certeza,
espacio de seguridad donde ubicarme plácida.
Brazos de carnero y tigre, dorso
y envés de las manos.
Ungüento de certidumbres.
Sin ese obstinado contemplar puertas
y ventanas... cerradas.

Aguardaría con regodeo
la proximidad de los caballos;
enmarcando los semblantes
desde la misma perspectiva emotiva,
sin bradicardia.

(**) De *"Árbol fuerte que silba y arrasa"* (1988)

¿Donde amaneces? ()*

¿Dónde amaneces, en cuál ciudad?
¿Dónde se abren, dónde se cierran tus ojos?
¿Dónde escuchas el primer canto de pájaros?
¿En cuál de las calles, que te pertenecen,
desperezas tu cuerpo y bostezas?

¿En qué mesa tomas tu primer café?
¿Quién preludia tu alimento,
quién sirve tu postre preferido?
¿Cuál comida disgusta tu paladar exquisito,
cuál deleitas los domingos?

¿Quién te besa en la frente?
¿Quién te despide, quién recibe tu cansancio,
tus pies doloridos, tu espalda mustia, tu voz quebrada?
¿Quién escucha tus lamentos, tus alegrías, tus éxitos;
angustias de dinero y tiempo?
¿Quién recoge tus palabras,
tu canto derramado en las mañanas?
¿Quién calienta tu cama para la siesta,
quien te arroja en las madrugadas frías?

¿Quién sacude de tus hombros
las primeras canas nevando?
¿Quién recogerá tu cuerpo vencido,
quién lo vestirá de cielo?

¿Quién está contigo en este instante...?
Intensamente...
Inexistente...

(*) De "Árbol fuerte que silba y arrasa" (1988)

Sueños excéntricos de viuda (*)

La viuda se cansó de sus sueños excéntricos, de su lluvia de lava recorriéndole las mejillas destapadas en lástima.

La viuda fue a una tienda de antigüedades y sin mediar negocio desabotonó el alto cuello de su blusa poco ajada para el amor; hasta los botines de cuero pesado. Y permaneció desnuda hasta la próxima galería, donde encontró un traje que imaginó de musgo, del pesebre que se exponía.

Se fue verde y transparente a buscar la vida que se le escapaba -casi- de entre sus muñecas afeitadas ya una vez al ras de un solo tajo. Porque la soledad era negra y el amor un martillo gris, que le golpeaba las enaguas que no usaba desde hacía muchas temporadas.

Débil ante la muerte y el olvido (*)

Hace poco reconocí a una muchacha linda pero débil frente a la muerte y al olvido. Me seguía infeliz. Quise ayudarla pero se encerraba en su cascarón de agua. Las pocas veces que asomaba la mirada me decía que la muerte ya no viaja a caballo. Viene en el viento como si fuera un remolino de arañas. Se esconde porque ya no le quedan sino las manos y los pies para guardarse.

Yo le hablé de los sonidos con que las montañas se alzan y se ponen verdes y amarillitas de azahares. Me repitió la misma historia de la muerte y el caballo. Que ahora es viento, hombre impetuoso que le va seduciendo la sangre. Todos los días amanecía con los ojos en las venas y los antebrazos. Es que sus manos se habían vuelto ocre para el amante y la vida.

Un día decidió colocar en su garganta dos campanas de bronce con un tanto de estaño, para llamar a los ángeles. Y empezó a cantar como una rosa se abre: suave. Su voz se fue haciendo recia, rompió todos los hilos del viento. A lo mejor termina como La loca Luz Caraballo: calle arriba calle abajo. De la Parroquia a la Hoyada de Milla. Cantando... feliz.

(*) De *"Resurrección del ángel"* (Inédito, 1991)

Caín y Abel subcutáneos (*)

Caín y Abel están en el tejido subcutáneo
de todas las pieles,
alojados en los poros sebáceos.
El primero, que es el último, vive de la fagia intimidatoria.
El segundo, que es el primero, hunde su grito en la tierra
que él mismo humedece con secreto gozo interior.

Caín aprendió, del miedo de Abel, a ser macrófago;
por eso se viste de osteoclasto cuando Abel es osteocito nuevo,
o de condroclasto cuando Abel es condrocito.
Abel sabe que Caín no va a esperar
que transcurra su tiempo de vida útil,
para englobarlo como entamoeba en ayunas.
Caín sabe que Abel sabe lo del espejo,
por eso no quiere mirar quejándose.

Caín y Abel nacieron de la misma célula madre,
recibieron las mismas mitocondrias,
los mismos adenes, iguales nucléolos
y principios enzimáticos e idiomáticos.

Caín, nació unos segundos después que Abel,
el primogénito... De ahí la desavenencia.

(*) De "En el mar de Cajal y Golgi" (Inédito,1996)

Entre el ser y el parecer (*)

Saber las idiosincrasias de los otros
es un hecho macroscópico,
basta observar con deducción,
escuchando gestos e idiolecto,
acciones y omisiones.

Pero... conocernos a nosotros mismos
en estructura profunda: organoides oncogénicos,

citoplasma constreñido, cromosomas distorsionados,
alvéolos taponados de carbón
nada láctico, membrana plasmática discordante
en interconexiones relacionales...
requieren de alto poder resolutivo electrónico,
por sus características microscópicas.

No es posible ver la viga en el propio lagrimal,
con la nitidez de una pajilla
en las canas del vecino.

(*) De *"En el mar de Cajal y Golgi"* (Inédito,1996)

Tener un ángel es bueno (*)

Es bueno tener un ángel
que no tenga rostro ni boca.
Ni voz que retumbe como la conciencia
hecha de hojaldre y leyes.
Silencioso y crudo como el espejo
deja que transcurra el devenir equivocado o no...
pero creciendo.

Ve como se afinan o desafinan
las cuerdas de la vida,
o de la muerte diaria.
Y no interviene...
No juzga... ni se ríe...

Sabe... que en cualquier momento...
una ráfaga de olvido...
lleva a perder...
ganando... o viceversa

Silencioso espejo de todos los días.

(*) De *"Ángeles y hechizos"* (Inédito,1999)

Como la hiedra ()*

"Así abrázame, mi amor, lo mismo que la hiedra
(...) Así, me sentirás a ti, unida cual la hiedra..."
Seracini/ D'Acquisto/ Vincenzo

La comisura de la boca,
como al descuido.

Nunca más fantasma,
deambulando.
Nunca más pared blanca,
descolorida,
en concha.

Como la hiedra: adherida,
verde,
abundante.

Como madera de bongó ()*

"¿Cómo fue, no sé decirte cómo fue, no sé explicarme que pasó?
(...) ¿Fueron tus ojos o tu boca, fueron tus manos o tu voz" ...

Si trotar en sentido contrario
resultara acallar
la madera del bongó.

Si los pigmentos se esparcieran,
si el brebaje barriera las pozos
secándolos.

Si tapando las acústicas,
paralizando los orbiculares,
apisonando la tierra,
la lengua, la palabra.

(1) De "Madera y bongó" (Inédito, 2003)

Aceite y mármol ()*

Interdicta el mármol de mi sepulcro.
Con vehemencia transítame con tu piel: bronce y badajo;
estalactita difunta.

Abre mi boca de hierbabuena y geranios,
posesiónate de mi casa y sus cerrojos.
Una fuente inmaculada aguarda.
Sumérgete sin prisa,
regodéate en las aguas cálidas.
Hay eternidad en los pequeños instantes.

Aurifica con tu aceite consagrado
las lesiones sensitivas.

Santificarme de olvido ()*

Esta necesidad de sangrar mis manos
entre los clavos de tu madero.

¿Cómo no trasmigrar de mis aposentos a los tuyos?
Ascender a tu gloria...
llorarte los hombros, estremeciéndonos.

Tú que sabes de voluntades: dejarte atravesar de lanzas,
sin morir como yo, llagándote.
Enséñame a sanar
esta delectación,
con la minucia de tus muros de piedra caliza.

Quiero santificarme de olvido.

(1) De "*Cromática en vuelo*" (Inédito, 2002-2005)

Alena Collar

Madrid (España)



*M. Antonia
Seguí Collar*

Madrid, 1.960.

Reside en Madrid

Periodista y profesora de Lengua Castellana y Literatura.

Finalista del *Premio Clarín de cuentos de la FCCI*. con el cuento "Itaca" (1983); tiene publicadas colaboraciones en el *Diario Informaciones* (1982-83), en la revista especializada "*Derby Digest*" (1984), en el *Diario La Tarde*. (1985), en la revista *El Árbol de las Letras*, en la *Revista Literaria Sensibilidades* y en diversas revistas escolares. Participante en las *I Jornadas de Arte en Fuendetodos, Realidad y Sueño en los Viajes de Goya*. 1993, bajo la dirección del Profesor Ángel Carrete. (ed del libro con el reflejo de estas Jornadas en 1994). Ha prologado varios libros de autores europeos y americanos. Fundó y dirigió el Grupo Teatral "*Los Ilegales*" de 1996 a 1998.

Obra impresa individual

"*La casa de Alena*" (narrativa)

Participación en publicaciones colectivas

"*Antología de Poetas en castellano*"

"*II Antología Internacional Sensibilidades*"

"*III Antología Internacional Sensibilidades*"

"*IV Antología Internacional Sensibilidades*"

"*V Antología Internacional Sensibilidades*"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"*Antología de poesía erótica: larghetto ma non tropo*"

"*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*"

Escritora invitada y Autora de uno de los finales alternativos de la novela "*Mudayyan*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
25 Marzo 2002

<http://alenacollar.sensibilidades.com>

alena@sensibilidades.com

Índice de textos

“En la memoria de la nieve se detiene el tiempo”

“El pájaro de la lluvia atisba el otoño”

“Derretido en los labios”

“De piedra y viento”

“Terciopelo”

“Y por la mañana se duermen”

“Ascensión y muerte del Unicornio”

En la memoria de la nieve se detiene el tiempo

*(A Enric Morató, que lo recitó en Lliria como si fuera cierto)...
Y a Marisa, que lo "secuestró" ...*

(Escenario con luz tenue en alba y negro. Los dos en voz baja)

- Dile que vuelva de la oscuridad. Me da miedo que cruce el jardín, así tan sólo...
- Ninguna luz le quiso bastante para iluminar su rostro.
- No tuvo colibríes para protegerlo...
- No. Ni siquiera se le acercaron.
- Por eso morirá de noche.
- ¿Cuándo?...
- Cuando amanezca.
- Quizá un tintineo le salve...
- Pero, ¿quién podría hacerlo?...

*Hay una pausa como una muerte esperable.
(Luz de escarcha y nieve)*

- Lo han traído...
- Sí. Viene muy lento. Quizá ocurra el milagro.

Suena Rachmaninov lejos.

- Mirad su cara...
- Eso que le atraviesa como una cicatriz, ¿qué es?...
- Un rayo ungido de luna y seda.
- Le está esperando allí, mirad...
- ¿Quién?...
- El pájaro de la nieve.

(Se ilumina el escenario de levedades de blanco y lilas)

- ¿Eres tú?...te he esperado mucho tiempo.
- Es difícil encontrarte; sólo te designa tu cicatriz.

- Me la hice de pequeño, cuando las estrellas me enseñaron el país de los unicornios. Desde entonces, he aprendido las sílabas del viento.
- Lo sé, yo estaba allí, en la copa del más alto roble. Entonces tú no podías verme.
- Te presentí en el frío que siempre rodeó mis manos. En la soledad que vistió de colores mis ojos. Todos hablaban de mí, ¿sabes?, siempre fui una paradoja de hielo y quemadura. Nadie pudo adivinar nunca que el pájaro solitario habitante de mi fragua recogía su canto entre mis labios esperando un solo acorde.
- He vuelto. Ahora es tiempo de que regreses conmigo. Antes de que el bosque se habite por el deshielo. Antes de que el agua arrastre tus recuerdos y te convierta en olvido.
- Me da miedo el bosque. Nunca me atreví a atravesarlo. Está oscuro...¿quién me dará luz para mis heridas?...mira, las llagas ulceran mi coraza, y si se rasga, me quedaré desnudo.
- Debes cruzar conmigo. Vendrán corceles al alba, capitanes negros de humo, arrasarán el jardín y sus muros. ¡Vamos, no te detengas!...
- No sé... ¿quién guardará mi corazón si me marcho?...viví siempre en este jardín, detrás de los espejos de plata; cuando los miraba, carcajadas de payasos llenaban el aire. Y danzaban crisantemos muertos entre mis dedos. Humedades y velas me perseguían. Nunca pude romperlos. Una vez...
- ¿Sí?...
- Una vez encontré una mano rota en un cristal. Tenía sangre y bruma. La recogí y bese sus dedos de estambre. Se deshizo entre mis ojos dejándome el perfume de un niño triste.
- ¡No hables más, ya no hay tiempo!... se acercan y debemos irnos.
- Espera que recoja las notas del violín...

(Tenue luz alba y azul)

Griterío en alboroto inundando arriates. Cascos de caballos. Humo carbonizado en jardín roto. Jinetes irrumpiendo.

- ¡ Ahogado en el estanque, en el agua muerta de los niños desnacidos, nunca su juventud crecerá junto al estandarte de la primavera!... ¡ no arranquéis las rosas: que cubran de rojo su corazón maldito para el recuerdo; los futuros serán aborto de su sombra, las mañanas serán su desmemoria!...no nacerá jamás.
- Yo no cantaré para tu sonrisa de abril, niño mío, el unicornio ha muerto. ¡ que lllore mi estirpe!...

Pájaro de nieve y violín abandonan el escenario mientras se ilumina éste con un sol naranja.

El pájaro de la lluvia atisba el otoño

Escena Prólogo

En la copa más alta del árbol detenido y leve.

Niños jugando en el jardín.

*Niños (cantan). " A la fuente del aire
Cruzo las manos
Me cubren de futuro
Ardillas de luz".*

Se acercan tres vencejos muertos .

- Besaremos sus ojos y vendrá la nieve. Dormid el sueño de los días, ríos de plata por los que deslizarse. Silencio que cubra cuerpos y rosas. Ni en los más ocultos presagios podrán saber que vuestra memoria se hundirá en el légamo...

Los niños duermen ovillados.

Escena I

A, B, y C sentados junto al banco del jardín. Visten dulzainas de vientos y guitarras de adioses en semifuga. Llevan sombreritos licuados como si se derramara el Tiempo por sus cejas.

A- No se quedará para siempre.

B- Nunca se detuvo. Huyó demasiado pronto, hacia la montaña donde crece el cardo y el abeto.

C- No, no. Eso no es cierto. Vosotros no le visteis marcharse por el camino de las estatuas rotas. Sólo yo le seguí; sus alas, sus alas de estambre, su pico de algodón y azúcar; enmudeció al irse; antes, cantaba tanto...

A- No quiso proteger el mural de los juegos. Nos abandonó. Y ya no encontramos nunca el laúd.

B- No quiso permanecer en el agua muerta.

C- No, os digo que no es cierto, yo le vi; regresaba siempre, con el viento de la lluvia, cuando las raíces del árbol se humedecen y el jardín esponjado en agua destila canciones antiguas, cuando los rayos de luna anohecen en nube y se derraman como alfombras en cortinajes de raso.

A- De todas formas, no estaré para cuando llegue; me abandonó a las sombras, dejó que los vencejos criaran en mi corazón arañas de temor, me dejó solo mientras los círculos del laberinto me asediaban, y las espadas golpeaban mi rostro, y la sangre crecía sobre mi retrato muerto.

B- A mí me abandonó también. Cuando las bocas lamían mi cara, y los espejos repetían mi mentira, y cuando las oropéndolas asesinaban mi corazón, haciéndolo pequeñito, no estaba. Yo también me voy.

C- Marcharos. Yo le esperaré. Yo sólo quería de él... tan sólo quería...

A y B- No importa lo que querías... no estuvo, nos traicionó. Vamos, no le esperaremos nunca más.

A y B se marchan.

C (*mirando sus manos*)- Yo sólo quería...

Escena II

C sólo en el banco del jardín.

Luz de agua y leña dormida.

C - (*Canta*).- " A la fuente del aire
llevo mi cuerpo
recuerdo infinito".

Una figura en agua de plata se acerca. Lleva capa como si existieran los duendes.

F- Los recuerdos se nombran como si fueran heraldos. Tengo años y edades para tu regreso, si los quieres.

C- Perdí mi infancia en las tormentas. ¿Tú la viste?... era como un río de esplendor y follaje, como tamarindos salvajes, como la rosa nocturna de junio, como un claro día abriéndose al mar; tenía el perfume de la lluvia del otoño, hojas caídas en un lago, olor a lavanda, retama de ropa planchada al sol, y aquel sonido, aquel soni-

do...lo perdí cuando los vencejos me durmieron; cuando oscurecieron mis regresos y abandoné el paso de todos los recodos por los que volver. Desde entonces llevo mi vida como si la suicidase, y no encuentro el aroma, ¿dónde estabas?, yo te busqué tanto, tanto como si fueras la última piedra de este jardín desolado, tanto como si tú fueras a darme todos los nombres de los que han muerto desde que te fuiste, y sus caras, y su canto. ¿Dónde estabas?; siempre que te presentía, te llamaba, pero te escondías de mí, sólo me quedaba tu esencia.

F-El pájaro de la lluvia sólo regresa para quedarse, cuando alguien lo ama. Los espectros que te perseguían se han marchado un momento antes de que me vieras. Ahora me quedaré contigo; tengo un regalo que hacerte: toma.

Empieza a llover sobre el escenario.

C- Eres tú, tú de verdad, la luz de entonces sobre mi corazón vivo, la piedra para guardar mis recuerdos, el aire tranquilo que me cobija...

Se oye cantar a un niño:

"A la fuente del aire
cruzo mis manos
me cubren de futuro
ardillas de luz".

Pájaro de Lluvia y C se alejan sobre el escenario mientras llueve.

Derretido en los labios

(Para Araceli, por casi todo)

Los ojos ciegos abiertos. Luz inútil de la nieve. No será la blancura quien me despierte, sino el dolor de su herida.

Ave del Paraíso: ¿por qué no cantas?, ahora que vienen los fríos y busco tu compañía. Ahora que no hay resplandor.

Paisaje y camino. Llevas mis zapatos en tu pico. Como si fuera una promesa de que yo también iré al País de Gerda y Kai.

Todos los arco iris desplegándose. Y el sol, como insurrecto de la alegría, pide paso.

Ave del Paraíso, frente a mis abiertas pupilas estoy esperando tu vuelo, pero no vienes. Y tengo cristallitos de hielo derretido en los labios.

De piedra y viento

Tu corazón hacia la piedra. Hacia la piedra antigua y dura. La que no se agrietará jamás.

En el viento murallas
Rocas de silencio
Huellas rotas de arena.

Tu corazón hacia el acantilado. El acantilado bronco y salino. Amurallado de mar. Altivo.

En el paisaje el cierzo
Nieve perpetua
Blancura cegando.

Tu corazón hacia el desierto. El desierto mudo. Duna ondulada. Soledad sonora.

En el cielo estrellas
Espectros ciegos
Tiempo suspendido.

Mi corazón sin pájaros.

Terciopelo

Esta vida sin saber futuros, como presagios de nadas que siempre acorralaran espacios abiertos. Esta zona de sombra en medio de la claridad del día. Este entre-cortado aliento, que no quiere morir. Último reducto de la alegría. Catedral o refugio donde proteger los retales de un tapiz deshilachado.

Este caminar tan lento, como si en él cupieran todos los amaneceres, aún sin saber si el nacimiento del alba tiene derecho a latir. Estas pisadas, sí, estas pisadas que llevo, que me conducen cada tarde a oscuros callejones de donde resurjo, como si fuera posible, como si todavía fuera posible la palabra esperanza.

Y el sonido del agua, abarcando hiedra y piedra, envolviendo lo que un día ya no seré. Dormida en el terciopelo de un adiós aprendido desde antes.

Y por la mañana se duermen

(Para mi madre, porque le gustó especialmente)

Viven principalmente de noche. Cuando yo me voy a dormir, se congregan a mi lado, hablan bajito, como acompañando mi duermevela. Ellos dicen que me cuidan: saben que tengo miedo a la oscuridad, a las sombras y a los hombres de Negro que me visitan desde que era pequeña. También saben que me duele el cuerpo, y que me despierto a menudo, y por eso se quedan conmigo, para protegerme del silencio.

Algunos vienen de lejos, de Portugal, de Japón, de Rusia; otros no, son de aquí mismo. Muchos, permanecen conmigo desde mi infancia, me han visto crecer, han asistido a mis noches en cama, me esperaban a la vuelta del colegio, y me acompañaban mientras hacía los deberes. Otros, han llegado después, algunos el día de Reyes, a muchos de ellos los he salvado de la muerte y me están muy agradecidos. Mientras leo en la cama, no dicen ni palabra. Están quietecitos, esperando. Pero, en cuanto apago la luz, comienza el murmullo.

- Yo creo que la deberíamos decir que se arroje más...
- Sí, si no se volverá a constipar. Ayer venga a toser.
- Yo no la oí...
- Claro, porque tú estás más lejos, y lo hacía bajito...
- Pues a mí me contó ayer un cuento...
- Siempre nos ha contado historias, tú que eres de mi generación ¿te acuerdas de la historia del capitán invencible?...
- Sí...luego no ha vuelto a contarla más...
- Porque dejó de ver a los gnomos...

Mientras ellos hablan, me voy quedando dormida. Los siento removerse, acercarse despacito, y luego callan definitivamente para mí, porque me ha vencido el sueño.

Cuando me despierto, los miro, a ellos, mis pequeños muñecos, figuritas de porcelana, monigotes de las tartas y roscones, muñecos de peluche: ellos que viven de noche para cuidarme y por la mañana se duermen.

Ascensión y muerte del Unicornio

La blancura de su pico enarbolada tal resplandor hacia cielos amarillos.

No será jamás ayer indestructible sino ventana hacia futuro. Miradlo, alas, alas, alas. Resguardo del viento y sol en plumaje herido por presagios. Inocencia del alba que nace. Ya solo luz. Ascenso y vértigo.

Pureza de pupilas mirando el claror del vuelo. No conoce el mal. Sobre la alta sierra planea, oro y turquesa.

Pero los caballos de la Muerte amanecen por los cerros. Cabalgata fúnebre. Llevando en espuelas el dolor y el llanto. Capitanes de la sombra sin arcángeles que los detengan.

Se detiene el Unicornio. Hierro y bronce, estatua en paisaje.

Caballos asesinando la alegría, horadando el llano. Divisando al pájaro de las primaveras. ¡ Oh, augures, qué infernal victoria para las edades futuras!

Caer, a pico, a sombra, a destello, a golpes. Caer.

Rojo, yace, -alas-alas-alas-, mientras los caballos pasan de largo y se inicia la leyenda.

Belén P. de Prado

Pamplona (España)

Belén

Pérez de Prado García

Salamanca, 1.964

Reside en Pamplona (Navarra)



Titulada por Oxford, Cambridge y E.O.I. Profesora de inglés y Directora de un Centro de Enseñanza de Idiomas, Supervisora Titulada por la A.N. *Mitxelena para la Supervisión y el Desarrollo Personal* en colaboración con el *Institut für Beratung und Supervisión (IBS) de Aquisgrán (R.F.A.)*; experta en Orientación y Asesoramiento, Diseño Acompañamiento y Dirección de Grupos, Psicoterapia ECP (Enfoque centrado en la persona), Desarrollo Organizacional, Programación Neurolingüística y Coaching. Presidenta del *Instituto de Supervisores Profesionales Asociados (ISPA)*, ha participado en simposios en las Universidades de *Kessel (Alemania)*, *Leiden (Holanda)* y *Fiesa (Eslovenia)*. Ha prologado numerosos libros de autores Europeos y Americanos, textos suyos han sido publicado en varias webs literarias y en el "Diario La Frontera" (Mérida - Venezuela)

Obra impresa individual

"*Mujer de nadie*" (narrativa)

Participación en publicaciones colectivas

"*Poemas entre nosotros*"

"*II Antología Internacional Sensibilidades*"

"*III Antología Internacional Sensibilidades*"

"*IV Antología Internacional Sensibilidades*"

"*V Antología Internacional Sensibilidades*"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"*Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo*"

"*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*"

Integrada en el equipo de la novela "*La Memoria de los triángulos*", creó los textos del personaje "*Argiloa*" y coordinó la parte titulada genéricamente "*Argiloa y Nínfula*"

Escritora invitada y Autora de uno de los finales alternativos de la novela "*Mudayyan*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
20 Abril 2001

<http://belen.sensibilidades.com/>

Belenpdprado@yahoo.es

Índice de textos

“Conciso”

“Metafórico”

“Ostracismo”

“Me sobras”

“Empalizada”

“Per... fecto”

“Como unión”

“Versus abandono (de Dolo y Dolor)”

“Sola de Él”

*He recibido el regalo de este espacio y quiero cuidarlo con una intención especial. Me encuentro con esta Antología Sensibilidades Oro cerrando un ciclo, antes de cambiar de etapa y hacerme algo "más mayor", y he decidido dejar en él algunos escritos que han señalado momentos clave en mi historia personal. Son para mí zumo de profundidades. Si tuvieran título les llamaría **Leche de luna líquida y sólida**, esa que fui descubriendo en diferentes viajes a mis propias simas y habían quedado en una carpeta por aquí dentro, lejos de luz y taquígrafos esperando sin duda ser elegidos para llegar a ti.*

*Desde el fondo de lo hondo espero que disfrutes de su lectura.
¡Buen viaje!*

Conciso

¿Necesitas algo? -me preguntas- seré precisa...

Necesito un soplo de ira y ventisca, necesito que el cielo tamice su tono de luz, que el claro de noche envuelva toda el polvo del ciclón que se nieva en mí.

Necesito frío, mucho frío que coagule mi suavidad hasta astillarla en aristas de cristal, necesito andar relente, que resbale sobre mí todo el lodo que pueda maquinarse.

Necesito toda la fuerza de sol, pulimento de toda lisura, toda, que mi boca me escuche y enseñe sus dientes, que la desgana se fugue de mi pecho harta de su tedio, que mis manos recuerden y no tiemblen timidez sobre el gatillo.

Necesito que los días se aceleren, necesito que las noches se dividan, que se multipliquen mis fibras, que se temple el acero de mis nervios. Necesito encontrar el lugar para mi batalla, estrategia para ser tiro en la frente en la guerra en la que estoy.

Necesito campo y pista libre para la carrera de encender mi mecha, sola, para mezclarme en dosis concienzuda de nitrógeno y glicerina.

Espacio para ser odio y reventar.

Metafórico

(allende la furia)

Cuando la arena y el sudor se afanan como peluqueros en cardar últimos toques a las rastas de mi cabello enrejado.

Cuando las verdiazules grietas reseca rezuman el agüilla legañoso, antecesor de la cura que llaga y no llega..., necesito desesperadas urgencias con dosis de gotero, requiero caldo y quietud para mi carne de gallina, injertos de paseo suave para mis pies ajados, tisana hidratante de sobre-subsanar tristeza para mis ojos y manos.

Me dedico pues, a cómo-dar mi cierre en creyente di-agnóstico:

A mi lo que me ocurre es claro y *"ya/no"*.

No entiendo la vida
Y puesto que no alcanzo ni de lejos a acercarme.
Como ni pincho, ni corto, ni perezoso, ni brego, ni lego,
ni adhiero, ni trino, ni digo, ni pío...

Como me canso y me atasco,
me conduelo, "cofundo",
me escuezo y repateo,
me punzo, me pincho...

Como apátrida apática apóstata,
glacial, displicente, renegada,
ya no veo ni lo que creo.
Sólo me resta el ataque de acatar
y a-ocaso, como mucho resumirme
en cuatro campanudas palabras redichas.

No entiendo la vida.

La temo y no la entiendo.

Ostracismo

He convocado a gritos a nadie, preñada en pavor por si nadie contestaba.
He amado con el corazón armado, y lo he herido en bajito(muy en lo quedo)

Amo y callo
callo y amo
y no me engaño.

He odiado con los ojos, los que miran hacia atrás y para dentro.
He odiado en intenso, en agudo, en crecido filo de esparto hilado.

Odio y hablo
hablo y odio
y no me miento.

Y en estas fechas...
Solidaridad con las ostras.

No habrá más altares en los que ablandar mi ingenuidad al vapor.
Sartenes a las que diligente saltearme, abrasarme en pura necesidad a ciegas.

Lo juro implacable. No olvido.

No habrá más atropellos, ni perrerías, ni piernas, boca, ni voluntad entreabierta a
empellones de cuchillo alguno.

Nunca más.
Hoy Amo.
Hablo.
Odio.
Callo.

Ya soporté en mí todo el ácido escozor de esas tórridas dunas.

Hoy esta perla es mía.

Te reapareces en súbito sopetón en mi restañada vida, y me sobras.

Escucho la mirada sulpicante en tus turbios rastros sin pestañas.

Leo tu carta arañada vestida de "*con la excusa de estas fechas*", y...

Me sobras

Con la noche como manta sobre mis hombros acolcho mi verdad, su dura cicuta se raja en mi rostro. Veo su cicatriz. Brilla al trasluz. Se remarcan uno a uno los puntuales anclajes de sutura, y ya no necesito el astringente maquillaje bondadoso de la mentira.

Veo, siento, acepto y te digo:

No te deseo bien, mal, ni regular, no te deseo apoyo, ni brindis en chín, chín de amable compañía. No te deseo Paz, no te deseo calma, ni brisa, ni descanso, ni tregua siquiera.

No te deseo perdón, ni bálsamo, ni cura, ni un saldo de cuentas aún alquilado. No te deseo alivio, ni leasing de consuelo, ni remedio, ni paliativo. No. No te deseo sedante, disculpa, calmante, analgésico, hipnótico, ni lenitivo. No te deseo deseo, no te deseo reconforte, ni aliente, ni reanime, ni suspiro.

Escribo, leo, confirmo, me acurruco en lejanía y realidad interior, y no te deseo explicación nimia que amortigüe prolija, ni justifique ni una micra del soez dolor que cizañaste en mi alma.

Así que, es inútil. No arrastres tu raposo arrepentimiento desvencijado hasta mis pies. No mendigues mirada, gesto, ni letra mía.

Envuelvo en estas palabras que no leerás toda la inmensa dureza de mi muro de silencio.

Para ti no levanto otro dedo que no sea el corazón.

Empalizada

Recuerdo... Por aquí, me dejé caer por aquí...

Entre los traicioneros velos en tono nácar del rumiar y regurgitar duda. Por aquí, entre las veras y las tiras que ni miento, ni menciono. Por aquí, brújula imantada en mano, agazapada bajo la cruceta indiscriminada de los fuegos que trinchan, de los fuegos que truenan, de todos los fuegos amigos y enemigos.

Y me doy... de empellones, de bruces, me doy de sí hasta estirar toda la extensión del rotundo No que me "ecoempeña".

Y me saco...

de quicio,
de mis casillas,
de madre,
de todo contexto previo de lo dicho,
de lo sentido, de lo hecho, de lo omitido.

Y me voy...

de copas,
de putas,
de casa,

me voy de mis cerros hasta desentrañar el ovillo de esta alambrada que me veta y veda.

Por aquí, en la fría baranda que me separa de todo este frente que me da la espalda. Apoyo mi casco en mi antebrazo cansado, hago guardia fiel al poso de polvo en la nada, cubro la retaguardia a mi fusil anudado, y compruebo, cómo lentamente, en este baldío campo de batalla, vamos quedando... arena, casquillos en el aire, mil escodidas minas *anti-tupersona* y un aparente desquiciado y descompuesto yo.

Desde el aquí en el que no me encuentro envío escrito en el vapor de mi penúltimo aliento mi comunicado:

Has muerto mi Paz de por vida.
No matarás mi guerra.

Per... fecto

Permanecer, permeable a los cuatro alientos que despenan, implausible a los vientos que aturullan.

Perseverar, aún con los ojos con doble cremallera, la boca con grilletes, con las manos cojas, tartamudas.

Perdurar, aunque al vecino le duelan prendas, aunque se rompan barajas así se rasguen todas las nudistas vestiduras.

Prorrogarse por mucho que abucheen y pataleen las desganadas todas.

Permitir, que de vez en cuando las palabras se apliquen la cataplasma de un excedente beso templado, se tomen una siesta de silencio sabático. Pernear para otro lado, bracear orillas si así hiciera falta.

Perdurar, (con excepción perentoria)

Pervivir, (perjurando pertinaz)

Proscribirse siempre de puntualidades y... recordar, no olvidar nunca, nunca, nunca... que mal que a uno le pese, hay renglones que sabiéndose retorcidos en sus nudillos, bien hacen en prodigar propinas de ausencia.

Como unión

Para ti,
tragaré de frente el sopapo seco del cemento armado.
Beberé del cariz del momento.
Me encomendaré en el altar de las bajas harturas.
Para ti y por esa flor...
Comeré sapos y culebras.
Tiraré de carro y careta.
Comulgaré de un bocado esa rueda de molino.
Chuparé banquillo, posaré sonrisa.
Y después,
mi estómago y yo nos diger-iremos.
(cu-cu, cuando no me veas)

Versus abandono (de Dolo y Dolor)

Para evitar el dolor una se crece y construye capaz de casi cualquier cosa. Se lía con una liana pendiente y depende sus piernas abiertas sobre el desespero. Una planea y se lanza en picado a echarse la garra y acerca su mano a un cigarro, da una dentellada a un bocadillo, o moja el morro en un excelente caldo hoy, mañana en un tinto peleón. Para no sufrir, una se convierte en su enemigo privado número uno, para no sentir el crudo silencio del desgarro conocido, una se sintocina con cualquier tonada y troca canción por *retintín*.

Todo lo que haga falta para evitar el peso pesado del desconcierto interior.

Lo demás llega y llega per se, con el tiempo y una caña, sin prisa y con causa llega siempre, no se hace de rogar.

Corazón de parra y puño. Pupilas secas. Uñas irritadas. Pasos fríos, cobardes y ese vacío ahora incómodo y arduo, ahora casi obsceno, riéndose de uno hasta desencajar su mandíbula con un crujido seco en dos.

Para evitar el dolor, para sortearlo, una se hace la sueca y el harakiri, una se revienta y reinventa, tupe sus accesos con cemento cola, y deja gofrado en su tejido cantidades ingentes de esfuerzo y *mal-estar*.

¡Y si sólo fuera algo ajeno!, uno pregonaaría desde el palpito que esto es totalmente ridículo, que es de locos, que no es práctico ni tiene pies ni cabeza, una echaría mano de la palabra patología para encuadrarlo y pasaría, no sin cierta alegría, a otra cosa mariposa, al siguiente tema del orden del día por tratar.

Pero no. No es de otros. Es tan de una que el pico y la pala se cambian por láser y bisturí, es como la muerte: duro corato para roer.

Entonces... ¿Cómo? ¿? ¿Cómo decirle ya basta? ¿Cómo repoblarse en las áridas tierras, cómo asentarse, inmigrarse, cómo reafinar...?

(Déjate de monsergas, tú lo sabes de sobra: Para abandonar el abandono, "*reaúnete*" y dónate a él)

Sola de Él

Este frío en realidad no es mío,
me hiela y no me pertenece.
No es medible, ni conjugable.
Este frío, es el resultado
de inseminar consciencia en mis huesos:
atroz constancia de lo que se ha llevado.

Esta soledad no es mía,
ni absoluta, o tasable,
(¡qué más quisiera yo!)
esta soledad templada,
no es más, ni es menos que una consecuencia:
la exclusiva y concreta dureza tibia
de no estar a Su lado.

No hace frío.
Tengo frío.

No soy sola.
Estoy sola de Él.

A estas alturas de las horas, cuando descalzo mis zapatos impares, los que tropezaron en sus pasos y renegaron de algunas huellas. Cuando desenfundó los aguantos que cubrieron mis yemas, las que se batieron en duelo perdiendo dígitos y uñas en cada esquina, cuando ni el andamio, ni mis brazos en puntillas alcanzan a sostener la curva en mi sonrisa...

Tomo tu mano y de su calor mi cuerpo recuerda... que mis ojos un día se cruzaron en el bosque, que mis dedos leyeron a pies juntillas braille en los senderos, y recuerda que luna, por entonces mi señorita de compañía, me perseguía con su mirada candela, expectante, entretenida.

A estas alturas tomo tu mano y me respiro en nuevos retales, los restos del viento tontorrón que entonces despeinaba mi prisa niña...

A estas horas, de esta noche concreta, antes de cerrar la décima página agradezco al foro de Sensibilidades este paseo totalmente inesperado.

Un abrazo de Belén

Luis Alcocer

Madrid (España)



Luis Alfredo
Alcocer

Madrid, 1.941

Reside en Madrid

Medalla de Mérito Premio de Poesía "*Lincoln-Martí 2003*" (Florida-USA), Distinción

Especial al Mérito Literario, "*Mis Escritos 2003*" (Argentina), 2º Premio Concurso Internacional de *Cuentos Caja Ahorros de Salamanca*, 2º Premio *Jauja de Cuentos*, Finalista Premio *Diario Arriba de Cuentos*, Finalista Concurso *Diario "El MUNDO" de relatos*, Feria del Libro 2002, Ganador Concurso *Diario "EL MUNDO" de poesía*, Feria del Libro 2002,

Ganador *II Concurso de Poesía "Generación del 27-Premio Rafael Alberti"*, Finalista *V Premio de Poesía "Leonardo Cercós" 2003*, Mención de Honor en *Poesía y Cuento Concurso Internacional ICL* (Argentina), 2º Premio *X Concurso "Puig de Missa"* de Poesía, Finalista Premio *Poesía C.I.P.L. 2003*, Seleccionado para *Antología Poética 2003, Cadena-100*, Finalista Premio *Relato Breve "Ciudad de Viladecans"*, Finalista *II Certamen Relato Breve ALMIAR*, Finalista Premio "*Juan Martín Sauras*" de relatos 2003, 2º Premio *XXVII Certamen Benigno Vaquero de Cuentos 2003*, 2º Premio *Rincón de Ronda de Poesía 2003*, 2º Premio *Certamen Cuentos Noche de San Juan 2003*, 2º Premio *III Concurso de Relato Corto Leopoldo Alas "Clarín" 2003*, Finalista Concurso *Diario "El MUNDO"* en relatos y poesía 2003. Relatos publicados en varios diarios de España y en Venezuela ("*Frontera*"); poesías editadas en la revista "*BPC*" (Angola) y en otras españolas. Poemas publicados en dos Antologías Poéticas de autores españoles (1977 y 2003) y en una de autores internacionales (2003).

Participación en publicaciones colectivas

"*III Antología Internacional Sensibilidades*"

"*IV Antología Internacional Sensibilidades*"

"*V Antología Internacional Sensibilidades*"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"*Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo*"

"*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
13 Mayo 2002

<http://luis-alcocer.sensibilidades.com/>

fatuoerlo@yahoo.com

Índice de textos

“Abuelo”
“Celos”
“Milagro”
“Cristos”
“¿He sido yo?”
“Tímido”
“Adiós”
“Pena”
“Duda”
“Tristeza”
“Robot”
“Estaba”
“Toby”
“Lluvias”
“Digitopuntura”

Abuelo

- Y..., ¿cómo es el Sol?... tú siempre me hablas del Sol; venga, dime, abuelo...

El anciano separó los dedos que tenía entrelazados; señaló con su mano derecha al techo, como si fuera un imaginario cielo:

- El Sol está ahí arriba, sobre todos nosotros; durante el día, nos da luz, calor, hace que las plantas florezcan y crezcan. Es enorme, luminoso, bello...

- ¿Y las estrellas?... ¿cómo son las estrellas?

- Igual que soles pequeños, aunque algunas son enormes, pero están muy lejos; sólo aparecen de noche, cuando nuestro Sol se va a iluminar otras tierras, otras partes del mundo. El cielo, entonces, se vuelve azul y esos soles lejanos son puntitos de luz que lo adornan...

El niño calló un momento, parecía ver todo lo que escuchaba; luego, volvió a preguntar:

- Y, a ti, ¿qué te gusta más, el día o la noche?

- Prefiero la noche; me permite meditar, hablar contigo, soñar...

Esta vez la pausa fue más larga, como si el niño tuviera miedo a la pregunta, a la respuesta:

- Nunca me has dicho, ¿sabes?, nunca... ¿Por qué sólo puedo hablar contigo, por qué nunca salgo a la calle?... ¿Es que no hay otras personas, otros niños con los que pueda hablar y jugar? ¿Por qué nunca he visto el Sol o las estrellas...?

Nada dijo el anciano, pasó su mano por sus humedecidos ojos; después, acarició con dulzura el cabello del muñeco que estaba en la cama, besó su carita diminuta de látex..., su voz era un susurro:

- Venga, mañana hablamos de eso. Es ya muy tarde y los niños como tú ya están todos dormidos...

- Lo que tú digas, abuelo. Buenas noches...

- Buenas noches... Que descanses...

Subió la sábana hasta el cuello del muñeco, sin llegar a taponarle la cara. Apagó la luz de la mesilla, besando antes la foto amarillenta de un niño rubio que estaba sobre ella .

Salió del cuarto procurando no hacer ruido...

Celos

Fue un error. Nunca debí comprarlo. Pensé que serviría para cambiar nuestra rutina, nuestra aburrida vida sexual. Además, tuve miedo de que lo tomaras a mal y te enfadaras.

El caso es que lo aceptaste bien. Incluso llegaste a decir que muchas de tus amigas tenían también un vibrador. Y ahí empezó mi desgracia...: al principio, entre él y yo, lográbamos un grado de excitación en ti que yo desconocía. Al cabo del tiempo, eras tú sola la que lo usabas y poco a poco me fuiste apartando de vuestra relación, hasta no querer volver a dormir conmigo. Pero lo de hoy es demasiado, no aguanto más, me voy para siempre..., cuando buscaba por la casa, pobre iluso, mi regalo del Día del Padre, he visto el reloj de oro que le has regalado a él, allí estaba, desafiante, ajustado a su parte inferior...

Que seáis muy felices.

Milagro

Lo noté rápidamente, era un milagro, hacía años y años que no me sucedía.

Al instante, llamé por teléfono, pero ella no estaba.

Salí apresuradamente de la oficina. Entré en casa y no había nadie. Estará en el mercado, pensé. Busqué en vano por las dos plantas. En la peluquería, tal vez..., "*No, hoy no ha venido su señora*".

Volví a casa, ella escucho el ascensor y me abrió la puerta... , sin decir nada, bajé lo más deprisa que pude mis pantalones...: la erección había desaparecido.

- Lo siento, -dije mientras dejaba caer una lágrima-, tendrá que ser en otro momento, María...

Sonrió y depositó, con dulzura infinita, un beso en mi frente sudorosa.

Cristos

Cristos, cientos, miles de cristos veo,
veo entre dunas cristos,
policromados, barnizados cristos;
tienen las carnes hechas con astillas,
úlceras de madera curtida y abrasada
por los claros simunes del desierto.

Perlas de sangre oscura, casi negra,
colgando de los dedos, mano abajo,
van empapando el suelo... Y nada nace.

Cristos acharolados entre brunos y rojos,
con la mirada fuera, ausente de congojas,
con la mirada perdida entre dos mundos.
Cristos sin voluntad: hacen los hombres;
cristos de ojos ajenos,
de pestañas caídas y párpados de media luna;
linfas de pesadumbres y aflicciones,
que riegan de silicio las palmeras.

Ni sepulturas hay para colgar del techo.

Sale una araña hembra de la boca muerta.

Cristos perdido el verbo, niños, un leve grito
que vuelca en un susurro y un sollozo.

Cadáveres contemplan cielos desconocidos,
nunca verán el suyo; mientras, el viento
enjuaga con arena sus cabellos rubios.

Dobla su cuello El Cristo, cae la barbilla
y cubre el universo de penumbras

¿He sido yo?

Miró las ciudades destruidas por las bombas, muertos entre los escombros, cuerpos mutilados...

Cambió de horizonte; vio costas arrasadas por el mar que siempre había sido el compañero leal de las mismas, decenas de miles de cadáveres, de desaparecidos. Se dirigió a los pueblos donde no había guerras, ni desastres naturales: había hombres y, cada uno, era un enemigo en potencia para el otro.

Buscó una persona en la que no existiera el mínimo odio, capaz de amar a los demás más que a sí mismo...: "¿Será verdad que mis caminos son inescrutables?" Se contestó Él mismo, encogiendo sus divinos hombros: "Esto no es cosa mía, no he sido Yo".

Tímido

"Me encuentro en un dilema, no sé cómo preguntarte lo que quiero, tal vez no sepas lo vergonzoso, tímido, que soy.

Te escribo este e-mail porque, cara a cara, no me atrevo a hablarte más que de tonterías del trabajo, lugares comunes, el tiempo, programas de televisión..., ya me entiendes. Son las cosas que comentamos a diario en los descansos para el café, junto a los compañeros.

Pero pienso, sé, que hay mucho más dentro de ti, una fina ironía que los demás no entienden; recuerdo cuando te dije que si te gustaba "El Mar" de Debussy y respondiste que sólo conocías Benidorm, enseguida capté el ingenio de tu respuesta... O cuando me preguntaste que porqué a los ordenadores les llaman computadores digitales si no tienen dedos, ¡que agudeza mental, que fino humor el tuyo!

Me voy a arriesgar, aunque mi osadía pueda llegar a hundirme moralmente si me dices "No": ¿Quieres follar este fin de semana?... O el siguiente, si ya has quedado.

Manolo, el de Contabilidad."

Adiós

Aquella tarde de noviembre
las olas fueron a la huelga
y el mar
se despidió de todos.

Pena

¿Dónde perdió las alas
aquel patito cojo?

Duda

Nunca supe si aquello fue una lágrima
o una gota perdida
de lluvia.

Tristeza

Amaneció
miré por la ventana
un día igual a otros..., había amanecido el mismo día.

Robot

Aquel robot
tenía un ojo vago...;
¿uno o los dos?
no sé, tan sólo era un robot.

Estaba...

Estaba allí puesto
con la cara blanca llena de recuerdos,
estaba allí muerto
con flores bordadas en organzas malvas.

Toby

Hacía casi un año que no me encontraba con ella, prácticamente desde que falleció su marido. Fui a su casa; no había cambiado, seguía con el mismo aspecto juvenil de siempre aunque, al igual que yo, pasaba de los cuarenta.

- ¡Vaya, Elena, que alegría, cuánto tiempo!

- Cierto, perdóname, ya sabes: los niños, el pesado de Manolo que pone mala cara en cuanto salgo sin él, parece que vaya a enfermar si le dejo solo...

- Bueno, pasa... Ahora hago un café, dime, dime, ¿cómo te va?

- No hay nada especial, todo igual, como cualquier matrimonio aburrido, ni bueno ni malo... Pero ¿y tú?... Desde que murió Luis no he sabido casi nada de ti... ¿Cómo te encuentras?

- Fue muy duro al principio, menos mal que, como sabes, encontré a Toby a los dos meses de...; ya te dije, abandonado, sin nadie que le cuidara... Le traje a casa y no puedes imaginar la compañía que me hace.

- Te sería duro educarle al principio, ¿no?

- No, parece que tuviera un sexto sentido; es muy limpito para "sus cosas", casi desde el primer día; sólo necesita salir una vez al día y, a veces, ni eso; aprendió todo con rapidez, cualquier orden mía la obedece..., en ocasiones, ni siquiera tengo que hablar, una mirada le basta...

- ¡Chica, qué suerte!

- Sí... Y, algunas noches, le dejo incluso que se acueste en mi cama, pero se está muy quieto, sin molestarme... Y le basta con una palabra amable o una caricia en el lomo.

- Me alegro por ti, guapa, de verdad..., ¿y ese café?

- Sí, espera, ahora le aviso.

- Ah, ¿pero está en casa?

- Claro, es que le tengo acostumbrado a que no aparezca si hay visitas.

Marisa se levantó, abrió la puerta del salón y, sin gritar, dijo:

- Toby, ven, que ha venido una amiga, pero vete preparando antes un café para las dos.

Entró al minuto, traía una bandeja en la mano. No tenía mal aspecto.

- Mira, es mi amiga Elena.

- Hola, soy Tobías, ¿cómo estás? -Me tendió la mano con timidez.

- Bien, ¿y tú?

- Bien, gracias.

- Ahora mismo traigo el café, -dijo mientras extendía un mantelito sobre la mesa y colocaba las tazas-, ¿vais a tomar unas pastas que acabo de hacer?...

Lluvias

Al principio
no estaba yo delante...
me dijeron, fueron niños sin alas,
mirando golondrinas amamantar murciélagos,
pasado el tiempo, ¡maldito día!,
mis propios ojos fueron.

Y se fundió la luz
en el momento justo
en el que yo quería ver
¿o no?,
ojalá mi ceguera hubiese sido eterna.

Recuerdo: volaba junto a una paloma blanca.

Después, allí no estaba nadie,
vacío, repleto de silencios el salón,
se cubrieron de polvo los recuerdos,
los libros ordenados y marchitos,
cuadros sin fondo y las barcas
sujetas al mar hasta un mañana inexistente,
en un rincón, hay una planta amiga
que ni agua necesita ya;
su orgullo, no es humana,
ha decidido morir en soledad.

Recuerdo: dedos entrelazados como besos.

Al menos, la lluvia no me alcanza, cae fuera,
mas sólo es eso, el resto aplasta sienes
contra los muros del haber sido sin saber,
¿por qué?... silencio,
jamás tienen respuesta las preguntas al aire.

Recuerdo: con la décima parte me conformo.

Nunca pudo haber tanto dolor dentro de un pecho,
ha desaparecido el mar de la esperanza,
las otras aguas ¿hay?,
son de lagos menores o de ríos que mueren
entre zarzas de plástico añorado,
hijas del egoísmo pasajero que se alimenta
de dulzuras crueles, de trenes vacilantes
cuyo destino es cero o no lo tiene.

Recuerdo: lágrimas ante una niña recién nacida.

Tras la ventana sigue lloviendo,
pero ahora, ya lo noto, el agua gris
traspasa mi camisa para calarme el alma.

Sólo me alivia la tristeza el sueño.

Recuerdos: todos.

Digitopuntura

Pensaba que la dígitopuntura era otra cosa; que se estimulaban diversos centros vitales de forma digital, hasta obtener respuestas positivas. Pero eso: diversos centros; no limitarse a dos o tres muy especiales. De cualquier forma, no importa estar equivocada, sigue... y, ya que estás, si no te importa, un poco más abajo y a la derecha... Eso, ahí, ahí...

Juan A. Molina

Sevilla (España)



*Juan Antonio
Molina*

Sevilla, 1.956

Reside en Sevilla

Colaboradora habitual en revistas y webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en *Contra tiempo* (Argentina), *La bolsa de pipas* (España), *ALMIAR* (<http://www.margencero.com>), *ADAMAR* (<http://www.mesopotamia-2001.com/adamar>), *AXXÓN* (<http://www.mondialhosting.com/axxon/>). Premio *Internacional de poesía Dunas y sal*. (España), Finalista *Premio Internacional de Poesía "Videncia"*. (Cuba). Además de su obra impresa, tiene publicado, en formato PDF, "*Nostalgia de Penélope*"

Obra impresa individual:

"El origen mitológico de Andalucía"
"Breve historia de la gastronomía andaluza"
"La cocina sevillana"
"La cocina musulmana de Occidente"

Participación en publicaciones colectivas

"II Antología Internacional Sensibilidades"
"III Antología Internacional Sensibilidades"
"ENE-Antología Internacional escritores en castellano"
Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
25 Mayo 2002

<http://molinagomez.blogspot.com>

jmolinagomez20343@hotmail.com

Índice de textos

“Salutación inicial”
“La carne”
“El tiempo necesario”
“Apariciones”
“Tiempo”
“Liturgias”
“Rehenes”
“Resignación”
“Fuimos palabras”
“El desnudo”
“Ausencia”
“Eternidad”
“Olvido”

Salutación inicial

*Es tocar el cielo, poner el dedo
sobre un cuerpo humano.*

NOVALIS

A veces el mundo se coagula
en un silencio exánime, como una terca rebelión
de todo cuanto existe.
Nos sumergimos en una vida imaginaria,
de sonidos inaudibles que cantan,
ambarinos, entre ágaves
y dóciles aguas de sombras taciturnas.
Luz que va hacia la luz, solemne
en su frágil herejía de sangre verbal y vigilante,
dulce ensambladura de la erguida palabra
bajo el destello glorioso del vacío.
Vital de añiles omnímodos
en los festejos de este sueño
de ayer que se refleja en nuestras sienas
furtivo, en un hechizo de vida.
Pulcra torsión que nos sitúa en el centro
de las cosas para redimirnos
en la memoria y el viento. Vivimos, pétalo tras pétalo,
sobre una flor infinita, en el rubí
ensangrentado que en la dulce
demencia nos circunda.

La carne

Acaricio la noche dispuesta como un mar
que quiere ser lluvia y atalaya, élitros,
bronce, leve aire o suspiro como vihuela
de arco celestísimo en las horas inciertas.
Allí, nuestras manos sobre el céfiro insaciable,
surcan el desvelo de los cuerpos ardientes y solos,
entre párvulas cenefas donde el amor se clava
y oímos palpar el corazón ignorado
sobre el agua dormida y pudorosa.

Los instantes se engarzan en el prodigio
de un cielo inverso del que cuelgan
burbujas de estrellas, flores que se abren,
cuerpos diáfanos de esa muerte
y resurrección devoradoras que nos
deja la penumbra sin destino.
Mis manos tocan las rosas inmoladas,
impúdico momento, amor definitivo en la nube
negra como una mortaja, ojos cerrados
para no volver a abrirlos sino en una golondrina muerta.
¿De dónde vienes, fuego ardiente que acaricias
mi sien, que vive y sufre en la cicatriz del hombre,
en los pájaros carnívoros del deseo?
La noche se presta a la soledad destructora,
se posa en los rostros de cera fina y dulce,
en los párpados ceñidos a una hoja de otoño.
Soledad, calvero, astros, visiones en la inerte
y armoniosa fiebre que la oscuridad deja al marcharse

El tiempo necesario

Cuando sólo exista la memoria, plena y mineral,
inviolada, en el latido oculto de un sosiego
de piedra o de árbol, abriremos los desvanes, el fulgor
que no se explica, que finge
el chapoteo de los pechos en una obscena consumación.
Una sutil palabra enumerará
el tiempo necesario, preciso en el rumor de la agonía
que se precipita a un mar silencioso, que perfora las manos
de los dioses, como un esperma lustral en el prodigio de la luz.
Y volverá el deseo a sus libres hontanares,
al sol apelmazado en el diván exhausto
por la audacia sin ecos de tus muslos como ríos.
La verdad en su origen de acentos dichosos,
en la forjada lumbre de la oculta evidencia,
como un astro iluminándose, nos llamará con los nombres
primordiales de la noche y en todos ellos
estarán nuestros pasos vacilantes.

Apariciones

*Come quando da l'acqua o da lo specchio
salta lo raggio a l'opposita parte*

DANTE

En este espacio de tiempo, ignorado como una llama
alzada en la pupila, me adentro en el tacto de tu
nombre, espiral devorante, adversa memoria de la ausencia que nunca
abdica. Empozado grito en el misterioso vacío de las cosas,
en el tumulto de la luna prendida en cada cuerpo,
presagios distantes bajo el silente lenguaje de la noche,
en el escalofrío de lo que ya no existe.
Astros ocultos, consumación y fuego, teas celestes
sin acento ni barro en el sesgo de la hondura que habitamos,
aleteo fugaz, trallazo leve de sangre oceánica,
en la entraña rota y sin coartada como
un eco que todavía late en el último pecio de un naufragio.
Trasciendes, umbilical en el instante quieto,
en el rayo suspenso que adorna el fulgor de una nube
al desangrarse, venero donde el recuerdo es límite
y sedimenta en ti, para que un pecho deslumbre la brusca
experiencia de la piel y nos someta a la fugacidad
de un callado paraíso. Tu mirada absoluta me da la visión
redimida, y este sueño elevado que en la noche perdurable me crea.

Tiempo

Cuando pase el tiempo, en la transparencia violeta
y la lascivia de los días, todas las preguntas se cumplirán,
no la muerte, acuchilladas en el desnudo bronce del olvido.
La sangre huida, que no habitó los ojos acuciantes
de la espera, aúlla en las ventanas sobre los cuerpos profanados,
en las levísimas efigies ante el muro indiferente donde el mar
apenas respira. Vestirás tu cuerpo con otro cuerpo
sin memoria para despertar insomne donde
el silencio no pueda tocarte,

en los nombres que están escritos en el aire como un gong
en el atardecer. Manos fulmíneas
permanecen y esperan que todas las caricias se nutran
de un instante, del fuego de las horas como si fuera eterno.
Ceñiré los secretos movimientos de tu entrega con vocación
de noche, en mi oficio carnal e irreverente, en tu piel
rasgada con las obscenidades de mis ojos devorados
por los sueños. Disueltas las almas acechantes
en el atardecer de escombros y arboledas,
sobrevendrá el silencio prometido y el recuerdo
que hará nuestra carne luminosa.

Liturgias

La madrugada crece henchida de presagios, de tiempo
minucioso en algún remoto laberinto, en sótanos lacrados
con agua y láudano bajo el córvido vuelo de secretas tristezas.
Manos que perdieron la fe en los pálidos augures, en el
infernial silencio de los terribles naufragios, se agitan,
como perros ulcerados, en la claridad incierta de los días,
en el estupor del tiempo y la memoria. Todo lo demás son
ojos entreabiertos por la espera taciturna de un insensato
olvido, enigmas que emboscan su portento en las calaveras
de otras muertes y esas imágenes enterradas que nos regala
la locura como una lluvia tenue que repliega sus alas y reposa.
Me presiento en todo aquello que se aleja, en un adiós no
pronunciado lleno de ecos íntimos y callejeros, finjo que me
voy con un pequeño crisantemo en el corazón, por las heridas
y transformaciones de voces expectantes, entre viejos muladares
donde cuelgan umbrías perlas de lágrimas antiguas.
Como aquel que se asoma al precipicio, sin proclamar los miedos
ni desventuras, bebo con lengua de lobo hambriento la miel
pulida y confusa de la noche que se desvanece.
Es necesario buscar en las sombras hasta el vestigio último
ya que el día vendrá, en breve, dispuesto a aniquilarnos.

Rehenes

Somos rehenes de los sueños mientras persigno
nuestras frentes con la semilla secreta del hombre,
bajo la luna hendida por claridades lúgubres
que nos empujan a la entrega hostil de la palabra.
Inspiración de eternidad, cuando los astros aún
eran fríos, metódicos en el desnudo y traspasado rayo,
y las alcobas se obsesionaban con el sol de tu inocencia.
Éxtasis puro, viento y azufre que alaban este desmán
del universo, tan maravilloso, de barro y sangre inexistente.
Te haces memoria en el verbo, yacimiento de ser,
ecuánime clamor que subyuga la carne viva del crepúsculo.
Conocemos el resplandor sofocante
y helado que nos ahoga el pecho, en las noches que vienen
y jadean, en los espacios colmadamente vacíos, para
aprender que existimos, que somos claridad en apenas un gesto de amor.
Luces metálicas confundidas, proyectadas en los actos, en el tiempo
obstinado en su demora, allí donde
somos carne y deseo, plenitud de cristal, con sólo cerrar los ojos.

Resignación

Trémulos instantes, color líquido en el circunspecto
jardín de tus senos. Un diminuto universo nos forma,
de piel tibia, hecho claridad, lava rugiente
donde reposa la luz como el alma en la carne.
En esta hora que cae en la oscura espera
ya sin memoria, perdemos el claro acento de la orilla,
el dulzor secreto donde la destreza de la flor nos diluye
en un río dudoso y débil,
apelando al tacto de un tiempo desvanecido, de una felina
indolencia izada por la voz que en la palabra
se nutre de mi sangre y me sostiene.
Sabemos que nuestras manos son otras,
una lengua escondida en mis arterias,
una ola quimérica que salta hacia mis ojos
como una gaviota que divide el horizonte
en silencios de nácar. Estamos encadenados
a la última lágrima de la resignación.

Fuimos palabras

*Todo esto es cierto
pero busco tu mano.*

JOHN BERGER

Sobrevuela tu desnudez de ausencia el instante
que espera ser creado, la virginal memoria
de una tarde fundada para el adiós y el olvido.
Tu carne abierta está sujeta a los goznes sacrílegos
de todas las promesas que el tiempo modela,
mientras ángeles atroces, húmedos de sombras
y pereza, la despliegan uterina como un epitafio contra el viento.
Un simulacro de agua nos conmemora en el fuego
y el vacío que te nombra, fluye el silencio
antes de que el tiempo acabe, en el resplandor que resume
la sola perfección. ¿Recuerdas?
El aire de hoy ya no tiene cántico, ni el metálico
acento de las palabras excavando su cauce,
ni desgarrados silencios como el amor o una
lágrima caída. El recuerdo instauro tu silueta
en el atardecer, en el gesto donde se fundieron
los cuerpos en luces y aroma.

El desnudo

Golpead mis pómulos, varetazo o daga, palpitación
de la tierra junto a las mariposas que vuelan sobre un cristal
dormido. Allí mis preseas de pétalos y sílice, la sangre
y espina lenta como tristeza antigua que invade
la región que no padece dolor o muerte. ¿Qué fuego esférico,
con qué trañín otro viento calcina en mi rostro
los espasmódicos augurios de un silencioso mar glorificado?
Herida flecha en las alcobas como un fauno
o corcel o piedra húmeda en la transparencia diabólica
que surca volando los párpados esquivos de mis sueños.
Me refugio en las bocanadas calientes de los signos
sin perfume ni amor que atraviesan el silencio, el pesado

vaho que se ciñe a los muros como un espectro o gárgola,
hueco sin latido, espera, viaje hacia la memoria en un cuerpo
desnudo. Plenitud en las estancias donde dislocan mis
manos vientos que no resuenan donde el agonizante
mirlo penetra, tolvanera perdida en el oráculo y la discordia,
en el amanecer que, como un sol extinto, se disuelve y sobrevive.

Ausencia

Me roza el lienzo de la noche
en su primitiva intensidad, en la luz
más desnuda que existe en todos los secretos,
violento galope de lo nunca encontrado, extenuada voz
de las frondas que permite
la memoria en la intermitencia del silencio. Quejumbre
en el recuerdo intacto, en esta alucinación invisible que me lleva
en un aire denso de resinas y amorosa
espera a desgarrarme los párpados en una palabra
rotunda como un cuerpo.
Acaso, la sombra o el destello de este
instante, herrumbre sin faz,
alas batiendo aún con ira, aniquilen la impasible negación
de nuestra sangre en la plenitud del ser, en las manos
que resuman la fuerza conmovida de la ausencia.

Eternidad

Una leve eternidad fue dada hendido el dogal
de las sombras y otro viento cubriendo mi rostro,
alentando voces, ademanes, actos, recuerdos
desvividos sobre un altar de sándalo, estrangulados
los quinqués en una conjuración de vulnerable silencio.
En el bramido estéril de la noche se abren
rosas de confundidas sangres, pulsos, umbrosos corceles
que cabalgan sobre el tiempo
vencido, parábolas de fuego en las furtivas
sienes de la madrugada. Surco los mundos increados,

la geometría núbil de los astros, los vértices antiguos
de la farándula del sueño, allí, donde las erguidas transparencias,
que son palabras y senos de nácar, se visten
premonitoriamente de magnolias.

Me basta el verbo, las manos que suaves caen,
como un gorrión partido en dos mitades,
sobre las dulces hoces de hierro y fuego,
en la sellada poterna tras la que huyen
los chasquidos resonantes de delicados cadáveres.

Olvido

Divagar en el arcilloso perfil de agua trashumante,
sobre dentelladas de un aire advenedizo que entreteje
sus corolas como la efigie de un dios. Y en esta liturgia
de geometría núbil, cerrar los párpados que atesoran,
en la evidencia de un claro aliento, tu
esculpida frente. Reconozco las palabras que nos
llamarán en el tacto de otras manos
más profanadas que las nuestras, cuerpos
o sangres que se rozan y se rinden al hondo
clamor de las entrañas. Sacudida voraz,
mano enloquecida entre geranios púrpura
que gozosa tiembla en la caricia,
en la voluptuosa noche de minúsculos
zafiros que sacuden la memoria hasta desvanecerla.
Se expande el recuerdo en batán silencioso,
boga en las alcobas como un cascabel
suspendido o polisón, láudano y porcelana de piel
fugitiva en la desgarrada penumbra.
En los estertores del incendiado delirio de la tarde
siempre espero que tus manos me salven del olvido.

Olga Muñoz

Madrid (España)



Olga
Muñoz Bodoque

Madrid, 1.951

Reside en Madrid

Responsable de Prensa y Comunicación del Foro Sensibilidades en varias presentaciones. Colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en *Fuente del Berro*, *YoEscribo.com*, *El Escribidor* y la *Revista Literaria Sensibilidades*.

Participación en publicaciones colectivas

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
30 Mayo 2.002

servaria@yahoo.es

Índice de textos

“Los diferentes idiomas del cariño”

“Fósil”

“No te vayas”

“Avanza”

“Si hay después”

“Tus manos”

“Valses y boleros”

“Huida”

“Vendrán”

“Regalo de Reyes (¿relato erótico?)”

“El hombre invisible”

“Esa tarde”

“De azul y verde”

“Hacia el mar”

Los diferentes idiomas del cariño

Miró con aquellos ojos que abrían puertas y aventaban cenizas. No hizo falta hablar. Levantó la cabeza suavemente y descubrí que el silencio de unos ojos emite sonidos imprevistos que sólo entiende el corazón. Y cerré las ventanas y mis brazos para que aquel sonido permaneciera para siempre.

Y se quedó allí, impregnando mis ropas y mi piel.

Deslizó su mano firme..., suave, mitad contención, mitad deseo... Dejando libre el cariño dibujado en cada línea de sus dedos. Recorrió mi brazo y mi esperanza. Y la mañana, se llenó de olor a limón, a menta y regaliz.

Y se quedó allí impregnando mis ropas y mi piel.

Sonó como suena el viento en el verano: libre, fuerte, cálida. Sonrió con él la tarde y el camino, el banco y cada árbol. Brilló como nunca aquél punto rojo, y un abrazo de azules envolvió aquella risa .

Y se quedó allí impregnando mis ropas y mi piel.

Fósil

Fósil. Vuelve a caer. Una capa..., otra.. y una tercera. Se desmorona con la suavidad del polvo. Llega al suelo sin forma alguna. Imposible adivinar cómo era. Impensable su reconstrucción.

De nuevo, y con la seguridad de que no será esta la última vez, observa como de su cuerpo van desprendiéndose migajas de luz, cada vez más tenues, más pequeñas. Observa, con la esperanza de que en algún lugar aún no dolorido, permanezcan la pasión y las ganas. Y por si acaso, por si aun fuera posible... guiña a la madrugada con la eterna sabiduría de que siempre amanece, o no...

No te vayas

Para ti

Quédate al lado del camino de ida y vuelta
por el que viajan mis azules esperanzas.
Beberemos juntos el vinagre y el vino.
Recorreremos juntos la miel y el asfalto.
Mi mano, escondida entre las tuyas,
aprenderá a escuchar sus sonidos en mi espalda.

Quédate en el libro en blanco
que hay en esa estrella,
recordaré su nombre y su pasado,
su luz será el incierto camino de fracasos y risas,
se quedará en mi pelo y en tu boca,
allí donde los pensamientos son futuro.

Quédate en el rincón del corazón
que humedece mi sonrisa.
Quédate en la noche que sigue a la mañana.
Inventaremos días de relojes sin manillas,
veranos en invierno, de horas transparentes.
Quédate ahí, donde tus ojos sólo miren en azul,
y tu boca pueda tan sólo ser reflejo de mi boca.

Quédate...

No te vayas.

Avanza

Avanza...

Crece el calor, la música y la inconsciencia. Se abre paso jugando entre silencios.

La Noche conjuga verbos en tiempo de presentes y futuros.

Mientras el pasado reclama posiciones, hay un tiempo sin horas que ocupa un lugar en la memoria. Las esquinas acogen anhelos fracasados.

Tras el cristal la libertad y la nada.

Si hay después

Si hay después, quisiera ser susurro,
acunar como brisa los sueños de inocentes.

Diablillo al oído en los juegos de niños,
provocar sus risas nerviosas y escondidas.

Ser el mar de inmensos sueños juveniles,
atravesar de uno a otro, su aire y sus misterios:
paraísos soñados, envidia de cualquiera
mayor de veinte años.

Y llegar así al lugar de los deseos,
entreabrir un labio, un cuerpo enamorado
excitar despacio..., hasta el dominio abandono del que ama.

Ser por fin el dulce movimiento de un visillo,
que ni siquiera el aire me atravesase,
y mis sonidos tan solo se adivinen, mirando a los labios que se aman.
Y acunar de nuevo suavemente los últimos sueños de quien habla.

Tus manos

Si te vas
alejarás de mi
tus ojos y su último reproche.
Te llevarás tu boca
y su ironía,
pero tus manos,
acariciando los cuerpos que recorras,
tus manos, amor, me pertenecen:
ellas, a tu pesar,
se quedarán conmigo.

Valses y Boleros

Tan sólo un día...
Si el cielo me ofreciera un día más,
envolvería en celofán sus horas,
sería para ti, mi último regalo,
trataría de olvidar que el tiempo existe
y tu mirada sería mi única medida.

No habría palabras
ni recuerdos
ni quejas.

Y al llegar la noche, vestiría mi cuerpo de ropas ausentes,
extendería sábanas de música que arroparan besos.

Y el alba ese día,
juntos tú, yo y el deseo,
olería a valsos y letra de boleros.

Huida

Sumo sumas de añadidos dolores.
Multiplico penas.
Potencio desencantos.
Saco factor común de disimuladas tristezas.
Resto ilusiones, divido alegrías.

...Nunca ha sido mi fuerte la aritmética.

Recurso a las letras de mi viejo diccionario,
testigo silencioso de inquietas pubertades.
Busco entre sus ocreas una letra amiga.
Sus páginas, ajadas por el paso del tiempo,
se abren suavemente por la palabra.

Vendrán

Volarán sobre la pobre realidad que permanece cuando ya no haya nada. Esa nada sin fin que existirá, quizá, más allá del último latido. Como cieno indeleble, ennegreciendo aún más el horror de la ausencia. Vendrán a confirmar errores y egoísmos. Su sonido quebrará cualquier música que hubiera. Cada nota será un requiem de dolor, un solitario adiós entre el horror del no ser, y el miedo a descubrir un después infinito.

Sus graznidos se oirán como esas risas que hielan el espacio dejando un humor frío. Se pegaran a las paredes de las calles y casas. Inmovilizarán los corazones de los niños. No habrá posibilidad de una sonrisa. Ya no habrá azules, ni malvas ni turquesas. No habrá brisas que envuelvan esperanzas. Los "siempre" serán eternamente "nunca más"

Ellos vendrán y volarán sobre la pobre realidad que seré cuando ya no haya nada.

Regalo de Reyes *(¿relato erótico?)*

Todo empezó en aquella bañera. Ella fue testigo y protagonista de muchas de mis horas. Han pasado varios años y todavía no sé a qué era debido pero bajo aquel agua caliente, con olor a jazmín, entre espumas de ese mar inventado, he vivido grandes momentos. Incluso era allí donde tenía mis mejores ideas que luego serían poemas o cuentos que me permitían expresar lo que a veces no podía hacer de otro modo.

Aquel día estaba disfrutando del placer que da pensar que no tienes nada que hacer más que dejarte llevar. Una vez más, había colocado a los pies, encima de un pequeño saliente, todos mis tesoros: sales, aceites, cremas... El agua era de color verdeazulado y, al tocarla, se notaba una suavidad especial. Antes de entrar en aquel líquido caliente y oloroso, había decidido pintarme los ojos, los labios y recoger mi pelo en un moño medio deshecho. Colgado en una percha estaba un camisón. El camisón más sexy que tenía. No era nada especial, pero su tela de melocotón se confundía con la piel cuando él me acariciaba. Era una tela blanda, que parecía no querer desprenderse de la piel hasta que llegaba el momento de caer de forma lenta, lenta...

Ahí estaba, mitad niña, mitad mujer fatal con aquel rojo de labios. Recliné la cabeza suavemente sobre el borde de la bañera. Recordaba las veces que habíamos compartido ese pequeño espacio con risas y juegos. Yo te pedía que enjabonaras mi espalda y mi pelo. Después me aclarabas con la ducha muy pegadita a mi cabeza. Se sentía ese cosquilleo especial que siempre te pedía alargases por la espalda. Al final, el suelo del baño acababa empapado. Era un espacio demasiado pequeño para nuestros deseos.

El agua se había vuelto muy suave. La espuma había desaparecido y mi piel tenía un brillo especial. Entre los pies note el pequeño frasco de aceite. Todo estaba sobre mi cuerpo y tocarme me producía una extraña y agradable sensación. Pensé lo que te gustaría verme ahora.

Era el día de Reyes, no te había regalado nada. Extendí aquél aceite sobre cada centímetro de piel. Dejé caer el camisón sobre mí, la humedad le pego suavemente a mi carne. Busqué las cintas de los regalos de Reyes por la casa. Poco a poco me envolví con ellas. Las pasé suavemente alrededor de mi cintura, rodee mis hombros, baje por mi pecho, llegué hasta las caderas, los pies y até suavemente las cintas al borde de la cama. Por fin rodee mis muñecas con una preciosa cinta azul que rematé con un lazo. Sólo tendrías que tirar suavemente de ella.

Esperé..., mereció la pena.

El hombre invisible

Oculto y en silencio...

Permanece en la sombra casi difuso. Obligado a no ser. Tapado por rutinas cotidianas de años. Agazapado ante el miedo al encuentro. Un silencio de acero le niega la protesta; el derecho a reclamar su lugar.

Le cubren capas superpuestas, entrelazadas firmemente por el uniforme de lo válido. Cada mañana, las renueva ante el espejo. Se contempla y sonríe. El mismo resultado. Ya no teme los tres toques de "*a escena*"...

¡Comienza el espectáculo!

Esa tarde

Como agua de lluvia en primavera
rellenando huecos de antiguas soledades.
Humedecieron resacas esperanzas
al recorrer caminos de silencio
y espacios olvidados.

Dibujando futuros.

Así...

Suaves.

Húmedas.

Fuertes como la hiedra.

Así se abrieron paso al calor
de aquel verano.

Así sonaron las palabras esa tarde.

De azul y verde

Pasos firmes, transparentes.
Interrogante la mirada sueña...

Días de azul y verde

Atrás las mañanas de "porqués", las tardes de "nada" ...
Pasos firmes, transparentes...

Acechan los fantasmas del miedo.
Virus de inseguridad tratan de callar el verdeazul de las emociones.
Limos de culpa cubren la cálida luz de media noche,
y dejan un apestoso rastro en las ropas de días estrenados...

Días de azul y verde se abren camino a dentelladas...

Hacia el mar

Siempre supe que amaba con cada minuto, con cada retazo de vida que sentía posarse en su mirada. Amaba aquello que veía en esa pequeña película viviente que el autobús iba dejando atrás. Ventanas color frutilla. Ventanas cálidas que le hacían anhelar la amistad de quien imaginaba.

A veces, la sensación de amar era tan fuerte que sus ojos no podían evitar llenarse de pequeñas arrugas, su mirada se volvía envolvente, rodeando su propio mundo y un conocido vacío aparecía en forma de lágrimas... lágrimas que nunca llegó a definir.

Supe más que nadie de su fuerza a pesar de su aparente debilidad. En varias ocasiones había comprobado cómo su ternura le había hecho parecer vulnerable. Sus ganas de ser feliz se entendían como inseguridad. Creo que nunca se cuidó demasiado. Hoy aún, imagino sus días, intentando "*saber*", "*conocer*", "*reunir*", "*cuidar*" y sin haber aprendido demasiado a conocerse o amarse.

Aprendí a su lado que lo mejor era saber que se seguía amando, daba igual si era niño, ratón, cortina de seda o tierra reseca bajo tus pies. Amó, lo se bien, lo desconocido y lo cercano, lo inventado y lo vivido. Me explicaba aquellas pequeñas cosas con unos ojos tan ilusionados que al final vivía su día a día como la aventura de la que cualquiera hubiera querido ser protagonista. Sin embargo sabía bien que sus sueños eran sólo sueños, aunque siempre vivió su realidad como el más maravilloso de cuantos recreó.

He sabido que año tras año, ha intentado seguir esa sutil línea que, de forma inconsciente, ha ido trazando su camino entrelazando risas con sorpresas y abrazos de esperanza. Imagino que quizá el mar arroje su último deseo mientras la arena caldea su cuerpo y el agua fría, una vez más, enmascara sus lágrimas....

Sergio Palomo

Málaga (España)



*Sergio
Palomo Nevaço*

Málaga, 1.979

Reside en Málaga (Andalucía)

Defensor de todo lo andaluz y crítico literario, es colaborador habitual de la *Revista Literaria Sensibilidades* y tiene publicados textos en varias webs y portales literarios en internet, así como en el *"Diario La Frontera"* de Mérida (Venezuela).

Participación en publicaciones colectivas

"Antología Internacional Vivir Soñando"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Escritor invitado y Autor de uno de los finales alternativos de la novela *"Mudayyan"*

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
22 Agosto 2002

<http://usuarios.lycos.es/sergiopalomo>
<http://sergiopalomo.sensibilidades.com>

sergiopalomo@sensibilidades.com
sergio.palomo@gmail.com

Índice de textos

“Perdón”

“Anidar bajo....”

“Tradiciones”

“Volúmenes del yo”

“Tríptico”

“With this love”

“Meditaciones tras la desolación”

“Sobre el abandono”

“Enajenación a través de la monotonía”

“Canción demente”

Perdón

Quizá llegó el tiempo de perdonar...

Cuando se tiene la mirada amplia y las manos encallecidas de vida, cuando se sabe que no habrá regreso posible y hay que torcer la espalda frente al peso de la sangre; cuando comprendes que tus sienes taladran como insectos las aristas de tus médulas y no puedes callar el tierno grito de un perro muerto, entiendes que la lengua es ligera, que las pupilas son demasiado estrechas para empuñar el mazo que mueve las balanzas de la siempre ciega.

Necesitamos aferrarnos al dolor, a las llagas, huir de su hervor azabache y escondernos en un pozo. Ansiamos la ceguera del que sufre, porque en la pena más honda no cabe la culpa, sólo la compasión. ¡Qué delicioso es sentir las bocas torcidas de lo ajeno, el crepitar de las costuras que las atan de lástima! ¡Qué poco pesa el otoño cuando se tienen las ramas secas! ¡Qué levedad sin espada! Pero el coraje vuelve para hacernos justicia, aunque enmarañemos las palabras para evitarlo, porque no hay mentira lo suficientemente cierta para calmar la desazón de cemento de sabernos culpables.

Cuando comprendemos y nos atamos a los tobillos el futuro programado de los errores, cuando con cabeza alta y pecho descubierto asumimos que nuestra libertad se encadena a las circunstancias y al ensimismamiento del corazón, tenemos que perdonarnos para vivir sin la sombra de las lágrimas, lejos de la culpa. Entonces, y sólo entonces, el mundo se rompe y se hace nuevo: ya no hay excusas ni rencor indeleble, ya sólo cabe la comprensión.

Los ojos se vuelven a los otros, recuerdan el juicio duro de plomo, y se arrepienten. Pero no hay llanto para borrar el equívoco de boca o mano, pero sí sangre para crear nuevas esperanzas e ilusiones. No hay paso atrás, pero siempre queda uno por delante.

Llegó el tiempo del perdón, para seguir viviendo con nosotros mismos...

Anidar bajo...

La vida es un mosaico de soledades.
Charles Bodelaire

Anidar bajo el amparo de los anillos o la sangre
ha sido siempre la forma de sostener el mundo,
el refugio para la sal, el olvido para la tierra.

Pero en el transcurso ciego de las calles
cada cara como pájaro, cada gesto de fábrica.
empuja a pico y carne, sin remedio ni pañuelo,
a verse sin raíces en los ojos que se abrazan.

Y la vida derrochada en los corazones
se hace harapo intransitable de manos,
porque nos sabemos sombras o cicatrices
de unas sienes preñadas de olvido.

Nadie entra ni sale de nosotros,
aunque acoracemos la verdad para no vivirla.

Tradiciones

Envueltas en hábitos de cirio y silencio, piden el regalo de oreja, el anillo -compromiso o atadura para forjar al menos el cariño-, el pedestal que les hagan sentirse con coronas, aunque sostengan una escoba o estropajo; conminan al esfuerzo y al sudor, al oro y el tejado, todo a cambio de su húmeda cueva, del pubis acicalado y la boca abierta al sexo que se endurece.

-¿Eres tradicional?
- Sí, soy puta.

Volúmenes del Yo

La Forma de la Mente, La Forma del Ser Humano

I

(Volumen o tiempo)

Torsión de vigas en el hueco inmenso de las sienas.
Órgano.
Oscuridad abierta,
eco de espejo sin raíces fuera del corazón.
Ansiedad.

(Tiempo o volumen)

Silencio:
sólo el llanto descose los cimientos de la cordura.
Violines.
El dolor confinado a un punto.
Claustrofobia.

(Átropos)

II

(Rutina)

El tedio asemeja los días a los años.
Espera.

(Cotidianidad)

El cansancio pudre las ansias.
Ahogo.

(Círculo)

III

(Yo)

Lo que siento.

(Otro)

Lo que sufro.

(Unidad)

IV

Inflexión.

Tríptico

- Do you love me?
- No

Inmensas galerías debajo de los torsos conminan al rayo perpetuo, candor y rama de sienes ceñidas al estrecho cimiento de los párpados.

(La luz golpea las entrañas)

El alba -sangre de cielo parturiento de bronce- preside siempre las estancias desgarradas a pozo o quinqué en esfuerzos de fuelles sin corbata.

(La luz sale por la boca)

Jirones de ganas presienten el borde de las cosas en un naufragio a eriales de entrepiernas que levantan la angustia a obeliscos.

(No hay luz)

Cataratas de elefante o niebla sin suspiros dominan los recodos del viento...

With this love

VARIACIÓN PRIMERA: *Judas's song*

*Adonai, Adonai:
help my blood, my soul, my mind.
How can I hurt your heart
with this love?
With this love...*

Sé de la sombra enorme
que tu sangre de oro soporta,
de esa cruz,
como un monte limpio de ojos,
asesina de tus noches enfermas.

¿Por qué he de anunciar tu muerte
a boca llena de plata?
¿Por qué sobre mí el dolor
de tu martirio de hierro?

Adonai, cómo, Adonai,
¿cómo hacerte daño con este amor?

VARIACIÓN SEGUNDA: *Magdalene's song*

*Hijo de Dios,
te habla la Puta de los Hombres.*

Hubiera ahogado mi vida
bajo el techo de tus labios,
pero siempre pesaron más tus dudas
-y es que antes de conocerte
anduvo por mi pecho
=libre de agua=
tu abandono postergado-.

Ahora, enterrada entre hombres,
te sigo llorando mojada.

¿Por qué me olvidaste, Adonai?
¿Por qué me dejaste sola con este amor?

OTRAS VARIACIONES: *Peter's song*

(A M^a Antonia Seguí Collar, Alena)

*¿Por qué yo sólo Iglesia?
¿Por qué ella cáliz?*

Nunca pude soportar tu cariño
hecho besos en boca de hembra
ni la negación como un llanto
a la que me condenaron tus labios.

¿Por qué yo no, Adonai?
¿Por qué sobre mí tres noes
y sobre ella tu cuerpo puro?

¿Por qué acabar como tú
-seco de manos, marchito-
con todo este amor?

Meditaciones tras la desolación

3

Forma rota, raíz desmembrada,
y en las entrañas torcidas por el llanto
una frágil paloma sin fosa ni olvido.

-He mordido el tallo oscuro del pánico
= laberinto o locura de manos histérica,
miedo sin objeto, ansia pura =
para sentir que tengo fondo-.

5

Los delfines reposan en el bronce
de las auroras que mecen las caricias
-guardida o aroma de perlas
confinada entre la ternura de los lirios-.
Allí, junto a las torres de la sangre,
que sólo esperan el amor callado
de los anillos o los brazos de oro.

-La madrugada se retira
y sólo quedan los besos
como una infancia que arde-.

6

El dolor respira con nosotros,
acurrucado en cicatrices frescas
-limpias de olvido,
aún mojasdas-,
a la espera de desgranarse
con un soplo de olvido.

¿Quién puede
-sereno o lúcido-
romper la aurora
presentida por el llanto?

Sobre el abandono

Te sabes prescindible en el corazón de quienes te rodean: una lágrima puede recogerse para aliviar el hormigón de las sangres que hicieron anillo con tus sienas.

Te sabes pérdida y por eso te sientes abandonado: todos dejaron en la orilla o erial de su recuerdo tu amor mudo, ese amor que no consiguió manchar a nadie, el amor consumido, el amor solo.

Te sabes aislado, vientre de cunas rotas, punto o indolencia...

(Te pudres)

Enajenación a través de la monotonía

(Cotidianidad)

El hombre quiere asesinar su alinto a sudor puro o lengua, olvidando la cruz como sombra perenne por un miedo imperfecto de colibrí que esboza lágrimas tibias.

(La monotonía es un ancla de cordura)

El tedio, con su enorme asfixia sobre la libertad de las manos, enajena las inquietudes de la sangre: la vida es más vida cuando no enloquece de latidos, cuando escapa a las superficies de lo ajeno.

Canción demente

La vida se hizo torpe escombros,
manejo débil huérfano de boca,
insomne harapo sin cabeza,
perfil hundido de ojos opacos,
vinagre a fuerza y cruz de olvido.

*(La vieja duerme y brama descosida
hormiga en vientre, con manos de sapo)*

Issa Martínez

México D.F. (México)



*Issa Marcela
Martínez Llongueras*

México D.F., 1.965

Reside en México D.F.

Colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en la *Revista Literaria Sensibilidades*, en el *Diario La Frontera (Mérida - Venezuela)* y en *Revista Literaria Almiar*, *Revista Literaria Letralia*, *Revista Literaria al margen.net* y *Antología Para Niños en PDF Conmemoración del Bicentenario Hans Christian Andersen*. Ha prologado el libro *"Ditirambos"*.

Participación en publicaciones colectivas

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"Antología de poesía erótica: *larghetto ma non tropo*"

"Antología de narrativa: *humor con extrema-unción*"

Autora de un texto incluido en la novela *"La Memoria de los Triángulos"*

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
11 Noviembre 2.002

<http://issamartinez.sensibilidades.com/>

issa.martinez@sensibilidades.com

Índice de textos

“Serenata de silencios”
“A través de la ventana”
“Fiel en el silencio”
“Esquife y albatros”
“Resignación”
“El beso”
“Bálsamo”
“Calla... calla”
“Burla”
“Hoja seca”
“Encina”
“Tan cierto”
“Me sabe”

Serenata de silencios

(A ti, José, por tu apoyo y comprensión y por ayudarme siempre a sanar las heridas con los matices de tu mirada)

Inevitable
envuelve su sonrisa
por detrás de la luna,
murmuran caligrafías
sus dedos, y su boca vehemente,
revisa el sonido de tu voz.

Carne
temerosa de la confesión de las olas,
prefiere la nada que el lamento de imposibles.

Aún
recompone silencios heridos
desde transfugas de inviernos oscuros
para abrigar sus sueños entre luces de fieltro suave.

Te espera
y desespera sus ansias, en el anhelo de escuchar tu acento
en una serenata de silencios restaurados.
Prométele a su piel, todas las euritmias de las dehesas calladas...

Para recordar

(A Laura Elizabeth)

Siempre me quedará el recuerdo de la chimenea sin ladrillos y sin fuego, también los tonos color crepúsculo de aquella noche con la luna encortinada. Archivo la remembranza del paisaje nevado en la primavera sin flores y el nido del gatito de felpa, donde amamantaban a sus polluelos las sirenas. Queda infinitamente sutil, en la evocación, el canto del tigre, el calor permanente de la ausencia y todos los arco-iris desteñidos de aquella mañana cuajada de estrellas. Me guardo los silencios, su sinfonía completa mordiéndome la piel, y todos sus matices recriminatorios. Me quedo con su olor y la burla dibujada en sus sonrisas, cuando nuestros cuerpos se rozaban. Después de todo, París seguirá en el mismo sitio, y el mar, es demasiado grande para guardarlo entre las manos.

A través de la ventana

Tañen notas en latidos,
irrupciones suaves y profundas
hasta las pupilas del agua, en donde el sentimiento gime
y vadea mares de colores.

El momento se muere emocionado
en las distancias,
un instante de cinco minutos
que en la esencia difuminan horas...
-murmillos sin extinguir en la voz de las pleamares-.

Íntimos vértices acogen soledades calmas,
y el eco del pulso desbocado, en el soplo de tu perfil.
Vórtices desiguales que son inútilmente
apresados en los sigilos de mis lunas tan tuyas, tan secretas.

Exquisito silencio en los acordes de una melodía
(donde la fuerza del amor no se diluye...)

Fiel en el silencio

Son sólo conjeturas, caricias que se esconden entre la fragilidad de las palabras.
Engaños que me trazo y anido en los matices ingenuos de mi soledad palpitante.
Ilusiones que apreso con mis manos llenas de
madrugadas sórdidas.

Eres tú: a veces quieto, a veces triste, callando dulcemente para no
condenar mi intuición desahuciada desde sus inicios.

(Entre silencios, infinitamente fiel a mí.)

Esquife y albatros

(A José Carlos)

El esquife hiere lentamente la marea, tan sólo el entrecortado aliento de los ponientes le insuflan vida, no lleva destino: una sola vela rasgada le acompaña en sus lamentos. Un albatros solitario le custodia, sus pupilas se desgranán en tormentas que bambolean la frágil embarcación. Piélagos y llanto son un mismo horizonte sin crepúsculo.

-Vastísima soledad y silencios rotos, como un adiós-

No hay versos suficientes para la travesía, ni pan, ni agua dulce para el anhelo. El mar se torna una nada indisoluble, relámpagos de dolor revientan en un matiz absurdo de tristezas y sombras de sueños resquebrajados.

El esquife tiritita, solloza, y empieza a sucumbir. En vertical caída, el albatros se despeña, se golpea con lo que aún asoma de la proa, recuesta su cabeza en una caricia sublime, mientras una última lágrima de su mirada sin luz, se funde con la inmensidad salina.

Las plumas azules de una quimera, caen del firmamento gris-celeste, como pétalos de flores en un postrer tributo, en el que la renuncia queda esbozada en el infinito.

Resignación

Es el cielo, la albura cegadora de sus nubes en reposo o la permanente imagen de verdes húmedos de fragancias. Sosegado mar, apacibles hálitos que se despojaron de su pesadumbre. Sintonías entre constelaciones y carne que reverberan calma, nítidos perfiles que se recuestan despreocupados.

Sólo el aire que transita con sus alas mi pecho, las manos atadas por voluntad propia, y una frazada de versos calentando antiguas sombras.

Todas las ansias disueltas en el beneplácito de lo inevitable, resignada filosofía que admite y se somete, y si bien los colores se desvanecen, la sangre sigue latiendo en una tregua con el dolor.

El beso

Preludio de pupilas inciertas:
gota de ansia
en un vértice del tiempo,
y al límite del roce...
el bálsamo de los labios.

Párpados inmóviles
para la estampa perpetua
renuncian subyugados
apenas se instala el beso
en el grito mudo de la sangre.

(El lenguaje de la carne crepita en los ponientes...)

Bálsamo

Luciérnaga cíclope,
ojo de plata
en el vientre negro
de la noche, gotas de sombra...

Estrellas entre lienzos invernales
es lenguaje desperdigado
desde el abrazo de dos perfiles.

Cien versos de cariño sin voz
exhalan desde la piel adherida,
trasminan carne y anidan quietudes.

En la montaña que mira al trasluz
cautivan nuestras pisadas verdes sombríos
y el dolor trasegado se hace uno.

Calla... calla...

Suspiros de polen por las estelas de la rosa
en sutiles vuelos que lamen el vértice de tus labios
para abrirse en el secreto que remonta todos los puntos cardinales.

El perfil desdibujado de su mano borda sus pétalos sobre tu pecho;
es mar para tus pupilas que incandescen su fuga y su resguardo
y los quiebros de extasiados sollozos bajo tu almohada.

Se fragmenta en medias lunas, y en un abrazo perpetuo:
se vierte en tus gemidos.

Es voz de silencio en las madrugadas sobrecogidas,
redivivo clamor de nostalgias sin nido, que confluye
en el alfeizar de tus sienes.

(Resplandece dócil y callada en el lenguaje azul de su confesión.)

Calla...

Calla...

Calla...

...por favor...

Burla

Decide sola, tiene sus propias alas. Cierto, le he prestado mi piel y mi pulso, pero ella tiene su propia voz y yo no respondo de sus intenciones.

Cuando le reclamo, simplemente me mira despectiva, como reprochándome mi cobardía. Sus ojos refulgen burla.

Desde mi convicción que se tambalea en la curva desdeñosa de sus labios, digo: "*yo no he sido*". Me ignora, tan sólo escribe un poema de amor y me lo restriega en la cara.

Hoja seca

Es silencio en escalas
y promesa en el viento detenida,
transparenta su voz
hasta el perímetro de tus latidos.

Tuya desde sus adentros,
insoluble corpúsculo de tu sangre
donde su piel es luz de agua,
meandro centinela de tus otoños tristes.

Néctar de la noche,
ritmo de tu verso trunco
con la cadencia emulsionada
de sus caderas.

Encina

Y me dejaste vacía,
entre silencios
suicidándose en la piel.

Más lejos que viento alguno,
sangrando apenas manguantes
en renuncia de lunas llenas;
a oscuras,
abortando coágulos de madrugadas.

Vestida mi desnudez de despojos
con censuras de otras voces
distantes de mi esencia azul.

Sangran soledades en rojo sombrío
desde todos los resquicios de mi útero,
cuyos umbrales, alumbran gestaciones sin forma.

(A solas, bajo esta encina sin ramas ni follaje)

Tan cierto

*(Para ti, Alena.
Incansable luchadora, entrañable Amiga,
cómplice de magias y unicornios azules...)*

Tendría que romper los espejos que arañan y hieren mi diminuta forma. Acabar con mis lamentos que se duelen en la enormidad de los crepúsculos diarios y conformarme, permitirme estar en un todo vacío o en un confín enorme, en donde pueda extraviarme sin temores de que alguien se pregunte si algún día existí: lo hago, para poder llegar a ti.

Tendría que negarme al gozo de la palabra, clausurar mis oídos a los silencios, o simplemente traicionarme, para dejar de sentirte.

Acaso deba llorar por ti y por mí, y no puedo aceptarlo.

Seguiré en la fe ciega con la que las pleamares intentan llegar a la playa, aún cuando en sus trayectos se fragmenten contra los arrecifes, y, en cada intento, su voz de sales íntimas quede atrapada en el vientre viajero de un viento sin dirección.

Tendría que saberme más pequeña que tú, y me sé..., y más grande que un grano de arena, y me sé...para poder llegar a ti.

Y así, desnuda más allá del cuerpo, hasta en el instante que nunca percibimos, decirte: que yo te quiero y te cuido, mi niña. Tal vez, porque más que tú a mí, yo te necesito...

Me sabe

No necesito gritar para que me sepa, ni prodigar a los vientos mi esencia, que, acurrucada sobre sus sienes, recoge en el íntimo acento de su pulso.
Todas mis sombras y mis palabras son un libro abierto sobre sus manos, más allá de los caminos andados y de las caídas; me sabe innegable, -silueta sin sábanas donde la timidez se torna en desvergüenza cuando me desnuda la parsimonia de sus pupilas-, y el deseo se acuna húmedo en las mías.

Guirnaldas de luces y sombras
en el último rincón del silencio,
ave fénix las manos
que resurgen de entre el idioma
del fuego y los rescoldos de la carne.

Valquiria envuelta
en el desnudo acento del agua,
insinuada en sus ojos
desde el misterio frágil
donde se pronuncian las madrugadas.

Me reconoce en el sigilo que van dejando mis huellas sobre sus silencios que me invocan. En la lágrima nunca exhibida del gorrión, y en el cuenco vacío de sus manos. Nada y todo están unidos, indisolubles entre las paredes sin ladrillos, y en las soledades permanentemente acompañadas.

Mi aroma de tierra y lluvia
se decanta en inciensos color de noche,
en fraguas donde dolor y verso
calcinan mariposas de sombras blancas.

Negrura que reluce
entre las distancias muertas;
voces del perenne árbol
que, inmaculado de imposibles verdades,
reposa en este manantial de duermevelas y afonías.

Carmen Amaralis Vega

Mayagüez (Puerto Rico)



*Carmen Amaralis
Vega Olivencia*

Mayagüez (Puerto Rico), 1.948

Reside en Puerto Rico

Doctora en *Química Física y Analítica* de la Univ. de Florida en Gainesville (USA) desde

1975. Completó su bachillerato en Química, *Magna Cum Laude*, en la Universidad de Puerto Rico. Obtuvo una maestría en Química Nuclear del mismo Recinto, conduciendo su investigación sobre los efectos de la radiación nuclear en el *Centro Nuclear de Puerto Rico*. Innumerables viajes completando estudios posdoctorales en Universidades como: *La Sorbonne* en París, *La Univ. de Londres*, *Queen Elizabeth College* en Londres, *La Univ. de Padova* en Italia, *La Univ. de Columbia* en Nueva York, *El Instituto de Química Física de Japón* en Tokio, *El Instituto de Química Oceanográfica de Miami* y *La Univ. de Virginia*. En la actualidad es Catedrática de Química en el RUM. Ha dirigido 39 tesis de maestría en termodinámica y en estudios electroquímicos de drogas anticáncer en su laboratorio del RUM. Actualmente dirige varios proyectos de investigación. Ha sido objeto de innumerables reconocimientos en el mundo académico y literario, siendo elegida *Científica Distinguida del año 1992*, por la *Universidad Interamericana de Puerto Rico*; así como también *Académica de Número de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico*. Es miembro de *La Sociedad Americana de Química*, *Presidenta de La Unión de Mujeres Americanas* y ha presidido *Altrusa Internacional de Mayagüez*. Ha sido electa por tres mandatos como *Senadora académica del RUM*, donde también presidió el comité de *Asuntos Académicos del Senado*. En el 2002 el Senado de Puerto Rico la escogió como una de las diez mujeres más desta-

cadas en Educación en su país. Recibió el *Premio de Productividad académica* por su excelente labor científica en el Recinto Univ. de Mayagüez (RUM). Es miembro de la junta editorial de la *Revista Cultura*, del *Instituto de Cultura de Puerto Rico* y de la *Revista El relicario*; colabora con la *Revista Diálogo*, de la Univ. de Puerto Rico. Además, es miembro fundadora de una orquesta Sinfónica, en Mayagüez, que ha cosechado muchos parabienes en el área cultural. La *Revista Literaria de Sensibilidades* le dedicó un reconocimiento y La *Revista El Relicario* le dedicó el volumen de octubre 2004.

Obra impresa individual:

"Comarca de sol y luna" (literatura. infantil), *"Espectros en caricaturas de mi alma"* (poesía, 1995), *"Espejo místico"* (poesía, 1996), *"Ojos tatuados"* (poesía, 1998), *"Añoranzas en desconcierto y Espectro de ojos místicos"* (poesía, 2004) *"Entornos y Sortilegios"* (narrativa, 2005)

Participación en publicaciones colectivas

"I Antología de Escritores Latinoamericanos", *"IV Antología Internacional Sensibilidades"*, *"V Antología Internacional Sensibilidades"*, *Antología Internacional "Sensibilidades Oro"*, *"Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo"*, *"Antología de narrativa: humor con extrema-unción"*

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
8 Febrero 2003

: <http://carmenamaralis.sensibilidades.com/>

cvega@uprm.edu

Índice de textos

“Cadenas del tiempo”

“Engendros y espirales”

“He vuelto encadenada”

“Niño de ojos grandes”

“La amargura de los naranjos”

“Los inútiles”

“Leche y maná”

“La carne vuelve al polvo”

“A lo lejos la gran pirámide”

“¿Japonesa o japonés?”

“Poetizando correctamente (tragicomedia en un acto)”

Cadenas del tiempo

No sé cómo dejar huellas.
No puedo.
Piso fuerte en la arena,
y el viento sublime me borra.
Ahora no sé si soy.
Marco con mis manos
muchos rostros,
delineo labios,
palpo mejillas,
olfateo desconcertada
todos los aromas.
No distingo los olores tibios
del mañana.
Telarañas de hilos finísimos
me arropan.
Arrastro un cuerpo
con cadenas de tiempos
olvidados.
Te escucho a lo lejos,
y recurro a la esclavitud
del amor
en busca de serenidad.

Engendros y espirales

Tengo en los brazos los rasguños de la muerte. Por más que luché para que me llevara, se negó rotundamente. Le grité desesperada cuando la vi correr con mi engendro ensangrentado. Se lanzó a los abismos con las sombras a cuesta. Los pedazos de vida se iban en remolino por las aguas negras, sin que pudiera rescatarlos. Se iban para siempre con esos ojos claros. El eco del llanto aún se escucha en mi ventana rectangular y vacía. Hace días que no me asomo a ella, tengo miedo de los murciélagos que trinan confundidos, creyéndose ruiseñores. Tengo la ilusión de volver a ver crecer el vientre y, entre gemido y gemido, engendrar relucientes espirales

He vuelto encadenada

Un misterioso
porqué de las cosas
me llevó allí.

Hoy,
de bien adentro,
he vuelto bañada de mangle,
sumergida de selva.
Verdes nuevos me brotan
sin fronteras.
Traigo luz de misterios
en los ojos,
bramidos retumbando
en cavidades antiguas,
catedrales de sal
sobre mis pechos.
En la espesura,
bien adentro,
encontré el mestizo de ojos grises.
Toqué el ala de la vida
y me bañé de musgos olorosos.

En senderos ocultos
descubrí terciopelos
de cuerpos intocados.
Aromas y ambrosías
de pulpas nuevas
me fuerzan a volver
a la lujuria de la noche.

Ahora vuelvo
tejida de cadenas y de algas.

Niño de ojos grandes

Hay furia de fuegos y relámpagos.
Pies calcinados flotan
sobre ardientes inquietudes,
no se detienen
sobre las brasas
que subliman la carne.
La luz se resiste a morir
en el itinerario
de lunas incendiadas.
Es necesario el rescate
antes de que se desplome
la estructura interior
del sueño.
Sombras que hablan
con lenguas irreverentes,
desprecian su fe.
Tiene el rostro atrapado en el espanto
de rincones clandestinos.
Es preciso refrescar el vientre tierno,
cuidar la piel sedienta,
anular pensamientos
que devoran
su ingenuidad.
El niño guarda la amalgama de azufre y oro
en el espejo de sus ojos grandes.

La amargura de los naranjos

Nació la envidia de los lirios, y la amargura en la flor de los naranjos. De entre las flores, se deslizan por el cuerpo todos los reptiles amarillos, dejando rastros y surcos. Se está apagando el candor de las mejillas y la lujuria en las mañanas ya no alcanza, ni el grito, ni el suspiro. De los senos frágiles se descuajan los deseos, y en la pupila un gris necio invade. Todo se va tornando opaco. Aún así, insisto en seguir con los delirios adheridos aunque me vuelva adicta al amor.

Los inútiles

Flotando en el espacio,
sodomizado por aromas penetrantes,
figuras encorvadas y asimétricas
deambulan sin destino.
Casas lineales y absortas
contemplan el arrastrar de huesos.
Catedrales infectadas de sabandijas
repican un réquiem oscuro.
El viento burlón en carcajadas
arropa féretros
desafiando a la muerte.
Los inútiles, en rutas absurdas,
han dejado olvidados sus cuerpos
en los balcones donde cuaja el rocío

Leche y Maná

La madre se vistió de crisálida y le dio leche de sus senos. Pintó su cara con ternura de duendes saltarines. Usó el pincel más fino para trazar líneas con vuelos de gaviotas. Abrió las ventanas de par en par, la luna dorada brilló sobre su cuna. La noche se hizo aliada de sus horas, arrullándola con brisa de palmeras y nanas para que no murieran las hadas de la imaginación. Creció adorando su pecho de bronce y plata, acomodando su cabeza entre los huecos de sus alas. Rellenó de sonrisas sus ojos cuajados de rocío y creció, pulgada a pulgada, sobre un suelo de algodón azucarado, que ahora le sirve para calmar el huracán de sorpresas que le va dando la vida. La madre se transfiguró y se fue. La niña llora esperando que baje de los cielos el maná dulce de los pechos de su ángel.
No hay sorpresas que no conozca, ni alegrías que no intente.

La carne vuelve al polvo

Ojos opacos, rojísimos,
acompañan a un rostro hinchado
de tanto resoplar.
En el aire un fuerte olor a pesadumbre.
Rechazas ese instante
donde la carne vuelve al polvo,
pero no cualquier carne:
la carne origen,
la carne con sangre
que gota a gota entró
por el cordón umbilical para nutrirte.
Todos los consuelos quedan flotando
en un limbo interior,
que arropa cada recuerdo
con auténtica melancolía desesperada.
No es un adiós,
es un desgarramiento interno,
un morir propio, sin
razón ni causa.
Miras el barro apilado y el hueco
que dejaron los hombres.
La carne vuelve al polvo.
¿Cómo explicarle al corazón
lo que se deposita inerte?
Un día cubrió del frío, en el regazo,
bebió una a una las lágrimas
y puso su seno en la boca para que bebieras.
Nubes negras te revisten el cuerpo
grande y firme,
y una extraña sensación se apodera de tu mente.

Quieres volver al útero y quedar
allí, en la fosa, con ella,
y no despertar jamás.

A lo lejos, la gran pirámide

No es locura llegar desde una isla en el Caribe a Egipto, lo que sí es enajenación, de la más pura y ridícula, es que a mi edad se me ocurra pagarle a un nómada para que me diera un paseo en camello, bordeando la Gran Pirámide. Pues heme ahí, montada con la más absoluta incomodidad sobre el lomo de aquella bestia llena de adornos, moscas y toda la baba del mundo; apestando a orines viejos. A paso de camello llegamos a la mitad del trayecto. Atrás quedaron mis amigos, incrédulos de mi osadía; burlándose de mi temeridad.

Pensando que si lo contaba no me lo creerían, para que quedaran evidencias del acontecimiento, le pasé la cámara fotográfica que llevaba colgada del hombro, al guía para que me tomara fotos mientras me acercaba a la Gran Pirámide. Desde ese lugar no lucía tan grande como yo me lo había imaginado siempre. No se qué sintió mi camello que tan pronto me inclinó para entregar la cámara, más rápido que una flecha, como si tuviera alas salió disparado a todo pulmón conmigo al lomo. Perdí el control. No sé cuántos minutos corrió como desaforado el camello, cabalgando sin tregua. No sé quién estaba más espantado con mis gritos de auxilio, si yo o el pobre animal. Atrás, cada vez más lejos, según podía voltearme a mirar, quedaba el guía con mi cámara en mano sin saber qué hacer, si tomar fotos o alcanzarme para evitar que me estrellara contra la pirámide.

Cabalgamos desbocados unos 10 minutos que me parecieron una perpetuidad de días surrealistas. Sol, camello, pirámides, arena, viento, desierto; todo dando brincos en mi cabeza. Finalmente, como tocado por un milagro inaudito, el camello se detuvo justo ante un hermoso espectáculo de sueño egipcio. Casi sin aliento, por justificadas razones, comencé a llorar. No recuerdo bien si lloraba de emoción por la escena tan soñada, o por el susto descomunal que acababa de vivir. No sabía cómo bajarme del cernícalo. ¿Quién se apiadará de mí?, me preguntaba mentalmente, con los ojos cerrados. Cuando los abrí, enfrente apareció el guía, sonriendo, con mi cámara en una de sus manos.

Nunca sabré si el guía llegó en una alfombra mágica, o en otro camello. Nunca sabré si regresó por los veinte dólares del paseo que se apresuró a pedirlos; tal vez desconocía que la cámara costaba mucho más. Yo la hacía perdida en el desierto para siempre. Nunca sabré si todo el espectáculo estaba fríamente calculado por el guía para hacer la ocasión inolvidable. Lo cierto es que jamás le he mostrado a nadie las fotos de una Caribeña extravagante, con los ojos desorbitados y las caderas casi sobre el rabo de la inmensa rabadilla del camello. Y, a lo lejos, bien a lo lejos, la Gran Pirámide fuera de foco, por supuesto.

¿Japonesa o japonés?

Esa mañana el cartero me entregó un sobre certificado en mis manos. Llegaba de Japón con el sello del Consulado Norteamericano. Me puse pálida y fría. Sin darle las gracias al cartero, con manos sudorosas, desgarré el sobre con prisa. Dear Dr. Vega, you has been awarded...

El cartero se quedó unos minutos mirándome, como presintiendo que algo especial traía esa carta. Seguramente que seguía mis ojos y mis gestos mientras leía, porque no se iba. Estaba paralizado viéndome, no se movió hasta que me escuchó gritar como loca: Lo logré, lo logré, lo logreeeeeeeee. Hacía un par de meses me puse las pilas y envié una propuesta al gobierno de Japón para desarrollar una batería que generara energía eléctrica con desperdicios humanos. Interesante ¿verdad? Pero dentro de mi corazón me preguntaba que a quién más se le ocurriría semejante disparate, que ni soñara con la beca. Acompañaba la carta un formulario para solicitar al Consulado la visa como científica por un año. El documento se llenaba en inglés. Cumplí con todo el papeleo. Y se cumplió el momento.

Al llegar a Japón, en el terminal de TWA me esperaba una delegación de científicos del Instituto de Química Física de Tokio (RIKAGAKU KENKIUSHO), con un letrero de bienvenida y mi nombre en letras grandes. Me dirigí a ellos y les di las buenas noches en Japonés (debo confesar que me había devorado el curso Berlitz de Japonés comercial.). Hi Mrs Vega. ¿Where is Dr. Vega? Me preguntaban qué donde estaba Dr. Vega. Yo soy doctor Vega, les dije. Debieran haber visto la cara de espanto que pusieron. ¡¡¡Una mujer!!!, una mujer... Se les acabó la paz y el alborozo. Como habían organizado una fiesta de bienvenida en una casa de Geishas en Ginza Dori (avenida Ginza), allí me llevaron sin saber qué hacer conmigo. Yo miraba todo con un sueño inaudito. Llevaba más de 28 horas de viaje y me sentía sucia, y aturdida. No recuerdo bien si alguna geisha me dio masajes en el cuello, creo que sí, me tomé dos sake y quedé dormida en los brazos de alguno de aquellos genios de la electroquímica.

Lo siguiente que recuerdo fue despertar en una habitación con la mirada atenta de una sirvienta, que con una toalla en su brazo, esperaba paciente que abriera mis ojos para tomarme de la mano y llevarme al baño de una enorme residencia. La seguí medio sonámbula para encontrarme con una escena aterradora: un cuarto enorme con un sauna de agua caliente, y cinco personas completamente desnudas. Padre, madre, hijo adolescente y los abuelos. Luego me enteré, que sería la familia que me hospedaría por una semana mientras me familiarizaba con Tokio. Hablaban inglés. El señor de la casa era nada menos que el director de Nijon Broadcasting Corporation, la trasmisora mundial de radio Japón.

Como, "*donde fueres haz lo que vieres*", con más vergüenza que discreción, me quité la camiseta con que dormía y en cueros caminando de espaldas, con algo de rubor, me metí al agua caliente que me supo a gloria. El abuelo no salía de su asombro, por más que su cultura le obligara a disimular, jamás había visto un trasero tan grande en su vida. Vino, con todos sus respetos, a tocármelo para asegurarse de que era real. El joven siguió el ejemplo del abuelo, y antes de que me diera cuenta, tenía a toda la familia encima de mí, acariciando con veneración casi, y mirando embelesados las curvas de mi cuerpo caribeño, que era en estatura casi el doble de la de ellos. No sé, qué recuerdos ancestrales me traía aquella escena. La verdad es que muy rápido me sentí completamente a gusto con la situación y estuvimos como media hora todos riéndonos y bañándonos unos a otros en perfecto estado armonioso con nuestro universo.

Poetizando correctamente

(tragicomedia en un acto)

Del azul de las lágrimas que brotan, no recuerdo el camino de la dicha al subir al estanque sin fondo del amor perfecto, donde se duerme el grillo triste de mis esperanzas, marcando unos senderos sin estrellas.

No, no estoy loca, sólo sigo recomendaciones poéticas con la dulce sensación de saberme en la espera incierta de lo que vendrá. No importa si llega la noche bañada de estrellas desnudas, o vestidas de un vicio inexorable de calumnias nuevas. Es que la febril conciencia aguarda oculta de mariposas callejeras, subiendo por el balcón que tuerce el curso de mis horas negras. No, negras no, simplemente tristes. Y, aunque quiero reír, no puedo. El lenguaje me resulta tan hermoso que no debo detenerme en una genuflexión constante al arrullo de unos ojos, donde nacen las distancias que abarrotan el alma de soledades pasajeras con rimas internas y vocales que parecen consonantes del amar. Y aquí me detengo en este intento de poetizar sin rimas, y con frases más líricas. Mi despertar a la literatura está casi dormido, deseo de todo corazón vestirme de espumas de mar y bañarme en ellas contigo.

Juan A. Román

Girona (España)



*Juan Antonio
Román*

Antequera (Málaga), 1959

Reside en Girona

Cursó estudios de Delineación y es Bibliotecario. Colaborador en varias webs literarias, textos suyos han sido publicados en la *Revista Literaria de Sensibilidades*

Participación en publicaciones colectivas

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
4 Marzo 2003

<http://juanroman.sensibilidades.com>

YANCEYS@terra.es
juanroman@sensibilidades.com

Índice de textos

“La derecha cruzada”

“Bragas”

La derecha cruzada

Los matones de Barreiro revoloteaban sobre la mesa de las bebidas; al entrar, casi todos ellos habían saludado a Gerva con un puñetazo en el hombro y el consabido: "hola campeón". Aferrado a un vaso de tubo en el que libran una pequeña batalla el escocés y el hielo, Gerva miraba por la ventana, ensimismado con los coches que iban y venían por la Avenida Diagonal. Era un día claro, con una temperatura suave. El mes de Octubre ya había desgranado algunos días. Pensó en lo importante que debería sentirse un tipo como Barreiro contemplando la ciudad desde aquel pequeño rascacielos.

El despacho u oficina, Gerva no sabía como llamarlo, era un pequeño búnker situado en el ático de un edificio de oficinas de la parte alta de la Diagonal, cercano a El Corte Inglés.

Aquella mañana había alguien más, aparte de los matones. Era un periodista deportivo que se presentó como Arcadio Oliva y como todos los chupatintas comenzó a husmear en el pasado de Gerva.

- Mucho gusto- le tendió la mano, fina y suave de asir bolígrafos- en conocer al hombre que noqueó a Clay Martiánez.

- Para lo que me sirvió- contestó Gerva apurando de un trago el whisky que le quedaba. Fue a servirse otro y recordó al famoso Clay, una bestia canaria de metro ochenta de altura, con los brazos tan largos como aspas de molino y con malaleche suficiente como para llenar un pantano. Gerva nunca deseó aquel enfrentamiento, le tenía verdadero pavor. Martiánez era un welter con pegada de semipegado y el título nacional le iba pequeño. Sus mentores habían decidido dar el salto continental y para ello nada mejor que tres o cuatro peleas con boxeadores de segunda para foguear al futuro campeón e incrementar su racha de victorias.

A Gerva le ofrecieron una buena bolsa y su preparador le convenció para que aceptara. En cuanto estampó su firma en el contrato el terror se apoderó de él. Algunos le decían que Martiánez pegaba demasiado fuerte, una pegada extraordinaria para la división. Costaba mucho recuperarse y siempre te dejaba alguna secuela, algo roto, era su marca, su tarjeta de visita, su seña de identidad. Al Tigre Sánchez, la mandíbula Pachón Acebes, cuatro costillas; a Roque Páez, desprendimiento de retina, y a Tonino "Caracartón" lo ingresaron en el hospital con una conmoción cerebral y allí pasó más de tres meses debatiéndose entre la vida y la muerte.

Gerva nunca había sido un buen "encajador", le dolían mucho los golpes. Ya se lo había dicho su descubridor, el brigada Arándiga. Tienes mandíbula de cristal, le dijo, y eso en el boxeo es un handicap. El tiempo lo demostró: más derrotas que victorias. Uno más del montón de púgiles que nunca llegaron a nada.

Seguramente, los mentores de Clay Martiánez no se preocuparon mucho

de preparar el combate. Se lo tomaron como un trámite más hacia el título europeo. Le dirían a Clay que Gerva se vendría abajo a la primera mano seria y que procurara hacer asaltos, seis o siete como mínimo. La próxima pelea con el italiano podría ser larga y convendría ir rodado.

La noche de la velada el local estaba a rebosar. Clay Martiáñez era una garantía para el espectáculo; en su vestuario no paraba de entrar y salir gente. Gerva permaneció solo, su entrenador no le había dedicado mucho tiempo. Le había dicho que tendría la toalla preparada para lanzarla en el momento que uno u otro consideraran oportuno.

- No tienes ninguna posibilidad- le contestó el brigada Arándiga, un día que le llamó al cuartel para comunicarle el enfrentamiento- pero te diré una cosa: cuando pelea con boxeadores inferiores, como es tu caso, tiene la costumbre de dar el espectáculo con golpes poco ortodoxos, desplantes, burlas y varias tonterías más, entre ellas intentar imitar a Mohamed Alí . Martiáñez puede llegar a ser una estrella del boxeo, pero como sabrás no le llega al gran campeón ni al cordón de la bota. El golpe más famoso que tenía Alí era la derecha cruzada, Martiáñez lo ejecuta bastante parecido, pero es muy lento a la hora de retornar su mano a la mandíbula para protegerse. Esto no tendría importancia si tu fueras diestro, pero al ser zurdo cambiado la puede tener. Ese golpe que ejecuta en honor a Mohamed Alí no es un golpe natural de su boxeo, no es instintivo ni aprendido en un gimnasio, es un golpe artificial incluido en su repertorio de payasadas en combates al borde de la victoria. A un gran sector del público le gustan este tipo de alardes y comportamientos; les divierte esa superioridad de su campeón y a la vez suaviza la tensión de la pelea. Martiáñez no está acostumbrado a recibir golpes de K.O. desde esa trayectoria, a lo sumo jabs de izquierda que no suelen ser definitivos y con la envergadura que tiene es difícil cazarlo de crochet. Sólo cuando lanza la derecha cruzada ofrece resquicios para atacar. Seguro que ni siquiera habrán reparado en que eres zurdo y boxejas con guardia de diestro. Lo único que sabrán de ti es que no eres buen encajador. De todas formas será como intentar cazar una hormiga con un fusil a varios kilómetros de distancia.

- Mi brigada...

- ¿Qué?

- Siempre tuve buena puntería.

En el primer asalto, Clay Martiáñez se dedicó a calentar un poco. Alguna mano que otra, tanteando, intentando acorralar a Gerva pero sin emplearse a fondo. Casi al final atacó con una combinación de golpes que acabó con Gerva en la lona para deleite del respetable. La campana lo salvó, se había quedado sin aire, parecía tener el hígado en llamas. No había recuperado el resuello cuando sonó la campana para avisarle de la disputa del segundo asalto.

Martiáñez no quería acabar pronto el compromiso, una vez comprobada la

débil resistencia del rival, le habían indicado en la esquina que hiciera asaltos. Se limitó a demostrar su superioridad con golpes poco contundentes, marcando con la izquierda y de vez en cuando dejando ir la derecha, cosa que sin ir a romper, desarbolaba a Gerva por completo. ¡ Qué duro pegaba!, parecía un mazo con la precisión de un rifle telescópico.

En el tercer asalto comenzó el homenaje a Mohamed Alí. Martíáñez vio que no había rival y decidió echar un poco de carnaza al público, que a fin de cuentas era quien pagaba. Sus incondicionales coreaban su nombre ante la supremacía de su ídolo.

Un punch a la zona hepática dio con Gerva en la lona. El árbitro comenzó a desgranar la cuenta. Al boxeador caído le vinieron ganas de no continuar, de no levantarse; tenía mucho dolor, era como si una centuria de ratas hurgaran en su interior con sus afilados dienteillos. Vio a Martíáñez apoyado en las cuerdas, riéndose, provocándolo con ironía:

- Levántate y anda, Lázaro.

Gerva sacó fuerzas de donde no las había y se levantó; aquellos nueve segundos le habían venido bien. El otro atacó de nuevo, pero se guardó de conectar ningún golpe definitivo. Deseaba alargar el combate unos asaltos más.

En el siguiente episodio siguió Martíáñez en plan showman, bailando alrededor de Gerva y metiendo la derecha cruzada una y otra vez. Era un homenaje a Mohamed Alí en toda regla. Martíáñez tenía los brazos tan largos que cuando su mano derecha estaba extendida era imposible alcanzarle con ningún tipo de golpe. Era como si te empujaran el pecho con un poste de teléfonos e intentaras llegar al otro extremo .

Quedaría menos de un minuto para el final del cuarto asalto, Clay Martíáñez seguía en pleno recital; después de hacer unos cuantos desplantes estilo torero y de simular como clavaba un par de banderillas en la espalda de Gerva, el campeón volvió a meter la derecha cruzada. Una de las veces notó que le sujetaban el guante, flexionó el brazo para tirar y liberarse y ya no notó nada más hasta que se despertó en la sala de urgencias del Hospital Clínico: Gerva lo había noqueado. Cuando más confiado estaba Martíáñez, Gerva había sujetado su guante derecho y se había echado hacia atrás, contra las cuerdas, quedando libre de obstáculos la trayectoria hacia el mentón, apretó su puño y descargó en ese golpe toda la rabia contenida durante toda su vida: las borracheras de su padre, las enfermedades de su madre, las palizas encajadas, el fracaso, todo, todo incluido estalló en la punta de la barbilla del invencible Francisco "Clay" Martíáñez. Desde fuera no parecía un golpe definitivo, Martíáñez osciló un poco la cabeza, bajó los brazos y permaneció de pie unos cuantos segundos con los ojos en blanco. El pánico cundió entre sus seguidores cuando cayó como un fardo a los pies de Gerva. Aquel fue el golpe más famoso de la carrera de Gervasio Sanabria, el golpe por el cual todos los aficionados le recordarían, el golpe que cortó

en seco el camino del boxeador más prometedor de los últimos años. Aquel combate marcó el fin del boxeo para ambos. Martíáñez nunca se recuperó de la mandíbula. Después de varias operaciones, era patético ver sus intentos de reaparecer y como a los primeros intercambios de golpes se iba al suelo agarrándose la barbilla y llorando de dolor como un niño. Decían que ni siquiera podía masticar correctamente. Lo único que sacó Gerva de la pelea fue una placa de acero que ahora lleva en la cabeza. Con el dinero que ganó se compró una moto y semanas después se abrió la cabeza en una de las curvas de la carretera que va del Tibidabo a la ciudad.

Barreiro llegó al poco rato acompañado de Lana, una despampanante jovencita que se encargaba, entre otras cosas, de que el jefe durmiera tranquilo y relajado por las noches. A Gerva le gustaba Lana, aquellas piernas tan largas, aquellas caderas que deberían ser más acogedoras que el mismísimo cielo, aquella indiferencia que demostraba y que parecía decir: sólo soy un cuerpo. Corrían rumores de que cuando Lana tenía ganas de pasárselo bien, cogía un avión y se plantaba en Madrid, donde decían que tenía un novio que la traía de cabeza. A Barreiro parecía no importarle, éste debería tener unos 60 años, por lo menos, y aunque Lana sería capaz de conseguir la erección de un difunto, parecía seguro que el hombre no podría con aquellos veinte años de carne en ebullición. Eso era comentario general a hurtadillas de las ratas carroñeras que decían ser sus empleados.

Lana preparó un Martini para su protector; lo hizo con cariño y perfección. La copa correcta de tallo largo, boca ancha y forma cónica recibió la ginebra de forma cadenciosa para no excederse. Luego lo dejó reposar unos segundos y añadió el vermut, apuntando la gota al centro de la copa. Gerva la observó, imaginó como estaría desnuda, se excitó pensando en ella, la vio en una cama, disfrazada de enfermera alemana, con una batita muy corta, unas medias blancas y unos zapatos blancos de tacones muy altos.

Barreiro despidió a sus matones e instó a Lana para que acompañara al periodista a la terraza, a contemplar el paisaje. Se bebió el Martini de un trago y se acercó a Gerva que aún permanecía junto a la ventana.

-¿Como va eso, campeón?

- Tirando- contestó y se sirvió un poco de agua para suavizar la bebida.

-¿Te gusta el cine?

- Sólo el de acción- contestó Gerva, un poco extrañado por el rumbo de la conversación.- Rambos, Terminators, Armas Letales y cosas de esas.

- A mi me gusta el cine negro de la Warner Bros. Bogart, James Cagney, Edward G. Robinson y muchos más.

- Cine de gánsters.

- Sí, eso es, cine de gánsters.

Barreiro hizo entrar a Lana para que le preparara otro dry-martini. Ella lo preparó igual que la otra vez, a conciencia y sin prisas.

- Una gota de vida en un océano de placer- dijo Barreiro describiendo la bebida- ¿Qué cuenta nuestro periodista?, querida Lana.

-Intenta impresionarme- Lana, cuando hablaba, nunca miraba a sus interlocutores. Siempre procuraba perder su mirada en algún sitio que le pudiera devolver su imagen. Ahora, mientras contestaba, se contemplaba en los cristales del balcón, lo suficientemente grandes para albergar su sinuosa silueta al completo-, tiene un pico de oro. No me van los ilustrados ni los universitarios, follan con la cabeza, mucha teoría, mucha cultura y luego cuando se la chupas les ocurre igual que a todos.

- ¿ Y qué nos ocurre?- terció Barreiro saboreando su copa y viajando subconscientemente por unos segundos a la cama del apartamento de Lana.

- Pues que os gustaría que no parásemos nunca- dijo y salió de nuevo a la terraza. Su vestido era ajustado y se pegaba al cuerpo delimitando una serie de curvas en las que valdría la pena estrellarse.

-¿ Te gusta?- preguntó Barreiro.

- Es su chica.

- Sé que cuando va a Madrid, con la excusa de ver a su familia, me engaña con otro.

- ¿ Es ese el motivo por el cual me han mandado llamar?

- No- contestó medio indignado-. ¿ Crees que puedo tener celos a mi edad? No me importa en absoluto que se acueste con otro. Incluso tengo grabaciones en vídeo que me han conseguido una agencia de detectives a la que encargué un seguimiento. Si supieras como me excito viéndola como goza y recupera las noches que pierde conmigo. Se lo pasan bien, la verdad es que siento una cierta envidia, nada más.

Barreiro volvió a apurar su copa. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta comenzó a dar paseos a un lado y otro de la habitación. Gerva observó el deambular del pequeño gigante, Barreiro, como muchos hombres bajitos, tenía la obsesión de estar constantemente intentando demostrar algo. Debía ser muy duro que el cielo siempre le quedara a uno más lejos que a los demás.

- Necesito que me hagas un favor.

Gerva volvió a servirse bebida. Aquella frase era la clave que siempre usaba Barreiro cuando quería que asesinara a alguien. No era la primera vez; en los seis o siete años que llevaba trabajando para él ya le había hecho varios favores del mismo tipo.

Barreiro tenía verdadera aversión a nombrar a sus enemigos, era algo así como una superstición, unido a una paranoia permanente a que un micrófono secreto grabara sus palabras, prefería escribirlo. Cogió un trozo de papel y un lápiz y escribió un nombre, lo dobló cuidadosamente y lo metió en uno de los bolsillos de la americana de Gerva.

De una caja fuerte camuflada detrás de un Yves Klein auténtico sacó un sobre lleno de billetes y se lo entregó a Gerva.

- Para gastos- dijo e hizo entrar a Lana y al periodista cuando Gerva ya se marchaba.

Cuando llegó a casa de Mónica ya era media tarde. Había estado comiendo en El Corte Inglés y además había aprovechado para comprar algunas cosas. Le quemaba el dinero en el bolsillo cuando tenía demasiado. Al abrirse la puerta vio que ella estaba acompañada de su hijo, un niño llamado Ramón fruto del pasado de Mónica.

-Hoy es jueves- dijo-. Ya sabes que es el día que tengo al niño y no trabajo.

-Tenía muchas ganas de verte- dijo Gerva un poco envalentonado por la media botella de vino del Duero que se había tomado comiendo y entrando en el piso sin esperar a que le invitaran.- Os he traído regalos- dijo entregándoles las bolsas que llevaba.

Ramón permanecía callado, junto a su madre. Sólo sonrió cuando vio el coche teledirigido que Gerva había comprado para él. Mónica abrió sus regalos: un par de vestidos, un anillo de brillantes y varios discos de música country que era la que más le gustaba a ella. Se puso muy contenta y le dio un beso en los labios que duro cinco o seis segundos.

- Mi pequeño Frankenstein...

Ella, a veces, le llamaba así, en clara alusión a la placa de acero que llevaba en la cabeza y que en ocasiones dejaba entrever el peluquín.

La música del cantante Lyle Lovett inundó la estancia. El niño jugueteaba con el cochecito y ella estaba en el dormitorio probándose los vestidos. Gerva paseó su mirada por el apartamento: decoración discreta y escasa, impersonal. Un par de lámparas iluminando cuadros abstractos comprados en algún hipermercado, una mesa de cristal, un sofá de polipiel, el aparato de música y cuatro sillas de diseño, de esas que están más pensadas para decorar que para sentarse. La televisión y el vídeo estaban en el dormitorio, en ocasiones, Mónica ponía películas pornográficas a sus clientes para que se animaran, aunque con el cuerpo que tenía poca falta hacían las películas, pensaba Gerva.

Ella salió con el vestido azul, dio unos pasos de maniquí y un par de vueltas sobre si misma, extendió la mano y le mostró el anillo.

- Me está perfecto- y le volvió a besar-. Hoy no te cobraré.

- ¿Podremos?- preguntó Gerva mirando al niño.

Mientras Gerva y Mónica estaban en la habitación, el niño jugaba en el salón con el cochecito. Al poco rato se cansó y llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio.

- Mami...

- Espera un poco- contesta Mónica quitándose a Gerva de encima por unos instantes, temiendo que el niño entre. El hombre no se aparta del todo, se agarra al cuerpo de la mujer, cálido, palpitante, acogedor; cierra los ojos y apreta el rostro contra su pecho, como un bebé recién nacido que necesita a su madre. Ama tanto a Mónica que no se despegaría de ella ni un momento. Pero la vida, la mayoría de las veces

no se nos presenta como nosotros querriamos y por eso entre Gerva y Mónica no hay amor, sólo intercambios comerciales. Ella le vende su cuerpo y él nutre su amor con estos contactos carnales que puede permitirse satisfaciendo la alta cuota de Mónica.- Dentro de un ratito salgo, vale, cariño. Sigue escribiendo en el cuaderno.

Sobre la mesa están los deberes. Ramón acerca la silla donde está colgada la americana de Gerva y se dispone a seguir escribiendo en su cuaderno. Hace poco que le han enseñado, pero se le da bastante bien. Ya sabe escribir muchas palabras, aparte de mamá, papá, gato, casa, silla, mesa, cama, perro, caballo y muchas más. Sabe escribir el nombre de su madre: mónica mercader. Y el de su padre: blas hinojosa. Hace mucho tiempo que no lo ve, desde que vive con sus abuelos. Su madre le enseñó a escribir su nombre y él lo repite una y otra vez; rellena las hojas de su cuaderno y cuando las ha completado borra los renglones y vuelve a escribir con obsesiva precisión: blas hinojosa blas hinojosa blas hinojosa...

Sin darse cuenta, al bajar los brazos, mete una mano en uno de los bolsillos de la americana de Gerva y encuentra un papelito doblado. El niño lo desdobra y borra con su goma el nombre que hay escrito; luego coge su lápiz y escribe con su pulcra caligrafía: blas hinojosa. Dobla el papel y vuelve a dejarlo en el bolsillo que lo ha encontrado.

Eran las diez y pico cuando Blas Hinojosa aparcó su viejo Renault 12 en el vado de su local. Desde una parada de autobús cercana, Gerva le vio subir la persiana. Era alto y grandón, bien parecido, aunque bastante descuidado vistiendo; llevaba una camisa a rayas de la década anterior y unos pantalones de tergal de color beige; los zapatos eran unos mocasines negros y sus calcetines blancos de deporte destacaban bastante debido a que los pantalones le iban un poquito cortos; ceñida a la cintura llevaba una riñonera multicolor que por la manera en que colgaba debería ir repleta de monedas para poder dar cambio a los clientes. Blas Hinojosa regentaba un salón recreativo de su propiedad y se pasaba el día allí metido, rodeado de máquinas tragaperras, futbolines y niños ruidosos que no tenían otra cosa que hacer.

Cuando Gerva entró con el pretexto de pedirle cambio, Hinojosa apenas le prestó atención, como el hombre que no tiene enemigos. Bajó la vista para buscar en la riñonera las monedas y, cuando llevaba cinco o seis, Gerva, de un movimiento rápido y certero, le clavó el destornillador en el cuello. Hinojosa cayó al suelo emitiendo sonidos asfixiantes. Las monedas se esparcieron por el suelo y algunas rodaron hasta esconderse debajo de algunas máquinas que, silenciosamente, parpadeaban.

Al coger el metro en la estación de Sant Pau las monedas aún tintineaban en su cabeza. Consiguió un asiento y cerró los ojos. Las estaciones comenzaron a sucederse y Gerva no sabía en cuál iba a bajarse.

Bragas

Me gustan las bragas. De todas las formas, exceptuando las del tipo de mi tía Felipa, que supongo que eran de esas que te llegaban hasta el cuello, por lo menos; de todos los colores, excepto blancas, supongo que al ser sinónimo de pureza, o al menos eso me inculcaron durante mi infancia católica.

Me gustan en todas las situaciones imaginables: puestas, dobladas en el cajón, tendidas, en los escaparates de las mercerías, en los catálogos de venta por correo, arrugadas sobre el suelo después de un escarceo, o perdidas en algún punto de la cama entre sábanas y mantas.

Tengo que reconocer que la frase: "*no encuentro las bragas*" es música celestial para mis oídos.

En el mundo masculino donde me tocó vivir el símbolo de la conquista, el baluarte de nuestra victoria ante las mujeres era que ellas se "*bajaran las bragas*". O al menos eso era lo que yo percibía de aquellos garañones de discoteca que conocía. No había triunfo más importante para ellos que una mujer se "*bajara las bragas*". Una vez bajadas daba la sensación como de que éramos sus dueños, sus señores, los amos de todo lo que había después de que ella se "*bajara las bragas*". Conversaciones que oía podían empezar perfectamente así: "*Chico, fue bajarse las bragas yuffff ni te cuento*". "*Fue bajarse las bragas y todo fue sobre ruedas*". "*Al principio me costó, pero a la que se bajó las bragas...*". Por supuesto había muchas variantes más, pero todas incidían en lo importante era la prenda en cuestión y su relación con la fuerza de la gravedad. Daba la impresión de que la felicidad de los hombres dependía exclusivamente de una combinación muy extraña e indemostrable entre el amigo Newton y tan elástica prenda.

Al cabo del tiempo entendí porqué me gustaba a mi que las mujeres no se quitaran las bragas hasta el último momento; siempre les decía: "*no te quites las bragas, ya te las quitaré yo*". En una ocasión, no se dio esa premisa y confieso que me costó una barbaridad centrarme en el asunto. Necesito mi rato de jugueteo con esa prenda, comprobar el tipo de tejido, su elasticidad, su ajustamiento...y además es importante que yo no intervenga para nada, sólo en la observación, en el momento en que la ley del señor Newton se aplica a tan "*maravillosa*" prenda. Y es que no hay nada que viva tan cerca de "*lo*" que queremos muchos hombres que unas bragas.

Será envidia lo que sentimos, digo yo.

Marila López

Sevilla (España)



*Marila
López Alonso*

Sevilla, 1.953

Reside en Sevilla

Pintora y colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en la revista TECADE (Canarias) y en la Revista Literaria de Sensibilidades y en radiodifusión para varios programas.

Obra impresa individual:

"Marta se realiza" (novela)

Participación en publicaciones colectivas

"Poemas por la paz"

"Todas las voces, una voz"

"Centro de Estudios Poéticos, Vivir Soñando"

"Centro de Estudios poéticos, Aires de Libertad"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Autora de un texto incluido en la novela *"La Memoria de los Triángulos"*

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
27 Marzo 2003

www.marila.org

correo@marila.org

marila58@yahoo.es

malopezalonso@hotmail.com

marila@sensibilidades.com

Índice de textos

“El jarrón”

“El aire huele a ti”

“Hoy no sé qué decir”

“Llueve”

“Penélope”

“Días grises”

“Desasosiego”

“Vacío”

“Báilame”

El jarrón

Aquel jarrón de rica porcelana había guardado celosamente todos mis secretos durante largos años; en él había ido acumulando suspiros, lágrimas, ilusiones, risas y sueños.

Lucía en el lugar preferente de mi vitrina y orgullosa lo mostraba siempre a mis visitantes. De vez en cuando lo sacaba de allí y lo volcaba en una mesa, previamente recubierta con un suave paño. Después, con sumo cuidado, iba retirando papeles de seda y celofán, para recrearme contemplando mi tesoro.

Aquel día, alguien había dejado caer una frase, tropecé en ella y rodé por el suelo. Al suelo fue también a parar mi jarrón con todo su contenido, roto en mil pedazos. Los suspiros, tan volátiles ellos, se dispararon en un instante.

Las lágrimas, como cuentas de un collar, fueron aminorando sus rebotes hasta terminar rodando y perdiéndose debajo de los muebles.

Las ilusiones, con sus alas de mil colores, se escaparon volando por las ventanas de la realidad.

Las risas cantarinas y risueñas se quebraron, y de ellas sólo quedaron pequeños trocitos de muecas, apenas sonrientes.

Busqué ávida los diminutos botecitos donde había guardado mis sueños, cada uno etiquetado con su nombre. También se habían roto, y estaban derramados y esparcidos por el pavimento.

Tomé entre mis manos los trozos más grandes del jarrón, pensando en un buen adhesivo y mi maestría para recomponer, pero era inútil: por mucho empeño que pusiera sería imposible devolver, ni siquiera parecida, su apariencia original.

Las lágrimas empezaron a deslizarse lentamente por mis mejillas, hice ademán de recogerlas, pero, ¿para qué?, ya no tenía donde guardarlas, así que las dejé seguir su curso tranquilamente.

De momento, lo más urgente era olvidar el pasado y empezar de cero.

Buscaría otro jarrón aunque no fuese tan hermoso y volvería a empezar de nuevo mis colecciones.

Para ello, cuanto antes me quitara de delante de ojos los añicos de mis sentimientos, mejor.

Me levanté decidida y fui en busca de una escoba.

El aire huele a ti

El momento mágico llegaba cada día, cuando los dos, desde la terraza y cogidos por la cintura, mirábamos cómo el sol se iba ocultando poco a poco, tras aquellas lejanas montañas.

Pintaba rojizo el atardecer, y a nosotros nos despertaba el apetito de besos y caricias.

El aire olía a ti.

Pero tú, ya no estás.

La casa, con tu ausencia, se me hace insufriblemente grande.

Araño la inmensa soledad, tratando de encontrar un resquicio que denote tu presencia.

Pero no estás. Te fuiste aquella tarde.

Me dijiste adiós y te marchaste con tu mentira, y yo me quedé allí clavado, con el corazón hecho añicos, esperando la hora mágica, que no ha vuelto nunca más.

Quizás me la robaste, o los duendes de la magia se fueron tras de ti.

Yo también me hubiera ido.

Pero quedé inerte cuándo dijiste adiós, y mientras cerrabas la puerta me concedías por última vez el paréntesis de tu sonrisa.

El aire sigue oliendo a ti.

Los dos luceros, aquellos tus amados ojos que iluminaban mis noches, ya no me miran, y yo los sigo viendo en cada rincón, en cada pared vacía de tu presencia, mientras vago a oscuras desmenuzando los segundos de un reloj que marca un tiempo que ya no importa.

Descalzo de esperanzas, recorro iluso a la hipótesis de que todo sea una horrible pesadilla, que en cualquier momento la puerta se abra y entres tú.

Pero la realidad, la cruenta realidad, clava su espada, acuchilla mi alma y aplasta mis sentimientos.

El corazón protesta y la sangre se hiela en las venas, negándose a seguir su camino. Son horas eternas, de eternas noches, de eternos días, cuando te busco inútilmente, cuando deambulo de un lado a otro sin saber qué hacer para que vuelvas, cuando los cristales de la terraza lloran acompañando mi llanto.

¡Estoy tan cansado de no tenerte que dejaría de respirar si no fuera porque...!
el aire aún huele a ti.

Hoy no sé qué decir

La pluma sobre la mesa se aburre, bosteza cansada de esperar.

Me observa impaciente, mientras, con la mirada perdida en la nada, voy dejando pasar el tiempo.

Tengo un sin fin de ideas que van surgiendo y se duermen allí en la coctelera, esperando pacientes que alguien las traduzca.

Pero el vocabulario ha tomado el último tren de la tarde.

Hoy no es mi día, o los musos no han venido, o el cielo no es suficientemente azul, o la brisa no acaricia, ¡qué sé yo!

Las palabras no brotan espontáneas como otras veces.

Se quedan atrapadas en no sé qué lugar.

Es como si una afasia las hubiera borrado.

Dentro de mi pecho se amontonan, se atropellan por salir a la luz y me ahogan sin subir al cerebro.

¡Tengo tantas cosas que decir! Y sin embargo, hoy no sé cómo hacerlo, cómo expresarlas.

- ¿Qué te sucede? -me pregunta la pluma mirándome confusa-. Tú, a quien he puesto tantas veces mi tinta para expresar tus sentimientos, hoy pareces alelada.

Yo la miro distraída, ausente, y finjo no enterarme de lo que me dice.

Pero ella insiste:

- Vamos, empieza de una vez.

La tomo entre mis dedos y apoyo mi mano en el blanco folio.

Con grandes letra escribo:

Hoy no sé qué decir.

Luego, miro el folio, lo estrujo entre las manos y lo tiro a la papelera.

La pluma, desde la mesa, me mira fijamente y vuelve a bostezar.

Decididamente hoy no sé qué decir.

Llueve

Llueve detrás de los cristales...

Llueve detrás de las caras maquilladas con coloridas máscaras para el mundo. La ventisca levanta sentimientos que vuelan de la realidad a los sueños inconclusos, se golpean unos a otros, apelmazados, hirientes, indisolubles.

Las curiosas ranas, miran con sus ojos saltones el devenir de tanta hojarasca, mientras sigue la lluvia lacrimosa inundando el alma.

Las pupilas emanan sin cesar, formando charcos sobre el pavimento resbaladizo del día a día.

Chapoteo en ellos mis pies descalzos, ávidos por salpicar a mi alrededor parte de los silencios que trajeron tantas tormentas.

Las nubes no se marchan nunca en los días grises, se esfuerzan por ocultar sonrisas que se pierden entre las vueltas de las agujas del reloj, que no marcan ningún momento especial.

El ruido monótono de la lluvia atenúa los suspiros de miles de mariposas escondidas tras la indiferencia.

Llueve detrás de los cristales...

Sigo con el dedo la caída de las lágrimas pegadas al otro lado, y que, poco a poco, en su camino zigzagueante, resbalan lentamente como las horas. Las mismas que pasaron en cientos de días, inundando el alma de inútiles esperas, de sueños devorados por alimañas extendidas por la faz de la esperanza.

Fue un otoño como éste cuando cayeron las últimas hojas de aquel árbol que plantamos juntos.

Hoy sus ramas desnudas, se mecen al vaivén del viento, esperan anhelantes la llegada de otra primavera, rotos los dedos de estrujarse mil veces unos a otros, manos siempre solas, siempre vacías.

Ronca la voz de tanto conversar con a ese jarrón de porcelana, que nunca responde. Y la rejilla del desagüe no es capaz de tragar tantos desalientos.

Mientras, sigue lloviendo detrás de los cristales...

Penélope

Penélope, sentada frente a la chimenea, teje sueños confeccionando un futuro. Mientras, de cuando en cuando, atiza el fuego para que no se apague, para mantener el calor y la llama siempre encendida.

La lengua -anaranjada unas veces, y roja otras- le va dando consejos que ella no oye o no quiere escuchar.

Sólo espera: siempre esperando mientras sigue tejiendo.

Desde una mesa cercana, dispuesta para la cena, los platos la miran irónicamente con sus ojos blancos, huecos y vacíos.

- Eres boba si crees que volverá, ¿cuánto hace que le esperas?

Estamos cansados de acumular el polvo de tantas promesas para nada.

- ¡Silencio! Nadie os ha preguntado. ¿Por qué queréis romper mi esperanza?

- No quieren romper tu esperanza -interviene el jarrón con flores ya secas y marchitas del centro- sólo pretenden que no seas tan ingenua, que espables y afrontes la realidad.

- ¿Y tú qué sabes? Me prometió que volvería y yo sé que volverá, volverá, volverá... estoy segura.

Hace esfuerzos para que sus ojos no se inunden (las lágrimas no la dejan ver bien) pues tiene que seguir con su labor.

Unas velas, casi consumidas, la increpan también con voz airada.

- ¿Cuánto tiempo nos vas a tener encendidas aún? Nos estás quemando inútilmente, nuestra cera derretida se derrama a cada minuto, estamos perdiendo la figura elegante, y tú, impertérrita, sigues esperando.

- ¡Dejadme en paz! Ese es vuestro cometido hasta que yo quiera, y no me molestéis, aún tengo mucho trabajo por delante, tengo que terminar este futuro para que cuando vuelva esté a punto.

Al cabo de unos minutos, se queda inmóvil escuchando: le ha parecido oír la puerta, pero no... ha sido el viento.

Penélope sigue con mirada soñadora, tejiendo sueños.

Días grises

Hay días que amanecen grises, extremadamente grises, aunque te empeñes en encender el sol en tus ventanas.

Grises de cemento y hormigón, en los que no encuentras tu vestido de sonrisas y has extraviado tus sandalias de ilusiones. La espesa cortina de soledad no deja que penetren sus rayos e iluminen tu aposento.

Sin saber qué hacer, deambulas por las calles con paso incierto, rebuscas en los contenedores un mendrugo de beso o un resto de caricias que llevarte a la boca. Te alejas por sendas que no llevan a ninguna parte, dejando a tu paso los blancos suspiros para no perderte en el camino del retorno.
¡Ah, esos días!

Esos, en los que te daña la alegría ajena, mucho más que las espinas de las zarzas del camino.

No, no es envidia, quizás sea nostalgia de otros que nacían luminosos, en los que te vestías de azul y el viento te remontaba hasta las nubes.

En los que el corazón ardía por el fuego que provocaba la mano a la que ibas asida.

Pero hoy el día ha amanecido gris, y la argamasa de sus cimientos te va aplastando más y más hasta dejarte hecha un sello en el asfalto, algo insignificante, que sólo tú percibes. Ellos pasan, te rozan, quizás te miren, pero no te ven.

En los días grises el reloj no funciona normalmente, no lleva el mismo ritmo, y convierte veinticuatro horas en días eternos.

Hoy el aire no huele a nada, también los pájaros enmudecieron, ¡es igual! Tus oídos están sordos, y no puedes escuchar sus trinos, y, al anochecer, te traga la boca negra del gemido, que hacederramar la sal de tus pupilas.

Y retornas, con los pies cansados y el alma aún más casada, después de haber gastado con tus ojos la esfera del reloj que marca las horas muertas de los días sin colores. Las estrellas permanecen apagadas.

¡Qué grande y larga es la noche! ¡Qué inmensa y aplastante es la soledad!

Y escondida, en el hueco del último rincón de las horas, acabas haciéndote la misma pregunta de siempre:

¿Ha valido la pena vivir hoy?

Un día de tu existencia que se ha perdido, que se ha disuelto en la nada.

Quizás mañana, salga el sol.

Desasosiego

Se pega a sus pestañas la tenue luz de otro amanecer,
cuando las estrellas, aún soñolientas, emiten sus últimos guiños.

Entre las sábanas se ocultan las caricias de nadie, perezosas y obstinadas
por inventarse realidades detrás de la carencia de tanto tiempo.
La necesidad acucia los sentidos, inflando el vientre de deseos, cuenta y finge mil
historias que ni ella misma se cree.

Le asustan los buitres que revolotean alrededor, a la espera de su presa.
Siempre desconfiada, siempre temerosa.
¡Marchaos! -grita la esperanza.
¡Dejadme! -suplica el miedo.
Mientras el cansancio arroja la toalla.

El globo está a punto de estallar, repleto y debilitado por el esfuerzo de guardar
cada día tantos sentimientos.
¿Guardados para quién?
Si supieras leer en sus pupilas, descifrar sus suspiros, escuchar sus silencios... Pero
nadie pasa nunca por la acera de la soledad.

Eleva la cabeza esperando un beso que no llega, mientras juegan sus manos
con las palomas, que se entregan generosas agradeciendo sus caricias
Fuera, el viento, dibuja como al descuido, una leve sonrisa.

Vacío

Vacía la mente que no encuentra la magia ni los azules, vacías las manos por
donde se escaparon las letras sin abrazarse, sin expresar el sentimiento de lo más
escondido del centro. Vacío el vientre, incapaz de engendrar y dar vida.

Rocambolés se muestra el día a día, que va pasando estéril.
Las máscaras carnavalescas, bufonas figuras que se mofan de los sueños, mien-
tras espero indecisa, titubeante, incapaz de alzar el vuelo hacia ese mundo irreal
donde sólo se puede llegar con la fuerza de la mente.
Duele ese vacío que araña las horas.

Báilame

Y le pedí:
báilame los ojos con mariposas de mil colores,
los oídos con notas de mágicos violines,
y los labios con el aliento de tu deseo,
báilame la cintura hasta cruzar la línea,
esa que separa la cordura del loco frenesí.

Escribe sobre mi piel tus intenciones más osadas.
Después, cuando los dos seamos uno solo,
cubiertos de silencios los desnudos cuerpos,
cuando se hayan rendido los caballos desbocados,
y el sueño cobije nuestras ansias satisfechas...

Es cuando llega arrasando la mañana,
el instante que hace bostezar la noche
y apaga las plateadas luciérnagas.
Es el momento de romper los hechizos,
de quebrar los cristales de espejos ilusorios,
y digerir lentamente enmarcadas realidades.

6:30 Suena el despertador.
Despego las pestañas.
Abro las ventanas...

El sueño ha terminado.

Maria del Mar Gil

Alicante (España)



*Maria del Mar
Gil Acevedo*

Elda (Alicante), 1.971

Reside en Elda

Textos de su autoría han sido
publicados en *El Escribidor* y en
la *Revista Literaria*

Sensibilidades

Participación en publicaciones colectivas
"V Antología Internacional *Sensibilidades*"
Antología Internacional "*Sensibilidades Oro*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
29 Abril 2003

mgilacevedo@yahoo.es

Índice de textos

“Memoria sorda en papiro vegetal (tríptico)”

Memoria sorda en papiro vegetal

(tríptico)

Entrada

Son ingredientes
sazonados de agudeza,
en volcanes guías de placer.
Al desbrozarse la elevación mundana,
quedarán los pasos humanizados de la huida.

Entre profundidades,
al son de ojos que rompen septiembre,
se eclipsarán las ilustraciones:
primitivo su origen, translúcidas las épocas...
Mas, lejos de la realidad,
veladuras en los signos y símbolos,
de sencillez conceptual,
darán lugar a la idea de una luz,
pintura sin voz, poemas y versos.

Es el iris,
subyacentes prisma y génesis,
amamantará detalles del tríptico,
femenino y vital:
variedad del mundo, -el mío-,
con denominador común:
retablos de la existencia,
imagen bajo ánfora y litigio
de un viento suave para creaciones futuras.

Hay sutilidad, abierta;
malabarista el triunfo,
unicornios y globos de cristal.
Un goce: avivar lo que dormita
entre alturas erguidas y visualizar
el centro, hasta la espera.
Cabalgata de ave; ensueños encubiertos y plumas;
bases tímbricas y batuta sin acotar las palmas de las manos.

Y allí,
en la escénica imagen,
-también en ese sitio-,
atravesadas con puñal, exentas de música,
notas en clave de palabras,
amorfismo de roca sin farallón,
pues, no hay azules al rompiente
en sólo belleza de negros,
ni en los latidos desnudez
para las cegueras del hombre.

Se recrean pupilas, hasta la piel,
en un cohabitar con el espejo.
Comienza el aprendizaje del laberinto.

I.- Lienzo

Las dudas,
cuyas alas corvas
fluyen al desmayo del lenguaje
entre denudación y esencias curtidas,
divulgan transparentes el centro de los mundos.
Mas, contrita la garganta,
rota,
aventura mística al elemento,
sin palabra, ni doblez,
a la vista, sólo dogales
aquiescentes al arcano;
frío mudo entre los días,
febrero abierto.
Asfixian los ojos sus pupilas;
unas manos erigen plasticidad
y, al óleo,
barro azul,
modelo...:
policromías sordas,
¡mujer!;
caricaturas al alza,
sueños enajenados que perduran.

Principio

Mi cabeza, fósforo, pasea entre hojas caducas sin miradas
Vagabundea sobre telares oxidados:
hilos con respuntes rociados de ensoñación
para sentir libertad oscilante en quiebros de voz y lenguas nutridas
y destilar su propia esencia sin raíces en aromas de sándalo.
Pábulo esqueje. Abstracción mutante de yemas
sin ventanas al exterior; tan sólo
contoneos burlones de pupilas
en trazos de plexiglás, y junta abierta, para agazaparme
sobre un felpudo caliente y sorber migajas, que no, de tantos otros soñadores.

¡Silencio!...

(Golpea mi puerta. No quiero dejarle entrar).

Continúo ebria de sacudidas sin piedad en una sien
dolorida de batallas sin ganador ni vencido;
embrutecidas entrañas de anchas caderas
que tambalean la inspiración con su vaho.
¡Vete!
eres consciente de mi debilidad..., lo sé,
pero hoy mis oídos no gotean líquido para amamantarte.
No haré de tus alaridos en la noche, en mi luna,
versos sobre legajos que ridiculicen el nombre propio
de algo que macera con su riego, tibia sangre de mis venas.
Aún sabiéndome castigada en una alcoba prendida de anhelos,
soy reacia a minúsculas imágenes de belleza esporádica
y reto a tus sucias manos para que meditaciones al borde de mi locura
delineen, sin esbozos enajenados,
páginas de lo que será el nuevo despertar en mis estancias.

Estancias de todo amante del equilibrio,
sin gazapos trampa adosados a cada espalda.
Sin máculas desteñidas por los mismos híbridos cultivados
en las cancelas de sueños y atesorando convulsiones
en cada espasmo de piel, para hacer de cada semilla, su nuevo vientre.

Antítesis

Sin pupilas, un camuflaje sólido;
pieza retórica que da la bienvenida
sin saber todavía a que cachorro
o a qué bisel caliente, afectado.

Lente;
así es la forma, la montura,
con ojos despabilados quizá.
(Caminos y sus cruces;
cercanía entre los pasos;
huellas y antítesis).

Y eres camaleónica..., lo sabes;
¿Vacía ante la intimidad?
¿Qué esperas?...La tentación siquiera...
El señuelo...

La inteligencia golpea
en experiencia dominante
insatisfecha al tacto que desborda,
pero escoge de nuevo... Lo hace.
¡Disfraz!...,eso sabes hacerlo,
circunda con largos paseos tu circuito
-famélica lengua que rastrea al son, sin son-
y airea de nuevo, sacude,
enérgica sin miedos,
los tarareos que castigan sin piedad tu sien.

Ahora sí...
Siente su movimiento, despacio, muy despacio...

II.- Guarismo

Se ajustan signos y noches de escasa timidez.
Un nonato se columpia en los perfiles de los labios,
indaga en los activos, -avidez-, y complementa sus opuestos:
se fundamentan, despertando luminarias y bóvedas celestes.
Es inacción, quietud, inercia: penetra,
persigue la transformación en parámetros constantes...

Y quedará expresado en forma de guarismo: dos.

Se manifiesta ante el artista el llanto,
justicia sin dobleces y exacta;
relación de abstractos sobre un solo color, el verde.
Cano de sonrisas guarece esencias violáceas
desparramadas en su hogar; cicatriza hoyuelos
equidistantes, -susceptibilidad-, para acoger
las miradas provocantes.

Sabe los pedacitos de un Yo,
en oblación de argento vivo,
que desempolvan raíces
al inquirir retinas sabor a mar.

Sabe del susurro
que enjuga y embriaga a sus yemas
tal como efluvios de sonrosada piel.
Y sabe ¿cómo no? de ese brebaje insomne
que ha despuntado noches de rostro entre sombras
para verlas caer..., lo sabe.

No hay más, su definición es sólo eso:
desde el centro del alma,
hasta el mismo centro de otro ser.

Impregnación

Te siento desde el principio:
una y otra vez, y otra...
Me empapo, húmeda, un día cualquiera, como si nada;
límpida en caricias; en los bordes el sonido de tu voz.
Se moldean melindres en las llamadas de unos labios;
primigenios al tacto de ambos cuerpos impregnan
nuestras manos deseos vestidos... Son yemas
las que desparraman exquisitez y calma.

El celo en la misma carne viva: sangre,
-filtro de lo insoluble, sensualidad-
se ofrece cano a unas pupilas sedientas
sin medio empírico, en abstracción,
para que pliegos de sus pasos sean viveros de piel;

piel o sus plurales:
tegumentos enmudecidos por pañuelos de satén
con sólo hebras y aromas de añiles, de naranjas...
Cueros al borde de una cama,
en una habitación trapezoidal:
sin exteriores, en tono circular, abiertos.
Epicarpios: unos frutos en éxtasis pletórico
para suavizar la belleza y su timidez,
y requiebros en la temperatura, siempre.

Desde el principio es polvo de luna...,
y así.

III.- Enfoques

1.-
Confundo gotas de lluvia y lágrimas,
(en el cristal se delimita el enfoque);
fuera: oxígeno natural, fugas;
dentro: vientre, vacíos y esperas.
Tu voz,
y declina mi cuerpo:
rasgado el iris racional
apenas se mira con el otro.
El hongo cae con su propia masa.

2.-
El espito clavado en la retina;
secuencias y pretensión
(una
y
otra
vez),
vértigo.

La pantalla de ritmo táctil
-así, a diario-;
impreso el papel;
al margen, el celo:
verbo en viento sin ojos

y vericuetos latidos de ausencia,
la mía.
Una herida en la luz,
pupilas salvajemente atravesadas;
el enfoque tartamudea:
en mensualidad
de cuotas
y el látigo verdugo de la piel.

3.-

Ensartada por el ojo la visión
en minúsculo espacio
y frío acero que recubre...
es: un hombro, los dos,
apenas el tronco
y quedan terminaciones todavía.

Quien presuma de columpio
debe estar adosado a la boca:
no ve, ni oye, otro enfoque
que cierre de un sólo golpe las orejas.

Materia

Materia

Huecas semillas en los visos,
en las ondulaciones de tus ojos.
Alas de naranja para una niña de mieles.

Temprano se hacinan hebras de carne,
-es la materia líquida-
y fluyen estigmas, sin ausencias,
en un dorar el rostro de mujer:
pistilo fecundado y dispuesto para la luz.
Hay un sudario, dibujos del dolor que se derrama
y lenguas sumidas y en silencio,
conscientes del desgranar yemas y su hambruna.
Observas la oscilación, el péndulo,
octogenaria en tan minúsculo prelude sin llantos;
paladeas la existencia, sin sabor,

con belleza en derribo:
heridas de sangre y hiel.
Y es un abanico circular.
Plumas de gorrión marcaran su diferencia.

Dulce música mecánica

Dulce música mecánica
Entre el surrealismo y mis ángeles
-porcelana es uno, piel ébano es el otro-
alas en un latir plano, casi único, bajo la forja.
La cabecera entre sueños añiles
y el pavo real ojea.
La impregnación entre maderas; desnuda yo
ante los ojos pintados y mi sombra, noctámbula,
prolonga falso crisol en burbujas de noches.
Tu nombre aún resbala en el sudor,
anega pétalos de violetas y cristal.
La respiración unida a besos azules;
el amor en olas.
El encuentro, vivero refugio.
Tu miel derramada en almendras,
juegos abiertos, sinuosidad:
juventud dispuesta sin lágrimas a la luz.
Sentía el batir de la tierra,
liana en dorados; exquisita la calma.
Comprendí el porqué de beber,
saciar la humedad del roce indeleble entre las piernas.
Ahora, calores de un mes que apresuran;
tú, lejano, y el tiempo..., amenazando pinceladas sin recuerdos.
Es dulce música mecánica.
Creímos ser pareado entre los dedos, afines
en transparente ritmo a golpe de timbal.
Nubes e hilos y dulzor ceñidos al cuerpo.
La melancolía ante guiños de lo que fue: crepúsculo
sin sábanas, foco agitado de puntos y visiones...
Y la memoria sorda de papiro vegetal,
yerra de nuevo.

Micaela Vara

Tenerife (España)



Elita

Vara Gutierrez

Oviedo (Asturias), 1.933

Reside en Tenerife

A su trayectoria literaria se une la pictórica, con notables éxitos en exposiciones nacionales e internacionales.

Obra impresa individual:

"La sombra del flamboyán"

"Mosaico de imágenes"

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
17 Junio 2003

<http://www.arteosma.com/elitavara>
<http://www.librosenred.com/micaelavaragutierrez.asp>

elitavara@telefonica.net

Índice de textos

“Las manos de la florista”

Las manos de la florista

Han pasado tres años desde que estuve en Chinamada por primera vez. Hoy he vuelto y estoy mirando la puerta de la casa-cueva de Paquita. Está cerrada y no hay nadie a quien preguntar. Pero seguiré esperando, mientras recuerdo aquel primer encuentro cuando reparé por primera vez en las manos delicadas de una enigmática florista que ofrecía prendidos de flores con una delicada sonrisa.

A la sombra de un gigantesco ficus, Mónica y yo degustábamos un refresco para paliar los calores del mes de Agosto. El airecillo marino que nos llegaba desde el muelle, era tan refrescante como nuestra bebida. Nos habíamos conocido en la Escuela de Periodismo y, desde el primer momento, hicimos amistad. Nuestro proyecto, además de descansar, era encontrar un tema para comenzar las prácticas de periodista. Apuramos otro sorbo de nuestro refresco; Mónica se recostó en la silla y la vi mirar extasiada hacia la izquierda, en dirección al quiosco de periódicos.

-¿Qué miras? -pregunté siguiendo la misma dirección.

-A la mujer de las flores.

-¿Qué te llama la atención de ella?

-Pues..., todo. Mira, ahí tenemos un buen reportaje.

Mónica tenía razón. Recorriendo las mesas y ofreciendo un ramillete de flores, venía aquella anciana, pulcramente vestida y mostrando su mercancía con una leve sonrisa. Era menuda, caminaba algo encorvada, se tocaba con una pamela azul pálido y, colgando del brazo, un cestillo del mismo color lleno de delicados prendidos de flores, uno de los cuales adornaba la pamela. Recorrió todas las mesas del bar con sus flores; nosotras, nos habíamos quedado extasiadas sin poder apartar la vista de ella. El vestido, de un blanco impoluto, muy sencillo, se acomodaba a su frágil figura. Tenía andares, pausados y elegantes, de princesa.

Cuando se acercó a nosotras, pude observar su cara cubierta de arrugas, pero de cutis aterciopelado y cuidado; ojos claros, con abultadas bolsas debajo, empujados por los años, pero luminosos, con un cierto brillo pícaro; labios ligeramente maquillados, sugiriendo un mohín de sonrisa contenida. Bajo la pamela caía sobre su frente un mechón de pelo ensortijado. Sus manos... ¡Sus manos!...

Las manos de aquella desconocida, inspiraban una extraña fascinación: algo descarnadas, blanquísimas, con la epidermis tan sutil que se transparentaban las venas; suaves y delicadas, dedos largos de pianista y uñas muy cuidadas. Cuando sostenía un ramillete para ofrecerlo, sus dedos se cerraban alrededor de los tallos con suavidad, como si temiera dañarlos. Entonces sus manos se volvían huesudas,

las venas se hacían más ostensibles y la epidermis adquiría un tono malváceo. Las mangas del vestido, rematadas con volantes de encaje, caían suavemente sobre ellas, añadiendo un toque sofisticado. Al llegar hasta nosotras noté un suave olor a violetas.

Le compramos dos ramilletes y la invitamos a tomar un refresco, más por curiosidad ya que era el objetivo elegido para nuestro entrenamiento periodístico, que por generosidad.

-No, muchas gracias. He de seguir mi camino.

Su voz, algo metálica, temblorosa y susurrante, era sin embargo autoritaria, con un ligero matiz de misterio. Inclino levemente la cabeza y se alejó.

-¿La volveremos a ver? -pregunté a Mónica

- Podemos venir mañana a ver si hay suerte.

Al día siguiente, obsesionadas con la florista y nuestro hipotético reportaje, fuimos al café. Pero la anciana no apareció. Antes de marchar preguntamos al camarero por ella.

-¿Quién? ¿Paquita? Viene casi todos los días.

-¿Sabe usted donde vive?

-Nadie lo sabe. Llega con su camioneta llena de flores, las vende y se marcha. Es muy buena persona pero nada sociable.

-Nos gustaría hacerle un reportaje.

-¡Ni se les ocurra! Huiría de ustedes como si fueran el mismísimo demonio.

-¿Por qué?

-Ni reportajes ni fotos. Ella hace su vida, no molesta a nadie, y pide solamente dos cosas: vender las flores y que nadie meta las narices en su vida. Es una mujer muy reservada.

-¿Dónde vive?

-¡Y quien lo sabe! Nunca preguntamos porque a ella no le gusta dar explicaciones y respetamos su vida.

El camarero acababa de multiplicar nuestra curiosidad. Estábamos decididas a encontrarnos con ella de nuevo; si en algo coincidíamos Mónica y yo, era en perseverancia.

Al día siguiente, mientras descansábamos en un banco de la plaza de la Iglesia, pasó Paquita. Esta vez su pamea era rosa y también el cestillo. El vestido seguía siendo blanco, salpicado de pequeñas florecillas rosa. Nos acercamos a ella para comprarle dos ramilletes.

-Lo siento; los he vendido todos.

-¿Volverá mañana?

Nos miró con cierta desconfianza; dejó el cesto vacío en el suelo, se acomodó la pamea y volvió a tomar el cesto.

-Os advierto que no me gustan las fotos -contestó algo molesta, señalando la cámara que tenía yo en la mano.

-Ni nosotras pretendemos hacérselas -repliqué con el mismo tono desagradable. Mientras se alejaba en dirección a la plaza de Europa, musitó: "Vengo todos los días".

El domingo siguiente, teníamos organizada una excursión a Chinamada, noeste de la isla. "Allí siguen estando habitadas unas casas-cuevas, restos de las viviendas de los antiguos guanches", nos habían dicho.

-¿Todavía vive gente en esas cuevas? -preguntamos sorprendidas al guía.

-Ya lo creo y, cuando vean el lugar, comprenderán por qué.

Recorrimos el monte de Las Mercedes, en dirección a Chinamada. Al llegar, el guía mostraba a todo el grupo las curiosas cuevas habitadas.

-Por fuera -nos indicó señalando una de ellas-, solo ven una cortina o una destartada puerta pero les aseguro que dentro hay tantas comodidades como podamos tener cualquiera de nosotros en nuestras casas. Nos disponíamos a sacar fotos, cuando vimos cómo una anciana cerraba violentamente la puerta de su casa. Nos sorprendió comprobar que se trataba de la florista.

-A esta gente no les gusta que les hagan fotos -aclaró el guía-. Y menos a Paquita. Huye de la gente con cámaras.

-¿Por qué odia las fotos?

-Si ustedes hubieran tomado la determinación de vivir en un sitio así, sería para tener una vida tranquila. Eso le pasa a Paquita. Lleva muchos años recluida en Chinamada y solo tiene contacto con la gente para vender sus flores.

-¿Usted la conoce? -preguntamos sin disimular nuestro interés.

-Como todo el mundo, de venderme flores.

Una vez en el hotel, planeamos nuestro método de ataque para derribar el misterio que rodeaba la vida de Paquita. ¿Quién era?, ¿de donde procedía?, ¿qué le había llevado a vivir en una cueva...? ¡Aquellas manos tan delicadas!

Al día siguiente volvimos a Chinamada, con pocas esperanzas de poder romper la barrera que con tanto celo defendía la anciana. La cueva de Paquita, permanecía cerrada. Apenas había pasado media hora, cuando oímos el ruido del motor de un coche. Era la camioneta de Paquita que, conducida por un joven, aparcó muy cerca de su casa.

Mónica dio dos pasos hacia mí e iba a decirme algo, cuando, distraída, tropezó con una piedra y cayó rodando por la ladera desollándose las rodillas. Se sentó en el suelo mirando sus sangrantes heridas. Intentaba ayudarla a levantarse para llevarla al coche, cuando el joven que acompañaba a Paquita se acercó a nosotras. Ayudó a Mónica a ponerse en pie y la condujo hacia su cueva. Paquita apartó la cortinilla y abrió la puerta para dejar paso franco. Al traspasar la puerta, me llevé una gran sorpresa. Era una amplia estancia, muy fresca y acogedora. Había un

sofá enfrente de un televisor, una mesa redonda con cuatro sillas, un mueble librería donde se veían varios libros y algunas fotos enmarcadas; un largo perchero mostrando gran variedad de cestos y pamelas a juego con las cuales la florista se adornaba mientras vendía las flores. Todo este recorrido visual, pude hacerlo sin disimulo pues, tanto Paquita como el joven, estaban pendientes de curar a Mónica.

-¡Traéis esos pantaloncitos tan cortos! -gruñó la anciana- Si hubieras llevado unos vaqueros no te habrías hecho ni un rasguño.

Mónica contemplaba abstraída los cuidados que le prodigaba el joven y quizás por eso no se percató de la insistente, casi diría impertinente, mirada de Paquita hacia ella.

-¿Cómo te llamas? -preguntó de pronto

-Mónica.

-Mónica... ¿qué más?

-Mónica Gómez Villar.

-Mónica..., seguramente como tu madre ¿no? -volvió a preguntar con raro interés Paquita.

-No. Mi madre se llama Ramona. Lo de Mónica viene de mi abuela.

Nadie, más que yo, se dio cuenta de la crispación de las delicadas manos de la florista ni de la palidez de su rostro. Tras una leve pausa, siguió el interrogatorio: ¿Qué hacéis en Tenerife? ¿Dónde están tus padres? ¿En qué hotel paráis? ¿Por qué habéis venido a Chinamada? Parecía ella la periodista.

Cuando ya creíamos que su curiosidad estaba satisfecha y, después de mirar intensamente a Mónica, volvió a preguntar si vivían sus abuelos. Mónica, sorprendida, miró fijamente a Paquita y algo pasó por la mente de ambas porque se examinaron mutuamente en silencio.

-No. Mis abuelos han muerto antes de nacer yo. No los conocí.

Cuando el muchacho terminó el vendaje de las heridas y nos levantamos para marchar, me pareció notar cierta decepción en la florista.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Mónica al joven.

-Fermín.

-Pues, muchas gracias Fermín. Me has curado muy bien.

Al salir, mi amiga reparó en una de las fotos que había sobre el pequeño estante junto a dos novelas de Julio Verne. Pero al intentar acercarse a ella, Paquita se interpuso impidiendo que la viera.

-¿Es usted la de la foto?

Sin contestar, Paquita abrió la puerta de la calle dándonos a entender claramente que nuestra visita había terminado y también su hospitalidad.

Una vez en el coche, dije a Mónica frotándome las manos:

-Mereció la pena que te cayeras, ¿no te parece? Creo que tenemos el artículo asegurado.

-Si tú lo dices...

Al llegar al Puerto me tumbé en la cama y, cuando pensé que Mónica haría lo mismo, tomó su bolso y desde la puerta me dijo:

-Voy a salir un momento, se me ha olvidado comprar perfume.

-¿Quieres que te acompañe?

-No, vengo enseguida.

Salió y desde la ventana la vi entrar en una cabina telefónica y hablar largo rato gesticulando mucho. En la habitación había teléfono y su frasco de perfume estaba lleno...

Durante dos días no volvimos a hablar de Paquita. Mónica rehuía el tema. Al tercer día, cuando salíamos del hotel, el recepcionista la llamó entregándole un sobre. Mónica miró su contenido y me pareció que se estremecía.

-Tengo que ver a Paquita. Creo que debo agradecerle de algún modo lo que hizo por mí -fue la inesperada propuesta de mi amiga.

-Mónica -repuse afrontando aquella desconcertante actitud que empezaba a molestarme-. No sé lo que te traes entre manos pero te veo reticente a hablar y creo que hay algo que te preocupa. Sea lo que sea, si yo te puedo ayudar...

-Por favor. Ahora no quiero hablar hasta estar bien segura. Pero te prometo que, más adelante, te lo contaré todo.

-¿Es algo relacionado con Paquita?

-Sí. Y ya no me preguntes más.

Volvimos a Chinamada. Antes de llegar me pidió que la dejara sola con Paquita. Llevábamos una bandeja de pasteles.

-¿Qué hacéis aquí de nuevo? -fue el cortante saludo de Paquita.

-Vengo a hablar con usted.

-Hablar... ¿De qué? Al final me tendré que arrepentir de haberte socorrido.

Fermín salió cuando nos oyó hablar con su simpática sonrisa.

-Fermín -dije-. Mientras ellas hablan, me gustaría que me enseñaras el jardín. Me gustan mucho las flores.

Durante el corto recorrido, le fui preguntando por su vida en la cueva. Por suerte Fermín no era tan esquivo como la florista y me enteré que: "Paquita no es mi abuela, sino amiga de mi abuelo; cuando él murió, se quedó al cuidado de su único hijo, mi padre"

-Y cuando murió mi padre, me cuidó a mí.

-¿Os gusta vivir aquí?

-A la abuela sí, pero yo prefiero vivir en La Laguna; allí estamos durante el periodo de clases y tengo muchos amigos de estudios, pero en vacaciones siempre venimos aquí. Era la casa de mi abuelo.

Fermín me indicó la puerta de la cueva y me invitó a entrar.

Dentro, Mónica y Paquita seguían hablando; al entrar nosotros, callaron. Paquita tenía en sus manos el sobre que mi amiga había recibido del recepcionista del hotel. Aquellas manos tan especiales, de uñas muy cuidadas y venas transparentes, atenzaban el sobre como algo de gran valor emocional para ella. Algo vital que palpataba desde el pasado.

-Me tienes que prometer que no dirás nada de lo que te voy a contar -rogó Mónica cuando llegamos al hotel.

Nos sentamos en la terraza. El ocaso tinerfeño inundaba el cielo de colores. Saqué unas cervezas, unos taquitos de queso, aceitunas rellenas y patatas fritas. Fue nuestra cena. Y allí, hablando, se nos fue haciendo de noche.

Mónica, con largas pausas que no osé interrumpir, me fue desgranando la más interesante historia digna de ser escrita, pero había una promesa: La vida de Paquita quedaría oculta en Tenerife, en una cueva de Chinamada. Ése era su deseo y también el de mi amiga.

"Paquita, vivía en Madrid con su familia. Cuando se enamoró lo hizo de Carlos Villar, un hombre adinerado, de inteligencia brillante, alto, bien parecido y sumamente educado y atento. Comenzaron a hacer planes de boda y, cuando casi estaba todo a punto, la hermana de Paquita, comenzó a coquetear con el que, en breve, iba a ser su cuñado. El flirteo fue a mayores y, al poco tiempo, la hermana anunció que esperaba un hijo de Carlos. Fue un disgusto para toda la familia. Paquita entró en una tremenda depresión de la que no era capaz de salir y menos viendo cómo su hermana preparaba la boda con el hombre de su vida. Una mañana, mientras todos estaban fuera de casa, preparó la maleta y dejó una nota escrita con estas escuetas palabras:

"No me busquéis porque no deseo que sepáis donde voy. No soporto seguir en esta casa ni un día más. Por eso me marchó. Haceros a la idea que he muerto".

Y así fue cómo llegó a Tenerife, para empezar de cero una nueva vida, lejos de todos. El primer año de su estancia allí conoció a Pascual, un hombre atento y cariñoso. Cariño era justo lo que ella necesitaba. No sabía gran cosa de su vida, solamente que era viudo y vivía en Chinamada, en una cueva, con su único hijo. "Tienes que venir un día para que conozcas mi casa", le había propuesto. Paquita no se lo hizo repetir y aquella misma semana fue a la cueva. Era la casa descuidada de un hombre, con un solo atractivo: los ojos de un niño de cinco años, que la miraba con melancolía. Paquita pensó que aquel pequeño necesitaba las atenciones y el amor de una mujer; necesitaba una madre, pero ella no estaba dispuesta

para el matrimonio. Sus heridas seguían sangrando y no quería arriesgarse a sufrir un nuevo desengaño. Sin embargo se propuso atender a aquella criatura que se le acercaba, cada vez que iba a visitarlos, buscando cobijo a su lado.

Pascual comenzó a sentirse enfermo. Fueron meses de médicos, análisis, medicamentos..., pero el mal avanzaba. Tuvo que ser internado. Paquita se trasladó a la cueva para cuidar del pequeño y todos los días acudía a la clínica, interesándose por su amigo. En una de estas visitas Pascual le rogó cuidar del niño pues sentía la muerte cercana.

-No tenemos familia Por eso te ruego que te hagas cargo de él, cuídalo y no lo entregues a extraños. Sé que es mucho lo que te pido, pero...

Paquita le puso la mano en la boca interrumpiendo sus palabras. Pascual se casó con Paquita, tres días antes de morir, para no tener problemas a la hora de quedarse con el niño; de esta manera la cueva pasó a ser la vivienda de Paquita y el pequeño Lorenzo, al que cuidó y quiso como hijo propio. Pasaron los años, Lorenzo se casó y, un año después nació Fermín. Pero Paquita aún tenía que sufrir un duro golpe: Lorenzo murió junto a su esposa en un accidente de coche y el pequeño Fermín fue a vivir a la casa-cueva de Paquita".

Cuando Mónica terminó su relato, quedé pensativa. Faltaba algo: ¿Qué relación había entre ambas? ¿Qué contenía el sobre que le entregó el recepcionista del hotel y luego pasó a manos de Paquita? ¿Por qué quiso hablar a solas ella? Como si adivinara mi pensamiento prosiguió:

-Seguramente te estarás preguntando qué tengo yo que ver en todo esto. En mi familia hay un hecho del que nadie habla, pero que está ahí, como una mala acción que nos salpicara a todos. He propuesto a Paquita venir conmigo y no ha aceptado; quiere seguir como hasta ahora y me ha hecho prometer que no diré a nadie su paradero.

-¿Por qué la querías llevar contigo?

-Mi abuelo, antes de casarse con mi abuela, estuvo muy enamorado de su hermana Rosa con la que iba a casarse, pero el nacimiento de mi madre le hizo cambiar de pareja y se tuvo que casar con Mónica, mi abuela... ¿Te recuerda algo esta historia?

-O sea, que Paquita...

-Sí. Paquita es Rosa, la hermana de mi abuela, la novia de mi abuelo de la que siempre siguió enamorado. Y mi madre, el bebé que acabó con la felicidad de los enamorados Carlos Villar y Rosa. Mi madre supo esta historia cuando se la contó su padre, poco antes de morir, y le hizo prometer que la buscaría.

-¿Tu madre la buscó?

-No movió un dedo. "Si ella se ha querido ocultar respetaré su deseo". Cuando le conté cómo la había encontrado, rogó que la llevara conmigo junto a su nieto. Le di a Paquita las fotos que me envió mi madre donde está de joven con mi abuelo

y se emocionó al verlas. "Me alegro mucho haberte conocido; me has traído recuerdos entrañables y dolorosos, me ha dicho, pero quiero seguir con mi vida y con mi nieto en este lugar apartado y tranquilo. Cuando salgas hoy por esa puerta, debes prometerme no volver jamás. Recuérdame como Paquita, la florista. Rosa murió hace muchos años.

Regresamos a casa, dejando allí a Paquita, la mujer enigmática, de manos delicadas, de sonrisa leve y andares de princesa.

Han pasado tres años desde que estuve en Chinamada por primera vez. Tres largos años sin poder olvidar a Paquita y su misteriosa existencia. Sigo esperando ante la puerta cerrada de su casa. Alguien me dice que lleva cerrada un año desde que Paquita decidiera navegar por campos de estrellas. En Chinamada, cumpliendo sus deseos, solo quedan, esparcidas, sus cenizas. Cuentan que, cuando sopla el viento en Chinamada y remueve la tierra, flota en el aire un suave olor a violetas.

Luci Garcés

A Coruña (Galicia)



*Luciana
Garcés Sánchez*

Córdoba, 1.949

Reside en A Coruña (Galicia)

Periodista de *"La Voz de Galicia"* (A Coruña). Cursó, en Madrid, estudios de Medicina, de Teología, y la carrera de Periodismo. Con tres años de edad colaboraba, recitando textos, en el programa radifónico *Radio Chupete*. Becada por el *Centro Superior de Investigaciones Científicas*, trabajó en el periódico *"Informaciones"*; durante años, como corresponsal, ha colaborado en numerosos medios de comunicación, como *"Avui"*, *"Agencia Europa Press"*, *"Hermandad"*, *"Antena-3 radio"*.

Obra impresa individual:

"Versus Perversus" (poesía)

"Me basta con mirar" (poesía)

Participación en publicaciones colectivas

"Callejón de palabras"

"Letras de la Conjura"

"Poemas Quietos"

"V Antología Internacional Sensibilidades"

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Coautora de *"Galicia, raíz y horizonte"*

Coautora de *"E.M., Galicia 1.987"*

"Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo"

"Antología de narrativa: humor con extrema-unción"

Integrada en el equipo de la novela *"La Memoria de los triángulos"*, creó los textos del personaje *"Nimfula"*.

Escritora invitada y Autora de uno de los finales alternativos de la novela *"Mudayyan"*

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
27 Junio 2003

<http://lucigarces.sensibilidades.com/>

luci.garces@sensibilidades.com
lucgarces@yahoo.es

Índice de textos

“Chuparrosas y Chupamirtos”

“Tristeza”

“Hoy”

“Virtudes”

“Epitalamio”

“Ven”

“Ensalada de chocolate”

“Una muesca más”

“Llamaradas”

“Perdido”

Chuparrosas y Chupamirtos

*“El poeta nunca se ocupa de su potencia sexual,
ocupado como está en la metáfora del coito”.*

Epigrama, de Juan José Cantúa

Sumergido en mi vientre,
escalando mis montañas,
horadando agujeros negros
para sembrar las galaxias
con la esperma infinita
de sus gónadas, el poeta
se afana en el preciosismo
del arte de amar amando.

Trasgresor de cotidianas cópulas,
sembrador de plumas exóticas,
que mecen, acarician
y rellenan edredones, el poeta
recrea un apareamiento
nada vulgar: la bella sobre
mantel cósmico de mesa celestial.

Si concibiéramos hijos,
serían lagartos sobre cenizas volcánicas,
hormigas guerreras devorando las selvas.
Cruzando el desierto, nuestra estirpe
de chuparrosas y chupamirtos (*)
competiría con los gavilanes
por abrir, raudos, caminos en los cielos.

(*) colibríes

Tristeza

Llorando esta la muerte en mi ventana,
enjuugo sus ojos con mi cabellera
y dejo que su tristeza descanse
en mis momificados hombros,
agrietados por el peso de su dolor.

¡Muerte, no me llores!
¡No gimas apesadumbrada!

Te hice, de juncos, un cesto:
mezcla con sangre la brea.
Ya está el niño náutico,
con su nave de cristal,
comiendo sobre su madre,
piedra y leche, leche y piedra.

Ven, luna, ven muerte,
en nuestra cama de arena,
los mimbres del deseo
aún no nacieron.

Hoy

Hoy es un día
nublado de respuestas.

Amaneció cerrando el puño,
ocultando el sol tras una nube,
cambiando las rosas por capullos.

Hoy te diré: *te quiero*.
Y reirás por ello 24 horas.

Virtudes

Fe

Creo en el hombre sobre todas las cosas,
ciegamente, sin dudas, a tumba abierta.

Esperanza

Ya va la uva en los cestos hacia el lagar,
el vino nuevo espera nacer cuando sea
bálago el racimo de gloria de la viña.

Caridad

El amor es un fuego fatuo si lo centro sólo en mi.
Hazme arder por cada uno de los que me rodean.

Epitalamio

Epitafio:

El amor es eterno.

Sorpresa:

¡El amor es eterno!

Curiosidad:

¿El amor es eterno?

Reflexión:

La eternidad es cada instante que me amas

Ven

¡Ven!

Tengo un cesto lleno de no-nadas
sólo para ti.

¡Ven!

Abriremos libros en blanco
cerraremos muros sin puertas.

¡Ven!

Guardo perlas en bocas estrenadas,
zarcillos de lujuria en lenguas mudas

¡Ven!

El mundo aún está por concebir,
ninguna mujer parirá otro

Sólo tú conservas la memoria,
esa nada transparente
con los chips del recuerdo enmohecido.
Sin ti no existe nada,
fuera de ti, no hay nada.
La nada navega
vadeando islas,
puertos, rocas,
sirenas, marineros,
hasta alcanzarte
y regalarte
la paz del olvido.

Ensalada de chocolate

Te lloro hoy sin lágrimas,
sin deseo, sin anhelo,
te lloro como un niño,
que ha perdido su tesoro,
una caña, el tambor,
la comba, la muñeca.

Te lloro,
sollozo, suspiro,

suspiro,
sollozo,
aguacate, plátano,
ensalada de chocolate.

¿Me quieres?
Te quiero.

Estoy loca,
¿más aún?

Tu piel olor a limpio,
a jabón sin perfume,
a toalla tibia.

Ven acá mi niño
ya no crezcas más.
La luna te canta:
corazón, corazón.

Y el puñal me lo clavo yo.

Una muesca más

Nunca vi nada tan cruel.

Ese arrojar amor,
te quiero,
amada,
eres mi vida,
cielo, te beso ardientemente,
como anzuelos a las soledades.

Las palabras del amante
son aviesas trampas de cazador,
que a dentelladas hieren
y desgarran el alma.

La caza,
triste trofeo,
una muesca más en el vacío,
un escalón hacia el olvido.

Y yo, desangrándome.

Llamaradas

El solitario prende fuego a su alcoba
enrojeciendo las paredes encaladas
hasta hacerlas tenues como el humo.

Llueven desperdicios del matarife,
apenas salpicaduras sanguinolentas.

El rojo retorna, una y otra vez,
en el amanecer, en el ocaso,
en tus mejillas enfebrecidas,
anhelantes de palabras, de caricias.

Huele a dolor, a destrozo,
a ruptura agria apelmazada de besos.

Maja el amor
y el deseo morirá.

Suspira.

Los bostezos lo ahogarán.

Los sádicos usan el amor como un látigo,
los sumisos son incapaces de amar,
sólo quieren ser miserables,
víctimas olvidadas para poder llorar
y como una presa rota
arrasar cualquier incendio.

Perdido

Mi lápiz lleva la muesca de mis dientes,
es el eje que reproduce los impulsos
nerviosos de mi cerebro a mis dedos,
la materia prima para mi creatividad.

El grafito de su mina, blando y negro,
marca mis cuadernos, mis papeles
y mi vida, con la gracia de un bailarín
deslizándose en curvas y rectas.

¿Dónde estas?
¿Cómo desapareciste de mi mesa?

¿Quién soba tu suave madera barnizada?

¿Qué cuchilla roe y lima tu perfección?

¡Vuelve a mí amante compañero
de mis soliloquios con las letras!

Cambalache

Toledo (España)



Oscar Morales y Merche Baratas

Nacidos en Madrid, en 1.958 y 1.965 respectivamente

Residem en Toledo

Oscar Morales es Licenciado en Medicina por la Univ. Complutense de Madrid, músico y vocalista del grupo pop "Paga el último" (actualmente "Avanzando patrás"); Mercedes Barata es Técnico en Análisis Clínicos.

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembros *Foro Sensibilidades* desde
23 Diciembre 2.003

<http://merche.sensibilidades.com>
<http://www.portalatino.com/avanzandopatras>
http://stage.vitaminic.es/avanzando_patras

cambalache37@yahoo.com.ar

Índice de textos

“Poco a poco”

“Tejedoras del mal”

“Si pudiera envolver de silencio”

“En la misma cruz”

“Evocación”

“Sorgo amargo”

“Resaca en Madrid”

“¿Son piedras las palabras”?

“Los amantes de la noche”

“Josephine”

“Yo quiero hacerte feliz”

Poco a poco

(Oscar Morales)

Detrás de la mirada, al final de la calle,
el muro desolado de amargura.

Un horizonte, curvo e inseguro, ilumina
mi voz y guía la mano,
hacia el interior más profundo
del pozo tuyo y mío.

Desde el brocal y el aliento,
el miedo a la pereza,
vence poco a poco.

Tejedoras del mal

(Merche Baratas)

En la venta del alma
-vino, espadas-
corazas del mal
planean sobre su presa

Águilas en vuelo
-afilando garras-
tejedoras del trueno.

Piedra y monte,
para pasear apariencias,
no destilan odios.

Henna y Khöl,
chilabas
-rojo-
tapiz de valles.

Si pudiera envolver de silencio

(Oscar Morales)

Si pudiera envolver de silencio tu boca
revisar, uno a uno, momentos de luna y humo,
acariciaría con esmero piel y alma,
por paisajes de amapolas y cigüeñas
por calles, plazas, rincones, garitos y rotondas.

(si en mí estuviera cambiar el devenir, o aliviarlo de púas)

Si esta tierra respetase nuestra memoria
y los charcos, oasis, el trenzado liso,
y la lumbre aceitunas y aguardiente,
no tendría amor para tantos.

En la misma cruz

(Oscar Morales)

En la misma cruz del esplendor en ocaso,
sin dientes, fresas ni ambages
cultivo hortalizas de papel y tinta.
penitente de un hogar feliz,
disperso el ruego en discurso fácil
y voy esperando mi hora.

En la cima del mar, encrespado de espuma,
giro en redondo, busca tierra
y su hora, salada y húmeda
llegó con el otoño
en los vientres del verano infértil
en la luz primaveral del hastío
con la aurora, nieve y plata, se funden.

Evocación

(Oscar Morales)

La imagen de tu voz, el eco
de tus ojos
entonados al paisaje de mercurio.

Alfombras de los tiempos invisibles
goznes de la conciencia
y la agonía.

La sal de tu recuerdo enjuto y pálido;
la herida de una frase
el estertor del silencio.

Sorgo amargo

(Merche Baratas)

Danza el sorgo
eco de tambores.

Destellos azabaches,
se apagan presas del pozo.

Las risas de los niños se
llenan de graznidos.

Un pueblo renace de las sombras,
con tanto dolor que hay que
cerrar los ojos.

Resaca en Madrid

(Oscar Morales)

¿Qué susurró aquél almendro
al oído de la noche desdentada?
La calle sin adoquines ni ambulancias,
-húmeda de llanto y luto-
se pasea por debajo de nosotros.
La alfombra de aire sucio,
telón de basuras y riquezas,
se desploma sin aliento entre abanicos.

¿Qué susurraba el semáforo
a la chapa que le hiere cada tarde?
La ciudad, del amor desengañada, gime aún
por las arterias rocosas del ambiente
bostezando en vómito de fresa y ácido,
su ausencia de futuro meridiano
abundante de humanidad estulta.

¿Qué sentido tenía resistir a la mañana?
A pie de obra, los perros cantan ópera.
Un río deshabitado marca el compás:
música de sordos, edificios vegetales
de rastros inermes al rocío,
virtuosos del violín y el contrabajo,
agostados por una lluvia
cuyo lenguaje está por descifrar.

(¿Qué está ocurriendo en tu patio?)
La vida hace las maletas, presurosa,
harta de aguantar vecinos necios.
Se marcha en ambulancia.
Con estrépito. Sin vuelta atrás.
Fallecerá de madrugada en su colapso.

¿Son piedras las palabras?

(Oscar Morales)

No sé si las palabras son piedras;
tampoco si los matices son precisos,
las frases espejismos y las caras máscaras.
¡Pero la poesía es necesaria!

No son palabras, ni frases...
es la verdad, oculta por tantos magos,
como molestos invitados que se te instalan
en la salita de tu cerebro, aviesos...

Sin embargo no limpian el water
no pagan tus deudas ni consuelan tu aflicción,
más bien generan mierda, gastos y disgustos.
Les falta poesía, no presencia:
se prodigan, opinan, mienten...

Un poeta no puede mentir sentimientos,
medir sus versos, descifrar enigmas.
Son ignorantes e infantiles:
curiosos, juguetones, gamberros...
¡fieles! Poetas sin retorno.

Nunca se rinden: por eso urge su voz
y su silencio.

Los amantes de la noche

(Cambalache)

Nuestro sol se constituye en rey soberano;
despacio, altivo, imponente.
Ejecuta, impiadoso, la hipoteca del horario,
desaloja las estrellas.

Decid astrónomos: ¿dónde encontrarlas ahora?
De la mano de la luna volverán pronto, confía.
¡ Quién esperarlas pudiera !
Una mirada severa del sol, acalla la queja;
el labrador sonríe cómplice,
el rey le devuelve el guiño.

Los girasoles, perfectos en formación,
presentan armas.

En vuelo, dos palomas lanzan discreto reproche.
La sombra, colcha de encina, se aparta airada del lecho.
Vergonzosos se incorporan, sacudiendo sus amores,
los amantes de la noche.

Tan tristes en su pereza
la boca de la mañana les enoja de alegría

Josephine

(Merche Baratas)

Josephine, como cada día, recorre los cinco kilómetros que la separan de la escuela. Pero Josephine no es una niña "normal", no comienza el día con el estómago lleno, ni siquiera posee un vestido limpio, y nadie le ha dado un beso de despedida al marchar al colegio.

Josephine no sabe nada de sus padres: tenía ocho años cuando asaltaron su poblado y se la llevaron. Han pasado seis años desde entonces, ahora tiene catorce. La misma edad que tenía Koni cuando le vio por última vez, allí tirado en medio de la plazoleta de su pueblo.

Del carnaval de la muerte
no hay duda:
sois los amos.

Marchas de machete en ira.

Ahora las orejas
también las manos.
No olvidéis la lengua.
Quemad sus ojos.

Hoy además de su mendrugo de pan en el bolso, se aferra a la esperanza y al frío metal de su kalachnikov. Tiene un único pensamiento: escapar.

PD: (En algún punto de África. En memoria de los niños y niñas guerrilleras que no tienen esperanzas)

Yo quiero hacerte feliz

(Cambalache)

Sería luz lo que arrojase en tu oído
un aliento de brisa en susurro
y timbre sensual.

Sería sol lo que encendiera en tu alma
el dulce arrullo de un son conmovedor
y enamorado.

Sería la oblea que alimentara el deseo
la hogaza que te saciase
y estimulara tu sed.

Sería carne de tierno cordero
para tu voracidad, saliva
trabajo para tus dientes.

Sería la arena del tiempo
obstruyendo el talle de vidrio,
y que, por ti, no pasara.

Y abriría las ventanas quedamente
seleccionando fragancias
transparentes de visillo.

Y desaparecería tras colmartarte de placer.
si tu así me lo pidieses.
Yo quiero hacerte feliz

Eva M. y Camino

La Coruña (España)



Eva M.

Yolanda Camino

La Coruña, 1.958.

Reside en La Coruña

Colaboradora editorial, jurado en el certámen de *Literatura Infantil y Juvenil*, convocado por la *Fundación Berthelsman* (2002 y 2003), su libro *“La mirada de Eva”* figura recomendado por el *Seminario de Lengua Castellana del Instituto Urbano Lugrís* de A Coruña y está incluido en la selección bibliográfica del centro como *“poemario interesante para explicar en las aulas la lírica femenina y los acrósticos”*. Textos suyos han sido publicados en diarios como *“El Ideal Gallego”* y en emisiones radiofónicas (*“Magazul”* y *“En primera persona”*).

Obra impresa individual y guiones estrenados:

“La mirada de Eva” (2.002)

“El tío Tiburcio” (Lit. infantil)

“¡Cuidado con los ladrones!” (Teatro infantil, estrenada en el 2.003)

“El bar de Manolo” (Teatro infantil, estrenada en el 2.003)

“El retrato” (Teatro infantil, estrenada en el 2.004)

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional “Sensibilidades Oro”

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
26 Enero 2.004

eva_evam@yahoo.es
ycamino@mundo-r.com

Índice de textos

“Margaritas”

“Es tarde”

“La edad del sol”

“Arreit”

“No sé”

“Silencio”

“Locura”

“Y aquel día”

Margaritas

Matías respiró con dificultad, le costaba hacerlo en los últimos tiempos.
-Insuficiencia respiratoria- había dicho el médico.

Los inviernos resultaban especialmente crudos en el Bierzo, en el Valle del Silencio, y en silencio había vivido Matías demasiadas estaciones lluviosas, humadas, grises y solitarias. Sus fuerzas, minadas por los desamparos, le anunciaban su inaplazable e inminente final. No oponía resistencia alguna, sólo ansiaba y precisaba unos minutos más de aliento para acometer un postrero deseo. Cumplir la promesa que se hiciera veinte años atrás, cuando la vida le robara el amor y la compañía de su amada Eulalia, extinta, muerta, fallecida, por causas todavía inexplicables e incomprensibles para él.

Agredieron su cuerpo, hasta entonces robusto, unas altas y elevadas fiebres que el facultativo del pueblo no dudó en calificar de leve enfriamiento. Mas tarde, su abdomen se cubrió de llagas y en pocas horas sus manos, su espalda, su cuello, sus piernas, se revistieron de pústulas. Su tez, habitualmente blanquecina se enrojeció hasta perder los rasgos de su fisonomía. Para entonces, el doctor ya se había ausentado de la zona y no regresaría hasta la semana siguiente.

Eulalia, debilitada y extenuada por el sufrimiento y el padecimiento, se sumió lentamente en un estado hipnótico del que no logró despertar. Fue enterrada en el Camposanto del lugar, alejada de su venerado y adorado jardín donde cada primavera mimaba y acariciaba las margaritas. ¡Sus queridas margaritas! Las flores con las que un mes de mayo le declarara su amor y su pasión su amado Matías. Decía siempre y desde entonces:

-No hay flor más bella en los parajes de la creación que la margarita, con su corazón de sol y sus pétalos de luna.

Veinte años habían pasado ya desde aquella irreparable y dolorosa pérdida y Matías no dejaba un solo día de rogar al cielo que se lo llevara a él también. En su espera, en su larga espera, cultivaba margaritas.

Las regaba, las podaba, les removía la tierra, les hablaba. Las mantenía alegres y vivas para confeccionar y elaborar con ellas el más hermoso y bello ramillete de margaritas con el que obsequiar algún día, en alguna vida, en algún espacio o en algún tiempo, a su querida, llorada y suspirada Eulalia.

Margaritas para el recuerdo. Margaritas con las que cortejar a su amada en la estación de los reencuentros. Margaritas para el reencuentro.

Y Matías acariciaba ya el encuentro con la muerte. Sus cansados pasos le encaminaron al arriate donde tantas horas pasara agasajando las flores. Sus manos, por fin, abrazaban el ramillete de ternuras de corazón de sol y pétalos de luna. Su capacidad de movimientos, limitados ya, se reducían apenas al sentir de los recuerdos en su pensamiento. Su mano temblaba, como temblaba ya su vida en sus últimos alientos. Tan sólo unos respiros, unos hálitos, unos resuellos más para reposar sus emociones en la misiva que debía acompañar el ramillete. Unas limitadas líneas para un infinito amor.

Querida Eulalia:

Parto ya a tu encuentro con este ramillete de margaritas, las que han florecido en mi alma y en mi corazón mientras tu ausencia marchitaba mi vida.

Tuyo, ahora y para siempre,

Matías

Es tarde

Aún pasadas muchas estaciones me siento, doliente, cada noche de luna llena, al borde del acantilado, escuchando el canto batiente de las olas en los rompientes de la costa. Las marejadas esclavizan en mí memoria tu recuerdo, desolándome al evocarte. Huiste al refugio del mar, sin retornar, cumpliéndose tus designios de pesares, con borrascas de llantos y vendavales de tristezas.

Miro pudorosa en mi interior, ahora alberca de miedos, donde reposa tu imagen abrazando una tenue sonrisa, y la llamo esperanza; la del encuentro en los tiempos de las alboradas añiles, de los crepúsculos ocre. Te susurraré entonces palabras dóciles, suaves, pausadas. Te diré bajito: amigo no estas solo. Estoy aquí. Escucharé tus quebrantos. Juntos afrontaremos tus tormentos.

Pero... es tarde para que tu pena repose, serena, en mi hombro.

Es tarde, porque el mar te ha secuestrado y dicen que has muerto.

La edad del sol

Suena el despertador, uno de esos despertadores modernos de timbre repetitivo que te increpa cada 5 minutos, que no para de sonar cuando aprietas el botón sino cuando giras, con resignación, la palanca a la derecha.

Son las 7 de la mañana, entreabro los ojos y vuelvo a cerrarlos tras apagarlo por primera vez. Vuelve a sonar y vuelvo a pulsar de nuevo el botón. Una rápida reflexión me dice que debo incorporarme pero aún mantengo los ojos cerrados. Una vez más el ring estruendoso irrumpe el silencio y, aún sin ganas, alargo el brazo y esta vez giro ya la palanca a la derecha; soy consciente que es la hora de levantarse, un día más el despertador ha profanado mi descanso. Alargo de nuevo la mano, esta vez al otro lado de la cama, está fría. ¡Siempre está fría! Pasan los días, los meses y los años y siempre está fría. Pasa el verano y la primavera y el otoño y el invierno y siempre está fría.

Enciendo la radio. Espero escuchar las noticias de Iñiqui Gabilondo, pero la radio no emite señal. La muevo, ajusto el dial, la apago y la vuelvo a encender y nada. No funciona. ¡Se han agotado las pilas! Me ducho en absoluto silencio, aunque... si lo pienso con detenimiento, el silencio no es tan absoluto. El agua forma un escándalo descomunal al caer en la bañera. Reconozco que es una mala costumbre abrir el grifo a espuestas, pero es la forma más sencilla de espolear la pereza o el inconformismo. Termino la ducha y mientras extiendo las cremas y el maquillaje en una piel que deja entrever ya los surcos del tiempo, fijo mi mirada en la mirada que me devuelve el espejo, y su frialdad logra estremecerme.

-¡Es fría la soledad!- afirmo con cierta melancolía, sin reparar en la certeza y rotundidad de mis palabras. La propia rutina del día a día me impide detenerme y analizar esa aseveración que expreso en voz alta, cada mañana.

Los minutos perdidos arreglando la radio son suficientes para que el reloj avise que llego tarde. Con el bolso ya en la mano, busco las llaves antes de cerrar la puerta. Le doy dos vueltas a la cerradura y ya en el ascensor me pinto los labios frente al enorme espejo que hace unos meses decidió colocar, con gran acierto, el presidente de la comunidad. De nuevo aparecen reflejados en el espejo los surcos que ha tejido el tiempo en mi rostro. Cambian los espejos, pero las huellas, del paso de las estaciones son inalterables. Casi sin pensarlo aflora a mis labios una pregunta:

- ¿Será que el alma también tiene contorneados los mismos surcos?

Hoy no se ha detenido el ascensor en el cuarto, como es habitual. A diario coincido con mi vecino Luis y nos saludamos cortésmente. Siempre espero que él salude primero, me retrae pensar que haya dormido mal y su humor se levantara reñido con los buenos modales.

- Buenos días vecina.

- Buenos días vecino.

No da tiempo a intercambiar ninguna otra palabra. Nos despedimos en el portal con otro cortés hasta luego, y cada uno emprende su camino. El mío hacía la parada del autobús, el suyo... nunca lo ha dicho.

No volvemos a vernos hasta la mañana siguiente.

Trabajo sola en las afueras de la ciudad, en un pequeño taller que compré con la herencia de mis padres. Moldeo barro. Coqueteo con él acariciándolo, mimándolo. Le doy distintas formas hasta lograr que la arcilla adquiera atavío de jarrón, de vasija, de ánfora... pocas veces moldeo figuras. Me inquieta que puedan sentirse tan desvalidas como yo y que el frío de la argamasa sobresalga en sus colores vulnerando su intimidad.

Me perturba el sentir que nadie las mire con calidez, que ninguna mano las roce suavemente, hasta arrancarles a arrumacos sus soledades. Me asusta que terminen arrinconadas, con el paso del tiempo, en uno de esos desvanes abuhardillados que almacenan recuerdos.

Nadie visita nunca mi taller, está demasiado aislado de la carretera, del pueblo, de la ciudad, del mundo... de las conciencias... no hay retratos en las paredes que enajenen mi soledad, ni aromas de pieles que embriaguen mis suspiros.

Cierro las puertas del obrador con la caída de la tarde. Apenas hay rostros en las calles que crucen miradas cómplices con la mías.

Introduzco una moneda en la máquina para comprar el periódico mientras espero el autobús que me lleve de nuevo a casa.

Lo abro al azar. Sucesos y esquelas.

Luis de la Fuente Parrado falleció en el día de ayer a los 46 años de edad. Se ruega una oración...etc, etc, etc...

Ahogo un grito en la garganta y soy consciente que se han resquebrajado los surcos de mi piel que ya son grietas por las que transitan en tropel las amarguras.

Maldigo el tiempo de la espera. Maldigo el tiempo que callé un te quiero murmurando: Buenos días vecino.

Me vuelvo a mi cárcel de silencios con la mirada perdida en el horizonte de la esperanza porque... entonces, y sólo entonces, recuerdo que me llamo Soledad. A mi madre le pareció un nombre precioso. Siempre decía: El sol no tiene edad.

Arreit

Sus pasos le encaminaron a la zona sur de la ciudad. Perdido en pensamientos y meditaciones, conducido por la nostalgia y el recuerdo, sin apenas percatarse, se halló ante las puertas del "Recitaren". Un café rancio con olor a humanidad empapelado de pergaminos avejentados, desvaídos y cetrinos, pintarrajeados por las plumas de intelectuales, filósofos y literatos apátridas que de manera inusual immortalizaban, palabra sobre palabra, en los tabiques de aquel bolinche, sus sentencias internas plagadas de rebeldía y sentimiento.

¡Extraño nombre para una taberna de eruditos y doctos de los vocablos! - se dijo irónicamente, despertando por un instante del letargo que minutos antes le envolviera - El tiempo se detiene en este lugar - pensó mientras cruzaba el umbral. - Todo permanece inalterable sin afectarle el paso de los años. Buscó con la mirada su rincón, el banco que antaño, acogiera tantas veces su soledad, una soledad compartida con muchos otros que, como él, precisaban del recogimiento que el silencio de la prosa o el verso les proporcionaba. La humareda gris de cigarros y puros flotaba en el aire formando nebulosas que empañaban la vista impidiendo distinguir rostros y cuerpos sumidos e inmersos entre papeles y libros. Se acercó entre bamboleos a su querida y añorada mesa, refugio ayer, de su melancolía baldía, estéril, pueril..., resguardada siempre de miradas curiosas por las pilastras de argamasas circunscritas que formaban parte de la decoración del local.

Una frase emborronada con la mugre del paso del tiempo; con la costra que impregna el transcurrir de medio siglo de ausencias, con los restos de recuelos vertidos de la inconsciencia del que centra su mente en otros menesteres ajenos al remover con prontitud la cuchara en la taza, con cientos de letras desdibujadas por la roña de manos diestras o zurdas, sobresalía por su meridiana significación en la mesa de mármol, antaño blanca: "*El nombre apenas es la sombra de lo que uno es*".

Volvió la nostalgia a embargarle. Rememoró el instante puntual en el que su mentor escribiera esas líneas. Evocó estremecido su semblante. Su rostro de hombre tranquilo y sereno, transmisor de emociones dispares, que mesuraba incluso los ánimos encendidos de la concurrencia de aquel local.

Rastreó el lugar de una ojeada en la medida que la bruma grisácea se lo permitía. Deseaba hallar entre los congregados algún rastro del patriarca de la paz. Mas...

¡Cómo encontrarlo transcurridos tantos años;

-De ahora en adelante te llamaré ARREIT - recordó de pronto las palabras del Maestro.

En ese instante dejó de llamarse...

-¿Cuál era mi nombre entonces? - se preguntó - ¡Qué lejano aquel recuerdo! ¡Qué importancia tiene el verdadero nombre ahora! Soy ARREIT que quiere decir: Tierra.

- Las esencias de la tierra nunca son lo que evidencian. El mundo presenta desiguales perfiles: el amargo y acre, el benigno y seductor, el cruento y porfiado, el tolerante y paciente, el tirano y conspirador, el clemente y ponderado.

Descubrirás nuevos significados para las palabras y de ellos aprenderás.

Con esa prédica le despidió el mentor en los albores del siempre perdurable horizonte.

- Errarás ahora por el mundo y conocerás nuevas fracciones, vestigios, retazos, astillas..., de este universo que moramos. -Y extendiendo su mano por la planicie susurró: -No son estos glaucos y laqueados prados los señeros que integran la urbe, ni éste índigo mar y éstas límpidas aguas las que conforman océanos. No es este rocío el impar que al alba bautiza las horas de la mañana, ni es nuestro júbilo la ventura de la filantropía-.

Horas y horas, días y días platicara ARREIT con el maestro antes de partir, cultivándose, aprendiendo incansable sus enseñanzas, asimilando los dogmas, máximas y apotegmas que con el tiempo guiaron su vida hasta llegar a éste momento en el que ,sin proponérselo, retornaba al inicio de su aprendizaje.

ARREIT, lloró a solas, dejó resbalar las lágrimas entre los pliegues añejos de su piel y en un recóndito paraje de su pensamiento, rememoró pretéritos de su vida y evocó retazos y proverbios leídos en la obra del poeta persa Omar Khayyam.

"Más allá de los límites de la tierra, más allá del límite infinito, buscaba yo el cielo y el infierno. Pero una voz severa me advirtió: "El cielo y el infierno están en ti" ."

De ahí sustrajera el maestro su nombre: TIERRA - ARREIT.

- ¡Al Khayyam! ¡Cuánta razón! He ido adoptando como propias tus erudiciones:

"En este mundo, conténtate con pocos amigos. No intentes hacer duradera la simpatía que puedas sentir por alguien. Antes de tomar la mano de un hombre, pregúntate si no te golpeará algún día."

- ¿Amigos?... ¿A cuántas personas debemos conocer para saber que poseemos un solo amigo?

"Los sabios no te enseñarán nada, pero la caricia de las largas pestañas de una mujer, te revelará la felicidad. No olvides que tus días están contados y que pronto serás presa de la tierra. Compra vino, llévatelo a un lugar retirado y luego, deja que te consuele".

- ¡Ciertamente eras versado Al Khayyam! Ahora, ante esta copa de vino, brindo por ti, por este mundo que me acoge y que quizá mañana lllore o ría mi despedida. Brindo también por esas largas pestañas de mujer que revelarán la felicidad. Escancio vino en una copa y lo apuro sin demora, vuelvo a escanciar y a beber otra copa y otra copa hasta ahogar este sentir que añora un mañana feliz. No acaricia mi piel la pestaña de mujer ni hay aliento que aliente mi alma, solo sé que... llorando un mañana, lograré esta noche la calma.

¡Salud!

No sé

No sé escribir fastos de desechos piadosos que saqueen los quebrantos,
ni narrar pasiones infestas de doctrinas dolientes.

No sé escariar mentiras enlutadas de hirsutos deshones,
ni conjuar verbos que ribeteen de olvidos las adúlteras querencias.

Aprendí entre ensueños
a preñar con desvelos las medialunas,
a embriagarme con la lírica trova de los elfos.

Aprendí a entintar de añiles las mañanas,
a matizar de platas los mediodías,
a orlar de aloque los atardeceres
y a bosquejar con carmines los labios del deseo.

Silencio

Sigilosos segundo silabea secretos, silenciando soledades.
Imploro instantes irracionales, invocando ilusiones idílicas.
Languidecen lastimeros los lamentos,
evocando, ebrios ensueños enjaulados entre espinas.
Nebulosas níveas, navegan noctámbulas,
camelando cariños con cuatro coplas cantadas.
Ingenua, inspiro impulsos impetuosos ignorando indomables infamias.
Ojalá olvide orgullosa otro oscuro otoño.

Locura

Lívida, la locura, lacra lacónica los lamentos.
Ora oprimida, ocres oratorias otoñales.
Conjura conjuros, conjugando cruzadas con calvarios.
Ultraja urbes, ungiendo utópicos universos urentes.
Redime, rancios raciocinios respirando recuerdos.
Al alba, agotada, arroja amnistías al abismo

Y aquel día

Y aquel día...

Que entonaron los ruiñeñores los azules de los versos:
se declinaron conjugaciones con líricas de entre luces,
se perfilaron insignes las siluetas de un recuerdo
se colmaron de agasajos las cuencas de los vacíos
se prendieron del olvido las lágrimas de un te quiero.

Y aquel día...

Que trovadores y duendes recitaron los quebrantos:
se preñaron de bálsamos los intervalos en madrugada,
se rociaron con placeres las esencias del deseo,
se bosquejaron memorias engalanadas de pátina,
se compusieron coplillas cantadas en los ensueños.

Y aquel día...soñé que soñaba un sueño.

Claudio Rizo

Alicante (España)



*Claudio
Rizo Aldeguer*

Novelda (Alicante), 1.972

Reside en Novelda (Alicante)

Licenciado en Derecho y Diplomado en Relaciones Laborales, colaborador de las revistas mensuales "Ciudad de Novelda" y "La Glorieta", ha publicado artículos en el "Diario Informaciones" de Alicante.

Participación en publicaciones colectivas
Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
20 Abril 2.004

www.claudiorizo.tk

claudiorizo@hotmail.com

Índice de textos

“La calle principal”

“Otra realidad”

“La ciudad de Zingae”

“El columpio”

“De la underwood a la CPU”

La calle principal

Ya no llueve sobre las baldosas de la calle principal. El sol bruñe las azoteas despistadamente colocadas y las últimas gotas escapan, a regañadientes, a su cielo de cobijo y reunión. Es una arteria empalagosa, retorcida, heredera de un barroquismo cansino, que sirve más para despistar que para ordenar. Hay ejecutivos, escritores, actores, putas y curas que se dan los buenos días para por la noche merodear las pertenencias de un vecino confiado. La calle principal carece de silbatos y ademanes policiales porque son ellos, los viandantes y conductores quienes fabrican, a su modo, normas espontáneas que se renuevan a cada jornada. Protegidos de la inclemencia que se despide, están bajo una marquesina de autobús dos jóvenes embarcados en un proyecto que añade más caos a la vida en la calle y alguna holgura económica a sus raídos bolsillos, esqueléticos y colgantes como el gajnate de un niño pobre. Uno le dice al otro que aquel comerciante apeseta a euros, mientras el otro le dice al uno que la viejecita que se traba al subir a la acera no podrá seguirles muchos metros. Ambos sopesan las ventajas y mermas de una u otra opción. Finalmente, será la anciana la que pague el desequilibrio social: la recompensa será menor, pero la garantía de la operación está asegurada. A medio día ya cubre la calle principal unos poderosos rayos que fingen ser los guardianes que no existen. Los ladinos adoptan un semblante de inocencia y caminan distraídamente mientras se aproximan a la viejecita. El mayor le da el alto y le solicita la hora con modos de urgencia. La mujer lo mira, y parece conocer su destino... Esboza una frágil sonrisa, casi despidiéndose. La temblorosa mano izquierda de la mujer abandona su garrote y hace un estiramiento de brazo que muestra a los enfermizos ojos del muchacho una mano envuelta en arrugas y tiempos consumidos. Tarda una eternidad en desvelar el mensaje que dibuja el reloj. Por fin distingue manecillas de segundero: "Son las diez, niño. Son las diez", paladea las vocales como salidas de ultratumba. El otro, el otro niño más joven que husmea como un gato la comida que por fin le entregan, da un empujón sutil, casi invisible a la vieja que rueda por el suelo como una peonza sin control. Su cavernoso cuerpecillo es pasto de la velocidad y del humo de los coches que todo lo devoran, sacudiendo aquel fardo pesado que queda diseminado sobre la calzada a modo de las finísimas lluvias del amanecer. Los niños recogen el bolso que ha quedado huérfano y tirado, como ellos. Extraen el monedero. Lo abren y lo ponen boca abajo. Una pequeña hoja de papel antigua asoma su cabecita por la ranura hasta que cae meciéndose y describiendo un vaivén juguetón. No aciertan a sujetarlo. El mayor le da caza con su mano homicida, y lee su contenido con voz de triunfo: *"Los vicios que atenazan la calle principal son insoportables. De seguir así, pronto todo será ceniza y destrucción. Sólo podrá leer este documento quien haya infringido la*

Divinas Leyes del Orden. Su cuerpo sufrirá un envejecimiento inmediato y con su pronta desaparición se continuará en el afán de la conservación de la raza".

La cara de los niños se contrae como las antenas del caracol amenazado, como la cara del animal ávido de sangre, y su carne lisa y fresca se altera con brusquedad como si un terremoto interior hubiera apergaminado todas sus inocentes tersuras en una ahora justiciero y catártico.

Se hace dueña de la calle principal una enorme mancha oscura. La noche cae y vuelve a adueñarse de celosías y masas de hormigón ya un poquito más rectas, más alineadas.

Al día siguiente, dos nuevos viejecitos llevarían, apoyados en su bastón, el secreto redentor bien guardadito en su monedero mientras disfrutarían de su último paseo por la calle principal.

Otra realidad

La mañana desparramó sus esencias por la cama de Laura.

Tendida, oculta en esa oscuridad que proporciona refugio y guarida, rodeada de fantasmas móviles que se diluían a medida que los rayos del exterior se intensificaban agujijoneando la estancia, Laura cantaba para sí las canciones que de pequeña escuchaba a su madre mientras se hacía la remolona acurrucando su cabecita en el vientre creador y mágico, y sus cabellos, negros y lacios, describían remolinos indomeñables al contacto de la mano materna.

Para Laura, mamá era un ser extraño, casi mitológico, entre lo real y lo imaginado. La veía zambullirse en las livianas aguas de la piscina, con sus "*consentidos*" treinta y pocos años y su estilizada figura de atleta retirada que aún conserva la frescura de las formas.

Mamá se veía como una gota de agua caída del cielo para refrescar los hastíos veraniegos, un arco iris en plena demostración de su poder, de su esplendor, un saludable aparte para los curiosos ojos masculinos que, agradecidos, la piropeaban en busca de proyectos siempre truncados.

Al salir de agua, se embadurnaba en cremas de intensos y dispares olores, y se tumbaba al lado de Laura. Entonces, los perpendiculares fogonazos solares las sumían en un estado de semiinconsciencia, en un agradable impasse, y se dejaban llevar ambas por los efectos narcóticos del calor. Esa parte no revelada de nosotros, la que se descansa en algún desconocido lugar de la memoria y la reflexión, actuaba a trompicones, emergiendo lentamente a través de los labios de mamá, que se hacían, de pronto, inesperadamente confidentes. Laura la escuchaba con arrobo, superpuesta al pesado calor que se colaba por todos los recodos, y entornaba sus ojos para insinuar cierto gesto de indiferencia.

- Laura, me siento hermosa, realmente hermosa... ¿Te has fijado en esos hombres?, no dejan de mirarme... Piensan que no me doy cuenta, que voy a lo mío... Pero los veo, allí, escondidos, agazapados en sus cobardes sombras y levantando sus cabezas con disimulo por encima de los cuerpos de sus mujeres. ¡Menudos son...! ¿Ves aquel gordinflón, Laura? Menudo sinvergüenza...

- Sí mamá -contestó la hija-. Hay que ver, todos los días igual. Menos mal que yo soy aún una chiquilla y en mí no se fijan -dijo en voz alta, acompañando una enorme risotada.

- Si alguno de esos desgraciados te mirase, ¡me lo meriendo!

De pronto la madre se incorporó como un muelle que hubiera estado aprisionado entre dos piedras durante horas, y miró fijamente a Laura. Sus ojos eran bolas de fuego, más intensos que las llamas que pendían del rasurado cielo. Su aparente tranquilidad había sido mutada por el frenesí y el galope emocional.

- Ven, Laura -dijo con firmeza, mientras clavaba su mirada en el rostro asustado de su pequeña-. Te voy a confesar algo, algo muy importante, pero... -miró al gordinflón de la otra parte para comprobar que no la escuchaba-, pero me tienes que prometer que no se lo contarás a nadie. Nunca. ¿Entendido?

- Claro, mamá. A mí puedes decirme lo que quieras... Ya lo sabes -respondió, Laura, no del todo acostumbrada a esas situaciones.

- En este jardín, precioso y lleno de flores, en el que estamos, se encontraba, en tiempo de guerra, un hospital. Era inmenso. Tenía muchísimas salas, en tonos blancos y hondos -volvió a asegurarse de que nadie más que su hija escuchaba- como los de ese túnel que dicen se aparece mientras mueres -terminó la frase casi en susurros apagados por miedo a ser detenida por alguna supuesta Autoridad-. En el hospital recibíamos a los lesionados y a los enfermos, para cuidarlos y tratar de recuperarlos para la línea de fuego. Pues aquí, Laura -apretó aún más sus manos que sudaban por la fricción y el creciente calor que ya incomodaba- conocí a tu padre: un hombre apuesto y valiente que vino a rescatarme, que vino, alegando una enfermedad que nunca tuvo, para llevarme en su caballo por mágicos lugares. Me enamoré en cuanto lo vi. No sabes qué felices fuimos por mundos nunca antes imaginados, recorriendo territorios que se encontraban en las estrellas, en esas estrellitas que por la

noche guían a los barcos despistados, a los niños perdidos, a las musas faltas de creatividad... Me hacía sentir una princesa a galope, en un corcel elegante y principesco, agarrada al cuerpo de su príncipe trovador y misterioso.

Laura notó, entonces, que mamá languidecía, que su cara, antes enhiesta y tensa, se relajaba, se arrugaba, se entristecía, se cansaba... Y sintió, otra vez, ese estado de impotencia y angustia que sobreviene cuando el agua inunda y tapona todas las salidas, cuando la falta de aire atora los sentidos, cuando todo pesa demasiado.

Se levantó, y cogió a su anciana mamá, dándole un beso en la mejilla, caluroso y emotivo como el que, entre desvaríos, le dedicaba su apuesto y valiente príncipe, a galope entres sus mundos. Y volvieron a casa. Laura, a la penumbra de los cuidados; mamá, a su feliz locura de gestas imposibles...

La ciudad de Zingae

En la ciudad de Zingae habían triunfado los anarquistas. Buscaban un estado sin normas, sin imposiciones, en el que la libertad fuera la guía espontánea de todos los ciudadanos: el libre albedrío, elevado a rango de categoría suprema, se erigía como máxima aspiración.

Se empezaron a conformar grupúsculos de inquisidores contra los políticos que se hicieran llamar '*demócratas*'. Era preciso quemarlos en una inmensa pira para que el viento se llevara en suspensión todas las podridas partículas deshechas por el fuego y las dejara dispersas en remotas lejanías.

En Zingae, los políticos habían creado un estado de cosas regido por normas; disposiciones que otorgaban derechos pero que también implicaban ciertas renunciaciones. Esto, opinaban los anarquistas, era una amputación de la libertad: "*El hombre debe caminar obedeciendo su espontáneo sentir*", decían en cada reunión que celebraban. Esta concepción de vida triunfó en todas las capas sociales, con lo que se conformó un sentimiento global antipolíticos. Empezaba la cacería. La misión consistía en aprehender a los antiguos gobernantes y, sin juicio, atarlos y quemarlos el 31 de diciembre a las doce de la noche. La fecha elegida no era gratuita: con el nuevo año, habría de ser recibida, igualmente, la nueva vida para los habitantes de Zingae.

En grupos de diez personas, los anarquistas irrumpieron en todas las casas en las que hubiera un sospechoso de colaboración con el régimen anterior. No sólo ellos, sino sus descendientes, eran apresados. Fueron capturando, uno a uno, a todos aquellos que habían creado el denominado Estado Democrático, una denominación que escondía en sus fondos toda una trama de engaños e influencias, de actitudes venales y de servilismos injustos.

No quedó ni uno sin capturar.

Los demócratas estaban ya convenientemente sujetos a unas cuerdas y tendidos en una enorme madera dispuesta para ser quemada. Entre sus cuerpos y la tabla colocaron todos los malditos códigos que hasta ese día habían sido los verdugos de los anarquistas. Todo iba a desaparecer. Las bocas de los ajusticiados no fueron amordazadas, pues se pensó que sus gritos de dolor anunciarían a las ciudades vecinas la victoria y el nuevo cambio que se iba a producir. El antiguo alcalde fue atado a un gran mástil. Él sería el último en arder, justo después de que sus ojos vieran cómo el fuego devoraba a la gran masa humana.

Llegó el último día del año y a las doce en punto los cuerpos fueron rociados con un líquido inflamable. Algunos perdieron prematuramente la vida por asfixia; otros, los más, vieron cómo un chico joven se acercaba con un mechero en la mano. Sin asomo de temblor, lo dejó caer sobre la piña de personas. En pocos instantes un griterío atroz se apoderó como un demonio de toda la ciudad. Al poco tiempo, el mástil que sujetaba al alcalde fue cortado. Cayó encima de las decenas de quemados y su cuerpo quedó fundido en cuestión de segundos.

Una humareda negra y hedionda oscureció Zingae. Pero el viento dejó de soplar; se detuvo como en un gesto de respeto o de venganza. El denso vapor que emanaba de la gigantesca pira fue misteriosamente creciendo, tanto en negritud como en pesadez. Cubrió casas, parques, iglesias y colegios. Toda la ciudad era un espectacular globo oscuro en el que nadie podía verse y apenas respirar. Los más viejos empezaron a morir y sólo los más fuertes conseguían arrastrarse. Únicamente había un lugar en el que curiosamente el humo no podía penetrar: el Ayuntamiento. Era imprescindible entrar allí para seguir con vida. Pero estaba cerrado a cal y canto. Era una fortificación con una estructura metálica que resultaba imposible de romper, y no existía resquicio alguno por el que colarse. El humo y el vapor aumentaban. Pero sólo el alcalde tenía las llaves. De manera que empujados por una locura desesperada se lanzaron a la pira en su búsqueda en un acto de inútil heroicidad.

Zingae desapareció en la más torva oscuridad.

El Columpio

El columpio iba y venía describiendo una interminable oscilación en el espacio. A Carlos le encantaba madrugar y sentarse en su columpio. Su mamá lo despertaba a las ocho, bien temprano, y le daba el desayuno junto con las pastillas que el médico le había recetado. Carlos era un niño extravertido y más alegre de lo que podía permitirse. No iba al colegio y se pasaba las mañanas en el parque, subido en aquella nave particular desde la que podía ver espectáculos grandiosos. Desde las alturas, el pasar del tiempo y de la vida se le aparecía con melancólica nostalgia. Otros niños se tiraban en el suelo ensuciándose el trajecito que mamá le había limpiado el día anterior; jugaban a esconderse tras los inmensos árboles que Carlos veía perderse en el infinito. Pensaba que si pudiera escalar, treparía por ellos y llegaría a las nubes; entonces se sentaría tranquilamente en una que fuera confortable y sacaría su libreta para apuntar todo lo que su vista alcanzara. En ocasiones, sería travieso y estrujaría un par de nubes para hacer que la lluvia cayera plácidamente sobre el parque para que las plantas no dejaran de crecer. Hablaría con los pájaros y les preguntaría cómo hacen para volar tan alto y tan rápido. Conocería al sol y a la luna, y comprobaría si es verdad que se llevan tan mal como para no coincidir nunca; sentía una gran curiosidad por hacerse amigo de los dos y decirles que los más bellos colores se creaban justo cuando uno yéndose y la otra llegando, semioscurecían o semiiluminaban el cielo. Ese momento era, para él, un permanente renacer de todo que ensanchaba su melancólico corazón. Desde el columpio Carlos se imaginaba todo un mar de fantasías.

Subía las montañas como una gacela y se escondía tras unos matorrales. Allí, agazapado en la espesura del bosque, pasaba largas horas escuchado cómo hablaban los animalitos de sus cosas. Al caer la noche, los invisibles inquilinos del monte componían desde las alturas bellas sinfonías de múltiples sonidos, dispares y extraños murmullos que procedían de todos los recovecos y que le adormecían en plácidos descansos. Una vez quiso ser un poco gamberro: colocó una trampa tapada por unas matas. Al poco, cayó un conejo. Gemía desconsoladamente y miraba en derredor como buscando ayuda. Cuando Carlos llegó, la cara del conejito estaba contraída de miedo y frío. Lo cogió entre sus manos y le dio un trocito de pan que devoró en un instante. Lo dejó marchar.

Volvía a subir y a bajar en su columpio.

Ahora estaba con una hermosa y risueña niña corriendo por un césped de un verdor intenso. Jugaban a darle patadas a una pelota: ganaba el que más lejos la enviara. Después iban tras ella, corriendo, abriendo sus brazos y enfrentándolos a los fríos remolinos del aire. Siguieron jugando diez y quince años más. Una tarde

otoñal, cuando las hojas habían borrado el verde que pisaban, dejando un aspecto grisáceo, se dieron un beso apenas tangible que removió todo su interior. Sintió un calor que recorría todo su cuerpo, y se estremeció, y se emocionó y temblequeó como una marioneta sujeta por los hilos de las alturas.

El día había llegado a su final. Las luces se apagaban y los pensamientos de Carlos se replegaron de nuevo en la ilimitada intimidad de su fantasía. Su mamá se acercó al columpio y con gran esfuerzo le cogió de una pieza y lo devolvió a su sillita de ruedas.

Juntos volvieron a casa.

Allí quedó el columpio y sus viajes. Otro día volvería a mecerse en un mundo que ya nadie le podría arrebatarse: la Imaginación.

De la underwood a la CPU

Añoraba la soledad ante el ordenador, el silencio ante la virtual página immaculada que en soberana verticalidad ha sustituido -parece que por siempre- la flexible y huidiza hoja adherida al rodillo de la Underwood. Y ahora, metido de hocico irredento en mi pantalla plana y lisa como un tapete de billar, me llega el monótono -y molesto- soniquete de la CPU a modo de lejana reverberación que se pierde en el brumoso amanecer de una playa bañada de promesas realizadas.

Qué inteligente es ahora este trebejo llamado ordenador, que a tantas personas seduce, pero que también a tantas envicia, dicen... Ordenador: te muestras tan dadivoso en idilios de conocimientos y viajes como en ofrecimientos de senderos incitadores del pecado. Cuando mis dedos suavemente se deslizan por la osamenta de tus teclas parezco el pianista de Roman Polanski. Sin embargo, si buceo en tu historia, ordenador, tan cercana en tiempo como remota en tecnología, advierto que estos mismos dedos, sibaritas y de refinado talle, montan en cólera al acordarse del pétreo teclado con forma de grada romana que mayestáticamente presidía mi olvidada Underwood.

Qué predatazos soltaba aquel aparato con forma de meteorito. Qué incomodidad rectificar la "b" por la "v", por más que este incordio nos previniera de la equivocación: un error entonces era un atraso de dos minutos; si se trataba de errores, del reinicio del texto no te salvaba ni el presidente americano con toda su artillería a punto. Tú, "ordenata" moderno, no sólo me permites la enmienda "ipso facto", sino que me la adviertes, me la subrayas, y hasta tienes redaños suficientes como para llamarme inculto y reírte de mí si lo craso de mi yerro activa tu sistema anticatetos. Aunque bien visto, poderoso artilugio, prefiero que me alumbres tú en nuestra intimidad de soledades y sin ecos, que no la hiriente luminosidad de una risotada pública. Hasta en tus admoniciones te quiero, no sé si por necesidad o por amor, pero te quiero.

Y de la tinta... ¡Cuánto dispendio de tu predecesora en aquellas letras que se unían unas a otras en su mezcla casi ilegible! Qué emborronado dejaban el papel y qué grueso era su trazo. ¿Pero en qué se ha convertido tu precursora Underwood? Ella descansa en el rincón de la reliquia con todos sus logros y sueños conquistados. Que descanse: prometo no interrumpir su justo premio.

Pero ahora, fiel "ordenata", tus letras son mías. Ya no se funden ni confunden. Las moldeo, las muto, las travisto, casi diría que las "creo". La puedo elegir romana, griega, árabe, elegante, antigua, barroca.... Si la moda tiende a la delgadez, la torno tísica; si propende a la gordura, oronda. Si me deprimó, la comprimo; si me entusiasmo, la agrando. ¿Qué he hecho yo para merecerte? Eres como el esclavo perfecto, al que tratas o maltratas sin dar explicaciones ni oír lamentos. Eres el súbdito que todo lo hace sin rechistar, el que todo lo sabe y nada calla... Mi Oráculo de Delfos, mi NASA del espacio, mi Marqués de Sade de la palabra...

Los "malos" te tachan de máquina portadora de depravación y envilecimiento, sin reparar, sin detener la mirada, querido ordenador, en que el desvío puede haber hecho lumbre y solaz en algunas cabezas antes de que sus dedos te pulsaran. Y por si los remordimientos en tus descansos te visitan, te diré que el carro de combate de la Underwood, así como otras bellas máquinas que han servido tanto para elevadas como para funestas obras, también fueron trampolín para que espíritus con morbosidad ingénita abogaran por literaturas impúdicas. ¿La culpa era de la chararra material o de la morralla mental que las accionaba dando a luz a creaciones pestilentes del intelecto?

De haber dado contigo los alquimistas medievales, habrían verificado per sécula seculórum su inverosímil teoría de la conversión de los metales en oro.

Pero no creas, por bella y lista que seas, que me olvido de la Underwood.

Por mucho y merecido que tenga su descanso...

Andrea Zurlo

Grosseto (Italia)



*Andrea
Zurlo*

Rosario (Argentina), 1.963

Reside en Grosseto (Toscana -
Italia)

Traductora literaria y técnico-
científica, (Argentina), gradua-
da en 1985 (idiomas: Español-Inglés-
Italiano). Textos suyos han sido
publicados en las webs de *El Escribidor*
y en la *Revista Literaria de Sensibilidades*

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
4 Mayo 2.004

andrea.zurlo@virgilio.it

Índice de textos

“El hombre del clavel”

“Fin del juego”

“La muerte (verdadera) del hombre araña”

“Tratamiento para obesos”

El hombre del clavel

No tenía nombre. Mejor dicho, lo tenía, pero todos le llamaban "el Hombre del Clavel", por ese clavel blanco que siempre le adornaba la solapa. Era de estatura pequeña, como conviene a un dictador, porque los hombres pequeños tienen ambiciones grandes, y a los altos las ambiciones se les quedan en la mitad del camino, pues no siempre llegan a tiempo para anidarles en el cerebro. Sus detractores lo denominaban con el apodo antipático de "El Petiso", sin embargo, estando todos ellos en la cárcel, era un hecho que no le incomodaba demasiado.

El pequeño dictador y su clavel atravesaron impertérritos medio siglo de historia de Isla Chica, sin que nadie abriera la boca para chistar, porque, tal como lo sugiere su nombre, Isla Chica es un punto flotando en el océano, tan pequeño e insignificante que nadie jamás se preocupó en intervenir en su historia, ni trató de imponerle la democracia por las buenas o por las malas, ni tampoco de desalojarle de la cárcel a los presos políticos, ni mucho menos de pensar en los derechos humanos, que allí servían de felpudo para los pies diminutos del Hombre del Clavel. Isla Chica sigue gozando de una invulnerable indiferencia, y del extraño privilegio de ser un trozo de tierra olvidado, que ni el turismo de masas osa despertar de su sueño perezoso; una isla protegida por sus acantilados altos, azotados por los vientos, sin playas doradas ni paradisíacas.

Superado el medio siglo de imperio absolutista, tal como lo avalan los estudios realizados por los mayores expertos en tiranías, generalmente, los déspotas sufren un trastorno autocrático que les impide distinguir entre lo gobernable y lo ingobernable. El Hombre del Clavel, que era muy preciso, a los cincuenta años y dos minutos de gobierno, comenzó a emanar leyes con las que prohibía que el tiempo fuera independiente y que se le escapara entre los dedos, que sus células se le revelasen envejeciendo, que sus piernas se le arquearan bajo la artrosis, y también que sus mofletes y su pene cayeran por la ley de gravedad, que no era, ciertamente, una de sus leyes; como así también prohibía a sus conciudadanos decir "buenos días" cuando llovía, y les obligaba a rezar apuntando hacia la casa de gobierno.

Esa serie de atropellos y las voces que corrían por la isla de que el Hombre del Clavel estaba enfermo, casi agonizando, y que vendría un médico de afuera para curarle, provocaron la ira de algunos iluminados miembros del pueblo adormecido, que, como en toda dictadura que se precie de tal, de inmediato comenzaron a organizar conspiraciones: planearon derrocar al "Hombre del clavel", encarcelarlo y llamar al pueblo a elecciones democráticas, lo que sonaba muy bien, pero nadie, a ciencia cierta, sabía lo que era eso de "democrático", y ni la gacetilla revolucionaria, que circulaba por la isla fomentando desmanes, era muy clara en tal materia.

Finalmente, tras una larga y agitada asamblea, el pueblo se reunió debajo del balcón de la casa de gobierno (¡qué sería de un dictador sin su balcón!), y los ministros se apresuraron a calmarlo, prometiendo convocar a elecciones urgentes. También dijeron al pueblo que se pusieran a formar los partidos y que presentaran las listas, que el doctor estaba curando al excelentísimo y que, ni bien estuviera en forma, se asomaría al balcón para darles su bendición.

En medio de un gran alboroto y excitación se comenzaron a organizar los partidos, que con gran imaginación se denominaron: el partido de "*Arriba*", formado por quienes vivían en la parte alta de la isla, lacayos del gobierno casi todos, pudientes y privilegiados y más cercanos al cielo y a sus favores; el partido de "*Abajo*", constituido por la plebe que trabajaba para los de arriba, y el partido de la "*Red*", que representaba a los pescadores, último eslabón de la cadena de castas.

En pocos días, la capital de Isla Chica se cubrió de panfletos, carteles y discursos pomposos y vacíos, como símbolos vitales de una democracia nunca antes existente, y que los neo-políticos imitaban con poca creatividad, sin tener grandes modelos de dónde agarrarse.

Mientras tanto, en la casa de gobierno, el dictador se apagaba como una cerilla y su clavel se marchitaba en un vaso. Nadie corrió a informar al pueblo sobre lo sucedido, porque se lo veía muy atareado en hacerse un futuro democrático. Sólo dos personas lo sabían: el Ministro de la (*In*)*Cultura* y el doctor llegado de afuera, que se puso manos a la obra.

En un par de semanas se convocaron las elecciones: unos querían celebrarlas por mano alzada en la plaza principal, pero, al fin, decidieron que era mejor hacer una votación secreta para impedir venganzas y odios postreros. Al concluir el escrutinio, que decretaba la victoria de los de "*Arriba*", es decir de los que anduvieron hasta poco antes como camisa y calzón con el dictador, se armó una media revolución, con tiros y acuses de fraude electoral, la que duró un mes, con las fracciones enfrentándose y la isla sin gobierno ni orden.

Los viejos se asomaban a las ventanas para recordar qué tranquilos estaban en la época del Hombre del Clavel; los pescadores comenzaron a hablar de las dotes milagrosas del dictador, porque cuando estaba él al frente de la isla, hasta los peces se dejaban pescar y ya sentían la nostalgia de sus pescas bíblicas; a los del partido de "*Abajo*" se les agotó el ímpetu cuando les aumentó el hambre, y los del partido de "*Arriba*" se encerraron en sus torres, pero sin el trabajo de los de Abajo tampoco ellos comían, así es que, viendo todos sus negocios naufragar, se olvidaron de la política. Aprovechando el desgobierno y el desconcierto, el Ministro de la (*In*)*Cultura*, fulcro sobre el que giraba el poder en Isla Chica, y el doctor llegado de afuera, prepararon al dictador: le pusieron su mejor traje de ceremonias, con el pecho engalanado de

medallas ganadas por su participación en improbables batallas, le encajaron el gorro hasta las orejas, le sacudieron el polvo que se le había acumulado sobre los hombros y lo acomodaron en el balcón, bajo un toldo para protegerlo del sol.

El pueblo, finalmente, suspiró aliviado.

El *Hombre del Clavel* no hablaba, pero se lo veía saludable, y eso era suficiente para que cada uno pudiera volverse a ocupar de sus asuntos, dejando que la lluvia del otoño cancelara las locas ideas de la democracia, y encomendando el futuro en las manos de un dictador relleno de estropajo y perfumes.

Fin del juego

Decían que había sucedido al amanecer, cuando los árboles se iluminan de púrpura y las ranas silencian su canto en la zanja. Juan recibió la noticia con su habitual sonrisa burlona, y comenzó a vestirse con el traje negro lustroso y la camisa blanca de percal almidonada. Silbaba bajito para que los vecinos no lo oyeran, porque en esas ocasiones todos condescendían a apagar las radios y un silencio cargado tomaba el lugar de los cantantes de cumbia.

Una llovizna perezosa empezó a ablandar la tierra de las calles. Juan se encaminó lentamente hacia la casa de Ana, con las manos en los bolsillos y casi en puntas de pie para no embarrarse, ya que el finado no tenía prisa y seguro que no se escapaba.

La casa de Ana estaba sumergida en una nube de chiquillos bulliciosos, de esas que en los barrios pobres saltan de debajo de las baldosas flojas, numerosos como moscas. Varios vecinos estaban amontonados en el zaguán estrecho, sofocados por el calor y la humedad, espantando los mosquitos que la zanja escupía generosa y turnándose contra las paredes. Al verlo llegar se abrieron sin decir palabra.

El olor de las flores invadía la casa sofocando el aire en cascadas de dulzura. Juan se aflojó el nudo de la corbata. Ese perfume dulzón le producía náusea y el sudor le corría copioso desde el cabello partido en medio hasta la barbilla del rostro aindiado. En la penumbra del dormitorio, a través de la puerta entreabierta, se podía distinguir un cuerpo yaciendo sobre la cama.

En la sala, la llegada de Ana provocó una brecha de silencio. El seno de nodriza se le escapaba por el escote del vestido negro y casto y las caderas anchas marcaban un ritmo alegre; en las manos llevaba la bandeja del café, servido en el juego de loza de las grandes ocasiones.

- ¿Qué haces aquí? - Ana se enfrentó a Juan sin rodeos y con aire melancólico, los ojos hinchados por otros llantos, que él no llegaría nunca a comprender.

Juan apoyó la mano sobre la cintura de ella y sintió el temblor de su cuerpo. Ana recordó los presagios de la curandera Angélica leídos en la borra del café y pensó en ese secreto que hubiera querido gritarle en la cara, pero se dijo que ahora era tarde: quienes creen en la magia saben que el destino es inexorable.

- Te vengo a dar el pésame.

La atención de los vecinos se concentraba en ellos. Él tomó una taza de café, rozando con dedos ligeros el seno que Ana ofrecía sobre la bandeja. Ella se alejó sin abrir la boca, dejando a Juan con la nostalgia de abandonar a una mujer de carnes tan abundantes y blancas entre las que se siempre se había perdido con gusto.

Hacia la medianoche el velatorio se había animado. La mayoría de los parientes dormía en los rincones estertóreamente y los vecinos aprovecharon para adueñarse de la escena, preparando refrigerios en la cocina con aire jovial de fiesta dominiguera. Las viejas del barrio se daban el turno en el cabezal del muerto. Lloriqueaban un rato pensando en la telenovela de la tarde, murmuraban un rezo y secaban al muerto las perlas de sudor que le bañaban la frente.

- ¡Qué pena dejar a una mujer así! - exclamó Juan que fumaba un cigarrillo en el patio - A las viudas hay que huirlas, se ponen melancólicas, quieren un marido para que las alimente, te casan ¡y después te hacen los cuernos como al difunto!

- Me parece que se te está yendo la mano - le reprochó Serafín, su amigo de timba, que en ese instante notó que el tiempo del reloj de Juan corría más rápido, adelgazando las horas.

- El finado se lo merecía... pero ahora el pobre desgraciado va a mirar las margaritas creciendo desde abajo....- Juan echó una ojeada alrededor observando las botellas vacías amontonadas en esqueletos de alambre, las tazas desperdigadas por todas partes, las colillas de cigarrillos que tapizaban el piso de tierra, las flores adormeciéndose en los jarrones y la expresión divertida de quienes todavía estaban presentes, y dio unos golpecitos sobre la tapa del ataúd, que apoyado contra una pared esperaba sin impacientarse - pero le hicieron un bonito velatorio, como Dios manda, ¿no?

- No sé cómo mandará Dios que sean los velatorios, pero en tu lugar me mandaría a mudar...es un consejo de amigo... si aún te queda alguno.

Alrededor de las cuatro de la mañana empezaron a mermar las presencias. Juan estaba sentado en una silla en la sala, solo. Mágicamente la gente se había diluido. Notó movimientos de urgencia desproporcionada en el dormitorio, cambios de

postura de los pocos que aún quedaban en el zaguán, una cierta incomodidad que se tradujo en pasos rápidos alejándose por la calle abandonada por la noche. También Serafín había desaparecido con una última mirada compasiva. Juan sintió que le asaltaba una ansiedad absurda y pensó que era mejor emprender la retirada, no sin antes pasar a ver al muerto y saludar por vez última a Ana. Detrás de la puerta del dormitorio, con el rostro sudado, el muerto le esperaba. Otros hombres, unos seis o siete, lo observaban sonriendo socarronamente. Juan oyó claramente el vuelo de una falda quejumbrosa revoloteando en la otra habitación y unas pisadas veloces que se alejaban por el zaguán. Uno de los hombres le puso al cuello una corona de flores mustias con una banda que decía: "A Juan, siempre te recordaremos, tus vecinos". Una luz iluminó la mente de Juan: fue como si se hubiera acercado con lentes de aumento a la realidad de ese momento. Quiso articular una palabra, quiso decirle al difunto, con su típico tono chistoso, que le alegraba verlo en buena salud, pero los hombres raramente soportan grandes intensidades. Sintió las lágrimas que le quemaban la cara y las agujas de su reloj aceleraron aún más su vertiginosa marcha. Juan pensó en disculparse, pero bien sabía que los propósitos de enmienda son inútiles y sólo tuvo tiempo para intuir que le tocaría ver crecer las margaritas desde abajo, mientras entre risotadas alguien le preguntaba si había disfrutado su bonito velatorio

La muerte (verdadera) del hombre araña

(a mis hijos, Carla e Iago)

Encerrado en su habitación no hace más que comer toda clase de basura y seguir engordando, anclado enfrente del televisor, aislado en su suciedad y dejadez. ¿Qué más le queda por hacer?

Está gordo y pelado, el trajecito de hombre araña cuelga de un clavo detrás de la puerta. Seguramente no le cabe, pero, ¿para qué le sirve? Para nada, ya nadie lo necesita, hasta las arañas se las arreglan mejor que él tejiendo sutiles geometrías en las esquinas de su cuarto.

Hoy en día nadie recuerda a los verdaderos superhéroes de un tiempo. Ellos, con sus caras limpias y angulosas, poblaban la vida y la imaginación de niños y grandes y, con gran dignidad y decoro, salvaban el mundo. ¿Quién recuerda a la Mujer Maravilla? Nadie. Es verdad que está irreconocible, que se le agotaron los poderes por convivir (y dormir) con los humanos, que sostiene que estaba cansada de andar

envuelta en la bandera estadounidense, que le parecía como estar dentro de un féretro, con todos los muertos que esa bandera envuelve, y después se llenó de hijos, cuatro para ser exactos, y una mujer que tuvo cuatro hijos, por más maravillosa que sea, dentro de ese traje ínfimo y con esas botas blancas pasadas de moda, más que infundir temor arranca carcajadas. El pobre Superman fue cancelado a fuerza de criptonita y videojuegos, que en paz descanse. Batman y Robin se limitan a pasear sus perritos por el jardín, porque les encuentran siempre los sucesores jóvenes y musculosos que los imitan, por no hablar de todos los demás superhéroes que quedaron olvidados en una pila de revistas viejas o en el fondo de una estantería, o fueron expulsados del tubo catódico o, peor aún, terminaron en un basurero.

Llovizna.

Observa pensativo a través de la ventana de su habitación en el piso veinticinco. Siente un sabor acre en la boca, un sabor a fin del mundo. Nueva York se extiende con las fachadas grises de los rascacielos ahogadas en una neblina azulina e irreal, en un atardecer sinfín. No existe el horizonte en esa ciudad: él nunca vio el horizonte, nunca salió de esa ciudad, es más, ya no recuerda otros límites que el cuadrado de esa habitación. "*¿Qué es un hombre sin horizontes?*", se pregunta por preguntarse algo, para dialogar con alguien.

"*¡Estúpidos!*", piensa. "*¡Creen que no me precisan más, creen que pueden cancelarme apretando un botón!*"

Un ruido del otro lado de la puerta lo sobresalta.

- ¡Billy, deja en paz al tío! - chillaba la voz llena de campanitas de su prima-. No quiere que le molesten, lo sabes, ¿no?

Silencio.

La neblina que cubre los rascacielos comienza a cambiar hacia un rojizo espectral y se hace cada vez más densa. Nueva York empieza a desvanecerse ahogada por la niebla.

La voz de Billy es un susurro del otro lado de la puerta: - ¡ja, ja...te tengo insecto! - y hace sonar la música inconfundible de su Play Station.- ¡Eres mío tiucho!

No, no es posible, piensa él. Ha llegado el momento que mucho temía, ese maldito momento. Se escapó mientras pudo...pero ahora. El muy desgraciado lo tiene en sus manos...y lo peor es que no se trata de un superenemigo peligroso...no, es un imberbe idiota de 14 años. No puede caer en sus manos, debe hacer algo, ¡urgente!

Se levanta con dificultad del sillón, con las piernas anquilosadas y la cerveza que le pesa en el estómago y le gira en la cabeza. Solloza tratando de entrar en el traje azul y rojo, la malla está por ceder, las costuras imploran, una polilla le ha mordisqueado la rodilla derecha, ¡piedad! gritan sus botines de suela agrietada, mientras dos pies hinchados tratan de comprimirse en ellos a pesar del sufrimiento.

Decrepitud. Soledad. Desesperación.

Las lágrimas le quemaban las mejillas.

- Te veo, ahora puedo verte, ahora no te me escapabas gordo fofo...¿no te entran los zapatitos? -. Billy habla desde detrás de la puerta, pero su voz retumba por todas partes, en cada esquina de la habitación -. Asco de superhéroe, una mierda...deberías mirarte en el espejo antes de que te aplaste...araña miserable.

Él no quiere terminar como Superman.

- Te tengo, te tengo insecto...

Se pone la máscara que huele a moho y a encierro.

- No te escapes, gallina.

Abre la ventana de su habitación, "carajo" susurra y arremete contra la tela de araña de la salida de emergencia.

Demasiado tarde.

Billy sonrío con cara feliz, la luz radiante de su Play Station le ilumina el rostro:

"YOU WON - Game Over"

Tratamiento para obesos

En el bendito estado de Texas, patria orgullosa de la familia Bush, tierra regada de petróleo bajo sus ásperos paisajes desérticos, vivía un hombre, un gran hombre, el reverendo Johnson, que evangelizaba incluso a los cactus y a las piedras hirvientes. El gran reverendo, con sus 250 kilos, era un hombre santo, recto, de esos que tienen 15 hijos, porque así lo manda el Señor, y los apalea si se desvían ligeramente de los sacros preceptos y de las Escrituras, o si no rezan cuatro veces por día, o si los vestidos de las hijas no son adecuadamente púdicos.

Todos los fines de semana, el hijo del reverendo Johnson, el bíblico David, cargaba a su padre, con el peso de su santidad, sobre la caja de un "pick-up" para llevar la palabra de Dios a los rincones más remotos, deteniéndose en cada casa o finca, para que el reverendo predicara su mensaje desde su púlpito con ruedas. David se detenía a menudo para desempolvar a su padre con diligencia, pasándole un plumero y un cepillo, porque en Texas el desierto no respeta ni a un gran enviado del mismísimo cielo. Durante una de esas paradas desempolvadoras, David, el hijo del padre, dijo a éste último que el pick-up no arrancaba y que se habían quedado sin gasolina en medio del desierto más desértico y de la soledad más solitaria y, después de recibir un sacrosanto sopapo de su padre reverendo, David

emprendió la marcha a pie hasta la casa más cercana, a unos cuantos kilómetros de distancia, no sin antes haber dejado a su padre en orden, debajo de una sombrilla y con un bidón de agua junto a sus pies.

El joven David, que tenía prohibido el uso de móviles y de cualquier otro aparato que pudiera contaminarle el espíritu, caminó sin detenerse por la carretera polvorienta hasta llegar a la primera casa, donde casualmente estaba Rosy, una joven que abundaba en prominencias y en necesidades, y que encontró en David una compañía afectuosa, con hormonas desenfrenadas, que le alegró su desértica soledad.

No se sabe a ciencia cierta cuánto tiempo tardó David en retornar donde su padre, la cuestión es que el chico insistió en que al padre se lo habían raptado los marcianos, o extraterrestres que fueran, porque el pick-up había desaparecido del lugar donde lo dejó, y, como es bien sabido por todos, el desierto de Texas es uno de los puntos preferidos para los picnics y correrías de los extraterrestres. Durante cinco días los helicópteros de la policía surcaron el cielo y las fuerzas militares rastrearon palmo a palmo el terreno, hasta que, finalmente, el sexto día, encontraron el pick-up con el reverendo encima. Estaba sentado en su silla, tal cual como David lo dejó, cubierto por una espesa capa de polvo y con unos 150 kilos menos: le caían laxos los mofletes, y la panza, otrora orgullosa y rígida, se desparramaba sobre sus piernas. El reverendo Johnson estaba seco y momificado, con la mano alzada como quien arenga a las multitudes, quizás en un último e inútil intento de cristianizar a los heréticos seres de otros mundos.

El viajero que recorra el desierto tejan, en el kilómetro 254, mirando hacia la derecha, podrá observar el pick-up del reverendo con un estatua que lo representa con la mano alzada, predicando a los cactus y a las piedras; y, por el módico precio de 700 dólares diarios, podrá entrar a formar parte de la larga cola de obesos que peregrinan hasta la estatua del reverendo, siguiendo esta nueva terapia antiobesidad, o bien podrá buscar la emoción de un secuestro de los extraterrestres, a costas de dejarse el pellejo junto con la grasa.

Rosa M. Arroyo

Madrid (España)



Rosa M.
Arroyo

Madrid, 1.963

Reside en Madrid

Primer premio del *Certámen de Cuentos BESANA* (1.981), participa asiduamente en el *Taller de Literatura en la Biblioteca Pública "María Moliner"* de Madrid. Textos suyos han sido publicados en varias webs y revistas literarias, entre las que figura la revista de creación poética "*Prometeo*", de Barcelona.

Participación en publicaciones colectivas
"Antología del Centro de Estudios Poéticos de Madrid, Estrella Fugaz" (2003)
Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
19 Julio 2.004

<http://rosa-arroyo.sensibilidades.com/>

soulmefree3@yahoo.es
rosam318@telefonica.es
rosam318@hotmail.com

Índice de textos

“Desnudez”
“Alimentando interiores”
“Inspiración”
“Llanto barroco”
“Para llegar al fondo”
“La huida”
“Cesto herido”
“Voz de fondo”
“Regreso a tu vientre”
“Los hilos”
“Litografía interior”

Desnudez

(Tras la última siega interior...)

Lastre silente que sucumbe ante la palabra
con leguaje de heno entre la carne y las uñas,
que claudica bajo el filo del acero
en culminación insalvable de horas muertas.

-Yugo inconfundible
que socava el hambre de recuerdos
y ahoga el tiempo en hilos nocturnos-

Este peso de años en quiebra constante,
martirio de equinoccios sin cosechar,
hoy ofrecido sin ropajes al verso
sobre un almiar de letras como broquel.

Alimentando interiores

Se amamanta el alma con los senos de la inconsciencia,
alimento fermentado en las horas enhiestas
de grietas atemporales condicionando la razón,
con la leche enquistada de sus pechos.

Y se ofrece solícita
a una boca deformada y sedienta
que busca en los turgentes pecíolos
el nutriente para su fondo de emociones.
Los labios del entendimiento succionan ávidos
en la realidad deshilachada
que el indeleble sueño guarda celoso.

Luego, saciada y rebosante,
cae como hojarasca de las manos,
mientras los huecos de sus ojos salivan
fluidos de letras y versos
en la mueca consciente del despertar.

Inspiración

*A los que quiero
(Todo por y para ellos)*

Cae la tarde sentada a mi lado, aguardando recitales nuevos en los ojos. Tal vez un reflejo bermejo juegue con el verde y el azul a componer historias sobre un horizonte engañoso de mar lejano.

Me obliga la necesidad, a implorar a las caracolas de tus manos recitar anhelos que duermen en el fondo marino de sus palmas, sintiendo, en el tacto, torrenteras de sangre que vagan inciertas por el cuerpo, hasta encontrar la ensenada de las terminaciones nerviosas.

Y vas creando surcos invisibles para sueños inalcanzables que impiden dejar de soñar, apareciendo, por el empedrado minúsculo de la piel, para narrar cuentos ventriculares en el pulso semi-inerte que deja la tormenta en el aire; apenas un sonido resquebrajado, latidos de un gota a gota último, con el deseo de vaciar océanos en evaporaciones, a través de válvulas mitrales desperdigadas en letras.

En la espera emocionada me quedo, sin el sesenta por ciento en el cuerpo al liberar de mis ojos glaciares dormidos, y ya soy toda crepúsculo a la escucha, guardando en las uñas las palabras que avanzan más allá de la mesa, donde reposa la semilla para ser germinada... como pausas y silencios en partituras: labios ávidos de sol con el deseo de ser flor y música en tu boca.

La marea llega con la noche a romper tus ojos en mi roca. En un golpe de mar, la sal me sangra hasta perder el cuarenta por ciento restante, y dejo de ser....

En el abandono, quiero ir contando las vueltas del dibujo de tus manos, hasta tocar tu fondo, mientras la última gota de mis venas se queda como un verso entre tus dedos.

Llanto barroco

Me impresiona tu mirada de libro abierto,
preámbulo para cuerdas y violines
en las simas de tu rostro.

Bendito oráculo y atril
con mueca infalible de voz rota,
adelantando el primer movimiento
de un concierto en La menor.
Sal sin olas sobre negros pentagramas verticales:
mareas y silencios en hebras de luz sumisa
huyendo hacia las sombras
para adivinar partituras en la piel.

-Allegro profundo que brota de tus ojos-

Me emociona tu fondo barroco
de primaveras nuevas
cuando la sensibilidad te abraza.

Para llegar al fondo

Me supuran de nuevo las puntas de los dedos. La tinta se derrite y se escapa misionera sobre un papel en blanco, esculpiendo pequeños oasis en las palabras. Se formaron torrenteras en los ocasos invencibles de las mañanas silenciosas, dejando evidencias de un interior que quiere decir y, sin embargo, calla.

- Me pierdo

- Sí, pero no dejes de escuchar, por favor

Los caminos para alcanzar el horizonte se advierten en las cicatrices que dejaron las implosiones de sentimientos: cenefas de colores en las paredes de dentro, finos y delicados repujados en la piel, pequeñas litografías...

¿Ves los surcos que ahondan?. Para otros son un misterio, el que guardo en las alforjas de estas manos que se derriten en sus finales.

Siento, entre las uñas y la carne, como el azul y dorado sueño del día se acerca, casi desvanecido, estirando los brazos...

- Me pierdo. Esta niebla me viste de tul los ojos y sólo intuyo su luz que se acerca...

- Lo sé, pero cuando levante el día *tus ojos* sabrán leerme en los reflejos. Ya sabes, esos del espejo en el que nos encontramos.

La huida

Necesitaba huir de su acoso y, una tarde vestida de malvas, comenzó a dar largas zancadas por la habitación, deteniéndose en los rincones con las manos crispadas y lágrimas como estandartes para su enemigo. Percibía, en el blanco de las paredes, el infinito camino que tantas veces había visto sin atreverse a dar el primer paso. Aquel día decidió, por fin, escapar.

Saltó por la ventana al abismo que se le presentaba como el escalón último para acceder a la paz tantas veces anhelada. Fue el primer escollo que necesitó superar para comenzar el viaje.

En su cara apareció la sonrisa que tantas veces le había prohibido la voz represora, y se sintió libre por un instante, observando, desde su vuelo, el césped recién cortado del jardín. Aspiró el aroma emergente del filo sangrante de savia, preguntándose si aquel lugar sería seguro, pero se sintió desnudo, y a la vista de todos y todo, cuando sus ojos le marcaron el vasto verdor que se ofrecía al cielo. Todavía experimentaba la respiración sibilina en su nuca.

Divisó los tejados planos y grises de cemento que sólo imaginaba desde su casa, pero en aquellas azoteas, expuestas a la inmediatez de la luz, tampoco estaría a salvo de miradas y escuchas.

Pasó por bosques con forma de inmensos capullos que guardaban en su interior historias de hadas y duendes, de suelos pintados de ocre otoñal y el verdiblanco del musgo y níquel, pero incluso en aquella cueva de troncos y hojas presintió que no encontraría la tranquilidad ansiada pues percibía, acechante, su aliento de bestia.

Alcanzó la inmensidad del océano y descendió al abismo silencioso con el movimiento de una anémona soñadora, sediento de convertirse en blanco coral o roca azul, pero allí también fue a perseguirle con su falso abrazo.

Cansado, como un ave migratoria después de miles de kilómetros, se posó en una playa deshabitada de olas. Quedó varado, y sintiéndose en el silencio sepulcral del lugar, por fin a salvo de ese vaho hecho voz que le martirizaba a todas horas, cerró los ojos para proteger con el sueño la mueca victoriosa de su cara. Era el final de su huida.

.....

Cuando abrió los ojos, tenía las manos tapando sus oídos y su barbilla hurgaba en las rodillas. Frente a sí, contempló con horror como la angustia le miraba triunfante desde la blanca pared, tapaba el camino con su cuerpo y le tendía sus brazos de boa.

Cesto herido

"Su alma es como un cesto de mimbre"

Se resquebraja la memoria con dolores nuevos,
cristales que rasgan la carne abierta
derramando mares desconsolados.

Mimbre que con su entramado anhela ser
soporte inconfundible de esperanza,
formando cubiertas impermeables
para digerir los tiempos de ausencia.

(¿Cómo sostener el cesto herido
sin quebrar el mimbre?)

La palabra huele a verde manzana de suelo limpio,
descarga de pesos, a falta de tacto,
en los significados ocultos;
también la desnuda rama mimbrera
con sus resquicios vulnerables,
guardesa de dibujos
como muro de tumbas egipcias.

En las horas dolosas de ocasos inesperados
es necesario papel para forrar el alma.

Mas...

¿Cómo sostener el cesto herido
sin quebrar el mimbre
...sólo con la palabra?

Voz de fondo

Redoblé esfuerzos en la aridez
sin manos suficientes
que abarcaran tanta letra callada.
Ahondé con ojos exhaustos
buceando en el silencio dormido
entre la escarcha de otros libros.
Los días acunaron versos,
yo los dejé soñar.

Para respirar estiré mis brazos
y en mis labios mudos
puse oraciones.
La voz esta: Voz de fondo.
-¡Hay tanta luz dentro!-

Ahora, multiplico fuerzas para no perderme.

Regreso a tu vientre

Regreso a tu vientre de nicho
amparada en las sombras de tinta.
Busco el silencio renovado de la oración escrita
pero no quiero palabras necias en mis manos.

Me abandono al grito último de tu voz
desechando su oscuridad,
necesito el retorno a tu útero críptico
con jeroglíficos sobre piel claudicada.

...Escapé de otros cementerios de olvidos
para tornar eternamente a dormir
en las tranquilas aguas de tu vientre...

(Papel y lápiz sopesan la idea de ser mausoleo)

Los hilos

Se sentó a mi lado, en el banco más alejado del jardín donde yo aguardaba paciente la llegada de María, que como siempre se retrasaría.

Después de un corto tiempo de silencio, comenzó a hablar lento y con la mirada perdida. Hablaba, de cien enanitos que habitaban bajo los minúsculos tréboles que alfombraban el verde a nuestros pies, mientras señalaba convencido; de cristales rotos que reflejaban el sol, dirigiendo su mano temblorosa hacia los guiños de sus rayos al colarse entre las ramas de los árboles; de sueños perdidos...

Hubiera sido fácil levantarme con cualquier excusa y dejarlo, empezaba a dudar con quien de los dos hablaba: conmigo o consigo mismo, pero no pude negarme a seguir escuchando, me intrigaba su persona y, mientras continuaba su monólogo sobre sueños de abuelos y amores viejos, le observé.

Tamborileaba los dedos sobre su rodilla izquierda como si jugara al trote con ellos o como si entonara una melodía muda que sólo estaba en su cabeza. Sus ojos destilaban vivencias indefinidas, antiguas, difíciles de catalogar en ese iris oscuro y lejano. Eran el sujeto principal del cuadro barroco que formaba su rostro: la frente estaba roturada con profundos surcos donde su mano derecha parecía buscar las palabras; sobre sus mejillas, la luz dibujaba en escorzo sombras hasta la comisura de su boca, descubriendo en ellas misterios no revelados.

Como si leyera en mis ojos, dejó de hablar bruscamente y, con una mirada intensa y directa, me dijo:

-Yo coso, ¿sabes?. No soy modisto, ni sastre, pero coso. Creo mis propios hilos con una rueca que heredé de mi abuelo, transformando en filamento el algodón que me regalan, y, después, bordo con ellos sobre telas que esperan pacientes y vírgenes.

Me gusta sentarme en la noche. Las estrellas me dan el color plata y esos enanos me ayudan con el verde -dijo, señalando hacia el suelo-

Cuando terminó, una media sonrisa flotaba en su cara. Su mano se movió lenta hacia el bolsillo y de allí sacó decenas de cuartillas y trozos de papeles arrugados que sus dedos temblorosos insistentemente trataban de estirar. En un giro de cabeza pude ver que eran poemas, cientos de versos en diferentes colores.

Le sonreí complacida y, respirando hondo, convencida que todas sus palabras primeras habían sido un adorno para contarme que también escribía, bajito le dije:

-Son versos.

Su media sonrisa se abrió completa y mirándome a los ojos, sólo dijo:

-No. Son Hilos.

No supe qué decir. Me salvó María llamándome mientras se acercaba.

Cuando iba a despedirme de él, le oí susurrar. Estaba de rodillas sobre la hierba recogiendo los papeles que se le habían escapado de las manos al escuchar la voz de mi amiga... Le rogaba a alguien que le escondiera los pensamientos, que pronto volvería a buscarlos, que iba a casa a por tela y aguja, que la rueca estaba lista...

Litografía interior

Prometiste quedarte
mientras cerrabas los ojos.
Y cartografié los contornos de tu sonrisa,
apuntalé el trasfondo de tu mirada,
y como un tatuaje eterno
dejé tu nombre en mi boca.

Ahora, sólo puedo verte,
ausente de ti y de mí,
en la doliente cicatriz
que tengo en el alma.

Gaviola de Aznaitín

Marbella (España)



Socorro

Mármol Bris

Bedmar (- Sierra Mágina, Jaén),
1.944

Reside en Marbella y Madrid

Cursó estudios de Magisterio y, con la Promoción del 63, regresó a Jaén, como *MaestraEscuela* -como le gustallamarse- desarrollando su docencia en la *Primera Campaña de Alfabetización de Adultos*, primero en el *Grupo Escolar Alcalá Venceslada*, después en el barrio de *Sta. Isabel*, y finalmente, fundó el primer centro de alfabetización en un *Sanatorio Antituberculoso* en *El Neveral*. En 1979, terminó su carrera de Abogada, en la *Primera Promoción de la Universidad a Distancia* y, desde entonces, ejerce en Madrid y Málaga. Primer premio de relato breve del certámen "*Villa María*" (A Coruña, 1999) y segundo premio de relato breve 2004 del *Colegio de Abogados de Málaga*; confiesa que el premio más entrañable lo logró "cuando, allá por mediados de los cincuenta del pasado siglo, participé en los *Juegos Florales* de la FERIA de mi pueblo, en los que, en la categoría infantil, me dieron un premio de ¡DIEZ DUROS!, que me gasté comprando calabaza en dulce, turrón de almendra, anillos de los del "serrín", tres o cuatro cintas de raso, cromos de santos, brea y palodú".

Obra impresa individual:

"*Mágina Mágica: cuchicheos y patrañas*" (narrativa)

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

"*Desvelados*"

"*Antología de poesía erótica: larghetto ma non troppo*",

"*Antología de narrativa: humor con extrema-unción*"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
12 Septiembre 2004

<http://gaviola.sensibilidades.com>

gaviola@sensibilidades.com
gaviola@eresmas.net

Índice de textos

“Ser Dios”

“Oración a un Dios inexistente”

“En mi propia semilla, te llegará mi voz”

“Mambrú, no seas valiente”

“Do-Re-Mi-Fa-Soles en oriente”

“Las pilas agotadas”

“Yo nunca se lo dije...”

Ser Dios (*)

Hoy me he levantado con ganas de ser Dios. Así que he entrado en el Cielo, me he puesto en jarras frente a Dios y le he dicho:

- ¡Quiero ser Dios!

A mí no me ha parecido que utilizara una voz tan enérgica como me hubiese gustado. Y es que Dios siempre me atemoriza bastante. Pero, curiosamente, Dios, que estaba a lo tuyo, me ha respondido sin mirarme siquiera:

- Como quieras. Que conste que tú lo has decidido. Desde este momento eres dios. No me ha gustado demasiado que me nombrara "dios" con minúsculas cuando yo siempre le he respetado el tratamiento; aunque, metidos en miedos-, hasta a mí me entra recelo de apoderarme de las mayúsculas para estos menesteres.

Pero lo que menos me ha gustado es lo que iba diciendo cuando ha abandonado su trono mientras yo me arrellanaba en él:

- Te vas a enterar a partir de ahora de lo que hacen por ahí en nombre tuyo..., que no hay como ser Dios para empezar a conocer lo que es la culpa; para darte cuenta del gran error que fue ponerse a jugar con el barro haciendo hombreritos.

- ¡Qué más da! A la postre se trataba de ser dios, aunque fuera con minúsculas, y lo he conseguido. Ahora soy jefe de Ángeles y Demonios, creador del Mundo y señor de los Hombres.

¿Se puede aspirar a algo más que a tener la facultad de juzgar, castigar o premiar a todo el Universo?

Por cierto, a quien corresponda: Recordadme que condecere a Dios cuando se acaben las Guerras que me deja pendientes.

¿Qué por qué?

Pues por su imprevisión: por haber tenido el valor de crearme sin recelar que, a la larga, le arrebataría el cetro y le discutiría el mando de esta tropa...

MARINEDA. 19.9.2004

(*) Del inédito "EL LIBRO DEL QUERER SER"

Oración a un Dios inexistente

Rastréame en el afán del minuterero
que persigue las horas en tu ausencia
y me convierte en una culpa ambigua.

Cuando dices:
"aún tengo muchas cosas que decirte"
una monotonía de tiempo extraviado
le muerde los harapos
al reloj que malgasta su círculo cautivo
en recóndita espera interminable.

Regresa con las manos liberadas,
duplicando rumores clandestinos,
en un latido agreste.

Libérame de ser confesionario,
cuenco de penitencia sin arrepentimiento,
calvario de atriciones,
expiación de culpas,
imposibilidades.

Ámame.

¡Amén y que así sea!

¿Es un ruego al dios de los ateos?

En mi propia semilla, te llegará mi voz

Te llegará mi voz
Igual que un *"vulánico"*
Madurado
Bajo el sol de poniente,
Arrancado de mi por cualquier viento,
Saciado de mi sangre,
Germinado
En mi propia semilla enamorada.

Mambrú, no seas valiente

*- "Mambrú se fue a la guerra,
"mirusté", "mirusté" que pena...
Mambrú se fue a la guerra,
no cuándo vendrá.
Do-Re-Mi...Do-Re-Fa,
No sé cuándo vendrá
Si vendrá por la Pascua,
¡qué dolor, qué dolor, qué gracia!
si vendrá por la Pascua,
o por la Trinidad.
Do-re-mi, do-re-fa,
o por la Trinidad.*

- Mamá, ¿qué cantas?
- Le estoy cantando al miedo, corazón, a ver si se me duerme.
- Pero es de día, Mamá. Nadie puede dormirse de día...
- ¡Mambrú sí! Si no viene de día es que se ha dormido para siempre. Y entonces, los dos tendremos miedo.
- ¿Qué dos, Mamá, tú y yo?
- No, hijito. Yo y Él somos los dos a tener miedo por ti, que eres nuestro Tres.
- Y, entonces... ¿vendrá el lobo feroz, Mamá?
- ¡No, hijito!, El lobo irá a donde pelean los valientes. Y, si Él no se acuerda de tenerle miedo a la Guerra, a ella se le pondrá boca de lobo feroz y se lo tragará así: ¡Aummm! ¡Todo entero!
- ¡Pues yo sí que tengo miedo, Mamá!
- ¡Ay de ti si no sigues teniéndolo toda la vida, hijito! ¡Que no me entere yo que quieres ser valiente! Que no te parí yo para que achortales con tu sangre las tierras de los otros.
- ¿Qué otros, mamá?
- Los más valientes...
- ¡Eso, Mamá! Si tú quieres, siempre seré cobarde, ¿vale?
- ¡Vale!

*...La Trinidad se pasa,
¡qué dolor, qué dolor, qué guasa!,
la Trinidad se pasa
Mambrú... no viene ya.
Do-re-mi, do-re-fa,
Mambrú... no viene ya.*

- ¿Qué haces, Mamá?
- Recordando valentías inservibles y medallas de azogue, corazón...
- Pero, Mamá: yo pienso que al árbol le tienen que doler mucho que tú recuerdes en su tronco con la navaja de Papá.
- Los recuerdos no duelen en el árbol. Porque el árbol está dormido y no se entera mucho. ¿No ves que ya no es Primavera?
- Pues, cuando sea otra vez Primavera, vendrá Papá y se enfadará mucho contigo por tocarle su navaja.
- Nunca será de nuevo Primavera, corazón. El valor es invierno y el invierno es filo de navaja. Ahora seré yo la dueña de esta navaja. ¡Y voy a mellarle el filo!
- ¡Qué bien, Mamá! Así podré tocarla yo también si cortarme.

- Por qué lloras, Madre.
- Porque me parte el alma verte vestido de Mambrú.
- Esto es un traje de soldado, Madre, y tengo que llevarlo...
- Pero tú, cuando eras pequeño, me habías prometido no ser nunca valiente. ¡Y no lo has cumplido!
- Sí lo he cumplido, Madre. ¿Por qué te crees que me dicen el gallina?
- Pero te ha faltado tiempo...
- ¿Para qué? Yo no me voy voluntario. Me llevan como a un bulto con ojos.
- ¡Ay!, ¿por qué tuviste que nacer hombre? ¡Malditos sean!
- Mejor me hubieras parida hembra, Madre, para no oír cómo me tupen ellos y tú me maldices.
- ¿Cómo piensas tú que una madre pueda maldecir de sus entrañas?
- No lo sé, Madre. Pregúntaselo a la Madre Patria.

- ¡Que ya llegan, que ya llegan...!

- ¡Ay, Mambrú, vestido de bandera...!

...Por allí viene un paje,

¡qué dolor, qué dolor, qué traje!

por allí viene un paje,

¿qué noticias traerá?

...Do-re-mi, do-re-fa,...

lo llevan a enterrar...

En caja de terciopelo, ...

¡qué dolor, qué dolor, qué duelo!,

en caja de terciopelo,

¡Y TAPA DE CRISTAL!

(Dedicado a Mi Mambrú en el día del amor. 14.2.2005)

Do-Re-Mi-Fa-Soles en Oriente

(mixto 38) (... y otras guerras)

*Espera,
no me hables ahora.
Dicen que fue llegando
la inmensa boca líquida
engullendo los fértiles perfiles
donde tu y yo
fundimos nuestra voz entre las algas.*

Eran las Islas, en mitad de la fiesta de los besos, como invitadas rústicas luciendo sus colores inauditos, sus palmeras de aire, sus arenas de conchas derretidas. Nosotros las mirábamos como si presintiéramos algún desafinado Apocalipsis...

*"Do", donde aquel "Re-cuerdo"
de horizontales "Sol-les" encendidos.
Tú y yo,
como nativos dioses,
robándole la voz al Mar taimado:*

Vaivén de música jamás oída antes; desigual, repetida en inocentes olas que a ti te recordaba el canto de la arena del desierto junto a las dunas vivas de mi tierra:

*Zampoña vegetal
que desgranaba ociosa
los Do-Re-Mi-Fa-Soles
ensartados en hebras de fatiga
sobre las playas vírgenes
donde te desfloraba mil veces, virgen mía,
con orquídeas y besos.*

Música de crepúsculos surcados por impacientes pájaros en busca de su rama preferida. Era el canto nocturno de líneas vegetales dibujando negruras transparentes... Tú y yo en reverente asedio de ternuras...

*No digas nada aún,
no quieras empañarme este recuerdo inútil.*

*Aquellas lejanías en el Índico
tenían color de perla, perfume de pimienta,
era como este mismísimo Chopin en "Mi" bemol:
lágrimas desgranándose en cuentas sin colores...
Tú y yo
bajo el asombro
de un espanto preciso en mitad de los ojos...*

Las olas, -¿recuerdas que te hablé de sus traiciones?- dicen que se tornaron nocturno doloroso de insomnios espantados. Dicen que el viento llora silencios de nativos con lágrimas de barro, como espinas de un maguey oriental desafinado, helándose en plomizos vegetales que arrullan agonías de aquellas caracolas con las que hablaba el aire...

*¿Se habrá borrado el nombre
escrito en las arenas...?*

Las pilas agotadas

*Algunas noches se acaban
antes de tiempo...*

Su corazón cilíndrico,
mineral, prisionero en azogues,
palpita intermitente:
ya no estoy,
ya no soy,
ya nooo
nooo
noo
no
n...
...en el mercurio de mi voz metálica.
¡Son demasiadas horas hablándole a los nadie!

Marineda casi en Primavera.

Yo nunca se lo dije...

- Yo era por entonces Maestra Nacional.

- ...

- No. Eso no. Profesora de Educación Básica, no. Simplemente Maestra. "MaestraEscuela" por más señas.

- ...

- No Señor. No era yo de malear criaturas, cuando ni yo misma sabía de esas picardías a pesar de estar ya entrada en años. Pero lo que pasó tenía que pasar.

- ...

- ¿Azorada? Pues le diré: que ni tiempo me dio a pensar en lo que estaba pasando cuando aquella boca de chiquillo hambriento me azuzó a mi condición de mujer y me arrinconó la de Maestra. Luego, todo fue como una cadena de suspiros aflojándonos las carnes, y como una carrera de miedos pensando en que entraran los otros chiquillos del recreo y nos pillaran en el trance.

- ...

- ¡No me diga usted esas cosas! Ya se que para un cura, en estos menesteres, hasta lo más claro se empaña si no está bendecido. Pero yo le juro, por mis muertos, - que son lo único sagrado que me queda-, que aquélla fue la primera vez para él y para mí. Pero ¿qué podían hacer una maestra sin resabios y un alumno que empezaba a disfrutarlos?

- ...

- Fue el Alcalde. De cómo se enterara no puedo referirle. Aunque aquella agonía que nos tenía consumidos estaba en boca de todo el Pueblo. Entonces me mando llamar por el Alguacil y me echó de la Escuela.

- ...

- Ya sabe usted: sin posibles, y con aquel baldón en mi expediente, una no es nadie. Así que me agarré a lo primero que me salió...

- ...

- Así nos llaman, sí Señor. Y eso cuando no nos llaman algo peor. Pero de algo hay que vivir. Y, de rechazo, estaba al ladico mismo del Mozo.

- ...

- Yo nunca se lo dije. ¿Para qué iba a decirle que me iba o a donde iba si era solo un chiquillo empicado en un cuerpo rancio? Hice el hatillo y me mude una mala madrugada, tal que si me hubiera tragado la tierra. Porque, entre las razones y las sinrazones que me dieron el Cura y su cortejo, entresaqué lo mío. Y me faltó tiempo para comprender que una mujer en decadencia, por mucho que porfíe, no puede retener a su vera carne fresca.

- ...

- Eso vinieron a decirme: que aullaba por las noches delante de mi puerta como un lobillo chico. A saber lo que le dijeran o lo que él se barruntara. Mejor que pensara que me había muerto a que supiera que me tenía a las afueras del Pueblo

- ...

- Alguien de mala querencia tuvo que alertarlo, porque usted ya lo sabe que "*La Alegre Casita de las Luces de Colores*" no la pisan las almas de bien. Aquí no entra más gente que los borrachos y los viejos.

- ...

- Tiene usted toda la razón: ¡Y los que van de paso!

- ...

- ¡Como una furia del averno! Tenía usted que haberle visto los ojos cuando abrió la puerta y nos vimos las caras. Ni alientos tuvo para decir algo más que mi nombre, borrarne de un sostrazo⁽¹⁾ la pintura de los labios y arrebatarme a besos los ojos. Luego salió de aquí de esa manera: como si ya llevara en sus manos la tomiza⁽²⁾.

- ...

- Eso no, Señor Cura. Ya sé que a los que se cuelgan no se les da tierra sagrada. Pero, no darán lugar a que lo entierren como a un perro; alguien irá al entierro; aunque solamente sea para mentarle su mala cabeza entre avesmarías. ¿O piensa usted que no?

- ...

- ¿Yo? ¡Ni mentarlo! Pero écheme usted las cuentas de lo que vale una buena caja, que ahora me sobran los dineros, para que no tengan que acarrear al muerto en la caja de las ánimas y darle tierra desnudico. Que aunque sean dineros impíos tampoco van a enterrarse en el CampoSanto.

- ...

- Y ¿qué pinta una puta en un entierro aunque sea el de un réprobo...?

(1) Guantazo, bofetón

(2) Soga recia

Cati Cobas

Buenos Aires (Argentina)



*Cati
Cobas*

Buenos Aires, 1.949

Reside en Buenos Aires

Maestra y Arquitecta, Directora del *Centro Cultural Una Puerta al Sol*, en Parque Chacabuco, sus "*Caticrónicas*" están presentes en el programa de radio *AM Desayuno Continental* (Radio Continental de Buenos Aires).

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
13 Septiembre 2004

<http://cati-cobas.sensibilidades.com>

cati.cobas@sensibilidades.com

Índice de textos

“La herencia”

“Mientras te aguardo”

“Ecos”

“Jamón del medio”

“De gauchos y chorizos”

“El duplicado”

La herencia

Recuerdo el día en que papá te trajo luego de firmar una docena de pagarés para poder tenerte. Olías a nuevo y satinado. Confieso que, aún hoy, ese aroma me resulta casi, casi lujurioso. El cuero de tus tapas encerraba el mundo en aquellos años. No había más: la radio y el papel eran las formas cotidianas de acceder a la vida más allá de nuestra sencilla casa.

Eras un lujo, y como tal, ocupaste siempre el lugar de honor en nuestra biblioteca. Por ti supe de Goya y de Velásquez, de ti aprendí el nombre de los pájaros y a ti acudí cada vez que las tareas escolares se volvían complicadas.

Me acompañaste durante todos los años jóvenes y fuiste buen amigo. Mejor que yo, quizás, porque te olvidé durante mucho tiempo en brazos de otros libros y otras bibliotecas. Es más, ahora tienes una competidora electrónica que resuelve lo que tú en un pulsar instantáneo de teclados.

Pero siempre se vuelve al primer amor, eso es tan cierto...

Cuando regresé a esta casa convertida en madre de mi madre y te encontré, fue como si nunca nos hubiéramos separado.

Como en los viejos sabios, descubrí en los recovecos de tus páginas algo más: eras mi verdadera herencia.

Mi madre ya no habla con la voz. Ella, que profesaba un culto a la dicción y al buen decir, sólo se expresa con los ojos. No puede cargarte tan siquiera, pero cuando sus nietos buscan la respuesta a alguna tarea de la escuela, mi madre te señala.

En tus páginas ha albergado cientos de recortes elegidos entre La Prensa y La Nación que amplían tu saber y lo concretan. Así descubro que a ella le interesaba Borges, que un 4 de junio partió de este mundo Andrés Segovia o que Marguerite Yourcenar nos dejó en un diciembre nevado y aterido.

También surgen los nuevos descubrimientos de las ciencias, el viaje del hombre a la luna y las reseñas de las últimas guerras destructoras.

Eres mi legado de palabras, de sueños y tal vez de olvidos.

Pero eres, también, el mandato que dice "la vida continúa", y el saber debe ocupar un preciado sitio en ella.

Por eso, en unos años, quizás algún nieto descubra en la mitad de tus entrañas, allá donde se encuentra muy oronda la letra h, la infografía sobre las hormigas que acabo de agregar apostando al mañana.

Mientras te aguardo

Esta mañana tardas en llegar.

Deseo el momento de tu arribo para calmar el frío que azota mi alma en este invierno.

Desde que renuncié a él, que me brindaba amparo, no termino de acostumbrarme a ti, a todo lo que implicas. Y, sin embargo, te necesito día a día, irremediablemente.

Es cierto que ni siquiera tu olor me agrada. Hueles a rancio, a sudor y a algo más que aún no distingo. Mas he debido disfrutar hasta de eso.

Él olía a lavanda. Su cadencia suave me acunaba, si bien me mantenía alerta y hacía el esfuerzo de no convocar al sueño estando en su compañía.

Tu brusquedad altera mis sentidos, pero me duermo pronto, para permanecer lejos de ti y de tu esencia.

Aunque, de cualquier modo, espero tu llegada, aguardo, ansiosa, el instante en que apareces.

Es que es invierno, llueve, estoy en la parada y habiendo vendido el coche: ¡tú eres imprescindible, autobús!

Ecos

En algún lugar quedaron esos ecos
enredados en ingenuas volutas de niebla.

La lluvia
no fue
desde entonces.

Y sin embargo,
su música devuelve
nostalgias irrenunciables
y tenazmente clandestinas

Jamón del medio (caticrónica)

Estar en el medio es lo peor, no me digan que no.

Jamón del sandwich, lo más rico pero lo que con más gusto se devora. Hijo del medio, tenés que pelear por la ropa y el espacio. De clase media ciudadano, nadás entre dos aguas, conocés lo mejor, lo más chic, sabés que existen viajes y placeres y tenés cultura para valorarlos, pero resultan inaccesibles; por otra parte, viajás en colectivo o subte, vas al supermercado, mandás a tus hijos a la escuela con otros como vos o menos, conocés bastante de cerca la pobreza.

Y en esta crisis que nos toca, tratás todos los días de mantenerte a flote, nadando entre dos aguas, pero sintiendo que la corriente te lleva cuesta abajo por mucho que te empeñes en negarlo.

Y así, jamón del sandwich, salí a descubrir la primavera porteña dos mil dos.

Comencé por Florida, mi calle favorita. La caminé despacito desde Avenida de Mayo, donde ni siquiera se llama Florida, sino Perú, en homenaje a nuestros vecinos de continente. La excusa: trámite bancario...el corralito, ¿saben?

Florida es hermosa todo el año, pero ahora más, aún con vendedores ambulantes. Las primeras calles hasta la Diagonal son las más tristes, las que están pobladas de argentinos y no tienen canteros florecidos. De a poco los comercios se ven puestos como para los turistas. Ha resurgido la moda nacional y los mates de plata y alpaca, los cuchillos repujados, los objetos de cuero, los tapices, brotan por doquier. Hacía muchos años que esos comercios habían desaparecido, pero ahora han alcanzado un grado de sofisticación que no deja de enorgullecirme.

La elegancia, en las Galerías Pacífico, con sus hermosos techos que me hablan de pintores como Berni, Castagnino, Spilimbergo, sus pisos de mármol travertino, sus herrajes de bronce y su aire de galerías europeas me hace pensar que ayer nomás éramos Primer Mundo. La fuente del subsuelo se adorna con cisnes de papel maché y los perfumes franceses me envuelven y marean.

Un sueco y un alemán contemplan piezas de rodocrosita -vienen de San Luis- leo en los labios de la diligente vendedora, tan bonita y joven como todas las primaverales oficinistas que se dan una vuelta por ahí para tratar de almorzar con los

cinco pesos del vale de su almuerzo. Esas piezas de piedras naturales eran el monumento a la cursilería; sin embargo, las que hoy contemplo son pequeñas maravillas color rosa o verde. De lejos adivino la fría lisura de su contacto; marmoladas, traslúcidas, muestran una perfección en el diseño y un buen gusto que me hace desearlas, pero me aparto rápidamente del escaparate. Ni sueca, ni alemana. Soy argentina.

Al salir, levanto la mirada por sobre la maraña desordenada de cables que cruza Florida y el cielo más celeste que pueda imaginarse me saluda poniendo marco a cúpulas de comienzos de siglo, a alguna mansarda afrancesada muy visitada por palomas hasta que, finalmente, la Plaza San Martín me recibe con su aire más diáfano y perfume a paraísos en flor. Aquí hoy no hay ni rastro de humedad. El Plaza Hotel reboza de extranjeros.

La primavera huele bien en Buenos Aires...

Tomo el subte. Debo hacer el recorrido completo hasta Lugano. Un supermercado de productos para la construcción me espera.

En Plaza de los Virreyes trasbordo al Premetro. También es Buenos Aires bien al sur, más allá de Pompeya, justo en la inundación. La inundación ya no está. Los terrenos se rellenaron con basura y en la basura hay gente. Gente viviendo en casuchas de lata, de ladrillo mal puesto y peor revocado.

Leo en un cartel: *"Comedor comunitario...Asistente social de ocho a diez, lunes y jueves" ... Chiquitos de zapatillas rotas, caritas tiznadas por la falta de agua suben al vehículo. "Llevan guardapolvo -pienso, tratando de animarme-, tal vez, si estudian... y a pesar de la pobreza, la primavera también se siente por aquí"*.

La naturaleza es generosa y los alambrados, que bordean el terraplén del ferrocarril, están cuajados de flores lila y campanillas naranja; vuelan gorriones y el aire es transparente, como el de Plaza San Martín.

Este paseo primaveral no termina de sorprenderme.

Al regreso, mis oídos ensordecen por el rítmico y acompasado redoble de latas y de bombos.

Hay unos cien piqueteros que pretenden viajar hasta el centro para hacer llegar su protesta.

...*"La miseria huele mal"*, alguien me dijo alguna vez. Y yo me escandalicé. Son jóvenes, muy jóvenes. Esos muchachitos que en otra época hubieran trabajado en un taller mecánico o en una obra en construcción y hubieran sabido de la dignidad y el orgullo del trabajo bien hecho con veinte años o poquito más, hoy tienen la piel y el alma curtidas y a casi todos les falta media boca de dientes. Mi impotencia hace que me sumerja en el catálogo y trate de leer en vano... cemento...a tanto la bolsa, ladrillos... ¡jay! No tengo que llorar si es primavera.

Recibo con alivio el cartel que me anuncia mi regreso al barrio. Y me dispongo presurosa a huir de tanto dolor. Las calles, con sus techos cuajados de glicinas, jazmines y buganvillas, para nosotros Santa Rita, me tranquilizan. Hay golondrinas que giran desconociendo pobreza.

Perfume a jazmines y tilos y muchachitas que salen de un colegio en grupos risueños, desbordando ganas de vivir.

Cada casa tiene un árbol en su frente. Paraísos otra vez, los más fragantes, algunos gomereros que rompen las veredas con sus raíces destructoras y algunos ceibos. Los balcones rezuman alegrías del hogar y rosadas azaleas.

Las vecinas vuelven a casa con lo que han podido comprar para el almuerzo y el diariero insiste en su pregón tan familiar y repetido.

Mi casa me recibe. Los hijos han llegado de la escuela y aguardan ansiosos el almuerzo. Mi jazmín de la China me saluda. ¡Bendita rutina! Estoy a salvo por ahora.

Después de todo, ser jamón del medio no es tan malo...

Buenos Aires 2002

De gauchos y chorizos (caticrónica)

El gaucho, que ocupó nuestras pampas y se vio inmortalizado en *El Matadero*, en *Martín Fierro* o *Don Segundo Sombra*, nunca imaginó que, en pleno siglo veintiuno, la crisis proveería a esta ciudad de nobles imitadores de sus usos y costumbres. Yo conocía los *gauchos matreros*, los *gauchos arrieros*, los *gauchos baqueanos*, hasta *gauchos judíos* hemos tenido, que aún los tenemos por el litoral, bailando *chamarritas*, pero... la crisis ha creado una nueva clase de *gauchos urbanos*: los *gauchos...choriceros*.

Es que están brotando en las calles de ésta ciudad, unos sucedáneos de los fogones en los que el gaucho preparaba su carne desde tiempos inmemoriales. Se trata de una versión criolla de MacDonald del subdesarrollo y la desocupación, que amenaza con dejar exhaustas nuestras pituitarias.

Se ocupan de su preparación miles de desocupados que sacan la parrilla portátil, el changuito desvencijado o la lata con el viejo elástico de la *nonna*, a la calle y sin permiso municipal, ni vecinal, sin preguntarse si incomodan a algún vecino o caminante con su nuevo micro-emprendimiento, se ponen a preparar, a eso de las diez de la mañana, el fueguito con el que a mediodía cocinarán unos melancólicos chorizos, endemoniado vestigio del fogón del gaucho, y un poquito más aquí en el tiempo, de los proverbiales asados "*de obra en construcción*" que supieron formar parte del anecdotario ciudadano.

Lo mas curioso es que nuestros nobles choripanes, ofrecidos a la módica suma de un devaluado peso por unidad, encuentran gran aceptación entre los hambrientos transeúntes que los degluten con fruición, sin hacer caso del ahumado perfume que pasa a impregnar sus ropas, luego de alimentarse con tan tradicional y pampeano manjar.

De ese modo, su modesto aporte contribuye a paliar la escasés monetaria en las casas de los nuevos gauchos choripaneros. Esta versión alimenticia de los tradicionales fogones criollos amenaza con completar la ruina de los ya contaminados "*buenos aires*" de Santa María

Que si antes, lo que nos mataba a los porteños era la humedad, ahora serán los vapores del choripán.

(Buenos Aires, 2002)

El duplicado

(cuento de Buenos Aires)

Descubrí a las primeras en un banco de la plaza mientras estaba de custodia en la farmacia de Don Pancho. Eran igualitas. Sólo que una parecía la copia de la otra, pero con demasiadas arrugas. El mismo pelo rubio descolorido, las mismas uñas largas y rojas, la misma forma desgarbada de sentarse.

Después apareció otro par en el mercado. Otra vez las dos iguales. Pero éstas eran petizas, gordas y con anteojos de fondo de botella. La vieja llevaba apretado el monedero y la joven, la bolsa de las compras. Una bolsa tejida con sachés de leche trenzados al crochet.

Cuando me crucé con la tercer pareja, otra vez una joven y una vieja, éstas *lungas*⁽³⁾ y flacas como la Olivia de Popeye, pero como calcadas con el Simulcop, decidí investigar qué estaba pasando en esa zona de Valentín Alsina.

Uno no es *cana*⁽¹⁾ porque sí, para algo me tragué la escuela de policía completita. Está bien que de *sumbo*⁽²⁾ no pasé, pero igual, algo se aprende de investigaciones. ¿Por qué tenían que ser tan iguales? ¿Por qué? Digo yo.

Las seguí hasta verlas desaparecer en el galpón del *Tano*⁽⁴⁾.

Ese día no hice nada. Las dejé que entraran y no las molesté. Pero volví a la noche. A Laura no le dije, porque tuve la sensación de que se iba a reír de mí. Esperé a que se durmiera y en cuanto oí el primer ronquido, me puse el gabán encima y salí de la pieza despacito sin hacer ruido.

Caminé por el terraplén, hasta descubrir la silueta de la fábrica. Con la luz de la luna metía un poco de miedo, pero yo no soy cagón, así que me deslicé hasta debajo de la ventana y me puse a espiar a través de los vidrios roñosos.

Lo único que se veía era una máquina, enorme y vieja, que chirriaba en medio del silencio de la noche. Esa vez me tuve que rajar porque me pareció que se acercaba alguien.

A la mañana siguiente, cuando andaba de ronda con el patrullero, creí ver a las rubias de la plaza charlando con la gorda de anteojos más joven. Pensé: ¡Qué raro que se conozcan ésas! Pero Cacho, mi compañero, me habló de otra cosa y me distrajo.

A la noche volví a la fábrica, a ver si sacaba algo en limpio. Golpeé la puerta. No llevaba ninguna autorización para entrar, pero me había dejado puesto el uniforme con la chapa y todo. En último caso, con algún sopapo lo arreglo, pensé. No iba a dejar que me pasaran así, viviendo en mi zona multiplicadas, repetidas, sin que yo hiciera nada.

Me abrió la flaca vieja, pero no me dieron tiempo. En seguida me rodearon. Hubieran sido muy buenas en mi *laburo*⁽⁵⁾, la verdad.

No me dieron tiempo, te juro. Me hicieron entrar *de prepo*⁽⁶⁾ en un cuartito donde había un cartel que decía: "*Duplicados*", pero antes de entrar, me explicaron que era una *tanga*⁽⁷⁾ que habían encontrado unos chantas alemanes que vinieron al final de la segunda guerra. Cuando alguien no podía tener pibes lo metían en la duplicadora y chau. Lo malo era que a los pocos días la madre se veía como una piba al lado de la hija.

A mí me metieron a empujones.

Todavía no sé cómo pasó, pero no la puedo convencer a Laura de que ése que me sigue a todas partes no es mi viejo, sino que lo va a tener que querer como al hijo que no tuvimos.

Del *Lunfardo* porteño:

(1) *cana*: policía

(2) *sumbo*: suboficial

(3) *lungas*: altas

(4) *tano*: italiano

(5) *laburo*: trabajo

(6) *de prepo*: a la fuerza

(7) *tanga*: recurso

Ángeles Cantalapiedra

Madrid (España)



*M. Angeles
Cantalapiedra*

San Juan de la Maguana (Rep.
Dominicana), 1.960

Reside en Madrid

Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid, colaboradora habitual en varias webs literarias, textos de su autoría han sido publicados en *Ficticia.com* y en la *Revista Literaria Sensibilidades* (<http://revistaliteraria.sensibilidades.com/>),

Participación en publicaciones colectivas

Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Escritora invitada y Autora de uno de los finales alternativos de la novela "*Mudayyan*".

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
11 Octubre 2004

<http://angeles-cantalapiedra.sensibilidades.com/>

angeles_cantalapiedra@yahoo.es

Índice de textos

“Vida”

“Lola y el móvil”

“Cuatro estaciones”

“Tiempo de membrillos”

“Siempre”

Vida

A mis padres M^aTeresa y Vicente

A vuestras manos llegué como semilla sin agua.

El tiempo marcó sus pautas, y la simiente se transformó en planta sana y robusta. De amor, mimos y desvelos me alimenté en un mundo hecho de sueños con vuestro tesón.

Papá, seguro que estás rodeado de ángeles contando sonrisas. Desde tierra firme te envió un chispazo de luz.

Mamá, en tus manos pongo mis cuentos. Son tuyos.

A los dos me queda por deciros lo más importante: ¡*Gracias!*

Lola y el móvil

¡Puñetas! ¿Cómo se maneja este artilugio? Me cojo las instrucciones; vienen en inglés, francés, alemán y portugués, me decanto por éste último y dice lo siguiente: "*Auto-repetição. Pode fixar auto-repetição para repetir a fita de novo do principio ao fim o alimhamento*". Está claro, tengo que auto-repetir de principio a fin el alimento..., ¿qué alimento? No me jodas que hasta el móvil que me acaba de regalar mi Pepe quiere comer... Con lo feliz que era yo con mi ladrillo. Sólo tenía dos teclas, para descolgar y para colgar, y luego los numeritos. ¿Para qué quería más? Pues no, me decían que a dónde iba con ese móvil de principios de siglo, que si pesaba, que si... Total, que mi Pepe fue y me compró uno nuevo, dejando en prenda mi maravilloso ladrillo para que resultase más barato. ¿Y ahora qué? Él pobre estará en un museo como pieza de culto y yo incomunicada porque este trasto no lo entiendo. No hace más que sonar, aprieto y digo ¿Diga?... ¿Lola?... Sí... ¿Lola?... Sí... ¿Lola?... Sí. ¡Tíos! este trasto no funciona, se repite; así que doy a otra tecla y ya no se oye nada, ¡qué descanso! No, vuelve a hacer ruido, suena la comparsita. Descuelgo, como me aburre este asunto ya no digo "*diga*", pero se oye ¿Lola?... ¿Sí? -digo yo- ¿Lola?... Sí -vuelvo a decir yo- ¿Lola?... ¿Quéééé... Oye Lola... ¿Sí?... ¿Lola? ¡Joder! Este bicho va a hacer que odie mi nombre, así que vuelvo a tocar otra tecla y, ¡menos mal!, hay una voz que dice: "*Grabe su mensaje personalizado al oír la señal... clíiii*". ¡Ostras! me digo, he de hablar. Voy y digo "*Hola, soy Lola, ¿me se oye? Corto, cambio...*" Aprieto otra tecla y sale la voz de siempre ¿Lola?... Sí...

¿Lola, me escuchas?... Sí... ¿Lola?... Enfurecida, toco una tecla cualquiera y ¡milagro! me oigo a mí misma mismamente "Hola, soy Lola, ¿me se oye? Corto, cambio" Por Dios, qué voz más nasal tengo... No me gusta y cojo el libro de nuevo para leer: Modificar -esto debe de ser lo que ando buscando-, me digo. "As estações pré-fixadas. Pode modificar as estações de TV..." ¡Leches! Este aparato tiene una tele incorporada. ¡Ay, cómo es mi Pepe, siempre pensando en mí! Tiene de todo aunque, como él, este aparato es un poco impotente... no sirve para lo que yo quiero: ¡Llamaaar!

He decidido llamar a mi Pepe por el teléfono de casa, el bicho ese ha podido con mi sencillez, mi defunción y mi paciencia.

-¿Pepe?

-¿Sí?

-¿Pepe?

-¿Sí?

-¿Peeeeeeeeeepe?

-¿Quéeeeeee?

-Hijo, no me chilles, que te oigo. Oye...

-¿Qué?

-¿Me se oye bien, Pepe?

-Qué sí Lola, se te oye bien y no digas "Me se" si no "Se me"... antes la semana que el mes.

-El orden de los factores no altera el producto. Oye, te llamaba para darte las gracias porque el teléfono tenga televisión pero yo sólo quiero algo que me sirva para llamar.

-¿Qué tiene qué?

-Televisión he dicho.

-Lola, ¿qué manual has cogido?

-Manual que dice "Instruções para o utente"

-Lola ese manual es el del vídeo, el del teléfono está en su cajita.

-¡Aaaaah!

-¡Adiós, Lola! No me vuelvas a llamar, ¿vale?

Me siento un poco boba, ¡jopé! y ¿yo qué sabía? Pero... no me desmoralizo, yo antes muerta que *sensilla*. Voy en busca de la cajita y encuentro el manual. ¡Qué bien! Me siento a leer y a asimilar: "Das disc fach öffnet sich, legen sie eine mit der beschrifteten..." Ah no, no, no, ni de coña... En esto el telefonito suena. ¿Diga?... Sí...

¿Lola?... Sí... ¿Lola?... Que no, leches, otra vez no. Lola se fue, ¿me se oye?...

¿Lola?... No, esto no me puede estar pasando a mí misma mismamente, me largo a hacer la comida, pero antes digo al pesado ése: "No está Lola, soy Dolores". Y lo encierro en el armario.

Cuatro estaciones

Verano, 1987

Una voz glacial sin personalidad alguna y transmitiendo el mismo mensaje en varios idiomas me ha sacado del letargo: he llegado casi a mi destino.

Lentamente he recogido mis cosas; cambio las gafas de leer por otras que me aclaran la visión lejana; dentro de mí va creciendo una emoción difícil de explicar. Dicen que los viejos tenemos sólo pasado, remembranzas en las que al llegar al umbral de nuestro fin es lo único que nos mantiene vivos. Puede ser, yo no discuto por esas minucias; sólo sé que he recorrido muchos kilómetros para reencontrarme con mis orígenes. Una búsqueda desesperada del sentido de mi historia particular. La distancia no ha podido cortar ese cordón umbilical invisible para muchos, palpable para mí. Por mis recuerdos pululan destellos o fragmentos de una novela a veces de terror; otras, de un mundo mágico del cual provengo. Hoy cumplo mi sueño dorado; matices y pinceladas de una vida pasada vuelven a mí de manera clara e incandescente.

Si tuviera que elegir una imagen de aquel tiempo, no dudaría en seleccionar el viejo cobertizo de madera junto a las vías del tren...

Otoño, 1933

-¡Daniel! No te escabullas y ven ahora mismo; tu padre está esperando la comida.

-Démela madre o no llegaré.

-¿A dónde vas con tanta prisa si se puede saber? ¡Ah! No me digas más; cualquier día una rueda segará esa cabeza llena de pájaros que tienes ¿Me oyes?

Corro hacia los campos con la tartera, Chispas va abriendo camino; cuando sea mayor tendré un reloj de bolsillo como el señor Pascual. Él nunca llega tarde, yo, por los pelos si no fuera por Chispas que es más listo que el señor maestro y don Severino, con todo lo viajado que está; hay cosas que sólo un instinto como el de mi perro conoce.

Me gusta recordar como Chispas llegó a mi vida; sin duda fue el tren quien me lo trajo. Siempre volvía de la escuela por la vía del tren, pisando los raíles y soñando que un día me montaría en uno de ellos y me llevaría al famoso paraíso del señor cura, cuando de pronto, vi a un animal en medio de la vía tumbado; era una perra que estaba pariendo ¡Qué asco me dio! Toda ensangrentada. Del culo salió un perrillo, no se sabía de qué color era; si no llega a ser por Adelina morimos allí. Ella tiró de mi cuerpo con tanta fuerza que caímos en un charco; una nube de chispas saltó por el espacio.

-Dani ¿Te encuentras bien?- Su voz era tan melodiosa como el violín del señor cura.-

-¿Qué ha pasado?

-¡El tren chiquillo! Anda ven que te lavo en el cobertizo.

Hasta que el agua no me quitó el barro no pude ver lo que tenía abrazado contra mi cuerpo. Adelina lo cogió y con gran ternura limpió el bulto y lo envolvió en su delantal.

-¡Mira Dani, es un milagro! Está vivo ¡Es macho!

Mis ojos miraban desorbitados a aquel animal feo que abría una diminuta boca y sacaba la

lengua.

-¿Cómo lo llamarás? Es tuyo.

-¿Mío?- Jamás había tenido hasta ese momento ninguna pertenencia; bueno, mien- to, mi tirachinas, pero éste casi siempre estaba en el bolsillo del señor cura porque decía que dejaría cualquier día tuerto al que pasara por mi lado.

-¿Por qué no le llamas Chispas, Dani?

-Vale ¿Se le alimenta como a las ovejas del señor Laudino?-Mis ojos ingenuos miraban implorantes.- ¡Ya está! Le pediré prestada la teta de una de sus ovejas.

¡Que risa más bonita tenía Adelina! ¿Cómo nunca me fijé en esta mujer? Claro, en aquel momento era un niño, no como ahora.-

Desde aquel día, han pasado dos años; siempre quedamos los tres a la misma hora. Me cuenta muchas historias, me habla de su vida y yo, descubro el mundo a través de su voz.

Invierno, 1937

He llegado a mi cita antes de la hora; Chispas está muy nervioso como si barruntara algo y no quiere guarecerse de la nevada; quizá tenga hambre como yo. Comparto la poca comida que me da madre con él. No hay alimentos, no hay nada; ambos estamos esmirriados aunque Adelina me diga que así está medio país, no me consuela, tengo hambre, mucho. Fíjate lo grande que es mi hambruna que me comería ahora mismo unas patatas con gusanos y todo.

De la chimenea del cobertizo sale una débil humareda, cada día que pasa es más pequeña; ya no queda carbón ni leña. Las tropas nacionales nos van acorralando y el viejo cobertizo se ha convertido en el baluarte de los revolucionarios. Los pocos trenes que pasan no paran; los mayores dicen que es mejor que sea así, pero Adelina no opina lo mismo.

Desde el alzamiento nacional en 1936 por las tropas de Franco, ella ha dejado de sonreír; el señor cura, Adolfo, tuvo que salir por patas porque a los rojos lo de las sotanas no les mola; ya digo yo que es cuestión de modas, aunque mi musa, Adelina, diga todo lo contrario.

Nunca he tenido conciencia hasta ahora de los colores y menos de que mi patria se divida en dos bandos; familias enteras, amigos, todos marcados por dos colores: rojo, que encarna al frente popular, y azul para el bloque nacional ¿Ha desaparecido el arco iris de España?

El señor cura, por su sotana, es azul pero Adelina me dijo que su corazón es rojo; como sólo veían la vestimenta hubo de huir... cosa de mayores que un adolescente aún le es difícil comprender. Más, si rizando el rizo, te enteras de que el señor cura, casado con Dios, ama a Adelina y ésta, le corresponde ¿Cómo entender y digerir semejante paleta bicolor, sí además sumamos que los que antes eran de un bando, en este momento reniegan de él? Gracias a esta mujer hermosa de cuerpo y alma, comprendo la España que va naciendo ante mis ojos, los adultos incongruentes que hacen una cosa y piensan otra. Como un eco llega a mis oídos su voz diciéndome ¡Dani a eso se llama subsistir! La guerra obliga a elegir y muchos lo hacen privilegiando la supervivencia frente al compromiso político. Creo que jamás seré político, sino libre como el viento.

Chispas ha salido corriendo por la vía al ver una mancha que avanzaba entre la nieve; era ella. Ha lamido sus piernas tapadas por medias de lana negra y ella no le ha hecho caso; me ha preocupado esa actitud suya nada usual.

-Adelina ¿Qué te sucede?

-Ha caído una bomba en un tren lleno de milicianos a menos de diez kilómetros de aquí. ¿Quién hay en el cobertizo?

-El señor alcalde, el jefe de los partisanos, mi padre, y cuatro más.

-He de avisarles, en unas horas estarán las tropas aquí.

Todos han salido como alma que lleva el diablo y se han perdido por los campos entre la nieve, el miedo y la impotencia. Después, Adelina robó el carro y el caballo de don Casimiro, el único con dinero que queda en la comarca: chivato, delator y traficante ¡Así cualquiera es rico!

Yo tomé prestado un jamón que olía a gloria bendita. Aquello que hice no es pecado; como todos los del pueblo somos rojos, no hay que confesarse.

El caso es que yo no soy ninguno de esos colores, sino verde porque amo la vida y la naturaleza.

Partimos en busca del batallón republicano atrincherado en aquellos vagones; la venganza de los nacionales se cebó en él. El frío, la nieve y la ventisca helaban nuestros huesos, pero ella parecía no sentir otra cosa que no fuera el dolor y la incógnita de qué habría pasado con la gente que viajaba en el tren fantasma como así lo llamaron desde que se enteraron que llegarían anarquistas de forma clandestina en un tren, para ayudar en la materialización de una bella utopía. Cuando llegamos era casi de noche; no quedaban llamas, ni humo ni vida en aquel paraje inhóspito. Un amasijo de hierros y madera envolvían los restos de cuerpos humanos dispersos por la tierra; si hubo algún superviviente, éste se lo llevó quien realizó aquel crimen.

Por vez primera me enfrenté a la muerte y a los horrores que traía consigo una guerra.

-¡Eh mujer! ¿Qué buscas?-Una voz socarrona nos sorprendió.

Aquello fue el principio del fin...

Primavera, 1939

Mi pueblo era un importante núcleo de arrieros y ganaderos, feliz y campechano, en las estribaciones de la cordillera Cantábrica; hoy somos muy pocos los que quedamos y nuestras caras son fugaces reflejos de lo que fuimos; hasta Chispas camina cabizbajo.

Adolfo, el señor cura, viste de nuevo la sotana; parece un pirata con pata de palo, le falta una pierna. Se salvó por dar misa a la derecha aunque en las horas oscuras ayudara a escapar a la izquierda. Regresó junto a Adelina, pero llegó demasiado tarde a rescatar a su princesa, y su historia no terminó como el cuento de La Bella Durmiente. Aquella tarde, dos años atrás, los franquistas nos hicieron de todo y después se marcharon; Chispas nos salvó pero ella nunca se recuperó y conservó un hilo de vida hasta que vio regresar a su amado. Sus huesos reposan en el olivo de la Iglesia, rodeado de margaritas silvestres; nadie las plantó, lo que me induce a pensar que ella era una flor.

La casa de Dios es el viejo cobertizo que ahora huele a cera y limón, aunando el pasado y el presente; así lo ha querido Adolfo, al lado de la vía del tren donde se resolvió la última batalla entre los facciosos y las hordas comunistas.

Él dice que no hay mejor monumento a los caídos, y que siempre será el recordatorio de un odio entre hermanos que nunca debió de existir; la falta de respeto, la intolerancia a otras ideas, les indujo a aquella barbarie ¡Qué bien habla el señor cura! Cuando sea mayor quiero ser una mezcla de Adolfo y Adelina pero sin sotana; a mí, lo de la iglesia no me convence. Mejor ser libre como el viento, justo como la naturaleza que brota en cada estación.

Añoro a Adelina; a veces me siento perdido sin ella porque pienso ¿Quién me va a enseñar ahora? Luego recuerdo sus palabras que me decían que la capacidad de entender que todo está conectado, que los instantes mágicos forman parte de lo cotidiano, y basta un poco de apertura interior para percibir que somos capaces de cambiar por completo nuestra realidad, eliminando la mayor parte de las cosas que nos dejan insatisfechos. Me consuelan estos pensamientos suyos.

Dios está presente en nuestras vidas y aquí en el viejo cobertizo de madera junto al señor cura, don Casimiro, que se ha arrepentido de sus pecados, Chispas y yo, oímos el mensaje del general Franco por la radio, regalo del delator a la iglesia:

"En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejercito rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado"

Adolfo me ha llevado a la estación de León; por primera vez me he montado en un tren. No sé dónde voy, creo que muy lejos.

La vieja locomotora de vapor ha iniciado su marcha; me asomo por la ventanilla y veo las figuras queridas y el paisaje de siempre empequeñecerse cada vez más. El sabor áspero y seco del polvo taponan la garganta pero no las lágrimas que caen como la nieve derretida de mis montañas.

En mis retinas quedará grabada para siempre la imagen de Chispas apoyando el hocico en la vía del tren mientras éste partía; un mordisco temprano de rencor he notado en mi corazón...

Tiempo de membrillos

Hemos tenido telepatía y has venido a mi encuentro. Sabía de ti por los noticieros; comentaban que hace días llegaste a tierras de Castilla como siempre lo haces: silenciosa y meona. Te imaginaba, majestuosa, con tu halo envolvente, aposentada una vez más en las vidas ajenas, en los campos, y en las calles desiertas.

Yo, entre tanto, me doraba al sol del membrillo, perdida en mundo complejo de fraudes y mentiras, pero no por eso, menos bello. El sol de mi otoño me acunaba como a una niña nostálgica en esas perezosas tardes otoñales, que invitan a recuerdos dulces de chocolate, churros y castañas. Así, la noche se precipitaba despidiendo al sol un día más. Las luces de la ciudad se encendían dando calor a la frialdad del asfalto.

Encerrada entre rayos alegres y atardeceres de color miel, guardaba, mientras te esperaba, los membrillos en los armarios; su perfume reconfortaba mi ánimo, me trasladaba a tiempos de mi niñez. ¿Sabes? Quiero grabar en la memoria de mis hijos esos detalles nimios que harán, igual que a mí, feliz su pasado al recordarlo.

Anoche, al despedir al benjamín de la familia, me dijo entre susurros: "*Mamá, quiero que llegue ya; estoy deseando pasar frío y miedo cuando vaya al colegio*"... Si hasta los niños te aguardan y tú, remolona, haciéndote desear.

Hoy me he despertado con una claridad gris. No estaba aún mi *dora-membrillos*. Se retrasaba. Como autómatas, perdida aún en los vahos del sueño, he subido la persiana, y cual ha sido mi sorpresa al verte plantada ante mí. Me he precipitado a la habitación del niño y, sin más preámbulos, le he dicho: ¡Javier, ha venido!

Arrastrando su oso de peluche, ha caminado hasta la ventana. Su carita se ha iluminado nada más verte, y una suave sonrisa de satisfacción se le ha escapado de su rostro infantil.

-¡Por favor, por favor, mamá, déjame hoy ir sólo al colegio! ¡Por favor, mami!

Le he abrigado hasta casi cortarle la respiración, y con su manita enfundada en la cara de un Snoopy, me ha dicho adiós.

Me he asomado a la ventana y he oído una voz que decía: -¡Es genial! No veo nada. Me he quedado allí parada, mientras los huesos se me encogían, contemplándote, deleitándome, escuchando tu silencio, perdida entre ti y el recuerdo de la gente que añoro. Me ha venido a la memoria la austeridad de los campos en los que crecí, sus hayedos dorados, los chopos desnudos y el olor a leña. Mis sentidos, un año más, han despertado a esta naturaleza muerta, aunque viva y latente en mi corazón.

Meciéndome entre un sol de membrillos y tú, niebla juguetona, he dado gracias a ese Dios tantas veces reprochado, y otras, olvidado.

Siempre

Cuando seas viejo, te quiero con sabor rancio pero gallardo; independiente y eternamente gaviota. Parco, raspa y salado como tu mar.

Cuando tu piel se marchite y tu esqueleto se curve, deseo tu envoltura ácida pero tierna en tu interior.

Cuando el tiempo rasque nuestras voces, sueño con oír tu susurro en mi tímpano.

Cuando las nubes fluyan a tus ojos, porque la edad todo deteriora, anhelo tu chispeante mirada de pícaro empedernido.

Cuando tus manos tiemblen, espero tu roce tibio sobre mi cuerpo, pues mi deseo por tu persona no habrá tiempo que lo acalle.

En los albores de tu senectud... te estaré esperando

Justi Zapico

Valencia (España)



*Justi
Zapico Zapico*

Mieres (Asturias), 1.957

Reside en Puçol (Valencia)

Finalista del V Certámen de
Narrativa para mujeres, con el
relato "Hoy a las 10".

Participación en publicaciones colectivas

"Las mujeres cuentan"
Antología Internacional "Sensibilidades Oro"

Miembro *Foro Sensibilidades* desde
29 Diciembre 2.004

<http://blogs.ya.com/cajondesastre/>

dunejz04@yahoo.es

Índice de textos

“El vendedor de pescado”

“¿Como puedo?”

“La mujer dormida”

“Cena para tres”

“Queriéndote”

El vendedor de pescado

*Dedicado a mi familia, por el tiempo que no paso con ellos;
a Inés, Tania y Santiago, por su fiel y total apoyo;
y, especialmente a Juan, por su fe en mí,
su ayuda desinteresada, y el regalo de su amistad.*

Ya viene, no sé por qué me pongo tan nervioso cuando la veo. ¡Qué mujer más hermosa! Es una pena que tenga esa tristeza en la mirada.

- Buenos días, Lluís

- Buenos días, Pilar. Hoy vienes más pronto que de costumbre.

- Sí, terminé antes en casa de D^a Carmen. ¿Qué tienes fresco por aquí?

- Tengo unas pescadillitas buenísimas y no están caras ¿te pongo?

- Bueno, anda, ponme medio kilo solamente, pensaba llevarme algo más barato.

- No, mujer, te pongo un kilo, te hago un buen precio, no te preocupes.

Siempre mirando la peseta y matándose a trabajar. Si es que la vida es muy injusta. Una mujer como ella se merece vivir como una reina. Y, mírala, limpiando la porquería de los demás. Arrodillada todo el día fregando escaleras y con las manos enrojecidas. Sin tiempo de arreglarse un poco. Sin dinero para comprarse un vestido nuevo. Aunque, no le hace falta, la verdad, tiene un cuerpo tan bonito: con curvas, rellenito, como debe ser una mujer. Así era mi Amalia, que en paz descansase, hasta que la maldita enfermedad la dejó en los puros huesos. Tres años en la cama, malviviendo, se pasó la pobre. Y yo, viéndola morir poco a poco, que rogaba a Dios que se la llevase pronto.

- No, Lluís, no hace falta que me las limpieis.

- Que sí, mujer, que no me cuesta nada. Además, ahora no hay nadie y así te ahorras la faena de hacerlo tú en casa.

- Tú siempre tan atento.

Ahora cuando termine de limpiarle las pescadillas, le meteré un paquetito de calamares que le he guardado por ahí. El primer día que lo hice, la pobre creyó que me había confundido y vino corriendo a devolvérmelo. Cuando la vi entrar por la puerta, no la dejé hablar. Si llega a enterarse la Encarna, que estaba despachándola, que le había regalado dos rodajas de merluza, con lo cotilla que es, a la media hora es la comidilla del barrio. Se quedó esperando, parada. Menos mal que entendió la seña que le hice en un descuido de la otra. Cuando le dije que no era un error, que me habían quedado esas dos rodajas y se las había regalado, no sabía como darme las gracias. Se ruborizó. Estaba preciosa.

- Bueno, aquí lo tienes todo.

- Lluís, ya me has vuelto a poner algo de más.

- Que no es nada, Pilar, es que así lo termino, sino para mañana ya no me sirve y seguro que a tu hijo le gustan los calamares ¿o no?.

- Mira éste, claro que le gustan. Pero, es que no sé que decirte.

- Pues no me digas nada, ya sabes que no quiero que me lo agradezcas.

- Bueno, vale, muchas gracias, Lluís, hasta mañana.

- Hasta mañana, Pilar.

Si ella supiera como espero este momento de charla. Menos mal que casi siempre viene cuando estoy a punto de cerrar y ya no tengo clientela, así puedo alargar un poco este rato. Ahora llegará a casa y a sufrir con ese pobre hijo que tiene, impedido, pobrecito. Menos mal que la hija es una buena chica, buena estudiante y además la ayuda bastante en casa. Pero con el marido, con ése le cayó el gordo ¡desgraciado! No aguanta dos meses en un trabajo. Claro, ¿cómo va a aguantar? Si se pasa la mitad del tiempo borracho como una cuba, de bar en bar, gastándose el dinero que ella trae a casa. No se puede querer a un hombre así, no se puede. El otro día cuando pasó por aquí, iba sujetándose por las paredes, oliendo a alcohol. ¡Qué asco me dio! Lo imaginé besándola, forzándola a hacer el amor con él. Tuve arcadas.

- Buenos días, Lluís

- Pilar ¿qué te ha pasado en el ojo? ¿y el brazo?

- Que soy una tonta, Lluís, andaba limpiando los armarios de la cocina, subida a una escalera y me caí.

- Pues menudo trompazo te diste ¿te has roto algo?

- No, me disloqué el hombro, y lo del ojo. Pero no es nada, no te preocupes.

- Y ¿andas trabajando, así?

- Sí, me apaño bien ¿qué voy a hacer si no? Anda, mira a ver si me pones unas sardinas, que veo que las tienes buenas hoy.

- Fresquísimas, todavía andaban bailando hace un rato.

- ¡Jajajajajaja!, que ganas tienes siempre de bromas.

- Me gusta que te rías, siempre deberías estar así.

Calla y me mira. Y hoy, quiero pensar, que me mira distinto a otros días. Debe ser la ilusión que me hago.

- Me voy ya, Lluís, que tengo un poco de prisa.

- Bien, guapa, hasta mañana. Y cuídate ese hombro o no se te curará nunca.

- Hasta mañana.

¡Me cago en sus muertos! Ya le ha puesto la mano encima ese desgraciado ¡cabrón! ¡hijo de puta! Pero, esta mujer ¿por qué no lo manda a tomar por el culo de una vez? Tranquilízate, Lluís, tranquilízate. Cuando pienso en como cuidaría yo de ella y de sus hijos. Mi pobre Amalia y yo deseábamos tener hijos, pero no hubo manera. Amalia engañaba, parecía tan sana y luego mira, al poco tiempo de casados empezó con los problemas de salud y como sufrió. Siempre enferma, sin ganas de nada. A veces se pasaba todo el día en la cama. Menos mal que nunca nos faltó

de nada. La pescadería siempre funcionó bien. Y Pilar, ella se merece un hombre que la quiera y la respete y no a ese borracho que la trata como un trapo. Que Dios me perdone, pero que descanso si se muriese. Un hombre así no hace nada en la vida. Causa sufrimiento, eso, sufrimiento solamente. Mira que el otro día cuando pasó por aquí, si le doy un buen golpe, nadie se hubiese enterado. Estaba esto solitario. Ahora, por las tardes, con el frío que hace y por esta calle no pasa un alma. Soy incapaz de matar a nadie. Pero, ese desgraciado no se merece otra cosa, que lo dejen tirado en la calle como un perro. Podría esperarlo. No, no seré capaz de hacerlo. Si el muere, podría intentar conquistar a Pilar. Y cuidaría de ella y de sus hijos. Sí, seríamos felices los cuatro. Y ella no tendría porque enterarse de lo que pasó. Ahora hay mucho maleante, gente que vive en la calle y es capaz de matar por un paquete de tabaco. Ahí hay piedras grandes, de la obra que están haciendo. Voy a limpiar un poco las persianas están sucias. Y si viene. Si viene borracho como el otro día. Si viene

¿Como puedo?

¿Cómo puedo deshacerme de ese trocito de cerebro donde habitas? ¿o es en el corazón? el caso es que llegaste, te sentaste en el sillón, encendiste un cigarrito, tomaste una taza de café ... y aquí estás, sin remedio.

Y me enfado ¿conmigo o contigo? por ocuparme toda entera sin dejar un cachito para nadie, por salir diciendo "cucú" cuando creo que por un momento dejé de pensarte, por poner patas arriba mi rutina, por tus palabras de amor que riegan mi vida como el rocío en las mañanas, por despertar mi deseo con mil caricias imaginadas, por anhelar tus labios sobre los míos, por hacerme soñar con este amor que me ata a ti.

No me sonrías, por favor, no me sonrías. Si lo haces, si por un momento miro tus labios y tus ojos sonrientes, ya no podré soltarme nunca más, me quedaré enganchada a tu mirada y a tu boca. Te llevarás mi alma en un suspiro y no podré volver a sentir ... sino es contigo.

La mujer dormida

La observa dormida, indefensa, desnuda bajo las sábanas. Y vuelve a sentir esa excitación, ese deseo que no puede controlar. Busca en su memoria algún motivo que le explique la razón de su problema: un trauma infantil, una escena perdida en la memoria, pero... nada. Nunca nada.

Adrián es anestesista, trabaja en un hospital de su ciudad y allí fue donde le ocurrió por primera vez. Acababan de intervenir a una mujer preciosa y la metieron en la Sala de reanimación hasta que despertase de la anestesia. Él, como responsable, pasó a ver como iba el proceso. La habitación estaba desierta, a excepción de la cama en la que dormía la paciente. Se quedó quieto, a su lado, mirándola. Era tan bonita. Entonces se dio cuenta de que su sexo cobraba vida. Él, siempre había creído que era impotente, ya que por más que lo intentó, no había conseguido realizar el coito. Probó con alguna compañera de facultad, con prostitutas, incluso con hombres, pensando que quizá era homosexual. Todo resultó inútil.

Se quedó inmóvil, no sabía qué hacer. No podía violar a esa mujer, aunque nunca en su vida había deseado algo con tanto afán. Salió de la habitación, se disculpó con sus colegas diciendo que no se encontraba bien y entró directamente en el baño. Allí, no tuvo necesidad de tocarse, cerró los ojos y se vio penetrando a esa mujer quieta, inerte, como muerta... un gemido de placer se le escapó al eyacular. A partir de ese momento, su vida se convirtió en un infierno. Le pasaba lo mismo, una y otra vez. Daba igual que fueran guapas o feas, gordas o delgadas, jóvenes o viejas. En una ocasión, se atrevió a acariciar a una de ellas y se masturbó allí mismo, mirándola. Empezó a frecuentar los sex-shop, buscando todo lo relacionado con esa forma de placer, sobre todo películas, que visionaba obsesivamente en la soledad de su pequeño apartamento. Pagó algunas prostitutas para que fingieran esa inmovilidad, esa dormida indefensión que tanto le excitaba. Incluso llegó a proponerles dejarse dormir con cloroformo. Algunas le miraban pensando que era un bicho raro, veían muchas cosas en su profesión pero a la mayoría de sus clientes les gustaba que ellas fingieran todo lo contrario. Aquello no podía continuar, no sabía si estaba loco o enfermo, o quizá ambas cosas.

Hace unas semanas, al anochecer, estaba tras las cortinas de su ventana, observando la calle, cuando la vio. Era una mujer joven, aunque aparentaba mucha más edad de la que en verdad tenía, debido a la suciedad y la indumentaria que lucía. Caminaba despacio, cargada con una gran bolsa, donde debía transportar sus pertenencias. Se paró en un viejo portal, enfrente de donde él estaba apostado. Inspeccionó el lugar, y se dispuso a pasar allí la noche. Adrián permaneció inmóvil, durante toda la noche. En su cerebro, una idea empezaba a cobrar vida.

A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, él seguía observándola. La vio reco-

ger una pequeña manta con la que se había resguardado del frío y partir por donde había venido. Pensó en seguirla, pero esa mañana tenía guardia en el hospital y el tiempo apremiaba. Seguramente no volvería a verla. Pero, se equivocaba, noche tras noche, ella volvía a guarecerse en aquel portal. Él la veía llegar y marcharse por la mañana. A veces se quedaba dormido, sentado en el sillón, tras la ventana.

Ahora, la indigente, yace en su cama.

No sabe de donde sacó el valor suficiente para poner en marcha su plan. Ayer, por la noche, después de mucho dudar, se decidió por fin a bajar a la calle. La atravesó y se dirigió hacia ella. Al principio, vio su mirada asustada, pero él le habló con voz suave y tranquilizadora:

- ¿Por qué duermes aquí?

- No tengo otro sitio a donde ir. No me gustan los albergues, están llenos de borrachos. Y este portal me gusta.

- Puedes venir a mi casa, está ahí delante. Podrías tomar un baño, cenar conmigo y dormir en una cama con sábanas limpias. Estoy solo y necesito un poco de compañía.

- ¿Y que tengo que darte a cambio? ¿Quieres follar conmigo? Nadie hace nada por nada.

- A veces sí, pero tienes razón. Quizá me gustaría, pero solo si tu quieres. Confía en mí.

- ¿No me harás daño? No me importa hacerlo contigo, estás limpio y hueles bien.

- No te haré daño, te lo juro.

Había dado resultado. Subieron a su casa y él se dispuso a prepararle el baño. Cuando estuvo listo la hizo pasar. Ella, sin ningún pudor, empezó a desnudarse y cuando acabó de despojarse de todas las prendas que portaba, se sumergió en el agua caliente. Fue entonces cuando Adrián puso sobre su nariz y su boca un pañuelo impregnado en cloroformo.

La lavó delicadamente, haciendo desaparecer toda la mugre que la cubría, mientras sentía como su miembro crecía y se endurecía. Cuando hubo terminado, la llevó en sus brazos a la cama y la depositó encima de una gran toalla que había dispuesto para ella. La secó despacio. Tenía un bonito cuerpo, delgado y fuerte. Pequeños pechos, rematados por unos pezones grandes y oscuros. El negro pubis destacaba sobre la piel, de un blanco lechoso. La acarició durante mucho tiempo, degustó su piel, palmo a palmo. Se daba cuenta que era la primera vez que tenía a una mujer como siempre había deseado. A su merced. Durante toda la noche, disfrutó de ese cuerpo dormido. La penetró una y otra vez, poniéndola en todas las posturas imaginables. No la dejó despertar, administrándole anestésico cuando hacía falta, hasta que le rindió el cansancio.

Ella está a punto de despertar. Pensativo, la mira sin saber que va a hacer ahora. Quizá él se lo cuente todo y al constatar que no le ha hecho ningún daño, no le importe que se vuelva a repetir. Y si tiene que librarse de ella... posiblemente nadie se preocupe por su desaparición. Hay muchas mendigas por las calles de la ciudad. Tiene donde elegir una nueva presa.

En la cama, la mujer, abre los ojos y se despereza.

Cena para tres

Una tenue luz ilumina el salón, la mesa está preparada para la cena. Ella, tras los cristales, observa la calle. Es domingo, y habitualmente salen a cenar, pero hoy él la ha llamado por teléfono hace unas horas, había ido al despacho a terminar un trabajo urgente:

- Silvia, llama al restaurante francés y pide la cena, hoy no vamos a salir.

- De acuerdo, como tú quieras, enseguida llamo.

- Pide para tres, tengo una sorpresa.

No quiso explicarle nada más, y ella tampoco le preguntó. Fuera debe hacer frío, las calles están desiertas. Oye las llaves en la puerta. Ya ha llegado. Se acerca a recibirlo.

- Hola cariño, que frío hace, te has puesto muy guapa. Mira, he traído a Luis a cenar con nosotros.

Luis es el dueño de la empresa donde trabaja Carlos, su marido. Es viudo desde hace cuatro años, su mujer murió joven, víctima de una cáncer. Desde entonces vive solo.

- Hola Luis, me alegra verte - le dice, mientras se acerca a él para besarlo.

- Hola Silvia, estás preciosa, espero que no te moleste que haya aceptado la invitación de tu marido.

- No, que va, es un placer que hayas venido.

Los besos de él, en las mejillas, se acercan peligrosamente a la comisura de los labios, algo habitual cuando la saluda.

Pasan al salón y Carlos sirve unas copas mientras ella, en la cocina, desempaqueta los platos preparados que han traído del restaurante. La cena está servida, y los tres se sientan a la mesa.

Conversan distraídamente, del trabajo, como siempre. Mientras, su marido no para de acariciarla por debajo de la mesa. Ella no acaba de comprender esa actitud, pero lo deja hacer, manteniéndose educadamente atenta a la charla.

Una vez acabada la cena, toman el café y se sientan en los sillones, frente a la chimenea. Luis no ha dejado de mirarla en toda la noche y ahora se ha acomodado a su lado. Carlos ha ido a la habitación y cuando vuelve se agacha ante la pequeña mesa de cristal y se prepara una raya de coca, con un gesto les ofrece. Los dos niegan con la cabeza. Ella, no sabe por qué, se siente algo mareada. Como si en su cabeza se hubiera formado una especie de niebla. El caso es que no ha bebido casi nada. Su marido ha vuelto al dormitorio y la está llamando, se disculpa con Luis y acude a ver lo que quiere. Él la coge de la mano, y la hace entrar en la habitación. La atrae y comienza a besarla. Ella se resiste:

- ¿Te has vuelto loco o qué? Luis está en el salón ¿no puedes esperar a que se vaya?

- Cállate -es la única respuesta que recibe.

Ella, sumisa como siempre, calla. Carlos la está desnudando mientras sigue besándola y acariciándola. Después le dice que se eche sobre la cama y sale de la habitación.

Acostada y desnuda se queda allí... esperando. Oye a los dos hombres hablar, aunque su conversación le llega entrecortada:

- Vamos, Luis, no seas... hazme caso, sé que te... ¿crees que no me he dado cuenta?

- Pero, ella... no, esto no está bien.

- Ella hace... además disfrutará. Te... ya lo verás.

Cierra los ojos, prefiere no escuchar y con esa neblina que le invade la mente, se siente bien. Ya no oye sus voces, ahora percibe los pasos de alguien que se acerca. Siente el peso de un cuerpo sobre la cama y unas manos que le acarician el rostro. No son las de su marido, lo sabe. Abre los ojos y se encuentra con la mirada de Luis. Él acerca la boca a su oído y su suave voz le llega en un susurro:

- Te quiero y te deseo, pero no voy a aceptar esto. Tú no tienes porque aguantarlo.

Ella mira hacia la puerta y ve a su marido que la observa. Lee en sus ojos y sabe que tiene que hacerlo. Alarga su mano hasta el rostro de Luis y lo atrae hacia ella. Busca su boca y le besa con deseo, mientras enreda el cuerpo de él con sus piernas. Carlos se ha ido. A salvo de su mirada, se deja llevar por las caricias del hombre que está con ella. Le desnuda y se entrega por completo a la pasión que crece por momentos entre ellos. No le importa gemir y gritar cuando le llega el orgasmo, sabe que su marido la está escuchando y eso lo hace todavía más placentero. Se queda dormida. Cuando despierta, está sola en la cama. Se levanta, no hay nadie en la casa. Son las nueve de la mañana, Carlos ya se ha ido a la oficina. Se ducha y se dispone a desayunar cuando suena el timbre de la puerta. Es un chico con un ramo de tulipanes amarillos, seis tulipanes y una nota:

" Lo siento, mi amor, he ganado la apuesta. Te mando un tulipán por cada uno de los años de felicidad que me has dado. Siempre tuyo"

No lleva firma, pero a ella no le hace falta, sabe quien se lo manda.

Coge el teléfono y marca un número. Al otro lado, una secretaria eficiente y discreta no le pregunta nada, reconoce su voz. Mantiene una corta conversación con él, se muestra reacio a hacer lo que ella le pide, pero al final consiente. Se despide y cuelga.

En el dormitorio, se viste despacio. Luego coge dos maletas y empieza a guardar sus cosas en ellas. Llama a un taxi y mientras espera vuelve al salón y se dispone a escribir:

" Gracias por el regalo de anoche, por una vez has sido un cornudo consciente de ello. Llevo seis años acostándome con Luis y nunca lo había disfrutado tanto, en mi propia cama y ante la mirada complacida de mi marido, que no ha dudado en venderme como a una puta de su propiedad, a cambio de un ascenso. Tu jodido traba-

jo, eso es lo único que tienes en la cabeza. Sí, cielo, me cansé de ser la esposa sumisa y obediente. Siempre atenta y complaciente con tus invitados, la anfitriona perfecta... hermosa, callada, educada, atenta. Pues bien, esta puta se va y no aguanta a más chulos que cobren por ella. Te dejo las llaves del apartamento y del coche, no las voy a necesitar. Tengo todo lo que deseo, un hombre que me quiere y todo lo que él puede ofrecerme. ¡Ah! Se me olvidaba, quiero darte una gran noticia, cariño... ¡estás despedido! Disfruta y sé feliz"

El taxi está esperando, coge sus maletas, da un último vistazo, sale y cierra la puerta.

Queriéndote

Cuando el desánimo, sonriente, penetra en mi alma pretendiendo ganar la batalla, te pienso en secreto. Cuando la soledad, descarada, se desliza por mis venas, queriendo inundarme, te llamo en silencio. Cuando la tristeza, altiva, se instala en mis ojos pensando cegarme, te imagino en sueños. Cuando la añoranza, alegre, se acomoda en mis manos deseando quedarse, te evoco en lamentos. Cuando el llanto, silente, se cuele en mi boca sintiendo que es suya, te beso en el aire. Cuando el deseo, fogoso, se adentra en mi cuerpo anhelando caricias, te grito en suspiros. Y entonces, me odio, me aborrezco, me detesto, me lastimo, me hiero, me golpeo, me insulto... Y luego, me mimo, me consuelo, me conforto, me abrazo, me acaricio, me gozo, me quiero. Y lo intento, lo ensayo, lo pruebo... y te olvido, un tiempo.

Pero... mañana. Mañana volveré a lo mismo, como un día que se repite, una, y otra, y otra vez. Como la película aprendida de memoria que me duele y no puedo dejar de ver. Como un día en el calendario perpetuo de mi rutina. Como una enfermedad recurrente que no tiene cura. Como un vicio dañino que mina mi cuerpo. Como un lunar que crece y no puedo extirpar. Como una serpiente que me brinda su abrazo mortal.

Mañana, temblaré, pensando que tengo que quererte de nuevo. Y en mi lúcida estupidez, desearé que ocurra para poder seguir viviendo. Queriéndote.



Textos seleccionados

Como viene siendo tradicional desde la primera antología, se incluye este apartado especial en el que figuran los textos que, después de un proceso de selección de casi un año y entre más de 30.000 mails, han sido seleccionados para ser publicados en esta *Antología Internacional "Sensibilidades Oro"*

Índice de autores y textos de esta sección

- "Cárcavas"* Ophir Alviárez (Venezuela)
"Apátrida" Sary Oliva (Bélgica)
"Tarde soleada" Daniel Miñarro (Catalunya)
"De trenzas y piratas" Emma Rosa Rodríguez (Asturias)
"Convivencias" Francisco Xavier García (México)
"Dos textos cortos en vísperas de Navidad" Pedro A. Coiro (Argentina)
"El dolor la embellece" Alix Fazio (Catania)
"Dulces sueños" José D. Palma (España)
"El suicidio de los peces" Irina Toledo (Cuba)

Cárcavas

Mis ojos están en huelga,
se revelan los sargazos.
La espina nasal salpica:
sangre, rojo sangre
insolación.

Y mil espuelas descosen gargantas,
se prenden de vértebras y agudos ecos.
Hay gritos que esperan su turno
bañados de hiel
y cicuta apelmazada.
Parece la puesta en escena
o la cruenta ofensiva de un hombre,
-mi hombre- y su bestia.

El duelo se inventa harakiri:
saetas de antaño, -con falda y tacón-,
atizan las dudas.
La daga retuerce argumentos,
despeina ideales, estigmas,
enconos.

Se rinde la voz silenciada, -dolida-
y escupe tinieblas.
La esencia se queda en la savia,
levántase el veto, soy cárcavas.

Y mis ojos estaban en huelga.

Sary Oliva (Bélgica)

hathormaria@yahoo.fr

Apátrida

Arbolando raíces,
sembrando en los alvéolos
los verbos, como mieses de mi sangre.

Lejos estoy del surco y la bandera:
sin continente para esta lengua amorfa,
que hoy ambiciona concentrarse en prisma
multiplicando alientos y sonidos.

En cualquier rostro como en cualquier puerto,
la estrella, madre de todos los rumbos, amanece

Tarde soleada

"El Viajero a través del Tiempo nos exponía una misteriosa cuestión"
H.G.Wells "La máquina del tiempo"

- Es un recuerdo lejano, que estas últimas semanas recuerdo con demasiada frecuencia. Insiste una y otra vez en entretener mis ojos, mis oídos. Esta noche lo he soñado sin fisuras, letra por letra, olor por olor, con esa insistente canción de siempre en el aire: "Sunny afternoon", ¿la conoce?

El Psiquiatra negó con la cabeza.

- Es una antigua canción. De un grupo de rock de mediados de los sesenta...

- ¿Los beatles?

- No, otros... pero bueno, creo que no es importante. La cuestión es que en ese único recuerdo de mi vida pasada yo la canto, una y otra vez, una y otra vez...

- ¿Cómo conoció la canción?

- ¿Qué cómo la escuché por primera vez?

- Exacto.

- Estaba de moda por aquel entonces, pero creo que la canción no es importante...

En el recuerdo revivo con todo detalle mi primer viaje en el tiempo.

- Entiendo.

El Psiquiatra garabateó unas palabras en el papel, mientras asentía con la cabeza.

- Mi primera misión como policía en el Tiempo. Todo había quedado claro antes de salir: el lugar, el momento, la víctima. Llevaba un plano exacto del lugar de llegada en el futuro, el punto y el segundo milimétrico donde encontraría al criminal que yo debía ejecutar. Me dirijo sin problemas hasta el despacho de mi objetivo, es una tarde soleada, silbo la misma melodía una y otra vez... Abro la puerta. La víctima se encuentra sentada, de espaldas a mí, otro individuo está de pie, mirando por la ventana, también de espaldas, sin verme. Le apunto a la cabeza, como en una intuición me amenaza con desespero, sin tiempo a darse la vuelta le vacío el cargador en la espalda, en la cabeza. Su sangre y su cráneo llenan toda la estancia, todo el recuerdo, que termina en seco. El Psiquiatra aún asentía, no había dejado de hacerlo en ningún momento. No dijo palabra.

- Los malditos viajes temporales me han destrozado la memoria. Ese es uno de los pocos momentos de mi pasado que puedo evocar sin vacíos. No recuerdo ni como me llamaba antes de este nombre raro que me pusieron.

- ¿Le pusieron...?

- Sí. Cuando me retiré me dieron una nueva identidad, un nuevo hogar, para protegerme, no sé exactamente de quién.

- Entiendo.

- Creo que el deterioro de mi pasado, de mi vida, de mi recordar: de mi alma, continúa avanzando. En realidad decidí visitarle sobretodo por eso, como ya le expliqué...

- Sí, ya sé. ¿ Pero sabe? Nunca he oído hablar de viajes en el tiempo.

- Es lo lógico. Es un secreto de estado. Poca gente sabe algo al respecto, muchos gobernantes acaban su gobierno sin tener ni idea... Es un asunto policial, no sé si me explico. Yo le puedo hablar de ello sólo porque sé que usted debe guardar el secreto, ¿verdad?

- Sí, el secreto. ¿Pero, no le parece raro que no se filtre nada a la población?

- Créame, hay poderes infranqueables...

- ¿Y en que dice que consistían esas "misiones en el tiempo"?

- Yo empecé muy joven, con apenas veinticinco años, llevaba cinco como policía. Hace unos cuarenta años ya. El primer encargo lo realicé en el futuro, me parece que no hice muchos más en esa dirección. Nunca lo entendí, ¿por qué ir al futuro? toda persona tiene pasado! Me daban pocas explicaciones, me decían que había gente que aparecía de repente: imposible rastrear sus orígenes. La mayoría de misiones eran en el pasado. En ocasiones me veía regresar, esas veces, siempre me veía partir. Me indicaban el lugar y el nombre de la víctima, casi siempre un chiquillo, o el padre de un anarquista, alguna vez, temo recordar, un recién nacido, una embarazada... Eran criminales, comunistas, terroristas en potencia... Alguna vez yo pregunté a mis superiores: "Mato a gente que no conocemos, que hoy no son criminales, ni existen, ¿por qué?", entre sus pocas respuestas se hallaba una sentencia irrefutable: "Hoy no son criminales, porque tú ya los mataste hace años".

El Psiquiatra se levantó de su asiento. Empezó a andar por la habitación, mirando el techo.

- ¿Sabe? Cuando me llamó y me pidió cita estudié su historial médico, me llamó la atención, así que investigué su pasado. Lo hago con bastantes pacientes. Debo decirle que usted jamás fue policía.

- ¿Cómo? No. Esos informes deben ser falsos. Por seguridad deben haberlos...

- Debe tranquilizarse. Está usted muy enfermo, pero se curará...

El Psiquiatra interrumpió sus palabras frente a la ventana, observando el sol de la tarde. El silbido de una melodía sonó a través de la puerta, que se abrió. El paciente pensó en silencio que los recuerdos llegaban demasiado tarde, y dijo en alto, sin desespero: "No lo hagas, te estás matando a ti".

El disparo, repetido desde siempre en el tiempo, llenó la estancia.

Emma Rosa Rodríguez (Asturias)

emmarrg@hotmail.com

De trenzas y piratas

Hubo un tiempo de muñecas; de sueños atrapados en los espejos de la noche; de lánguidas princesas que vivían en palacios de cristal; de lámparas mágicas y piratas navegando en barcos voladores hacia el país de *Nunca Jamás*.

Y hubo un tiempo de miradas extraviadas, escondidas tras cristales parcheados; de tímidas trenzas siempre despeinadas; de sonrisas inocentes, enmarcadas por las rejas de una ventana.

¡Ay!, hubo un tiempo de estrellas fugaces que amparaban enamorados; de suspiros mezclándose con el arrullo de un mar siempre cómplice; de besos iluminados por los cielos de la luna.

Y corazones rotos; y desengaños compartidos entre lágrimas y adolescencia; fotografías que se rompen, cartas que no se olvidan, promesas imposibles de cumplir.

Hubo flores y poesías; canciones de amor; caricias inquietantes y reflejos de sal en unas manos inexpertas...

Y dudas...

Y un ¡sí quiero!...

Giran entre la memoria, dando vueltas en un tiovivo eternamente joven, asoman al infinito de los recuerdos, y se viven una y mil veces: en la luna de las noches, en la lluvia de las tardes...

Convivencias

He venido a casa desde el mar
a borrar un expediente de róbalos marchitos
y ambivalencias sobre presagios de muerte.

He venido a construir
un alud de danzas grises desde el ocaso,
jirones crispados de sueños,
murciélagos que emitan lamentos de densidad cruel
y juventudes omnívoras.

¿Porque el agua cambia su diagonal azul
penetrando sedimentos sombríos,
copas de árboles que germinan voces en plenitud,
hienas con hambruna de su sexo infértil?

¿Que residuos deja un beso en la epidermis,
bosquejos sobre papel virgen, tormentas en los ojos,
hielo en formas calladas, adustas?

He venido a casa rompiendo murmullos
de olas sobre muelles invisibles,
voces que no recuerdan cuando la sal
se separó en ecos nítidos y espumas ebrias.

Dos textos cortos en vísperas de Navidad

I

Jesucristo ama mi sexo, sus piernas tiemblan como el calor que emana el pavimento; él, feliz, me ama, me toca con sus roces de cola de gato, absorbe mi leche de hombre, canta hermoso el amor de su madre, tiñe de placer lo prohibido, me ama en sueños, como la cortesana que no fue su madre. Me contó que ríe de a ratos cuando lee a Sade, que el pecado nació de una falta ortográfica, y que la única deidad que conoció, murió en una kermesse, atropellada por un triciclo de algodón.

II

Si nieva hasta en el Caribe, aunque sea simbólicamente; si tu jefe es condescendiente, amable, y ve en ti a un sujeto rentable que a cambio de una mísera atención va a ser más productivo; acaso si estás en vísperas de ver como a tu prima la menor le crecieron las tetas; si se dispara el consumo de cocaína, y a ti se te cae el agüita por la nariz por los recuerdos de adolescencia; y si la cartelera del cine comienza a exhibir un programa vomitivo, feliz navidad.

El dolor la embellece

Aquellas manos insistían en torturarla. Ella era el objeto de su pasión lasciva y sus manías dominio. Él la colocaba extendida sobre la mesa y le dibujaba caminos por toda su piel, marcando su destino, para luego, sobreponerle papel y pincharla con horribles agujas. Ya agónica, en su fragilidad, la cortaba en pedazos, los que más tarde enlazaba a placer, cosiéndolos sin anestesia.

Así fue cómo se acostumbró a ser poseída, no sólo por él, sino por muchos cuerpos desconocidos.

Las manos de Valentino la transformaron en elegantes y costosísimos vestidos.

Dulces sueños

Cerré la puerta. La noche era gélida. El frío había aparecido sin previo aviso. Arranqué mi vehículo con cierta dificultad, no era problema del motor de arranque ni de los calentadores del gasoil, era el hielo que lo apesaba todo. Atrás dejaba mucho, atrás la dejaba a ella en un pequeño albergue. La tristeza se había apoderado de mi persona, helándome más si cabe. Era la primera vez que decidía quedarse junto a sus amigos, dejándome regresar a casa sin un beso de despedida. ¿Estaría en punto muerto nuestra relación? No, no lo creo. Yo siempre la he querido.

Esta reacción inesperada me extrañó mucho porque no tuvimos ninguna discusión previa. El intercambio de palabras había sido nulo durante toda la noche, noche especial para mí. Ella centró sus atenciones en agasajar y hacer reír a todos nuestros amigos, más suyos que míos. La celebración de mis veintiún años no estaba resultando como yo lo había imaginado. Todo se venía abajo. Mis esperanzas de amanecer entre sus brazos serían para otra ocasión, dormiría solo otra noche más.

La pequeña comarcal que conducía a mi pueblo se había convertido en una senda siniestra: curvas brillantes presagiaban una salida de vía inesperada, árboles disfrazados acechaban con sus ramas famélicas, un silbido de viento invernal interrumpía mis sentidos: ninguna estrella, ninguna luz. Cinco kilómetros bastaban, cinco eternos kilómetros para descansar tras la celebración de mi malogrado cumpleaños. Llegué roto a casa...

Un sueño lento me descubría, poco a poco, las últimas imágenes de mi despedida. Me sentía ebrio, cansado, profundamente cansado.

- ¿Dónde vas, Miguel?- me dijo agarrándome la mano-. ¿Dónde vas?, ¿no crees que ya es suficiente por hoy? Acércate a nosotros y para de beber de una vez. Mañana serán dichosos los ojos que te vean.

- Es la penúltima, te lo prometo - contesté entrecortado, dándole a continuación un beso en la mejilla.

La habitación estaba llena, la música era atronadora. Había muchos corrillos alrededor de las estufas, vasos en alto, risas, alboroto, la fiesta estaba tocando su fin. El calor me apesaba, debía ser el alcohol o la condensación del humo del tabaco que agobiaba mi cerebro. Me ahogaba. Me dispuse a marchar con mucho sigilo, no aguantaba más

- Miguel, ni lo pienses. ¡Dame las llaves, por lo que más quieras, dame las llaves!
- ¿Qué crees, que no soy capaz de llegar a casa? Estoy en perfectas condiciones para conducir - le dije.

- Ya, ni de coña. Y, además, ya no te acuerdas que está todo preparado para pasar la noche en el albergue. ¿Qué van a decir nuestros amigos? Dime...- el rostro le estaba cambiando a un aspecto dictador.

- Yo no digo nada. Si tú te quieres quedar, ahí te quedas. Me largo, no los aguanto. Ella sabía perfectamente que cuando decidía algo, por muy excéntrica que fuera la idea, siempre la ejecutaba, y aquella decisión estaba tomada. Cerré la puerta... Me desperté sobresaltado, un sudor frío recorría mis mejillas. No recordaba cómo había llegado a mi cama, sentía un sabor avinagrado en la boca, la garganta agrietada. Encendí la luz, levanté la mirada, había vomitado en el suelo. "*Otra vez, maldita sea, otra vez*", me dije. Eran las diez de la mañana, la resaca se reflejaba en mi rostro, el dolor en forma de puyas hirientes golpeaba toda mi cabeza. "*Una ducha, sí, una ducha*", pensé.

El vapor empañó el espejo, pero no mis pensamientos. Debía volver al albergue, pedir, una vez más, perdón a Eva. Seguro que ellos, los que se habían quedado, no más de dieciocho, estarían durmiendo. Sería una buena forma de reconciliación: churritos calientes con chocolate para todos ellos. Sería la continuación de mi fiesta de cumpleaños.

Salí a la calle, el hielo cubría el auto, debíamos estar a menos cinco grados. Abrí la puerta y rasqué con un viejo cassette la luna delantera. Arranqué con cierta dificultad. Mientras conducía mis remordimientos me comían, era mala conjugación el olor a fritanga con los sinsabores de una noche amarga. "Yo la quiero, pero no aprendo", me repetía.

La carretera seguía frágil, era una auténtica pista de patinaje y me resultó muy difícil llegar al albergue. ¿Cómo pude haber llegado a mi casa?...

Allí estaban los coches aparcados, todos blancos, todos bajo el fuerte carámbano de la noche anterior. No se escuchaba ninguna voz, ningún penitente madrugador a la vista. La puerta estaba cerrada pero sin fechar por dentro, esto me alivió. Abrí... Una bofetada de aire corrupto me echó para atrás. Entre todos los olores rancios lo pude distinguir: gas.

El silencio lo era todo: sólo se percibía un leve sonido de los calentadores en el ambiente. Una paz sepulcral se había adueñado de los muchos cuerpos diseminados por el suelo. Debajo de los sacos de dormir nadie se movía, ningún ronquido, ningún gesto soñoliento, nada. Todos dormían profundamente. Recorrí absorto la habitación presagiando el horror. Encontré el cuerpo de Eva inerte, su cara no denotaba malestar, todo lo contrario, su bella sonrisa, la misma que me enamoró, estaba dibujada en su rostro.

El suicidio de los peces

(a los supervivientes del Tsunami diciembre 2004)

Invaden los peces en singular danza las orillas de la tierra,
refleja el sol su rostro en cada escama
presagio que ensombrece el horizonte.

Sediento de humanos se agiganta el mar
deposita la ola un beso en la mejilla del sol,
regurgita cuerpos sin aura, ataúdes en burbujas.
Entona la parca un jamás
mientras las algas reencarnan a las almas
y oficia el horizonte un réquiem por los muertos.

